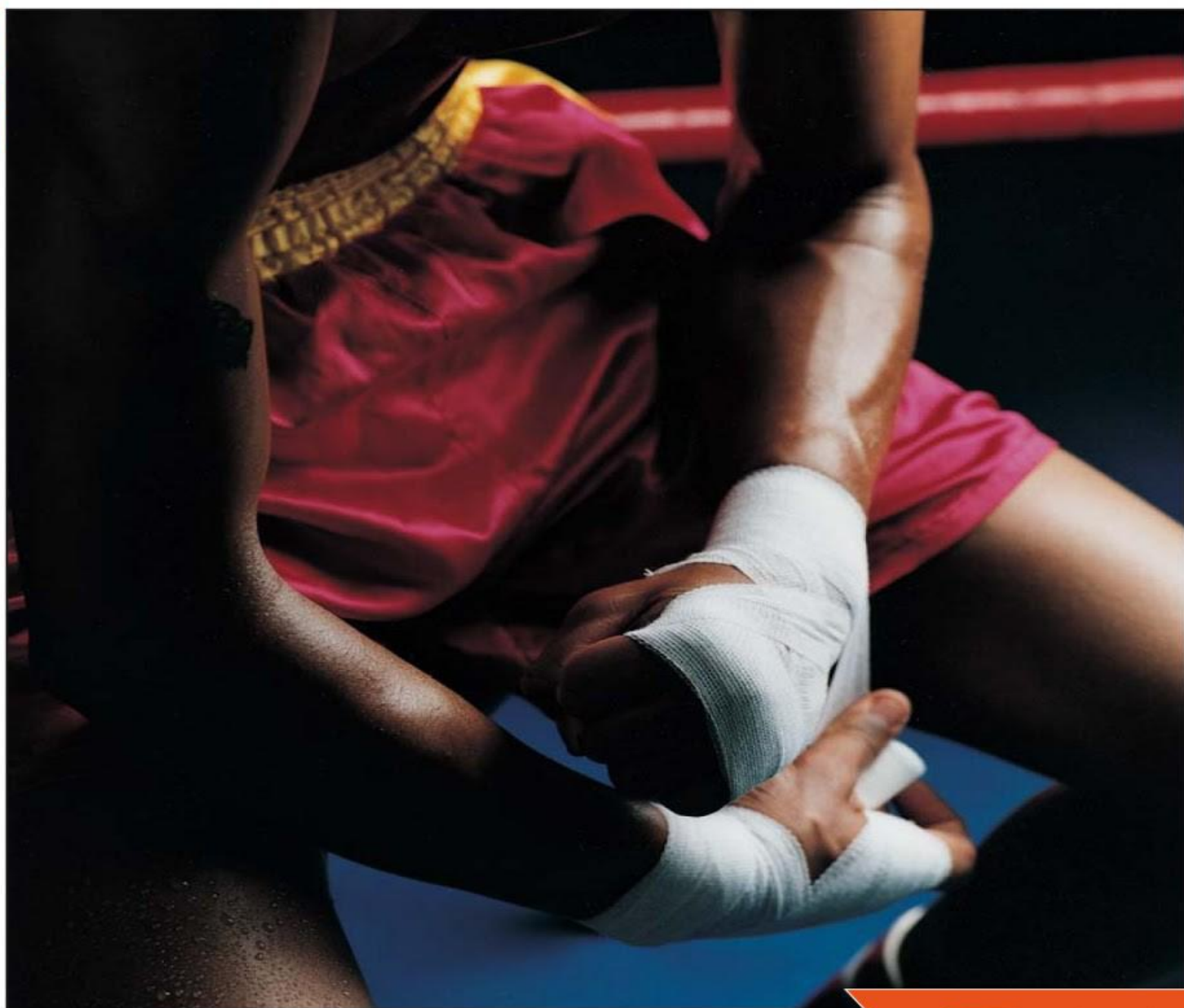




Finalista
Premio Nadal 2003

David Torres

El gran silencio



Roberto Esteban, un púgil retirado que una vez rozó la gloria, se gana la vida como matón a sueldo, sin más amistades que un camarero lacónico y un diminuto pez luchador tailandés, ni más aficiones que el boxeo y la escucha obsesiva de la Fantasía en Do Mayor de Schumann. Cuando Esteban acepta el encargo de proteger a una joven bailarina amenazada de muerte, se ve arrastrado a una oscura búsqueda donde un bailarín cojo, un enano entusiasta de las peleas de perros y un tenebroso empresario artístico forman el coro contra el que el boxeador hace la sombra, antes de que reaparezcan los viejos fantasmas del pasado. El mito griego del laberinto, los claroscuros de la novela negra, el fulgor de la danza y la épica del boxeo se mezclan en una historia traspasada de violencia y humor sardónico, pero también de un lirismo desesperado, donde las promesas rotas se guardan tras una insobornable ética de barrio.

Con *El gran silencio*, David Torres nos ofrece un grandioso fresco de la derrota y de su reverso, el fracaso; una narración fluida e implacable que sorprende a cada página por su fuerza, vigor poético e inteligencia, así como por ese esbozo de la nostalgia de lo que nunca se tuvo que encarna de forma indeleble Roberto Esteban, un hombre duro y honesto, a la vez tierno y salvaje, que sólo en la enigmática música de Schumann cifra el ensueño de ese mundo armónico que nunca alcanzará.



David Torres

El gran silencio

ePub r1.0
Titivillus 26.11.16

Título original: *El gran silencio*
David Torres, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espaebok.com

A mi hermano Dani, recuerdo de nuestros primeros combates.

Y a Ariadna, por supuesto.

Es duro ser negro. ¿Has sido negro alguna vez?
Yo fui negro una vez... cuando era pobre.

LARRY HOLMES,
campeón del mundo de los pesos pesados

1. Ecce homo

Tardé más de quince años en descubrir que la estampita con la cara de Cristo que colgaba del dormitorio de mis padres era mi propia cara. Lo descubrí en los lavabos de un vestuario, en México D. F., después de un combate a doce asaltos que no debió pasar de cinco. Unos brazos me bajaron del cuadrilátero, igual que a Cristo de la cruz, mientras mi alma seguía tendida sobre la lona y mi cuerpo balbuceaba en pie, flotando en medio de una espesa niebla de sangre. Mi alma y mi cuerpo se reencontraron en el espejo del vestuario, cuando las grandes larvas rojas que caían de mi nariz se estampaban pesadamente sobre la loza y mi mano abría el grifo para dejar correr el agua. Agaché la cabeza para mojarla y recibir un chorro frío en la nuca, y sufrí un acceso de pánico al erguirme y no reconocer en los párpados cerrados, los pómulos hinchados y los labios tumefactos, el estandarte habitual de la cara.

La estampita a la que mi madre había puesto marco y había colgado encima de su cama, era un primer plano de Cristo camino del Calvario, con el rostro ensangrentado y magullado, y debajo, una leyenda en latín que rezaba «ecce homo». No era un retrato muy bueno ni muy realista tampoco. Representaba el momento más humano de Cristo, expuesto como un luchador en un mercado de esclavos, jadeante y exhausto, cubierto de marcas de latigazos, unos momentos antes de que su espalda crujiera bajo el peso de la cruz y cuando su rostro no era ya más que un lienzo torturado y agobiado por una trama de diversos fluidos corporales: sudor, sangre, saliva.

Como se ve, los gustos artísticos de mi madre dejaban mucho que desear, porque aquel cuadro, desde luego, no era una obra de arte ni un artículo de fe, sino una salvajada: se veía que el artista, fuese quien fuese, había disfrutado lo suyo pintando los latigazos, los gargajos y las bofetadas, casi tanto como los sádicos que los propinaron. No era un pintor muy bueno, de hecho, la corona de espinas parecía un buñuelo y la expresión del rostro era más de animal que de hombre, pero eso acentuaba más si cabe el sufrimiento de aquel Dios que, según mi madre y el cura de la parroquia, había muerto por nosotros.

Yo contaba diez años y la muerte todavía no era más que una idea abstracta, algo que sólo pasaba en los telediaris y en las películas, o a algún anciano del barrio. La muerte era una posibilidad remota que latía agazapada en las ruedas de los coches, en la calle que cruzábamos treinta veces al día para ir hasta el descampado y fabricar una pista de tierra donde jugar a las chapas. Volvía a casa con las manos sucias de tierra y las rodillas desolladas por alguna caída y entonces mi madre decía: «Mírate, pareces un ceomo, vienes hecho un ceomo». Ella no sabía, y yo tampoco, que ese calificativo no era más que una contracción popular del latinajo que orlaba la estampita de su dormitorio. Un cura listillo condescendió a explicármelo en mitad de una clase, con una sonrisa de desprecio y de lástima, y yo subí a la tarima y le rompí la sonrisa y la cara.

Por aquella época, ya había cumplido los quince, ya no jugaba a las chapas y seguía sin mirar a los lados al cruzar la calle que llevaba a mi casa. Entre otras cosas, ya había descubierto que Cristo no había muerto por nuestra culpa ni se había llevado una somanta de hostias por nosotros. Las hostias no se endosan igual que los cheques. La tunda se la llevó él solito y todos los demás inventos de los curas del colegio —el rollo de la culpa y la expiación, la intercesión y el alma lavada de pecados— eran cuentos chinos. Puede que la cruz fuese su destino, pero la cruz no incluía forzosamente los latigazos y las bofetadas, las pedradas y los escupitajos: todo eso vino gratis, igual que el sobre extra de champú que regalan con un gel de baño.

«Ecce homo»: he aquí el hombre. Ésa fue la última lección que recibí en el colegio antes de que me expulsaran. Le rompí la cara a aquel listillo por corregir a mi madre, por reírse del modo en que mi madre usaba una expresión en latín para explicar un labio partido, un moratón en el brazo o una rozadura en el codo. Hice bien: aunque entonces aún no sabía que me ganaría la vida con las manos, empezaba a comprender que podía tropezar con aquella estación del vía crucis en cualquier momento, lo mismo sobrio que borracho, temblando entre las doce cuerdas o en el zapateado de un gitano, en un combate reglamentario por el título mundial o en una pelea de críos pegándose por unos cromos. Lo que no sabía es que iba a volver a encontrar ese rostro de dolor y de desamparo absoluto dentro del sobre de un informe forense, en una fotografía donde sólo faltaba la corona de espinas.

Para quien siempre consideró el colegio como un embrión de la cárcel, los domingos por la tarde siempre tienen el aroma triste y rancio de la vuelta al colegio. La semana ha muerto y su cadáver empieza a corromperse justo en esos platos todavía manchados de grasa, en esos minutos turbios que preceden a la siesta. Incluso la siesta en el sofá, delante de la televisión encendida, que nadie ve ni oye, es como un anuncio publicitario de la muerte, con nieblas grises sacadas de mañanas de lunes, sotanas prehistóricas y

jirones de himnos. Todavía amodorrado, oí cómo mi madre me gritaba desde la cocina que cogiera el teléfono y respondí al móvil —«¿diga, diga?»—, oyendo la voz de Sebas como si viniera desde otro mundo, desde los oscuros corredores de un colegio que ya no existía, entre los fantasmas de tiza de mis compañeros muertos.

Sebas me dijo que una especie de galápago llamado Morales me estaba buscando. Le cité en el Oso Panda a las siete de la tarde y apagué el móvil. Por un instante, con la cabeza embotada de sueño, tuve una reminiscencia del mismo plato sucio donde mi padre dejaba caer la ceniza del cigarrillo después de comer. Pero mi padre llevaba muchos años muerto, nadie fumaba ya en la casa, y los platos estarían escurriéndose en el fregadero, porque mi madre siempre se levantaba como un resorte para fregar los platos sucios, ya fuese fiesta, domingo o Navidad. Fui a la cocina a beber un vaso de agua y la encontré con el delantal puesto, frotando la bandeja del horno, y mirándome con esa expresión de lástima y de tristeza inquebrantable con la que las madres se enfrentan a lo que no tiene remedio.

—¿Estás sordo, hijo? El teléfono llevaba una hora sonando.

—Me quedé dormido, mamá —dije, acercándome hacia el armario. Ella adivinó mis intenciones y se me adelantó: abrió el grifo, cogió un vaso y lo llenó de agua fresca.

—¿Quién era? —preguntó, secándose las manos en el delantal.

—No lo sé —dije, después del primer trago—. Alguien que quiere encargarme un trabajo, supongo.

—¿Un trabajo? ¿En domingo?

—Los domingos ya no son lo que eran.

Mi madre meneó la cabeza con el mismo gesto de fatalidad y desamparo con el que había aceptado todas las decepciones de mi vida: la expulsión del colegio, la decisión de hacerme boxeador, la primera victoria, la única derrota. Incluso el cinturón de campeón de Europa, que tanto hubiera alegrado a mi viejo, lo había aceptado a regañadientes, como un regalo demasiado caro elegido con muy poco gusto que ahora tuviera que llevar aunque no le agradase. El cinturón, una cincha de cuero gruesa y con brillantes falsos, colgaba de la pared de mi antiguo dormitorio, pero supongo que mi madre lo hubiera arreglado con un par de puntadas —conforme a esos patrones que recortaba de anticuadas revistas de moda— para adaptarlo a un vestido de noche.

Aparte de la pensión miserable que le pasaban todos los meses, mi madre sobrevivía gracias al arreglo de vestidos para algunas señoras de los barrios ricos: mujeres demasiado orgullosas o demasiado inútiles para enhebrar una aguja llamaban a mi madre para que les acortara una falda o les cosiera un dobladillo. El ruido de la máquina de coser —un viejo artilugio de pedal que traqueteaba con el mismo ritmo de una locomotora fatigada— solía picotear mis oídos cuando era un niño y jugaba por los pasillos de la casa. Con la bolsa de una de mis primeras peleas le regalé a mi madre una

máquina de coser eléctrica, la más cara que encontré, pero nunca terminó de acostumbrarse a ella y la acabó guardando dentro de su estuche en un rincón del trastero. En realidad, no le gustaba el dinero que provenía de mis peleas y hoy, cuando hacía años que me había retirado del boxeo, me costaba un mundo conseguir que aceptara alguna ayuda mía, como si supiera que aquellos billetes que recogía a regañadientes estaban manchados de sangre.

—Bueno —dije, dejando el vaso en el fregadero—. Tengo que irme.

—¿Tan pronto, hijo?

Me encogí de hombros. Siempre que aceptaba la invitación de mi madre un domingo me quedaba sin palabras a mitad del almuerzo. Nunca habíamos tenido mucho que decirnos y el reproche mudo de sus ojos, los muros de silencio entre cucharada y cucharada, sus rápidos paseos hasta la cocina para retirar una fuente o traer el salero, todo eso no contaba nada ante el hecho de que ella era mi madre y yo su único hijo. Quizá no era un buen hijo, pero así eran las cosas. Aquellas quejas no expresadas se iban acumulando en el mismo despacho de correos donde se almacenan las cartas sin remite, junto con las invitaciones desdeñadas, las mujeres que dejamos pasar de largo en una barra, los golpes bajos y los combates nulos.

Le di un beso en la mejilla y salí a la calle. El sol de las cuatro me golpeó en plena cara, dejándome ciego durante unos segundos. Un chucho perdido se acercó a husmearme los zapatos y lo aparté de una patada. La luz daba de lleno sobre las paredes encaladas de aquella hilera de casas bajas que habían sido el decorado de mi niñez. Una acera llena de cacas de perro, un bosque de antenas de televisión, tabiques de hojaldre junto a los que me sentaba a oír las broncas de los vecinos. Durante mi breve carrera pugilística no había ganado dinero suficiente para comprar a mis padres la mansión que me prometí a mí mismo darles algún día: una casa de dos plantas rodeada de jardines de verdad, con piscina, perro guardián y una alta verja de hierro, igual que los chalés de Arturo Soria donde mi madre iba a entregar sus vestidos. Cuando no era más que un crío, me gustaba acompañarla, subir al autobús atestado de gente mientras mi madre apretaba contra el pecho el paquete donde había envuelto delicadamente los encargos. Yo no era más que un renacuajo, pero en aquellos viajes alcancé a percibir la frontera sutil que traspasaba el autobús cada vez que dejaba atrás la Cruz de los Caídos: los coches caros, las alfombras de césped, el olor a eucalipto y a lavanda, los árboles que derramaban generosamente su sombra por las calles. Ni siquiera los críos jugaban con los mismos juguetes descoloridos y baratos que los chicos de mi barrio: no llevaban cochecitos de plástico o espadas de madera, sino autos teledirigidos y rifles de pistones, y años más tarde, en las terrazas de verano, aspiré perfumes caros, comprobé la distinta calidad de las ropas, el resplandor de la piel de las jovencitas ricas y el brillo de los cabellos femeninos cuando han crecido sin otra preocupación que parecerse a la seda.

Envidia, sí, puede ser. Piensen lo que quieran. Miraba la cabeza gris de mi madre y sus manos, estropeadas por la costura y por años de coladas con jabón casero, y pensaba en la injusticia de haber nacido en un barrio sin jardines ni verjas, un barrio flanqueado por un solar sembrado de cascotes donde abundaban las arañas y las lagartijas, el olor a repollo de los portales, los bares atestados de gente a cualquier hora, siempre llenos de hombres taciturnos que bebían cerveza tras cerveza en un silencio maligno, y mujeres que volvían a casa después de pasarse el día fregando escaleras.

Por aquel entonces, ni siquiera sabía que existía algo llamado paro. Si me mandaban a comprar vino blanco a la bodega, me quedaba mirando el calendario donde una rubia espectacular me sonreía desde otro mundo, mientras sentía clavados en mi nuca los ojos de aquellos hombres nublados de vino. Pasaba el tiempo y las chicas se turnaban en los calendarios, cambiaban de bikini o de peinado, eran pelirrojas o morenas, llevaban lencería fina o iban desnudas, pero no envejecían, no morían, no se quejaban. Ése era su trabajo: hacer felices a los hombres que bebían solos en las bodegas o que se tiznaban de grasa en un taller de coches. En cambio, los ojos que resbalaban sobre el espejismo dorado del calendario eran siempre los mismos, vacíos, sanguinolentos, trémulos, igual que las manos que apretaban el vaso o la jarra de cerveza con otro fardo de tiempo a las espaldas. Años después comprendí que el paro había diezmado a toda una generación de mi barrio, del mismo modo que las jeringuillas y las cucharas se llevaron a buena parte de la siguiente o la cirrosis a mi padre.

Cuando pasaba frente al centro de recreo para la tercera edad que habían levantado en medio del descampado donde solía jugar de niño, me asaltó un recuerdo espurio: por un instante, pensé que las arañas que habitaban el viejo muro carcomido, y que cazábamos con palos, seguían habitando los intersticios de los ladrillos. Tres ancianos tomaban el sol sentados en un banco, junto a uno de los muros. El de en medio levantó su bastón en un vago ademán de reconocimiento, como si espantara a una avispa. Respondí a su saludo y entonces alzó una mano, haciendo una señal para que me acercara.

—¿Esteban? —preguntó con un golpe de tos—. ¿Tú eres Roberto Esteban?

Afirmé con la cabeza. El anciano refunfuñó algo en voz baja a sus colegas, algo como «¿Qué os decía yo?», y hundió el bastón en la arena.

—¿Seguro que eres Esteban? ¿El boxeador, el hijo de la Nati?

—¿Le conozco? —pregunté, lamentando haberle dado pie.

—No te acuerdas de mí —dijo el anciano, moviendo la cabeza muchas veces—. No te acuerdas. Yo era amigo de tu padre. Salvador.

Miré aquel rostro viejo y arrugado, tan parecido a los estropajos que mi madre se empeñaba en usar hasta que se le deshacían entre las manos. Miré la boca flácida, sostenida por la dentadura postiza, y los ojos perdidos entre un montón de telarañas,

pero no encontré nada, ni el menor signo que lo atara al pasado. No era más que un anciano anónimo bajo una boina, perfectamente intercambiable con cualquier otro anciano del barrio, con cualquiera de los colegas que le hacían compañía.

—Salvador, claro —dije—. ¿Cómo vamos?

—Cómo vamos a ir —masculló en una mezcla de exclamación, pregunta y responso—. Como el barrio.

—Ya —dije, y estreché la mano que se había quedado tendida en el aire desde su saludo con la paciencia de una vieja araña—. Me alegro de verlo.

Ya me alejaba calle abajo cuando vi que el viejo me hacía señas otra vez con el bastón. Volví a acercarme, me pareció que quería decirme algo. O eso o la dentadura se le había desajustado: el viejo movía la boca muy despacio y las palabras parecían flotar a un palmo de su cara.

—¿Qué ha sido de ti? —descifré al fin—. ¿Qué ha sido de ti todos estos años?

La pregunta del viejo me estuvo escociendo toda la tarde. ¿Qué había sido de mí? Era fácil de responder: había sido reciclado, lo mismo que aquel descampado, el antiguo colegio de los curas, o los pantalones campana que usaba a los catorce años. Mi madre —que jamás tiraba nada— usaba aquellos viejos vaqueros como piezas de recambio para otros pantalones —perneras, parches, rodilleras—; el colegio, que ocupaba la planta baja de un piso de vecinos, ya no era más que una tienda de ultramarinos; el descampado, mi antiguo campo de recreo, servía ahora para que unos cuantos jubilados jugasen al dominó o a las cartas. Mi carrera de boxeador, que tiempo atrás había llenado de orgullo a esos mismos jubilados, obedecía las leyes de la física, las cuales dictan que todo cuerpo debe caer a tierra cuando se agota el impulso que lo arrojó a lo más alto. Como una comadrona que juega con una criatura, la gravedad me había cogido otra vez entre sus brazos, obligándome a describir la misma caprichosa parábola que todos los púgiles que me habían precedido en el trayecto. El alcohol, las drogas, el matrimonio, la cárcel: daba igual el atajo que uno tomara, siempre iba a dar a la barranca, al despeñadero donde hacían cola los campeones que reinaron un día y que ahora se dedicaban a aparcar coches o a montar guardia en la entrada de las discotecas de moda.

Por mi parte, excepto el matrimonio, había tomado todos los atajos. Había bebido hasta embalsarme el hígado y había probado no la cárcel, pero sí un par de calabozos de comisaría. Había alquilado mis puños en peleas de mala muerte y había sido matón en casinos y burdeles. Mientras conducía de vuelta a casa, recordé aquellas trifulcas nocturnas con niñatos que gastaban cortaúñas en lugar de navajas y borrachos que ni siquiera se sostenían en pie solos. Era triste, pero era lo que había. El cura aquel al que rompí la cara de una hostia se presentó en el despacho del director, delante de mis

padres, el día que me expulsaron. El muy hipócrita dijo que me perdonaba; yo apreté los puños de rabia y por poco no le parto otra vez la cara. El director se atrevió a sermonear a mi madre, luego se volvió hacia mí y me dijo que tuviera cuidado con el camino que eligiera a partir de entonces. Elegir, no me jodas. Como si en la vida se pudiera elegir.

Mis manos eligieron por mí, el barrio eligió por mí. Había intentado escapar de allí mediante el boxeo, y el boxeo —mejor dicho: su envilecimiento, su reventa callejera— me había traído de vuelta al barrio. Daba igual que hubiera combatido en México o que viviera en un apartamento en Ópera: aunque cruzase medio mundo para disputar una pelea que me convertiría en aspirante al título mundial, subía al cuadrilátero con el aroma de mi barrio pegado a mis calzones. Aunque ahora, después de tantos años, tuviera que cruzar todo Madrid para volver a casa, seguía llevando encima el viejo olor a bodega y las chicas desteñidas de los calendarios.

En cuanto llegué a casa, me pegué una ducha. Sin saber por qué estaba furioso y mientras me secaba con la toalla, pensé de repente si con esos restregones quería despegarme la roña del pasado. Después de todo, San Blas no era tan malo; en Madrid había sitios mucho peores, calles donde la gente jamás mira de frente y plazas arboladas donde señoras que no merecerían limpiar los pies a mi madre sacaban a cagar a perritos cursis que no podrían hacer frente a una pelusa.

Llené la cafetera y la puse al fuego. Luego fui hacia la pecera y espolvoreé una pizca de comida para peces en el agua. Las partículas de colores se hundieron lentamente mientras el *Señor Rodríguez* las miraba sin prestarles mucha atención, mordisqueándolas de vez en cuando, como si sólo aceptara alimentarse al borde del hambre, empujado por un chantaje biológico. Algunas veces me tentaba la idea de soltarlo en un río, pero no estaba muy seguro de que el *Señor Rodríguez*, por muy duro que fuese, pudiese sobrevivir en el Manzanares. Cuando Sebas me lo regaló, años atrás, en una fiesta de cumpleaños que celebramos en el Oso Panda, ni siquiera supo decirme si era un pez de agua dulce. El tipo de la tienda sólo le había dicho que se trataba de un luchador tailandés y se lo había vendido junto con una pecera llena de corales de plástico y rocas falsas.

Fue lo más parecido a una auténtica fiesta de cumpleaños que había tenido desde la niñez. Sebas insistió para que me quedase hasta la hora del cierre e incluso invitó a algunas de las chicas que trabajaban en la calle y en los *topless* cercanos. En un momento dado se agachó y, cuando ya pensaba que iba a sacar una tarta con velitas, apareció con la pecera y su pequeño inquilino inspeccionando los cuatro rincones de su transparente prisión. Desde el momento en que lo vi, el *Señor Rodríguez* me recordó a un boxeador en el momento de saltar al ring, impaciente, nervioso, con la bata echada sobre los hombros, calentando los músculos y brincando de un lado a otro de la lona. Entonces, en ese preciso instante, tuve una sensación extraña, una revelación, una

suspensión del tiempo, un hechizo. No había bebido ni una gota (hacía años que no probaba el alcohol) pero volví a tocar fondo, oí otra vez la cuenta de protección del árbitro en un rincón neutral, antes de que Chamaco se lanzara a por mí, y reviví el crujido de terror con el que mi alma se despegó de la carne. Yo creía (lo creí durante todos estos años) que mi alma y mi cuerpo se habían reencontrado en los lavabos, después del combate, pero ahora, contemplando ensimismado los lentos giros de aquel minúsculo embrión rojo, comprendí que no, que mi alma seguía flotando en un limbo cercano, tanteando paredes de carne, golpeando las puertas de los aposentos de donde Chamaco la había expulsado a puñetazos. Allí había estado todos esos años, revoloteando fuera de mí, ajena a mis caídas y mis derrotas, y allí seguía en silencio, dando tumbos, como el feto de un aborto flotando en un frasco de formol, esperando que la dejen entrar de nuevo al mundo. No era más que una polilla asustada aleteando entre putas de mil duros, chocando contra las botellas de ron y de ginebra que había alineadas en las estanterías del Oso Panda. Alguien soltó un chiste que no oí: cuando levanté toda la cabeza, Sebas y las chicas se estaban riendo a carcajadas. Una de ellas dijo que lo mejor era que colocase un espejo en la pecera para aliviar la melancolía del animal (y desde entonces, el *Señor Rodríguez* solía pasar las horas muertas enfrente del espejo, escudriñándose minuciosamente, hipnotizándose a sí mismo, flameando sin esfuerzo, como un pequeño coágulo de sangre al que, de repente, le brotaran alas) y, con algo parecido a la envidia, añadió que aquel pececillo solitario no toleraba otros peces cerca, ni siquiera de su misma especie. Se matarían a mordiscos. Le pregunté si lo sabía porque era tailandesa. En realidad me dieron ganas de preguntarle cómo es que, sabiendo tanto de peces, trabajaba donde trabajaba. Entonces Sebas, que no había dejado de observar cuidadosamente al pececillo, comentó que empezaba a parecerse al dueño, y le mandé a tomar por culo. No sé si lo decía en broma o en serio, no sé si refería a la incesante persecución de un fantasma o a su perenne aire de mala leche, pero a mí el *Señor Rodríguez*, con sus brascas idas y venidas y su perpetuo mal humor me pareció un pobre gilipollas, un matón de pecera siempre en busca de bronca. La verdad es que ya le tenía lástima, me hubiera gustado soltarlo en un estanque o en un río, pero no en Madrid: aquí no hubiese tenido la menor oportunidad. ¿Qué se podía esperar de una ciudad que en vez de río tenía un churrete de agua sucia y mierda?

Encendí el aparato de música y Schumann inundó la habitación. Me serví el café en una taza y añadí azúcar. El *Señor Rodríguez* nadaba en medio de la música de cristal de su pecera, sorteando anémonas de plástico y rocas artificiales, mientras yo lo miraba flotar en las aguas turbulentas del piano, entre las burbujas de mi propia soledad. Es posible que si alguien —alguien que no nos conociera— nos contemplase justo en ese instante, pudiera sacar una idea equivocada de la situación: una escena nada violenta, apacible, hogareña; un hombre solo que toma un café un domingo por la tarde mientras

escucha la *Fantasia en Do Mayor* de Schumann y contempla tranquilamente a su pez en su pecera. En cierto modo era verdad, pero nuestro hipotético espectador no debería olvidar que el pez era un luchador tailandés y que el hombre era yo.

Llegué al Oso Panda con media hora de retraso. Saludé a Sebas al entrar y él me señaló con la cabeza a un tipo sentado al final de la barra. Debía de tener bastante interés en verme si había malgastado buena parte de la tarde en un garito infecto como el Oso Panda, pero soy de la opinión que pocas cosas mejores pueden hacerse con una tarde de domingo, aparte de esperar el lunes.

Lo estudié durante un minuto largo y convine en que la descripción que me había hecho Sebas por teléfono era bastante acertada: una especie de viejo galápagos desecado que observaba su vaso de whisky con hielo como si se tratara de alguna especie de insecto paleolítico. Me fijé en que apenas había probado la bebida y que, en el tiempo que llevaba esperándome, el whisky casi se había disuelto por entero en el agua, teñida de un vago color ámbar.

—¿Señor Esteban? —dijo de repente.

Se volvió hacia mí con un movimiento elegante y elástico que desmentía la impresión de vejez. Se hacía difícil calcularle la edad: tenía uno de esos cutis apergaminados, inmortales, dorados a fuego lento bajo la parrilla del sol y las travesías náuticas; los ojos claros circundados de arrugas que, más que edad, parecían revelar experiencia, sabiduría marina, crueldad tal vez. Llevaba unas gafas ahumadas, unas zapatillas de deporte y un chándal azul fluorescente que no desentonaba del todo con la decoración del local; unos colgantes de oro que relucían sobre el vello blanco del pecho, justo bajo la piel colgante del cuello que se dividía en dos pellejos de carne morena, estriada y cuarteada. Tenía el mismo gusto descaradamente hortera que muchos empresarios dueños de equipos de fútbol; de hecho parecía que venía de asistir a un entrenamiento. Pero Sebas se había equivocado: no parecía un galápagos sino una iguana, una milenaria y canosa iguana calzada con unas deportivas sin estrenar y un chándal del inserso.

—¿Es éste su local favorito? —preguntó—. Permítame decirle que el whisky no es muy bueno.

—No sabría decirle —dije—. No bebo alcohol.

—Es uno de los vicios que un anciano puede permitirse, digan lo que digan los médicos. ¿Puedo preguntarle por qué no bebe?

—Sí. Puede preguntarlo.

El viejo se quitó las gafas y alineó una risita feroz, hecha con dos hileras de dientes blancos y perfectos, más dos pupilas azul antártico. Sacó la pitillera de oro de la

chaqueta del chándal. Entre eso, el mechero que extrajo a continuación, las Rebook de importación y el trabajo del dentista, calculé que llevaba encima el alquiler de mi casa por un par de años.

—Y tampoco fuma, claro —dijo encendiendo un cigarrillo.

—Tampoco fumo.

—Entonces no me habían mentido sobre usted —dijo, aspirando una bocanada de humo y soltándolo poco a poco por la nariz: una vieja iguana respirando en tierra volcánica—. Me llamo Morales, Nicolás Morales.

—Encantado de conocerlo —dije—. ¿Puedo saber quién le ha estado aleccionando sobre mis costumbres y vicios, señor Morales?

El anciano se relajó en la butaca y echó un vistazo a la penumbra moteada del local como si se tratara de un parque de atracciones. En una de las mesas, un par de putas charlaban bajo una cristalera de colores; en otra, una pareja de mediana edad hacía manitas entre daiquiris y almendras. En la televisión, colocada en un pedestal alto, al fondo, Sebas tenía puesto un vídeo de patinadoras, como siempre. Una chiquilla rubia, vestida con un trajecito blanco, se deslizaba sobre las cuchillas como si llevase alas en los pies, un emblema de la fragilidad de los actos humanos y de la rapidez con que se esfuman las promesas.

—¿Les gusta el patinaje artístico?

—No lo sé —repuse—. Pregúntele a Sebas.

No iba a contarle que a Sebas su esposa le abandonó a los dos años de matrimonio y que, desde entonces, él grababa todos los campeonatos de patinaje femenino como una especie de recordatorio de lo que eran para él las mujeres: ángeles sonrientes que se deslizaban sobre hielo y cuyos pies cortaban como navajas. La muy zorra —una rubita menuda, con cara de niña— le partió el corazón. Fuese la hora que fuese, de día o de noche, de tarde o de mañana, en el Oso Panda siempre había puesto un vídeo con un delicado facsímil de su esposa sonriendo y volando sobre una nube congelada. Pero no tenía suficiente confianza con Morales como para contarle eso. Mejor que pensase que se trataba de una variante espiritual del cine porno.

—Tenemos amigos comunes, señor Esteban —empezó, al fin—. No sé si será excesivo llamarlo amigo, pero el comisario Muñoz es un hombre al que conozco desde hace bastantes años y que, en ciertos asuntos, me merece toda confianza.

—Bueno, yo no diría que Muñoz es un amigo precisamente.

Morales me estudiaba ahora con ferocidad, como si tuviera hambre. Sin embargo, su plato de almendras parecía intacto.

—El comisario me advirtió que también diría eso. Se ve que lo conoce muy bien, señor Esteban. Y eso quiere decir que es usted justamente el hombre que necesito.

—¿Para qué?

—Protección —dijo Morales, poniéndose las gafas, ocultando el destello de sus pupilas azules—. Soy representante artístico y me encuentro en una situación comprometida. Yo no, una de mis estrellas. Al principio empezó con lo típico: anónimos, ramos de flores, llamadas de teléfono a las tantas de la madrugada, amenazas. Ahora la cosa ha pasado a mayores. Alguien destrozó su coche a la puerta del teatro y la semana pasada intentaron atropellarla. Se salvó por un pelo.

—¿De quién hablamos, señor Morales?

Sus ojos se clavaron en mí como un par de chinchetas. Pensé si tenía párpados de verdad o sólo se los habían dibujado para terminarle la cara.

—¿Conoce a Laura Lasalle?

—No.

—¿Y a Laura Chacón? Era su nombre de guerra.

El nombre salió envuelto en una placenta de humo blanco. Repentinamente sentí calor y me quité la chaqueta. La colgué en el respaldo de mi butaca: el peso del teléfono móvil —un armatoste antediluviano que de móvil no tenía más que el nombre— tiraba de ella como un ahorcado de la soga. Busqué en los bolsillos y saqué un caramelo de eucalipto.

—¿La bailarina? —pregunté mientras desenvolvía el caramelo—. Claro. ¿Quién no?

—¿Qué sabe de ella, señor Esteban?

—Lo que todo el mundo, me imagino.

Todo el mundo era un decir. Pero quien haya estado alguna vez en la antesala de un dentista o en una peluquería y haya ojeado revistas atrasadas, forzosamente tiene que haberse encontrado alguna vez con ella. Una rubia delgada y lánguida, bella como una actriz de cine mudo, y famosa porque era la novia de Carlos Chacón, el bailaor gitano más grande de los últimos años. Pero Laura ya no ocupaba las portadas de las revistas del corazón, ni los reportajes a primera plana, cuando su boda con Chacón la convirtió, de la noche a la mañana, en la *prima donna* de la danza. Laura ascendió de golpe del anonimato al firmamento y los aficionados a la danza se frotaban las manos en espera de verlos a los dos sobre un escenario: una cópula de aire y fuego, la arrogancia del genio ardiendo al lado de una mariposa extenuada. Sin embargo, nunca bailaron juntos, no sobre un escenario al menos. Poco después de la boda, Chacón se fracturó una pierna en un accidente y los médicos aseguraron que no podría volver a las tablas, que se quedaría cojo para siempre. No pudo soportar la desgracia y cerró la compañía. En cuestión de unos pocos meses el mito flamenco se fue a pique, empezó a beber y pasó del desdén alegórico a una mueca de disgusto rancio. Ahora era Chacón quien parecía ir a remolque del prestigio de su flamante esposa y entre las malas lenguas circuló el rumor de que en realidad no se aguantaban el uno al otro y que el gitano la maltrataba.

—¿Sabe las últimas noticias? —añadió Morales.

Negué con la cabeza. Morales me miraba ahora divertido, con un brillo remoto en sus ojos voraces. Volví a fijarme en que no parpadeaba y por un instante sus pupilas azules parecieron contener toda la luz del bar.

—Se divorciaron hace unos meses, pero es algo a lo que preferimos no dar publicidad. Laura ha renunciado al apellido de su marido y quiere hacerse un nombre propio en los escenarios. Cualidades no le faltan, se lo aseguro. Pero Chacón está enloquecido desde el accidente, no la deja en paz. Mucho me temo que anda detrás de todo esto.

—¿Ha hablado con la policía? —dije, llevando el caramelo de un lado a otro de la boca.

—He hablado con Muñoz —respondió, como si hubiera alguna diferencia—. Muñoz me dijo lo que ya me temía: que la policía no puede hacer nada sólo por unas amenazas y unos anónimos. Que necesitan pruebas. Pero la danza es un arte frágil y delicado; requiere una concentración y una precisión absolutas. Laura no puede ensayar pensando que cualquier día, al doblar una esquina, un gitano del clan de los Chacón puede aparecer y rajarle la cara.

—Y Muñoz le dio mi teléfono.

—Me dijo que usted sabría hacerse cargo. Ésas fueron sus palabras. Que hablaría con Chacón y todo quedaría solucionado.

—¿Cree usted que un hombre como Chacón va a atender a razones?

Tal vez por primera vez en su vida, Nicolás Morales parpadeó.

—Mire, no sé qué entienden Muñoz o usted por hablar, pero está claro que hablando no va a solucionarse este asunto. Soy un hombre de negocios y tengo bastante experiencia, pero, la verdad, no sé cómo enfocar el problema. —Dio otra chupada al cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero—. Usted sí, me imagino. Muñoz me dijo que es un profesional, el mejor según su criterio. Yo le pago para que proteja a Laura, para que dejen en paz a Laura. Lo que haga o deje de hacer con Chacón no es asunto mío.

—Mi especialidad es partir piernas —dije, jugueteando con el envoltorio del caramelo—. Me temo que, en el caso de Chacón, ya se me han adelantado.

—Le pagaré un millón y medio. Limpio de impuestos.

Lo dijo muy despacio, como si fuese contando los fajos con los dientes, y como vio que la cantidad no parecía impresionarme, añadió de inmediato:

—Dos.

—Perdone, pero, según parece, yo no veo la mano de Chacón por ningún sitio. Podría ser cualquiera. Reflexione un momento: no voy a partirle la otra pierna sólo porque sea demasiado gitano.

—Quizá me he explicado mal —dijo Morales, recogiendo velas—. Sólo quiero que proteja a Laura.

—No soy un guardaespaldas, ni tampoco un detective privado. Me temo que el bueno de Muñoz ha exagerado mis habilidades.

Morales movía la cabeza de un lado a otro, con un resto de sonrisa en sus labios.

—No necesito un detective, ya tengo gente encargándose de eso. Pero su presencia ahuyentaría a los matones y daría confianza a Laura. Vamos, señor Esteban, yo vi algunas de sus peleas. Era usted muy bueno. No irá a decirme que tiene miedo.

—¿Usted cree?

—La verdad, no entiendo sus escrúpulos. Ano ser que formen parte de una maniobra para aumentar sus honorarios.

Arrugué el envoltorio y lo deposité en el cenicero. Yo tampoco sabía muy bien por qué estaba rechazando aquel chollo, pero no me gustaba el olor que desprendía: un aroma que salía directamente del pecho de Morales, un perfume de colonia masculina mezclado con oro rastrillado y canas. Morales suspiró, sacó la cartera y dejó un billete sobre la barra. Luego se bajó del taburete, alargó la mano y me entregó una tarjeta.

—Llámeme si cambia de opinión —dijo—. Buenas noches, señor Esteban.

Salió del Oso Panda balanceándose como si todavía le pesara en los pies el recuerdo de la última travesía en yate. Un tipo enorme le esperaba en la calle. Yo me quedé mirándome en el espejo, pensando cómo podía infundir confianza a nadie. En mis tiempos del colegio es posible que hubiese sido guapo, pero el boxeo siempre pasa factura. Alguna de mis antiguas novias, tal vez, guardaba fotos de la época en que todavía tenía una cara, en que la nariz fracturada y el mentón hundido no estaban delante de una cadenita, formando la primera línea de la guardia pretoriana de una discoteca. En fin, también había tías a las que les molaba ese rollo. También Joe Louis, el grande, había acabado de portero en un club nocturno. Pero Joe Louis, al menos, fue campeón del mundo de los pesos pesados.

—¿Un amigo? —preguntó Sebas mientras alineaba las copas.

—Ésa es una palabra demasiado fuerte, Sebas.

Sebas asintió y dejó un zumo de naranja sobre el mostrador. Mientras bebía un trago, pensé que dos kilos eran mucho dinero. No servirían para retirarme del negocio, desde luego, pero podrían echar una mano. No tenía ganas de pensarlo, de manera que ojeé la carta de bebidas del Oso Panda, una ristra de cócteles exóticos que, en mi otra vida, había probado uno tras otro. Aunque no era muy partidario de los sabores sofisticados y un buen bourbon era por aquel entonces mi mejor amigo, podía asegurar que Sebas era un maestro de las mezclas. Ahora debía contentarme con los combinados abstemios, donde, en mi opinión, Sebas no tenía rival. Por ejemplo, el *Barbarella* era un brebaje de su invención; llevaba zumo de zanahoria, fresas y manzanas, pero también un ligero toque de canela o de jengibre, no sé, algo que le daba un toque a imperios remotos. Sebas era el único hombre capaz de hacer que un zumo de fruta supiera a algo,

pero se negaba a darme las recetas para que yo pudiera ensayar en casa con la licuadora. Alguna vez intenté sonsacarle repasando algunas variaciones sobre los grandes cócteles clásicos, pero en ese terreno tampoco había nada que yo pudiera enseñarle. De modo que aquella noche mi austera ración de zumo de naranja se transformó en una melancólica añoranza de gotas de limón y pellizcos de sal, una genealogía de sabores fogosos y arcoiris translúcidos en la que me perdí como un eunuco en un harén turco.

Sebas seguía limpiando vasos tras la barra, flaco y calvo, silencioso y displicente, tal y como se supone que debe de ser un *barman*. Entonces tropecé con un nombre en la carta.

—Sebas, ¿cómo era esa anécdota que me contaste sobre el tipo que inventó el *dry martini*?

—Es una anécdota falsa, probablemente una fábula —dijo Sebas, acercándose hasta ponerse frente a mí—. Por lo visto, el *dry martini* lo inventó un *barman* cubano o español, no recuerdo. Se llamaba Martínez y de ahí lo de *dry martini*. Bien, en su vejez, el dueño de un local francés muy famoso quiso comprarle la receta. Le ofreció una millonada. Una estupidez, por supuesto, porque el cóctel ya era famoso en todo el mundo y nadie podía cambiarle el nombre. De haber aceptado, Martínez se hubiera forrado. Era pobre y murió en la miseria pero ¿sabes qué le contestó al francés? —Negué con la cabeza—. «No se puede vender la luna, *monsieur*». Qué te parece.

—El toque está en el *monsieur* —dije.

—Claro —repuso Sebas, sin dejar de limpiar los vasos—. Si algo tenía Martínez era toque.

—¿Tú harías lo que fuera por mí, verdad, Sebas?

—Ya lo sabes, tío.

—Dime la receta del *Barbarella*.

Soltó una carcajada y se metió en la cocina. Yo también me reí, saludé a las chicas y salí del local. La luna llena inundaba el callejón, volviendo innecesario el anuncio de neón del Oso Panda, donde el garabato de un plantígrado parpadeaba en morado y en verde. Media docena de rameras esperaban de pie, a la salida de los garitos, o apoyadas sobre los capós de los coches. Un viejo borracho, con un cartón de vino en la mano, farfullaba a nadie en particular, envuelto en una pelea con algún fantasma del pasado.

—Anda, anda. Muérete, gilipollas.

Al pasar junto a él, le puse un billete en la mano y el borracho me miró como si me reconociera, como si fuese algún adversario brotado de la nada. Luego miró el billete arrugado, murmuró otra vez «gilipollas» y me saludó con la mano. Me fui calle abajo, pensando en la réplica de Martínez. La frase tenía estilo. No se puede vender la luna, pensé. Ni comprar. Estaba sola, en otra órbita, en otro mundo, muy, muy lejos, danzando para todos, los hambrientos y los pobres de la tierra, pálida y viuda. También

para mí, también para las putas, las mulatas que fumaban apoyadas en el muro, también para el borracho que había reanudado su pelea justo en el punto donde mi limosna la había interrumpido.

—Anda, gilipollas, sal a la calle. Sal de una vez.

2. La campana

El lunes por la tarde acudí a una reunión de alcohólicos anónimos. Suelo ir al menos un par de veces al mes, no porque necesite afianzar la firmeza de mis promesas, sino ante todo para seguir una rutina. Seguir una rutina es importante, igual que en el boxeo: tantos abdominales, tantos golpes en el saco, tantos minutos con la cuerda. En realidad no pruebo una gota de alcohol desde mis tiempos de matón de discoteca, cuando acababa tan borracho que podía rematar la noche en cualquier cama, con cualquier furcia, de cualquier manera. Recuerdo que una mañana me desperté en una cama desconocida con una gorda de unos cincuenta años desparramada a mi lado. Estaba desnuda, exhalaba un vaho fétido por la boca abierta y yo ni siquiera era capaz de recordar dónde me la había tropezado o quién era. Me levanté de un salto al ver en la mesilla una dentadura postiza metida en un vaso. Vomité en el lavabo y cuando tuve fuerzas suficientes para mirarme en el espejo descubrí a un gilipollas pálido y ojeroso, desnudo, con rastros de sangre seca en la cara. Ya saben, era igual que en el chiste, sólo me faltaba un cordón en la boca y una oración en mis labios, rezando para que se tratara de una bolsita de té.

Pero ni siquiera eso me detuvo; en aquellos tiempos nada podía hacerlo. La sangre seca podía ser cosa de la gorda o restos de una pelea; lo más probable esto último, porque no había día que no acabara o empezara con hostias. Cuando dejé el boxeo, dejé también la disciplina, el orgullo, la manera en que drenaba toda aquella rabia negra que rebosaba mi corazón y que yo transformaba en arte sobre el cuadrilátero. Sí, el boxeo era un modo, una ética, una alquimia del sudor, del sacrificio, y dejarlo fue como abandonar una fe, una austera religión de talco, cuero y linimento. Sólo mucho después, cuando lo había prostituido para siempre en las peleas callejeras y la torpe esgrima de las botellas rotas, comprendí todo lo que se había ido con él: la tristeza animal y fatigosa de después de un combate, la felicidad salvaje de la sangre, la hinchazón del rostro que me devolvía de golpe a la primera y prodigiosa pelea de la niñez. Supe entonces lo que significa que te abandone la gracia.

Tengo en casa unos cuantos discos de Schumann. En realidad, son todos el mismo disco, pero eso no viene al caso ahora. En la funda de uno de ellos leí que Schumann perdió la movilidad de un dedo por culpa de una operación quirúrgica. Por lo visto, muchos pianistas tienen un problema con la membrana que une los dedos anular y corazón: cuando pulsan con este último, el muy cabrón arrastra al otro, lo mismo que un marido celoso. Schumann quería perfeccionar su técnica y se puso en manos de un cirujano inepto para que ejecutara el divorcio. El resultado fue una chapuza y Schumann nunca volvió a tocar como antes, mucho menos al nivel de su esposa Clara, la mejor pianista de su tiempo. Esa fractura le alejó para siempre de los escenarios, transformándole en un compositor, pero quién sabe si también rompió el delicado equilibrio de fuerzas en que consistía su genio. Su mente se fue hundiendo poco a poco en ese pantano misterioso al que llamamos locura, a falta de mejor nombre, hasta que Schumann decidió hundirla del todo una noche, en un río.

La gracia es así: llega, sopla, se va. Un día te susurra al oído el comienzo de la *Fantasia en Do Mayor* o el gancho de izquierda que tiró a la lona a Max Schmelling. Para irnos es una música, para otros un combate o el sabor del mar. Lo seguro es que un día, tarde o temprano, se irá, te dejará por otro, igual que una de esas furcias que te rompen el corazón y te abandonan por otro tío, y exactamente por los mismos motivos, por la misma razón que había llegado hasta tu cama, es decir, por nada. Sebas sabía algo de eso y las patinadoras que cruzaban en silencio las noches del Oso Panda estaban ahí para recordárselo. En cuanto a mí, no sabría precisar el momento exacto en que el viento suave de la gracia se apartó de mi lado, del mismo modo que no sabría señalar con precisión en qué momento pensé que podía encontrarlo otra vez en el fondo de una botella. No se pierde a una mujer de la noche a la mañana, no se extravía el talento de improviso, igual que si te robaran la cartera: es un proceso paulatino y cobarde, hecho de pequeñas renunciaciones, de pactos vergonzosos y apenas creíbles, una enfermedad, un vicio. Para cuando quieres darte cuenta, el adversario se ha esfumado, ya no tienes crédito en el banco, tu chica se ha largado con todas las maletas y ni siquiera ha dejado una nota en la mesilla.

El alcohol fue un pobre sustituto del boxeo, un triste *sparring*, algo así como irse de putas cinco años seguidos todas las noches después de perder al gran amor. Dejarlo no fue ni mucho menos tan sencillo como la otra cuesta abajo, qué va, me hizo falta tiempo, el regreso a la retórica del gimnasio, el terror a ver de nuevo la pared blanca de mi habitación infestada de arañas. Cuando empecé a acudir a las reuniones de alcohólicos anónimos, hacía meses que no probaba la bebida, pero regresaba allí de vez en cuando, del mismo modo que uno va a visitar el barranco donde un día casi se mata con el coche. Miraba a aquellos hombres y mujeres sentados en semicírculo y veía pedazos de chatarra, neumáticos quemados, hierros retorcidos, restos. Los oía hablar y

escuchaba voces de supervivientes, voces muertas, tendidas sobre los cables tenues de la fe y la desesperación, emergiendo entre los abismos descoloridos de la resaca. Estaba Pablo, un camionero que llevaba tres meses en rehabilitación y al que habían retirado el permiso de conducir por varios años. El paro lo había hundido en un círculo vicioso de donde era muy difícil salir: de vez en cuando conseguía algún cargamento ilegal y se arriesgaba a transportarlo, una doble infracción que podía llevarlo a la cárcel apenas el primer madero le diera el alto. Estaba Carmen, una cuarentona coqueta, que no hablaba demasiado y que cuando lo hacía, se echaba a llorar. Estaba Carlos, un gilipollas casado y con hijos que no se atrevía a decir la verdad a su familia y que se confesaba allí, delante de todos nosotros. Y estaba Samuel, el director del grupo, un hombre alto y espigado que no paraba de hablar y de hacer preguntas a los otros, una especie de converso de la nueva fe al que le encantaba contar una vez y otra cómo había escapado de las garras del vodka, muchos años atrás. Era un buen tipo, pero yo sospechaba que en sus relatos, en sus disertaciones sobre las torturas de la abstinencia, había un fondo de entusiasmo y nostalgia, algo así como el orgullo que siente un púgil retirado y ligeramente sonado al recordar los días de gloria, las descripciones que podía hacer un profeta en exceso vehemente del fuego del infierno, casi como si deseara caer en él.

De repente, Samuel dejó de hablar y alzó los ojos. Una mujer de pelo corto estaba detenida en el umbral. La puerta siempre estaba abierta, para que nadie sintiera demasiada vergüenza al llamar, para que, quien fuese, entrara sin ningún protocolo y buscara asiento en cualquier sitio.

—Buenas tardes, Sandra —dijo Samuel—. Hacía mucho tiempo.

Yo nunca la había visto pero había oído hablar de ella, desde luego. Y quién no. Llevaba años asistiendo a rehabilitación y estaba enganchada a la botella desde los quince. Lo había intentado todo para zafarse del trago: inyecciones, terapias de choque, clínicas extranjeras. Daba lo mismo: Sandra recaía en el hábito más tarde o más temprano. Como hacía años que no aparecía por las reuniones, Samuel la había puesto como ejemplo del poder de la voluntad, pero ahora su presencia en el umbral de la puerta desmentía su labor apostólica de un plumazo.

—Bueno —dijo con una especie de saludo general—. Aquí estoy otra vez.

—No te quedes ahí, siéntate —invitó Samuel.

Era una mujer joven, pero me fijé en su piel. Carecía de brillo y tenía una extraña cualidad de cuero. El alcohol parecía conservarla en una especie de intemporalidad, como una capa de crema aplicada sobre un zapato viejo.

—Me han quitado a mi hijo —dijo mientras se sentaba—. El cabrón de Jaime.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Samuel.

—Se lo encontró en el fregadero. —Sandra metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos. Extrajo uno y lo encendió—. Eso dice el muy

hijo de puta, que se lo encontró en el fregadero. No lo sé, yo llevaba varios días borracha, sin enterarme de nada. El mariconazo entró acompañado de la policía, traía una orden judicial o algo así. Dice que mi bebé estaba desnudo, llorando en el fregadero, entre un montón de platos sucios, que se había cortado con un cuchillo. — Emitió un largo suspiro, como una gaita desinflándose. Luego murmuró—: He perdido la custodia.

Samuel la alentó con un gesto para que continuase, pero pareció atascarse ahí. Yo había oído que Sandra provenía de buena familia, pero nadie podría jurarlo viendo la ropa que llevaba y el aspecto que tenía. Decían que sus padres se habían gastado una verdadera fortuna en intentar apartarla del alcohol, incluyendo costosos tratamientos en el extranjero, pero al final desistieron, desesperados, y acabaron repudiándola, lo mismo que Jaime, su marido. Seguramente lo último que le quedaba en el mundo era ese niño. Aparte del trago, claro.

—Lo siento, Sandra.

No quedaba mucho que decir después de semejante historia. Sandra siguió fumando. Alguien tosió. Samuel se palmeó las rodillas y dio por terminada la reunión. Mientras los otros se marchaban, yo me levanté y me acerqué a ella.

—¿Cómo se llama tu hijo? —pregunté.

No contestó en seguida, parecía ensimismada, atrapada en el humo del tabaco. Cuando habló, fue como si a una antigua ruina romana se le cayera un pedazo, una piedra.

—Raúl —dijo.

De camino al Oso Panda me dio por pensar a qué volvía yo por ahí, cuando hacía años que no probaba la botella. Más me valdría regresar al gimnasio, enfundarme unos guantes, sudar un buen rato. A lo mejor me gustaba escuchar esas historias, aprender de ellas, aunque no había mucho que yo pudiera decir. Al fin y al cabo, lo mío no era algo de lo que se pudiera hablar en un bar, a la salida del trabajo. Sin ir más lejos, la semana pasada no había podido cumplir un sencillo encargo. Era lo de siempre, alguien había contactado conmigo y me había pagado por adelantado para pegarle una paliza a un tío. Le pedí que me enseñara una foto y sacó una de la cartera.

—Nos estafó —empezó el tipo—. A todos los socios. No se imagina...

—No —le detuve con una mano—. Deje eso para el juez. A mí me la sudan sus motivos.

No me hacían falta, la verdad, me bastaba echarle un vistazo a la foto. Un hombre joven que empezaba a quedarse calvo, de ojos claros y labios finos, muy parecido a una serpiente. Menudo tipejo, había que ser gilipollas como para asociarse con semejante

pájaro. Verlo era odiarlo, de inmediato; no sé por qué al guardar la foto sentí una oleada de calor en los puños, una ansiedad por partirle la jeta cuanto antes. Mi cliente preguntó cuánto iba a costarle y le apliqué la tarifa más barata del catálogo, pensando que a lo mejor, con gusto, le habría hecho el trabajo gratis. Pero soy un profesional, tengo que atenerme a mis principios, por rastreros que sean.

Así que el primo me dio su dirección y seguí a mi futura víctima en coche durante toda la mañana. Aguardé hasta que el tipo aparcó en un garaje subterráneo, pero había demasiada gente alrededor y preferí esperar a que regresara a por su auto. Bajé las ventanillas, puse la *Fantasía* de Schumann en el radiocasete y me perdí en sus meandros. Ni siquiera me dio tiempo a terminar; el tipo reapareció en seguida y cuando lo hizo venía empujando un cochecito de niño. Salí del coche y ya iba hacia él cuando vi que llevaba algo dentro del carrito. Al principio pensé que se trataba de los paquetes de la compra, pero no, era una niña gorda y desmadejada, demasiado grande para aquel cochecito: los pies casi arrastraban por el suelo y el cuerpo rebosaba por los lados. Me detuve, el tipo rehuyó mi mirada y, cuando pasó a mi lado, me fijé en que la niña tenía los ojos esquinados, mongólicos, y un aparato de plástico en el oído. Murmuré una maldición, regresé al coche y arranqué de golpe.

Joder, no pude ponerle la mano encima. No creo que sintiera el menor atisbo de piedad por ese mierda, pero fui incapaz de sacudirle delante de su hija, aunque su hija fuese apenas una coliflor que no iba a enterarse de gran cosa. Era como si la vida hubiese hecho el trabajo por mí, con varios años de adelanto. ¿Qué coño me sucedía? ¿Me estaba ablandando? ¿O aquel episodio significaba el fin de mi vida de matón, el comienzo de otra cosa? ¿Quería decir que algo comenzaba a insinuarse en mi interior, despacio, muy despacio, que mi alma, vagabunda y borracha, había vuelto al fin del limbo donde llevaba años perdida?

No lo creo. Nadie cambia, y yo menos que nadie. Todo lo más, se puede modificar en algo una conducta, dejar de beber, casarse, divorciarse, tomar caramelos; pero esos sólo son pequeños reajustes, cambios de imagen, como cortarse el pelo, cambiar de sitio un cenicero o un cuadro, pintar de otro color las paredes de una casa. El carácter es la casa donde uno vive, y nadie puede escapar de su carácter: está encerrado por dentro, con llaves y candados. Ni siquiera la locura lo sacará de ahí: como mucho podrá picar los muros. Si no me creen, pregúntele a Schumann.

Tuve que llamar a mi cliente y devolverle su dinero. Iba a explicarle por qué pero le bastó con mirarme a la cara.

—Siempre ha sido un tío con suerte —masculló.

—Yo no diría tanto.

Era un asunto complejo, de hecho, llevaba toda la semana dándome vueltas en la cabeza. Pensaba en qué cojones me importaba a mí aquella niña subnormal y en lo fácil

que hubiera sido meterle a su padre dos hostias bien dadas, de esas que no dejan huellas visibles, pero que hacen que durante los próximos meses cagar se convierta en una aventura inesperada. Iba tan distraído que no me fijé en que alguien me llamaba por mi nombre.

—¿Señor Esteban?

Me volví. Desde la ventanilla de un Chrysler, una especie de enano de circo, gordo y con flequillo, me miraba a la altura del ombligo. Tenía una vocecita diminuta, acorde con su tamaño. Tuve que agacharme para oírle bien.

—Tengo un asunto que tratar con usted, señor Esteban.

—¿Me has encontrado en las Páginas Amarillas?

—Ya, es usted muy gracioso. Pero le aseguro que le va a interesar.

Sus rasgos parecían apelotonarse en un par de centímetros cuadrados, más o menos en el centro de la cara. De hecho, se parecía lejanamente a la niña mongólica apretujada en el cochecito. A lo mejor por eso le escuché.

—¿Y bien?

—Tengo entendido que acaban de encargarle proteger a alguien.

—Eso no es asunto tuyo, chiquitín.

—Es cierto, no lo es y no me importa. Pero la persona a quien represento está muy interesada en que usted se olvide del asunto. Pero que muy interesada.

—¿Cómo cuánto?

—Como medio kilo, señor Esteban.

Con uno de sus bracitos el enano golpeaba sobre un objeto que descansaba en el asiento de al lado, junto a la caja de cambios. Creí que se trataba de un maletín con la pasta, pero en realidad era una caja, una especie de baúl con una abertura lateral. Unos barrotes tapaban la abertura y algo parecía respirar dentro.

—Discúlpeme, pero se pone muy nervioso cuando oye a desconocidos —dijo el enano, metiendo la mano entre los barrotes y acariciando lo que fuese—. ¿Qué me dice?

—Medio kilo por no hacer nada es mucho dinero. ¿Y podemos saber quién es la persona interesada?

—Lo siento, no puedo complacerle. Desea permanecer en el anonimato.

—Ya.

El enano seguía moviendo el brazo dentro del baúl. Vi una franja blanca y un par de ojos brillando en la oscuridad. Sin saber por qué, de repente no me gustó la idea de que dejara aquello suelto.

—Es curioso. Fíjate, ya había rehusado por nada, porque sí, y ahora me ofrecen un dineral por hacer lo que ya he hecho. ¿No es gracioso?

—Para descojonarse. Aproveche su buena suerte.

—No sé —dije—. De pronto me pica la curiosidad. A lo mejor acepto.

—No se lo aconsejo.

—Es que, mira, me revienta que me digan lo que tengo que hacer. Es una manía.

—Muy mala para su salud, de veras.

Tiró del baúl como si fuese a sacarlo del coche. Pensé que no tenía más que girar la manecilla para dejarlo en el suelo.

—Procura guardarlo bien, bonsai.

Su apretado rostro pareció apelotonarse todavía más, se hizo indescifrable, como un jeroglífico en la página de pasatiempos.

—No me gusta eso que dice, señor Esteban, y tampoco me gusta el tono con el que lo está diciendo. No está bien juzgar a las personas por su estatura.

—Y a mí no me gusta que me amenacen. Escúchame bien, bonsai. Antes de hacer lo que vas a hacer, piénsalo dos veces. No debería advertirte antes de que sueltes ese bicho, sea lo que sea, pero piensa por qué llevo una chaqueta con el calor que hace. No soy muy buen tirador y no sé lo que llevas ahí dentro, pero te aseguro que desde esta distancia hasta yo puedo fabricarle otro agujero en el culo.

«Si es que tiene culo», pensé. El enano fijó sus pequeños ojos en el bulto que colgaba del bolsillo interior de mi chaqueta, junto a mi pecho. Empujó el baúl hacia el interior del coche, sonrió.

—Parece usted nervioso, señor Esteban.

—No lo creas. No eres mi tipo.

—Bien, puede que la siguiente vez que nos veamos mi oferta no sea tan amistosa.

—Todo es posible —dije—. Es uno de los principios de la ciencia moderna.

El enano giró la llave de contacto y arrancó el motor. Observé que todos los mandos del Chrysler estaban adaptados a su tamaño, como los de un minusválido.

—Tenga por seguro que volveremos a vernos, señor Esteban —dijo. Luego apretó a fondo, movió el volante con inesperada destreza y sacó el coche con una sola, límpida y espectacular maniobra.

—Llevaré una lupa —dije, mientras se perdía calle arriba, pero no creo que me oyera.

En la calle todo el mundo se volvió al oír el ruido del derrape. Hasta Sebas asomó por la puerta del Oso Panda.

—¿Otro amigo tuyo, Roberto?

—Sí, de los tiempos del circo, de cuando yo lanzaba cuchillos. Déjame ese bolígrafo, anda.

—Qué amigos más raros te echas a la cara últimamente —dijo, mientras yo apuntaba el número de la matrícula en la palma de la mano. Luego saqué el móvil de la chaqueta y pensé que quizá iba siendo hora de agenciarme un revólver. El anuncio de neón del Oso Panda seguía parpadeando con su ritmo temblón. Uno de los tubos llevaba

fundido desde el principio de los tiempos.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, devolviéndole el bolígrafo—. ¿Lo habías visto antes?

—¿Al enano ese? Sí, la otra noche. Entró el otro día mientras tú hablabas con el viejo.

—Deberías arreglar ese oso, Sebas —dije entrando en la acogedora placenta de madera—. Parece herniado.

3. La entrada al laberinto

Llamé a Morales por la mañana, y me dio la dirección donde ensayaba la compañía de Laura, un teatro cerca de Lavapiés, un local de construcción reciente. Apenas traspasé la entrada comprendí que era sólo una fachada, que se trataba de uno de esos viejos cines reformados, uno de esos antros que han sufrido diversas metamorfosis y reformas a lo largo de las épocas, dependiendo de las mutaciones del gusto —sala de fiestas, discoteca, variedades— y que acabaría como solar cualquier día de éstos. El aroma de la fragilidad y la vejez permanecía pegado a las paredes, un espíritu inmortal, indestructible, algo que no podían ocultar las capas de pintura ni arrancar la espátula; un olor mendaz, a fracaso y a polvo, alojado en los huesos del edificio.

Me llegó una ráfaga de sonido, una espuma de música lejana, y la perseguí por las tripas del teatro. Al fin encontré el rastro al cabo de un tramo de escaleras metálicas, pero cuando iba a subir una especie de kiosco de periódicos dotado de movimiento empezó a bajar los peldaños. Para su tamaño y peso lo hacía con bastante gracia. Me pregunté si formaba parte del ballet.

—¿Dónde crees que vas?

Lo miré de abajo arriba, desde la barriga hasta donde se supone que deberían de estar los ojos. Se había detenido dos escalones por encima de mí, pero aunque se hubiese agachado, habría tenido que mirarlo del mismo modo. Primero un enano y ahora esto. Desde luego, fuese lo que fuese en lo que iba a meterme, no estaba construido a mi escala.

—¿No sabes quién soy? —preguntó.

—La verdad es que no.

—Pues deberías.

—¿Tan famoso eres? ¿Te pido un autógrafo?

El kiosco de prensa sonrió, mejor dicho, su cara se comprimió en una vaga mueca humana. No estaba muy seguro de si había cogido el chiste.

—Da la casualidad de que yo sí te conozco.

—¿Sí?

—Roberto Esteban. Fuiste campeón de Europa de los medios. Pudiste haber llegado a campeón mundial, pero te quedaste en nada. Perdí un cerro de pasta por tu culpa.

—¿Cuándo?

—En tu pelea contra Chamaco.

—No sabes cuánto lo siento —dije.

El kiosco de periódicos se alisó la corbata, un pedazo de tela de muchos colores que, de lejos, podía pasar por un expositor de revistas.

—Creo que pudiste ganar esa pelea —dijo—. Entonces me dio la impresión de que hiciste tongo.

Busqué en el bolsillo de la chaqueta y saqué un caramelo de eucalipto.

—Oscar Chamaco era mejor púgil que yo. En este mundo y en el otro. En cualquiera de los mundos posibles. —Desenvolví el caramelo y me lo metí en la boca—. Había que ser gilipollas para apostar a mi favor. Ni yo mismo hubiese apostado a mi favor.

Sus ojos se endurecieron con una ligera contracción de las pupilas. Casi las sentí crujir, como si de repente las cubriera una fina capa de hielo.

—¿Qué coño estás buscando aquí?

—Mira, al principio te había confundido con un kiosco de periódicos. Pero resulta que yo no leo periódicos. —Chupé el caramelo, despacio, lo llevé de un lado a otro de la boca—. No tengo por qué darte explicaciones. Llama al señor Morales para eso.

—Tu puta madre.

—Mi puta madre tampoco lee periódicos.

Las palabras pueden dar una impresión falsa de la situación. En realidad, sólo estábamos tanteándonos, calentando motores, como en los compases iniciales de un combate, cuando dos púgiles que todavía no se conocen bien prueban la potencia de los golpes del adversario y miden la distancia que pueden alcanzar los suyos. Muy espectacular, sí, pero cada puñetazo lanzado no era más que un espectro de sí mismo, una bala de fogueo.

Se abrió una puerta y Morales apareció en lo alto de la escalera.

—¿Qué es todo ese jaleo? —preguntó, como si les hablara a una pareja de chuchos enzarzados en una pelea callejera.

—Nada. Este tío, que dice...

—Cállate y déjalo subir —ordenó Morales.

El kiosco de periódicos enseñó otra vez los dientes y se apartó un poco, lo justo para que yo pudiera pasar. No me quitó los ojos de encima y yo tampoco perdí los suyos de vista hasta que lo dejé atrás. Se pasó la mano por el mostrador que tenía por cabeza, cubierto por una fina pelusilla roja. Sentía su mirada en mi espalda, punzante como un par de clavos. Morales me precedió a lo largo de un estrecho pasillo.

—Le ruego que me disculpe si se ha excedido en sus modales —dijo—. Me olvidé advertirle que usted iba a llegar.

—Disculpe usted —dije más o menos a la mitad del pasillo—, pero yo creo que estaba bien advertido.

Morales se detuvo y me miró. No quedaba el menor rastro del chándal ni de las deportivas caras. Las había reemplazado con un traje de lino gris, a juego con su pelo, y unos zapatos claros. Pero, por mucha seda que se echara encima, su aspecto seguiría siendo el mismo: el de un lagarto antiquísimo tendido al sol de la tarde, inmóvil, esperando el paso de algún insecto incauto.

—Usted quiso probarme —expliqué yo—. Saber si me achantaría o no, y le dijo a ese animal que me apretara los tornillos. Quería saber si de verdad valgo toda la pasta que va a pagarme.

—Interesante teoría —susurró Morales, complacido—. No es usted tonto.

—Ni tampoco estoy tan sonado como parezco.

Llegamos al final del pasillo y empujó la puerta. Después se hizo a un lado y me invitó a entrar. El calor me golpeó en plena cara.

—Tengo que atender unos asuntos. Volveré en seguida. Mientras tanto, siéntese por ahí. Disfrute del espectáculo.

No pensé que fuera a disfrutar gran cosa. Morales avanzó por el pasillo central y habló con alguien en la primera fila de butacas. Luego desapareció por un lateral. Sobre el escenario, dos hileras de danzarines evolucionaban bajo los compases machacones de un piano. Más tarde se le unía la percusión y unas cuantas bailarinas más aparecían desde la izquierda. Giraban, se entrelazaban con los chicos, luego huían. Algo monótono, previsible, muy aburrido. Un coñazo, vamos. Me senté en una de las últimas filas y deslié otro caramelo. La música no avanzaba gran cosa y la escena tampoco, los golpes contra las tablas y los giros se sucedían sin compasión; de vez en cuando, una bailarina correosa alzaba el brazo y corregía con vehemencia algún detalle, los brazos o las piernas, como si una mano más estirada o un gesto ejecutado con más ímpetu hubiera servido para algo. La tía hablaba con una especie de ira contenida y malévola; desde mi butaca yo no alcanzaba a oír lo que decía, pero me imagino que no eran precisamente elogios. En un momento dado, una de las chicas se echó a llorar.

—Diez minutos de descanso —gritó la bruja, y toda la compañía se distendió, como un gran animal que de improviso relajase sus músculos.

Entonces uno de los tipos que estaba sentado en las primeras filas se levantó y vino hacia mí. Era guapo, quizá excesivamente guapo para ser un tío, con el pelo largo, moreno y rizado.

—¿Qué pasa? —dijo, cuando todavía no había llegado a mi lado—. ¿Le gustan los caramelos?

—Ya ve —repliqué señalando el bulto en mi carrillo.

—El ruido del papel debe de haberse oído hasta en los camerinos —dijo—. Procure no armar tanto escándalo.

—Eso dígaselo a los músicos.

Se detuvo a unos pasos de mí, con las manos en jarras, sonriendo como un actor de cine. Me fijé en que los rizos del pelo brillaban a la luz: debía de llevar toneladas de laca. Un tipo presuntuoso, acostumbrado a mandar, una especie de pavorreal. Parecía muy ufano de lo guapo que era. Me pregunté, sólo por no aburrirme, qué tal le quedaría la cara después de dos asaltos.

—El señor Morales no me advirtió de sus modales. Me llamo Felipe Ávalos —dijo, deletreando el nombre con presunción, como si fuese un actor de cine—. Procure no olvidarlo.

—Haré un esfuerzo, Ricitos.

—Me gustaría saber su nombre —dijo.

—Y a mí tocar el piano.

Puso las manos en la cintura y adelantó levemente una pierna, como si fuese a bailar algo. Pero sólo ladeó un poco su cabeza de efebo y fabricó algo parecido al encanto.

—Vaya, se cree gracioso —comentó—. ¿No le gusta la música?

—Ésta no.

—¿De verdad? ¿Entiende algo?

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. No me van los tíos.

—Verá, voy a contarle un poco de qué va todo esto —dijo, señalando hacia atrás, al escenario—. Sólo para que no se aburra cuando salgan otra vez los chicos. Es un ballet basado en la leyenda de Ariadna. Ariadna y Teseo. El escenario representa el laberinto. ¿Conoce el mito griego del Minotauro?

—Ni puta idea.

—Es una lástima. La falta de cultura siempre me ha parecido una desgracia. Si quiere, le informaré.

—No se esfuerce —aconsejé.

—Vamos. La cultura no hace daño a nadie.

—Le digo que no se esfuerce, si lo que pretende es molestarme. No estoy aquí por usted. A mí usted no puede molestarme más de lo que lo haría una caca de perro.

Ávalos recogió su simpatía, dio media vuelta y se marchó pasillo adelante. Se sentó otra vez a su butaca, mientras la bruja subía otra vez al escenario, daba dos palmadas al aire y gritaba algo a los músicos. Los bailarines volvieron a sus puestos, como abejas obedientes en un panal, y formaron otra vez en el centro de las tablas. A una orden convenida, empezaron de nuevo los giros, el sudor, los brazos arriba, los brazos abajo. En un momento dado, el piano y la percusión se sumaron a la danza, a contrapelo, en

una especie de frenesí epiléptico. La tiparraca gritaba para que los pies redoblasen el ritmo, más y más deprisa, pero era evidente, al menos para mí, que la velocidad no añadía nada bueno al conjunto. Cuando no había manera de acelerar más y el escenario no era más que una especie de picadora de carne sacudida por el ruido de una obra, de repente todo se detuvo.

Una joven entró desde la derecha, caminó despacio hasta el centro del escenario mientras los demás bailarines le dejaban paso. De repente alzó una mano y con ese simple gesto pareció suspender el tiempo, detenerlo, abolirlo; un acorde del piano y todo su cuerpo empezó a arquearse despacio, como la rama de un árbol. Poco a poco, bajo la ojiva de los brazos, fue alzando la cabeza hasta que la luz le dio de lleno en la cara. Apenas la reconocí en aquel gesto sereno, confiado, donde el esfuerzo apenas se adivinaba bajo la tranquilidad de los ojos. No sé si Laura era tan buena como decían, desde luego era infinitamente mejor que los otros: el espacio a su alrededor parecía abrazarla, y cada vez que se movía era como si las sombras la siguieran: una abeja danzando entre el zumbido del enjambre, ebria de miel en una mañana de verano. Avanzó hacia el borde del escenario y extendió una mano en señal de ayuda, como si quisiera llamar a un barco que se alejase. El gesto era tan nítido, tan cierto, tan desesperado, que por un instante pensé que era a mí a quien llamaba. Estaba tan ensimismado que ni siquiera oí a Morales cuando se acercó por detrás y me dio un golpecito en el hombro.

—Venga —susurró.

Salimos otra vez al pasillo. Me entregó un cheque firmado: un uno seguido de seis ceros.

—Le daré el resto cuando acabe el trabajo.

—No estoy muy seguro de haber entendido bien cuál es el trabajo.

—Creía que lo había dejado claro. —Morales pareció ligeramente molesto—. Proteger a Laura.

—Para eso ¿no tiene a ese tarugo? —dije señalando la puerta.

—Llama demasiado la atención. Es como irnos grandes almacenes. Usted es más, digamos, portátil.

Me encogí de hombros.

—Por mí, de acuerdo. Tendrá que darme los horarios.

—Ella sale a las seis, más o menos, todas las tardes. Usted la esperará a la salida y la seguirá discretamente donde vaya. Es muy importante que no se sienta vigilada. Tenga, su dirección.

Me alargó un papelito. Lo doblé y lo guardé en el bolsillo.

Morales dio media vuelta y abrió otra vez la puerta de la sala. Ya no necesitaba su buena educación ahora que me había contratado. Vi a Laura al fondo, girando bajo un

chorro de luz.

—¿Qué están bailando? —pregunté, antes de que cerrase la puerta del todo.

—La ceremonia previa a la matanza —replicó Morales desde la rendija—. Los bailarines son la ofrenda viviente al Minotauro. Ariadna les da la bienvenida antes de que entren en el laberinto y el monstruo los devore vivos.

—Ya —dije, como si supiera de qué me estaba hablando.

Después de ingresar el cheque, pasé por una librería y pregunté al dependiente por un manual de mitología griega. Hay boxeadores que saben justo dónde pegar: les gusta hacer daño, dar un paso atrás y ver el dolor en la cara de su adversario. Joe Frazier era así, decía que no le gustaba noquear en seguida a sus rivales, sino golpear rápido, alejarse y contemplar su terror. De haber podido, Tyson hubiera optado por hundir el hueso de la nariz en el cerebro al primer puñetazo, pero Frazier era más primitivo todavía, se parecía más al Minotauro: prefería comerse el corazón. Felipe Ávalos no era boxeador, pero le gustaba hacer daño y, desde luego, sabía cómo hacerlo. Me había pegado justo donde dolía, pero no le di el gusto de que viera dolor en mi cara. Pagué el libro, luego llamé a Muñoz y quedamos en que comeríamos juntos.

Muñoz solía almorzar en una cafetería de San Bernardo, casi a la salida de la comisaría. Era un local que siempre está lleno hasta los topes de maderos de paisano, los cuales tienen muy poco que ver con los polis que salen en las películas y en las series de televisión. Me pregunto si los guionistas y los actores que hacen esas series habrán visto alguna vez un poli en su vida. A uno como Muñoz no, desde luego.

Me senté cerca de la ventana y saqué el libro. Mientras hacía tiempo, leí el mito de Ariadna, una leyenda bastante compleja y bastante alambicada sobre la hija del rey de Creta. Yo recordaba algo de las clases del colegio, pero no tenía ni idea de los detalles. Veamos: en Creta había un rey llamado Minos que era un cabrón. Lo digo en los dos sentidos, porque lo era y porque su mujer, una tal Pasifae, se empeñó en ponerle los cuernos con un gran toro blanco. Como el toro no le hacía mucho caso, Pasifae tuvo que llamar a Dédalo, un viejo sabio, esclavo del rey, quien le construyó una especie de vaca de madera para atraer al semental. La muy guarra se metía desnuda dentro del artilugio, alzaba el culo y recibía las acometidas del animal por un agujero. Resulta que se quedó embarazada y dio luz a un monstruo, el Minotauro, que tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre. Qué cosas.

Una camarera con acento cubano me preguntó qué iba a tomar. Le respondí que un refresco de naranja y seguí leyendo. Vi caras de mala hostia en las otras mesas y en la barra: leer un libro en una cafetería de polis, con música hortera de fondo, es una ofensa imperdonable, pero me daba lo mismo. Me lo estaba pasando en grande con todos esos

griegos locos.

Bien, en aquellos tiempos daba la casualidad de que Atenas era tributaria del reino de Creta y que cada cierto tiempo debían entregar a Minos nueve hombres y nueve mujeres en concepto de impuesto comercial. Los pobres chicos eran introducidos en un laberinto, una compleja construcción ideada por el listillo de Dédalo, donde vagaban, hambrientos y perdidos, hasta que el Minotauro daba con ellos, los mataba y se los comía. Horripilante. Una variante más sustanciosa de las harinas cárnicas, y eso que se supone que los toros eran vegetarianos en aquella época, pero resulta que no, que hasta en esto copiamos a los griegos. En fin, Teseo, un príncipe ateniense, harto de toda aquella historia, se embarcaba como esclavo en uno de los cargamentos de comida precocinada, enamoraba a la hija de Minos, Ariadna, y ella le explicaba un pequeño truco para salir con vida del laberinto. Como el común de las mujeres, Ariadna era más lista que la mayoría de los hombres: Teseo era muy fuerte y muy valiente, lo típico, muchos cojones pero poco seso. Si no hubiese sido por la moza, se habría quedado para siempre tomando el sol en el interior del laberinto. Ariadna le dio un carrete de hilo que Teseo iba desenrollando a medida que se adentraba por los corredores de piedra: cuando tropezaba con uno de los hilos, significaba que ya había pasado por allí. Encontró al monstruo y le dio muerte con la espada. Luego sólo tuvo que ir recogiendo el sedal y desandar el camino. Cogió a la chica y se fugó con ella vía marítima; cuando se hartó, la dejó abandonada en una isla llamada Naxos, donde ella se quedaba llorando. Fin. Pensé que le estaba bien empleado, por traicionar a su padre con el primer palmito ateniense que se le ponía por delante.

Me gustó la leyenda y me gustó por varias razones. Los griegos sabían hacer las cosas, conocían muy bien la naturaleza humana, no como esos gilipollas de guionistas de la tele, con sus lecciones morales llenas de buenos y malos. Si se fijan bien, no hay nadie en esta historia que no sea un hijoputa: Minos es una especie de capo mañoso; Pasifae, su esposa, una zorra; Dédalo, un sabio loco irresponsable; Teseo, un matarife de tres al cuarto, tonto del culo y desagradecido. En cuanto a Ariadna, lo siento, pero a mí no me parece más que una niña pija más tonta que mis cojones. Si me apuran, el único que se salva es el Minotauro, pobrecillo, porque ya me dirán qué culpa tenía él de que su madre se follara a un toro en celo y de que su padre, temeroso del resultado, lo encerrase en un galimatías de piedra y le castigase a una dieta de carne de ultramar.

—¿Qué coño haces tú leyendo? —dijo Muñoz a modo de saludo—. ¿Estás enfermo o qué?

—Ya ves —respondí—. ¿Quieres sentarte?

—Manual de mitología griega —leyó Muñoz entre dientes, estudiando la tapa del libro como si se tratase de una prueba en un caso criminal—. Joder, sí que estás enfermo.

Muñoz encargó dos menús y encendió un cigarrillo. Debía de fumar unos tres paquetes al día y el olor del tabaco le precedía siempre, como el incienso al Papa. Tenía poco más de cuarenta años, pero aparentaba cincuenta, tal vez más. A veces uno llegaba a pensar que era el humo del tabaco el que le había teñido las canas. Seguía mirando el libro con una mezcla de reverencia y asco. Luego lo dejó sobre la mesa y se frotó los ojos en un gesto de cansancio. En momentos así, hasta le tenía cariño.

—Fumas mucho, Muñoz —casi siempre nos llamábamos por el apellido.

—Fumo lo tuyo y lo mío, qué quieres.

La muchacha cubana trajo los platos y sirvió la sopa. Muñoz se colocó una servilleta de papel en el regazo y sorbió una cucharada.

—Tú dirás —murmuró.

—Un tipo grande, enorme, un kiosco de periódicos. Pelirrojo, con el pelo cortado al cepillo. Corbata chillona. Muy malas pulgas.

—¿Te has tropezado con él? —preguntó Muñoz mientras se llevaba otra cucharada a la boca.

—Esta misma mañana.

—Entonces será mejor que te andes con ojo.

—¿Lo conoces?

Muñoz asintió con la cabeza. Probé la sopa: no estaba mal de sabor, pero los fideos eran gordos y flotaban en el caldo como gusanos. Una lástima.

—El Cáncer. Ex-policía. Un verdadero animal. Fue famoso en tiempos por lo bestia que era.

—¿Por qué lo expulsaron?

—Mató a un tío a hostias. —Muñoz dejó la cuchara en el plato y me clavó los ojos, supongo que para observar mi reacción. Imaginé que ésa era la mirada que utilizaba en los interrogatorios—. En plena calle. No, espera, creo que fue a un par de tíos. Una pareja de yonquis. Los mató a puñetazos.

—El Cáncer —dije yo, sin mover un músculo de la cara—. Y yo que lo confundí con un kiosco de periódicos.

—No era el primer tío que mataba, pero esta vez se le fue la mano, había muchos testigos y no hubo nada que pudiera arreglarlo. Pasó unos cuantos años en el trullo. Ahora se dedica a hacer trabajitos. Como tú, me imagino.

La camarera se llevó la sopa y la reemplazó por un par de filetes. Muñoz atacó el suyo con un ansia que me recordó al Minotauro.

—¿Vas armado? —preguntó con la boca llena.

—Sólo llevo esto. —Saqué mi navaja: un cocodrilo de hoja ancha y unos quince centímetros de largo. La llevaba siempre en el bolsillo de atrás y, aunque no era automática, llevaba un agujero en la hoja que permitía abrirla y cerrarla con una sola

mano.

—No está mal. Podías haberla sacado en tu último combate —dijo Muñoz, examinándola y cortando un trozo de filete con ella—. Pero si vas a pegarte con el Cáncer, no sé si servirá de algo.

Me la devolvió con dos dedos. Limpié el filo con una servilleta, la plegué y la guardé otra vez en mi bolsillo.

—¿Algo más? —preguntó con la boca llena.

—Sí —dije, pasándole un papelito—. Una matrícula. Un Chrysler rojo, modelo antiguo. A ver si me puedes echar una mano.

—Un Chrysler rojo —repitió Muñoz, guardándose el papelito—. ¿Quién es el conductor?

—No lo sé, me gustaría saberlo.

Probé el filete: estaba casi crudo. Siempre me ha gustado la carne poco hecha, pero de repente me repugnó la visión de la sangre.

—Lo conduce un enano —añadí, dejando el tenedor sobre el plato—. También con malas pulgas.

—¿A qué te dedicas ahora, Esteban? ¿Cuidas un circo?

—Tú sabrás —dije levantándome—. Lo de Morales fue cosa tuya.

—¿Ya has terminado? —dijo Muñoz apuntándome con el tenedor—. ¿No vas a comer más?

—No tengo hambre —dije, mientras sacaba la cartera—. Un enano, un kiosco de periódicos, un millonario, una bailarina. La verdad es que no entiendo nada.

—La vida es un enigma —dijo Muñoz, sin dejar de masticar.

—Un laberinto —añadí yo. Le hice una seña a la camarera.

—Ni se te ocurra —dijo Muñoz—. Estás en mi distrito. Si le cobras a este tío —añadió, dirigiéndose a la camarera— te abro un expediente y hago que te deporten.

—Gracias —dije. Y añadí—: Por todo.

—No me las des aún. Espera que termine el combate.

Golpeó el cuchillo con el tenedor, imitando el sonido de la campana entre asalto y asalto. Era su manera de despedirse. Ya iba a salir cuando la camarera me detuvo en la puerta. Vi a Muñoz que sonreía con su servilleta de papel colgada en el pecho y regresé hasta la mesa.

—Se te olvida el libro, capullo —dijo, entregándomelo, sosteniéndolo con dos dedos, como si fuese otra navaja manchada.





4. Cambio de guardia

Después del almuerzo con Muñoz, regresé al teatro a esperar a Laura. Me metí en el coche y leí buena parte del libro, historias sobre incesto, venganzas tormentosas y celos, muchos celos. Me gustaban los dioses que pintaban los griegos, nada que ver con las historias del colegio: la voz hosca que brota en el desierto o el ojo triangular flotando sobre nubes algodonosas. Si había dioses allí arriba, debían de ser así, poco más o menos: ancianos rijosos, tías buenas, tíos cachas.

Laura salió a eso de las seis, se despidió de Morales en la puerta del teatro, se metió en un deportivo azul y condujo hasta casa. Yo la seguí discretamente, como me había indicado el viejo, y me quedé un par de horas montando guardia, aburrido, hasta que pensé que nada malo le podía suceder, y entonces decidí darme una vuelta por algunos tugurios flamencos. Llamé a Sebas para pedir opinión y me dijo que no dejara de pasarme por el Casa Patas y el Candela. El primero me pareció el típico tablao para desplumar a extranjeros, donde si pedías una tapa de jamón te clavaban las manos a la mesa. Bueno, yo tenía pasta contante y sonante, así que cené —no muy bien, todo hay que decirlo— hice un par de preguntas y no saqué nada en claro. Nadie sabía nada de Chacón, y si lo sabían, no soltaban prenda. En el Candela fue más o menos lo mismo, aparte de un par de zumbaos que me amargaron la velada: una parodia de bailaor que iba y venía por el local girando como una peonza a cámara lenta, y un tipo triste que se sentó a mi lado en la barra. Llevaba un buen rato murmurando no sé qué hostias de montañas cuando me fijé en que no tenía dedos en las manos. Empezó a subir la voz y le mandé a tomar por culo. La música (por llamarla de algún modo) me estaba poniendo un dolor de cabeza de cojones, de manera que pregunté al camarero por Carlos Chacón y entonces me miró como si yo fuese subnormal profundo. Un par de gitanos acodados en la barra respondieron por su cuenta al cuestionario. ¿Laura Lasalle? Una zorra, hombre. ¿Chacón? Un gilipollas por casarse con ella. Eso no se hace, payo. El qué, pregunté yo. No hubo respuesta.

Salí a la calle a despejarme. La noche de Madrid es incomparable, eso lo sabe todo

el mundo. Su negrura está hecha con una sustancia más densa, más radiante, y apenas pueden verse las estrellas. Seguro que es un efecto secundario de la contaminación y de la cepa de mierda que nos cubre como un paraguas, pero a uno le gusta imaginar que podría ser la materialización de la libertad y la pureza, que en la noche de Madrid puede pasar cualquier cosa, aunque generalmente nada bueno. Pero de un tiempo a esta parte, entre las obras del metro y las nuevas líneas telefónicas, la ciudad parecía una topera, una madriguera de conejos, y no había manera de caminar un par de manzanas sin tropezar con unos andamios, un montón de ladrillos o las vallas de una obra. Madrid estaba llena de obras inconclusas, de túneles por terminar, de aceras levantadas, de atascos de tráfico, de estatuas horribles que brotaban en cualquier plaza como pesadillas de piedra, de chavales en paro que vagaban por las calles con las manos metidas en los bolsillos.

Afortunadamente, Madrid es una ciudad tan rematadamente fea, que un poco más de fealdad no la estropea. Es como uno de esos monstruos antiguos que, a lo largo de la película, van perdiendo los dientes, adquiriendo cicatrices y quemándose con ácido la cara: al final, de puros feos que son, es cuando realmente son ellos. Igual que yo mismo, al final de mi combate contra Chamaco, cuando de entre los puñetazos, la sangre y los cortes, surgió mi rostro verdadero. Yo estaba acostumbrado a la fealdad, podía soportarla, del mismo modo que soportaba el espejo por las mañanas. El terco recordatorio de que mi cara ya no era mi cara, sino una sucesión de derrotas, unas puntadas bajo la ceja, una claudicación. En un solo combate, a lo largo de doce asaltos, treinta y seis minutos, un mexicano bajito me dio la lección más importante de mi vida y, de paso, me confeccionó el rostro que tendría que llevar puesto desde entonces. Tuve que acostumbrarme a él, a ver cómo se volvía al escuchar mi nombre, a responder por mí. No hablo de los párpados hinchados ni de la fractura de mandíbula, del dolor en el hígado y de las manos tumefactas: hablo de la perplejidad de la derrota, del conocimiento de la derrota, un saber que no pertenece al reino de la carne y la sangre, pero que se encarna allí, gobierna allí. Eso lo saben muy bien los torturadores y los violadores, la manera en que la voluntad se somete al dolor físico, humilla la cabeza y traga cualquier cosa. Y cuando digo cualquier cosa, quiero decir cualquier cosa.

Repito: no es la derrota en sí misma, sino el hecho de la derrota. Es la aceptación, la resignación, la rendición. Fuentes, mi entrenador de toda la vida, me advirtió antes del combate contra Chamaco:

—Cuidado, Roberto. A ti no te han dado una hostia en la vida.

Le respondí con una bravata. Chamaco era un viejo. Yo tenía veintiún años, había combatido en diecinueve peleas y las había ganado todas, quince antes del límite. Y había recibido puñetazos de todos los colores.

—Una hostia como Dios manda no —insistió Fuentes—. Chamaco es un pegador

nato. De los más duros que puedas encontrar en el peso medio. Te puede parecer viejo pero en sus tiempos le aguantó seis asaltos a Hagler.

—¿Y qué?

—Entiéndeme. No es sólo que te machaque la cara o que te deje sonado para siempre. Es la experiencia del dolor. Tú todavía no sabes lo que es el dolor ahí arriba, en el ring. Eres bueno, tienes pegada, te mueves bien, pero no conoces tu auténtica valía. Pasar de Rodríguez o de Paviani a Chamaco es como pasar de pilotar una avioneta de hélice a un avión a reacción.

—Es la oportunidad de mi vida —repuse, orgulloso—. Como comprenderás, no voy a dejarla escapar.

Fuentes resopló y se frotó el cuello: su clásico gesto de desprecio con el que zanjaba una conversación o daba la razón a un imbécil. Tenía razón, claro. Chamaco me deshizo en el ring, absolutamente, de cabo a rabo. Y eso que, como púgil, tampoco era ninguna maravilla, no era Hagler ni Leonard ni Durán. De hecho, en sus mejores años, había perdido con los tres. Pero ésa era la diferencia: yo ni siquiera podía soñar en aguantarle seis asaltos a Hagler ni en levantarme del suelo después de uno de los hachazos de Durán. Chamaco ya estaba en decadencia, pero seguía siendo un boxeador rocoso que se agazapaba entre las cuerdas y pegaba con toda el alma. Me derrumbó tres veces a lo largo de los doce asaltos, pero no me rendí. Ése fue precisamente el problema: que no me rendí. Un cronista deportivo escribió que aquella pelea no fue un combate de boxeo, fue Numancia, y ya sabe todo el mundo cómo acabó Numancia y de qué les valieron a los numantinos tantos cojones. La cosa estaba perdida desde el tercer asalto, cuando, en un forcejeo en la corta distancia, Chamaco me cortó la ceja izquierda de un cabezazo. No dejé de ver rojo durante todo el resto del combate, pasé el tiempo flotando, recibiendo golpes, chapoteando en medio de una espesa neblina de sangre. Fuentes dijo algo de tirar la toalla en el sexto. «Si la tiras, te mato», respondí, sacando la voz de entre el par de almohadones empapados que eran mis labios. Cuando todo acabó, no veía nada, tenía los dos ojos cerrados y la cara como un mapa. Chamaco me abrazó y creo que le dije algo como «estoy aquí, ¿no?». Asintió con la cabeza. Fuentes se había largado de mi rincón y un brazo anónimo me guió hasta los vestuarios. Entonces, cuando vi mi cara en el espejo, me asusté: creí que era una broma o una pesadilla, que alguien había colgado el sudario de Cristo en los lavabos.

Madrid estaba hecha de la misma pasta que yo. No era una ciudad hermosa, ni siquiera muy buena, pero seguía en pie, aunque no fuese más que una jodida ruina, otra Numancia. Podían echarle encima lo que fuera, una guerra civil, un alcalde hijoputa, arquitectos dementes, yonquis, borrachos, putas, forofos del Madrid, vagabundos, maderos, quinceañeros, lo que fuese. Aguantaría los doce asaltos hasta el toque de campana, todos los asaltos que hicieran falta. Quizá ése era el problema. Quizá la ciudad

debería saber el momento en que no merece la pena continuar luchando, absorber más castigo, rendirse, arrojar la toalla de una buena vez.

Dormí toda la mañana de un tirón y en cuanto me desperté, me duché y di de comer al *Señor Rodríguez*. Le había tenido abandonado un par de días y me pareció que me miraba con más mala leche que de costumbre. Sus giros en el agua tenían un aire de orgullo ofendido y sus minúsculos ojos parecían decir: «Métete en la pecera, si te atreves». Pero claro, tenía suerte, él no sabía que la pecera era su celda, del mismo modo que yo sabía que la ciudad era la mía.

Comí en un bar gallego, muy cerca del teatro donde ensayaba Laura. Como me quedaban casi tres horas libres hasta las seis, decidí acercarme hasta una academia de flamenco que me había recomendado una de las camareras del Casa Patas. Se llamaba Amor de Dios y no me fue difícil dar con ella: me bastó seguir las instrucciones de la camarera. Pero estaba en el número indicado y no veía la academia por ninguna parte. Hasta que apareció una morena de pelo largo enfundada en unos vaqueros con una bolsa de deporte a la espalda, bajó una escalera al pie de la calle y empujó una puerta metálica. Aspiré el rastro de su perfume escalones abajo y al otro lado de la puerta encontré un pequeño vestíbulo lleno de danzarines y músicos, chicas charlando mientras estiraban las piernas, un joven sentado en una silla mientras sostenía una guitarra enfundada. El vestíbulo se estrechaba en un corredor donde había varias puertas abiertas, más chicos, más chicas, más guitarras. Hasta mí llegaban los ecos de las palmas, gritos y taconeos. Pero ya había dado con lo que estaba buscando. En un corcho de madera, a la izquierda, había un montón de anuncios: se dan clases de flamenco, se busca compañera de piso, etc. Abajo a la izquierda, leí:

VALLA A MALLORCA, VEA A CARLOS CHACÓN
EL MEJOR BAILAOR COJO DEL MUNDO. ¡OLE!

Hace falta mala leche, pensé. Estaba escrito a mano, con bolígrafo azul, en un papel cuadriculado y sujeto con una chincheta. Eso no era lo mismo que leer tu nombre en la puerta de un lavabo, debajo de un teléfono y un anuncio que dijese «chupo pollas». Todo el mundo en aquella academia sabía quién era Carlos Chacón y lo que había representado en el flamenco. Quitó el papel y me volví hacia el rincón donde la recepcionista atendía al teléfono.

—¿Busca alguna clase? —preguntó, sin tapar siquiera el auricular.

—Busco a Carlos Chacón.

—Ya no da clase aquí.

—Pero por lo visto, creó afición, ¿no le parece? —dije, enseñándole el papel.

La mujer leyó el anuncio entre dientes, murmuró «luego te llamo» y colgó el teléfono.

—Quién habrá sido el desgraciado —dijo, examinando el papel.

—Eso mismo iba a preguntarle.

—Cualquiera —dijo ella—. Aquí hay muchas rencillas, muchas envidias, muchas cuentas pendientes. No se puede imaginar usted cuántas.

—¿Ha visto un enano por aquí? —pregunté en un raptó de inspiración.

La mujer me miró como si fuera a partirme una guitarra en la cabeza. Luego me devolvió el papel, apoyó las manos sobre el mostrador y me mostró la cola de gente que había a mi espalda.

—¿Va a tomar clase o no?

—Mejor no. Gracias.

Di media vuelta y salí de allí. Pensé que de haber entrado Chiquitín, la recepcionista lo recordaría de inmediato. Un hombre de su tamaño no pasa desapercibido: hay que mirar bien para no pisarlo. El anuncio estaba colocado en el ángulo inferior izquierdo, a un metro escaso del suelo: Chiquitín no tendría ni que alzarse de puntillas para haberlo clavado. Tal vez era él el autor de la broma y no un estudiante gracioso. Pero no conseguía ver qué pintaba Chiquitín en todo el asunto. Estaba haciendo castillos en el aire y sólo había una cosa clara: que a mí no me pagaban por hacer de detective privado.

De cualquier manera, una semilla de suspicacia empezaba a crecer en mí y por primera vez pensé en serio dónde me estaba metiendo. Mientras caminaba, saqué el papel y lo examiné más de cerca: era una hoja arrancada de una libreta de colegial, escrita con mayúsculas grandes y blandas, con una falta de ortografía que hasta yo podía detectar, el punto de la «i» redondo como un círculo y el «olé» sin acento. Lo guardé otra vez en el bolsillo y me detuve en la Ronda de Valencia, junto a un grupo de gente que esperaba que cambiara el semáforo. De improviso, un tipo se lanzó a cruzar la calle sin mirar a los lados, provocando un estrépito de frenazos, volantazos y pitidos. Tuvo suerte de que el tráfico estuviera prácticamente detenido entre los grumos de un atasco, pero un par de coches se abollaron el guardabarros y, a mi lado, una señora sufrió un ataque de nervios.

—¡Subnormal! —gritó un taxista.

—¡Tarado! —matizó un conductor de la EMT.

El hombre se detuvo entre un caos de bocinazos e insultos. Llevaba gafas negras y parecía confuso, aturdido con el ruido, mientras palpaba los capós que le cerraban el paso, como un ratón atrapado en un laberinto de juguete. Entonces comprendí lo que

había ocurrido: mi móvil se había puesto a sonar en mi chaqueta y el pobre hombre había confundido el tono de llamada con la señal acústica que la ONCE había hecho instalar en algunos semáforos. Crucé la calle y le conduje del brazo hasta la otra acera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el ciego volviendo la cara a todos lados.

—Qué va a pasar, el alcalde que es un hijoputa —dije, dejándole apoyado en una papelera.

Me fui de allí, preguntándome si el Minotauro se acostumbró alguna vez al laberinto. Saqué el móvil y comprobé que tenía una llamada perdida. Era el número de Muñoz. Intenté llamar un par de veces pero el cacharro no me lo permitió. Era un vejstorio impredecible, neurótico, prácticamente menopáusico. Vi una cabina de teléfonos y rebusqué unas monedas en el bolsillo.

—Tan oportuno como siempre —dije, cuando oí la voz de Muñoz.

—Chaval, yo que tú cambiaba de teléfono —dijo él—. A no ser que lo uses para hacer pesas.

—¿Qué querías?

—He comprobado tu matrícula. A lo mejor vas a tener suerte y todo.

—Pues mira, falta hace.

—El coche pertenece a un tal Raimundo Cerero. Tengo una descripción suya y coincide más o menos con lo que me dijiste. Es más bien bajito.

—¿Lo tenéis fichado?

—Lo detuvimos, sí. Durante un tiempo se dedicó a la importación de animales salvajes sin permiso. Serpientes, tigres, cosas así. Ya sabes. Caprichos para ricos.

«Caprichos para ricos», murmuré, y recordé la jaula que llevaba en el Chrysler, junto al asiento del conductor, y en la bestia que se agitaba dentro.

—¿Tienes alguna dirección? —dije, sacando una libreta.

—No sé si debería dártela.

—Vamos, Muñoz —añadí—. En recuerdo de los viejos tiempos.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Me imaginé a Muñoz sentado en su despacho, jugando con el bolígrafo entre unos cuantos boletos de quinielas.

—¿Cuánta pasta hay por medio? —preguntó.

—Dos kilos —dije. Era una tontería mentirle a Muñoz: que fuese policía no quería decir que fuese tonto.

—Buena bolsa —dijo Muñoz—. Espero que no te lo gastes todo de una vez.

—Vamos, Muñoz. ¿Cuándo me he olvidado de ti?

—General Marvá, treinta y seis. Espero también que no se te vaya la mano. En recuerdo de los viejos tiempos.

Colgó. Era una frase hecha que utilizábamos de tarde en tarde, cuando uno tenía que pedir un favor al otro, algo no demasiado importante. En realidad, que yo recordara,

nunca había habido viejos y buenos tiempos con Muñoz, o quizá sí, cuando le vi por primera vez en el Campo del Gas. Uno de los promotores me lo presentó antes del combate contra un boxeador inglés, Leroy Nelson. Me advirtieron que era un comisario del Distrito Centro y que había apostado una pasta por mí. Se acercó hasta el rincón, me miró no con cara de póquer sino de mus con carajillo, me apuntó con el dedo índice a guisa de pistola y dijo: «No me falles, chaval. Mata a ese negro». Justo la clase de comentario que podía esperarse de un policía madrileño. Tiré a Nelson en el tercer asalto. Muñoz vino a visitarme en los vestuarios, me dio una palmadita en el hombro y me dijo que ya hablaríamos.

Cuando dejé el boxeo (mejor dicho, cuando el boxeo me dejó a mí), estuve metido en varios negocios turbios, matón de discoteca, portero de burdel, en fin, lo único que podía sacar en claro un tío sin estudios ni enchufes, un ex campeón del peso medio que no había currado en su vida y cuyo único talento era repartir hostias como tulipanes. Visité dos veces la comisaría y la segunda tuve suerte: el propio Muñoz bajó a hacerme una visita.

—¿Te acuerdas de mí, chaval?

Le escudriñé entre los barrotes. Más que el pelo canoso y la mueca amarga, fueron el apelativo y el tono, que quería ser cordial pero que no lo era, los que me lo trajeron a la memoria. Pero no podía precisar dónde ni cuándo. En aquellos tiempos, los nombres y los rostros flotaban en un río de alcohol puro, y mi vida era la barcaza donde me despertaba todas las mañanas, ya fuese en una cárcel, en la cama de una puta o en un banco del parque.

—Nos hemos visto antes, ¿no?

Muñoz negó con la cabeza, tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato. Llevaba las manos metidas en los bolsillos.

—Yo te vi a ti. Te vi zurrar a un negro sobre el ring. Eras muy bueno, chaval. ¿Ya no peleas?

—No sobre un ring.

—No sobre un ring, claro. Ahora te dedicas a hostiar a todos estos pobres desgraciados gratis —dijo, dirigiéndose a los dos moros y al negrata que me acompañaban en la celda, detenidos por vender relojes y discos piratas—. Por nada, por cuatro duros, en la puerta de una discoteca. Qué lástima.

Me encogí de hombros.

—Hay mejores formas de ganarse la vida —dijo sacando otro cigarrillo—. ¿No vas a volver a boxear?

—No creo.

El comisario encendió el cigarrillo, dio una chupada y se rascó la barbilla.

—Ya —dijo—. Bueno, no importa. Me caes bien, chaval. Ya encontraremos algo.

Desde entonces, Muñoz se convirtió en mi promotor fuera del boxeo profesional. Concertaba combates y buscaba contrincantes entre los bajos fondos. Luché en media docena de peleas clandestinas en un almacén abandonado, cerca de Fuenlabrada, peleas donde valía todo, patadas, cabezazos y mordiscos, y donde gané un buen montón de pasta. Pero prefiero no acordarme de eso: lo abandoné cuando empezaba a hacerme un nombre. Lo abandoné no porque acabase morado después de liarme a hostias con un paquidermo que acababa de salir de la cárcel, no porque despreciase a aquellos hombres bien vestidos y a aquellas furcias majestuosas que pagaban una millonada por contemplar aquel burdo espectáculo de gladiadores, ni siquiera porque sentía que poco a poco, combate a combate, me estaba convirtiendo en un perro de presa, sino porque sabía que estaba envileciendo el boxeo, prostituyendo el boxeo, lo único bueno, lo único claro y limpio que había tenido en la vida. Y eso sí que no.

Cuando llegué al teatro me metí otra vez en mi viejo Renault y me puse a esperar a Laura. Pensé por qué me molestaba en husmear por aquí y por allá, en intentar averiguar quién quería hacerle daño. Siempre me ha gustado conocer a mis rivales, pero esta vez era como pelear contra el humo. Había almorzado en un gallego, quizá por eso la comida me había llenado de morriña: me bastaba cerrar los ojos para imaginarme una vez más en la geometría perfecta del cuadrilátero, sentir la presión de las vendas y los guantes en las manos, el frescor del agua helada por la cara.

Al rato salió Laura, sola, y se montó en su coche. Al igual que el día anterior, la seguí hasta su casa, aparqué el Renault y monté guardia un buen rato delante del portal. Vivía en una zona residencial, en un edificio bastante alto, de unos quince pisos, con unos jardines llenos de álamos y sauces, todo protegido con una valla y una cancela que advertía «propiedad privada». Desde la cristalera de la entrada, el portero me vio merodear junto a la valla y me miró con cara de malas pulgas. Decidí que era mejor no llamar la atención, así que fingí que me había equivocado de número y regresé otra vez al coche. Pero el portero no se había tragado mi actuación y siguió observándome a distancia, sin molestarse en disimular, como si quisiera dejar claro que no iba a llenarle los buzones de propaganda. No podía reprochárselo: yo también fui portero en mis tiempos.

—Que te den por culo —murmuré, y encendí la radio.

Busqué una emisora con música suave, country o algo por el estilo, un colchón donde tumbarme, una especie de pomada que me permitiera pensar. No pensar en Laura, ni en Chacón, ni en Morales. Pensar únicamente en que hacía mucho tiempo que no recordaba mis combates, y, sin saber por qué, aquel día había vuelto a revivir el mejor, el peor de todos: otra vez la cara de Chamaco como un ídolo de pedernal, las

instrucciones de Fuentes entre asalto y asalto, el sonido de la campana apaciguando el griterío del público. Repasé la pelea de arriba abajo, golpe a golpe, esquivas tras esquivas, desde la angustia preliminar de los vestuarios hasta la caminata a ciegas entre mi propia sangre. Dios mío, qué feliz era entonces.

No sé cuánto tiempo pasó, serían las nueve o las diez de la noche. Recuerdo que ya había anochecido cuando vi que, antes de marcharse, el portero llamaba al telefonillo y hablaba con alguien. Al poco, una luz se encendió en una de las ventanas de los pisos de arriba y una sombra se materializó entre las cortinas. Me daba lo mismo. Tarde o temprano tenía que enterarse. Di marcha atrás a la cinta, subí un poco el volumen y Schumann transformó el crepúsculo en noche, como si el viento que soplaba desde el piano, a través de unas manos muertas, pudiera atravesar el parabrisas del Renault, la calle desierta, el envés de los álamos, la coreografía de las hojas en las ramas. No me di cuenta de que ella estaba a mi lado hasta que golpeó la ventanilla con los nudillos.

—¿Qué hace aquí?

No parecía asustada ni furiosa. Había surgido como por ensalmo: por algo era bailarina.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunté, bajando el volumen de la radio—. ¿Ha venido de puntillas?

—¿Quién es usted? Ayer hizo exactamente lo mismo. ¿Qué hace espiándome? ¿Es usted idiota o qué?

—Me quedo con el qué.

—Me parece que voy a llamar a la policía.

Me bajé de un salto. No fue por la escasa convicción con que lo dijo, sino por el coche que se acercaba hasta nosotros, tan suavemente como el propio crepúsculo. Pero no era ningún emisario del crepúsculo sino un Chrysler rojo y no me hacía falta leer la matrícula para adivinar quién iba al volante.

—Le advertí que volveríamos a vernos, señor Esteban.

Sin pensar, agarré a Laura de un brazo y la empujé dentro del Renault.

—Pero ¿qué hace? —chilló—. Suelte, me hace daño.

—Métase ahí y cierre el seguro —murmuré, sin perder de vista el Chrysler—. No se le ocurra asomar la cabeza.

Schumann seguía sonando, prestando un fondo involuntario a toda la escena. La verdad, como banda sonora, era demasiado buena. Ni Chiquitín ni yo necesitábamos tanto, nos hubiéramos conformado con el country.

—Será mejor que se aparte, señor Esteban.

—Eso hago, bonsai —dije, rodeando el Renault y acercándome despacio al Chrysler. Era una locura, pero no se me ocurrió nada mejor. Ya había utilizado el truco del móvil una vez y otra no iba a colar. Si Chiquitín iba armado, sólo podía confiar en

que tuviera mala puntería. Sonrió. Por encima de la ventanilla, su cabeza parecía la de un monigote de feria asomándose para que le acertaran con una bola de trapo.

—¿Le gustan los animales, señor Esteban?

No me dio tiempo a responder. Chiquitín accionó el cierre de la puerta y algo salió disparado del interior del coche. Cuando quise darme cuenta, ya lo tenía encima.

—¿Duele mucho, señor Esteban?

Era un bull-terrier blanco, musculoso, y mucho más grande de lo que parecía. Con un solo movimiento me había tirado de rodillas al suelo, mordiéndome en el antebrazo izquierdo. Durante un segundo me miró con sus pequeños y feroces y necios ojos: quería ver el miedo y el dolor en mi cara, pero no le di el gusto. Casi pude percibir su extrañeza, cierto titubeo en las mandíbulas, como si dijera «deberías estar cagándote en los pantalones, colega». Pero tenía cara de gilipollas y era evidente que no iba a soltarme hasta que su dueño se lo ordenara o hasta que me arrancara el brazo de cuajo. El primer topetazo de dolor ya había pasado y casi le podía sentir masticar: era como si ya no tuviera brazo.

—Buen perro —murmuré, buscando el cocodrilo en el bolsillo de mis pantalones.

Se lo hundí en el cuello, hasta la empuñadura, y luego removí la hoja en el interior. El perro hizo un ruido raro, como si le costara tragar algo, pero no soltó la presa. Se estaba ahogando en su propia sangre. Todo había sucedido tan deprisa que el enano ni siquiera me vio sacar la navaja. Parecía como si sólo estuviera jugando con su perro.

—*Charly*, mátaló —gritó sin bajarse del coche—. Al cuello, *Charly*.

—*Charly*, qué original —comenté, moviendo la navaja hacia arriba, cortando arterias, tendones y músculos. Las minúsculas y estúpidas pupilas del perro volvieron a clavarse en mí y empezaron a cubrirse de niebla—. Me parece que se ha atragantado.

Chiquitín empezó a ponerse nervioso. El perro, que antes era un manojo de músculos tensos, una polla a punto de explotar, se relajó de golpe, como si acabase de pegar un gatillazo. Oí un estertor, algo como el lamento de una cañería rota. Se estaba muriendo, pero el muy hijo de puta no aflojaba el mordisco. Me puse en pie, chorreando sangre, sosteniendo al bull-terrier con la otra mano.

—Vaya, algo ha debido de sentarle mal —dije—. ¿Qué le das de comer a tu perro?

Chiquitín masculló una maldición, arrancó el Chrysler y salió de estampida. Yo me quedé de pie en medio de la calle, como un pasmarote, sosteniendo el perro muerto apalancado en mi brazo. Laura emergió del Renault hecha un manojo de nervios.

—¿Está usted bien?

—Estoy bien, estoy bien. Me encantan los animales. Ahora vaya a casa y no se le ocurra abrir a nadie.

No me hizo caso. Se acercó hasta mí y examinó al perro clavado a mi antebrazo igual que un cepo en un coche mal aparcado.

—¿No puede quitárselo de encima?

—Ya me gustaría —murmuré—. Pero es bastante terco.

—Esa herida no tiene buen aspecto. Será mejor que suba a casa.

Negué con la cabeza. Unos cuantos vecinos se habían asomado por la ventana al oír el estruendo del Chrysler.

—¿Qué pasa? —voceé—. ¿Es que no puede uno sacar a pasear a su perro?

El dolor empezó como una irradiación, fluyendo desde las uñas hasta el hombro. Extraje la navaja y la limpié en la chaqueta antes de guardarla. Al fin y al cabo, ya estaba empapada de sangre.

—Suba conmigo —insistió Laura.

—De acuerdo —concedí—. Sólo un momento.

Cruzamos el jardín y entramos en el portal. Mientras esperábamos el ascensor, me fijé en el reguero de gotas de sangre que había ido dejando en el suelo. El típico embaldosado barato que quería imitar mármol y parecía la pared de un retrete. Por la mañana, cuando se hubiese secado, la sangre parecería otro diseño de la piedra. Me imaginé al portero con una fregona y sonreí. En el ascensor, el silencio que se iba coagulando a nuestro alrededor se transformó en un bloque de hielo: parecíamos un par de vecinos que no se conocen y que apenas han cruzado un par de palabras antes; una chica guapa que ha bajado a tirar la basura y un tipo raro que ha sacado a pasear al perro y se le ha muerto por el camino. Ambos desviamos los ojos para evitar que se encontraran durante el ascenso, pero no pudimos evitar que tropezaran en la escarcha del espejo.

—¿Se encuentra bien? —repitió ella cuando llegamos al quinto.

—Yo sí. El que está mal es *Charly* —respondí encogiéndome de hombros.

Sacó la llave y abrió la puerta. Me quedé parado en la entrada, goteando sangre sobre el felpudo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Voy a ponerte todo perdido —dije.

Me cogió de la mano y me condujo hasta el baño. Cortó con unas tijeras la camisa y la chaqueta y luego buscó un bote de alcohol para desinfectar la herida. *Charly* pesaba una barbaridad, era una especie de hipopótamo prensado, así que me agaché y lo dejé reposar sobre el lavabo.

—¿No puedes quitártelo de encima?

—Es un perro de presa. Me ha trincado bien. Creo que necesitaríamos una sierra mecánica para partirle las mandíbulas.

—¿Entonces?

Le dije que echara un chorro de alcohol en la boca del perro y que no se preocupara. Ya se cansaría más tarde o más temprano. Un pequeño fuego me arrasó el brazo.

—¿Quieres una copa? —preguntó guardando el frasco en el botiquín.

—Es un poco fuerte para mí, gracias.

—¿Whisky, ginebra, vodka? —ofreció, sin hacer caso de mi chiste—. ¿Una cerveza?

—No bebo. Pero te agradecería un vaso de agua.

Así que nos sentamos en el salón a esperar, como si fuese una velada romántica, ella fumando un cigarrillo y yo con una toalla y un perro muerto en el regazo. Hay que joderse.

—No ha sido buena idea subir aquí. Ese enano hijoputa sabe perfectamente dónde vives.

—¿Quién es ese hombre?

—¿No lo sabes?

Negó con la cabeza. Por primera vez me fijé en lo hermosa que era. No llevaba ni sombra de maquillaje.

—Pues él sí te conoce a ti, por lo visto —dije, intentando acertar con el color de sus ojos—. Se llama Raimundo Cerero. ¿Te suena ese nombre?

—No —dijo—. No lo he oído en mi vida.

—No quisiera parecer indiscreto, pero ¿tienes muchos enemigos por ahí?

—¿Enemigos?

Busqué en el bolsillo de la chaqueta y le tendí un papelito.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba clavado en el panel de anuncios de una academia de flamenco.

—¿En Amor de Dios? —Me miró otra vez a los ojos y casi no pude creerlo. Eran marrón oscuro, con vetas de verde húmedo, como la madera de un árbol bajo la lluvia. Avellana. Creo que lo llaman color avellana. Afirmé con la cabeza—. Parece una broma.

—Esto —dije señalando al perro— no es ninguna broma.

—¿Es Nicolás quien te ha contratado, verdad?

No contesté. Laura fue hasta la ventana, alertada por algún ruido de la calle. Miró entre las cortinas y después se volvió hacia mí, con una sonrisa nerviosa pegada en los labios.

—Eran sólo una pareja despidiéndose —comentó. Luego añadió, apartándose de la cortina—: Nicolás me habló de ti, me dijo que necesitaba un guardaespaldas. Le dije que ni se le ocurriera, pero ahora me alegro de que lo haya hecho.

—Laura, no podemos quedarnos aquí —advertí—. Si ese enano sabe que vives aquí, puede que lo sepa alguien más. Y yo no estoy en condiciones.

Se quedó pensativa, mirando el humo del cigarrillo. Luego asintió despacio, con un amago de miedo en los labios.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Buscar un lugar seguro —maldije a Morales en mi interior. Yo no era guardaespaldas ni nada parecido, pero no quería que ella se diera cuenta. Tuve que improvisar—. De momento, mi casa. Mañana, ya veremos.

—¿Quieres llevarme a tu casa en la primera cita?

Sonreí. Laura apagó el cigarrillo. Era evidente que ya se le había pasado el susto, pero que todavía no las tenía todas consigo.

—Bueno, fuiste tú quien empezó.

—Dame diez minutos.

Se levantó y fue al dormitorio. Me imaginé que se estaba cambiando y preparando algo de ropa. Desde el infierno de los perros, Charly me miraba con su gran hocico blanco y sus diminutos ojos idiotas. «¿Qué opinas?», pregunté. No respondió, quizá estaba ocupado mordiéndole las canillas a algún podenco celestial. Una baba blanca se había secado en el borde de las mandíbulas y las pupilas sin brillo parecían un par de brasas apagadas.

—Lo mismo pienso yo, colega —dije.

5. El hilo de Ariadna

No hablamos gran cosa en el trayecto hasta mi casa. Laura conducía mientras yo sujetaba al condenado perro para que no estorbase sobre la palanca de cambios. Rebobiné la cinta y Schumann repartió el tiempo como si fuese una baraja de cartas. Yo no merecía esa música, pensé. Y qué, nadie la merecía, al fin y al cabo. Laura bajó la ventanilla y el viento desbarató su pelo. Todos los semáforos fueron cambiando al verde y por un instante la velocidad, la música, los rizos sobre sus hombros, se aliaron en un único argumento, una empalizada de belleza demasiado intensa para poder soportarla o para que durara.

Pero duró, sucedió algo que rara vez sucede: todos los semáforos se encabalaron uno tras otro, del verde al verde, y el Renault fue deslizándose a través de calles silenciosas y de madrigueras oscuras, como si Madrid fuese un laberinto hecho de escaparates y farolas y mendigos, y Laura y yo, una pareja de héroes griegos. La música, tal vez, no era más que uno de los hilos que nos guiaba hacia las entrañas de la ciudad, a la morada del Minotauro, a no ser que se tratase de otro laberinto más sigiloso, más intrincado. Laura me pidió que le pasara un cigarrillo; me volví y rebusqué en su bolso hasta dar con el paquete de Fortuna. Se agachó un instante para prender el cigarrillo y la miré de perfil, con todo el viento dándole en la cara: por un instante pensé que podíamos ser una pareja de novios de vuelta a casa, con el perro apaciblemente dormido entre nosotros. Una idea conmovedora, desde luego, pero idiota, y lo malo es que sólo sería la primera de todas las ideas idiotas que se me ocurrirían aquella noche. No tendría que esperar mucho para conocer las otras. Gilipolleces, nada más: la marca de tabaco no era más que un nombre, el humo era humo, la música, música, la ciudad, una ciudad cualquiera. En cuanto al perro no estaba dormido sino muerto, a Laura la acababa de conocer esa misma noche, y la única razón de que siguiéramos juntos se secaba en la sangre que ensuciaba mi ropa.

Más detalles realistas. Yo vivía en un cuarto sin ascensor y mi casa, probablemente, estaría hecha una mierda. Por suerte era jueves, el día en que solía venir la chica de la

limpieza, de modo que, con un poco de suerte, no me encontraría con una leonera. Suspiré aliviado nada más abrir la puerta: no había una pila de platos sucios en el fregadero y pude decirle a Laura que se cambiase en el cuarto de baño sin temor a que se le quedasen los pies pegados. Alisé la cama con un par de zarpazos, saqué un par de sábanas y preparé el sofá para una larga noche de campaña. No quedó del todo mal, teniendo en cuenta que el puñetero perro seguía colgando de mi brazo izquierdo. Encendí el televisor, quité el volumen y fui pasando de un canal a otro en un grotesco carnaval sordomudo: una tía desnudándose, unos imbéciles hablando, una persecución de dos capullos en moto, un subnormal cachas haciendo flexiones, más imbéciles hablando.

Siempre me ha extrañado que digan que el espectáculo de un combate de boxeo es violento y dañino. Lo es, desde luego, pero al lado de cualquier debate televisivo parece una broma, una pantomima. Ni siquiera hacía falta subir el volumen; bastaba con mirar los ojos de los contertulios e interpretar sus gestos para comprender que aquellos tipos no conversaban para convencerse ni para hallar la verdad, sino para hacerse el mayor daño posible sin tocarse un pelo. Cuánto más limpio e higiénico hubiera sido proporcionarles unos cuchillos jamoneros y aguardar a que se sacaran las tripas en directo. Además, supongo que la audiencia habría subido.

—¿No vas a acostarte? —preguntó Laura, apagando la luz del baño.

—No tengo sueño —dije—. Pero me echaré un rato aquí.

Alzó la mano para despedirse y se metió en el dormitorio. Entonces caí en la cuenta de que se había puesto un pijama de felpa, nada sexy, con ositos estampados, se había cepillado los dientes y se había recogido el pelo en una coleta. Seguía igual de hermosa, por supuesto, pero su gesto de despedida en el umbral de la puerta —la palabra insinuada en los labios y la mano alzada— parecía el de una niña al dar las buenas noches. Ésa fue la segunda idea idiota de la velada, igual de conmovedora e igual de idiota que la primera. Antes su novio y ahora su padre, menudo gilipollas estaba hecho. Casi me dieron ganas de unirme a la tertulia, si es que no lo había hecho ya por vía telepática. Cambié de canal con un gesto de asco.

El mando de la tele en una mano y el perro en otra. La presión en el antebrazo se iba debilitando poco a poco, a medida que el dolor aumentaba. Lo soporté sin hacerle mucho caso, igual que un árbol tolera el peso de un fruto podrido colgando de una rama. Me preocupaban más los sentimientos paternos que empezaba a inspirarme Laura; no eran la clase de sentimientos que solía despertarme una mujer. De hecho no podía evocar el tiempo en que una mujer despertó en mí algo siquiera parecido. O quizá sí: yo llevaba bañador y palmeaba cubos de arena con una pala. Una vecinita de trenzas rubias miraba atentamente mi labor y de pronto un matón playero de unos doce años se acercó, derribó mi castillo de una patada y le arreó a la niña un bofetón. Yo me levanté y,

aunque era considerablemente más pequeño, le aticé un puñetazo. Mi primera pelea no fue lo que se dice un combate reglamentario: no hubo árbitro ni jueces, simplemente nos agarramos de la cintura y rodamos por el suelo. No hizo falta cuenta de diez: el grandullón salió corriendo después de un intercambio de guantazos, y yo me puse en pie, tambaleándome, con un gusto a arena en la boca. Tampoco hubo nadie que alzara mi mano: mi vecinita se había ido corriendo hecha un mar de lágrimas.

Unos años después llegó la ascesis del gimnasio, el sobrio monacato del entrenamiento, donde las mujeres no eran más que sueños solitarios o el rosado premio de una noche después de la victoria, hasta que llegaron las putas del Oso Panda. Pero la visión de Laura en la puerta de mi cuarto, con su pijama y su coleta, me llevaba de la mano a otro tiempo en que las mujeres aún no se maquillaban ni se pintaban los labios ni ahorrabán para la vejez, un tiempo en que no buscaban un hombre que las salvara de la soledad o que les sembrara una semilla en el vientre, un tiempo ido, apagado, huérfano, en el que con cada frase, con cada gesto, con cada plato, no insultaban al tipo que tenían enfrente y extendían a todo el género un odio que quizá nos merecíamos. Gracia, inocencia, pureza: eso me dijeron su coleta y sus pies descalzos, sus dientes limpios y su pijama estampado de ositos. Hablaban de una edad anterior a la pasión y a la cólera, donde ningún acto escondía su propósito, su plazo fijo, su súplica, donde todo se daba y se pedía porque sí; un juego limpio que es únicamente de los niños y de quienes logran salvar la niñez en el peaje terrible a la edad adulta, un juego que no excluye la crueldad ni la violencia, porque también los niños les arrancan las patas a las arañas y queman vivas a las mariposas.

Ahora yo también ahorraaba para la vejez, pero una vez conocí esa virtud, años atrás, entre las doce cuerdas adonde subía casi desnudo para alcanzar un círculo mágico donde se habían abolido las leyes, un reducto sagrado que los demás hombres contemplaban con ansia, con reverencia, con envidia, con odio, temerosos, asqueados de aquella soberana pureza con que dos de los suyos habían decidido prescindir de las armas y ventajas de la civilización y cambiarlas por unos guantes y unos calzones para dirimir en una suspensión mitológica del tiempo, el orden y la ley, una disputa inmemorial, infantil acaso. Me pregunté si el boxeo no sería precisamente eso, si yo no había llegado al boxeo no empujado por la miseria o el odio o la codicia, sino para hallar un rincón donde pudiera salvaguardar la infancia.

Entonces yo no ahorraaba para la vejez, en mí no había pasado ni presente ni futuro, sólo el aquí y ahora, sólo el juego, pero después de la pelea con Chamaco llegó el miedo, no el miedo al dolor o a recibir un golpe de más y acabar tendido en la lona, muerto y frío, sino un temor metafísico, un miedo hecho de precaución y preguntas sensatas, miedo a acabar balbuceando con la lengua de trapo, buscando una palabra entre los recovecos del cerebro, en el limbo de los púgiles sonados que creyeron haber

comprado una parcela del tiempo cuando la plaza sólo estaba alquilada. Ahora ya no, ahora ya lo había perdido, ahora todo lo más que podía acercarme a ese lugar era en uno de esos segundos fugaces en que un crepúsculo en la ventana, sin saber bien por qué, traía un olor a pan mojado, o cuando oía a Schumann, en esa música que Schumann había escrito para librarse de Dios sabe qué recuerdos o para conjurar Dios sabe qué crimen, pero que yo no podía pagarle, que nadie podía pagarle nunca, con ninguna moneda.

En la tele emitían uno de esos publrreportajes absolutamente cretinos que exhiben únicamente cuando se les ha acabado toda la demás bazofia, un anuncio larguísimo en el que en un retrasado mental ataviado con un uniforme de pescar truchas que acababa de comprar media hora antes intentaba explicarte las ventajas de un anzuelo mágico. Todo el tiempo, un número de teléfono vibraba impresionado sobre la pantalla. No creo que tuvieran muchos pedidos. En mi opinión, el anuncio poseía virtudes terapéuticas ocultas, era una estratagema para acabar con el insomnio, la definitiva, porque si no te quedabas dormido después de media hora de verlo, ya podías pegarte un tiro. O eso, o rajarte el cuello con una buena navaja y, de hecho, estaba pensando hacerlo cuando, con un crujido suave, las mandíbulas se abrieron y separé al perro de mi brazo. Lo llevé a la cocina, lo metí en una bolsa de plástico y lo tiré a la basura. Luego fui al cuarto de baño, abrí el grifo, dejé correr el agua y limpié la herida. Tenía una dentellada seca debajo del codo, con los cuatro agujeros correspondientes a los colmillos, uno de ellos lo bastante grande para meter un dedo, pero por suerte no le había dado tiempo a desgarrar el músculo ni había afectado el juego de la articulación. El incipiente hematoma asustaba más aún que la mordedura, anunciaba una paleta cargada de rojos, morados y verdes, como un pedazo de selva incrustada en mi piel o como si el sol se estuviera poniendo en mi brazo. Abrí el botiquín, cogí el bote de alcohol, lo destapé con los dientes y vertí un chorro. El escozor se transformó en un pequeño infierno, pero no me moví, no cerré los ojos, me quedé observándome fijamente en el espejo para averiguar si el dolor hacía su aparición en algún escondrijo de mi cara. Luego me eché un poco de yodo, corté un buen trozo de esparadrapo y me vendé la herida. Algún ruido debí de hacer porque, al volver al salón, encontré a Laura sentada frente a la tele.

—Lo siento —murmuré—. Te he despertado.

—No podía dormir —dijo ella.

Me senté a su lado. El imbécil del anzuelo seguía impartiendo su cháchara, pero como no tenía voz, lo mismo podía estar alabando las virtudes de un nuevo modelo de cuerda para ahorcar negros en Alabama.

—¿Te interesa la pesca? —preguntó Laura.

No respondí. Ella cogió el mando a distancia y subió un poco el volumen.

«Usted se sorprenderá de los resultados de este revolucionario invento. Sin cebo, sin

gusano, los peces acudirán solos...»

—Es increíble —comentó Laura—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde que nació, más o menos.

Sofocó la risa mientras el tipo se sentaba sobre unas rocas que parecían de cartón piedra y esgrimía la caña con tanta gracia como si fuese un paraguas.

«En efecto, amigo, no tendrá más que sentarse tranquilamente y dejar que su nuevo compañero de pesca haga todo el trabajo. Su revolucionario diseño con forma de hélice...»

Un trozo de esparadrapo se había soltado y lo apreté con más fuerza sobre las vendas. Laura debió de pensar lo mismo que yo porque preguntó de pronto:

—¿Eres boxeador?

—¿Quién te lo ha contado?

—Nicolás. Me dijo que pudiste haber llegado muy lejos.

Suspiré. A la mierda. Exactamente a la mierda: ahí había llegado. Entonces Laura hizo una maniobra que yo no había previsto, me cazó entre las cuerdas. Cualquier otra mujer me hubiese preguntado por qué dejé el boxeo.

—¿Cómo es que empezaste a boxear?

Me revolví en el asiento y eché de menos un cigarrillo, no tanto por las ganas de fumar sino por la necesidad de mantener algo vivo en las manos.

—Tuve que dejar el colegio en octavo, cuando mi padre murió —dije—. No había dinero en casa. Trabajé aquí y allí, en cualquier cosa, y un día Venancio Fuentes, uno de los entrenadores del gimnasio, me puso unos guantes y me hizo golpearle a un saco. No tendría quince años. Cuando terminé, Venancio me miró muy serio y me preguntó si quería seguir llevando bolsas de patatas toda la vida.

Más o menos era la verdad, si exceptuamos que me habían expulsado del colegio por romperle la cara a un cura. Yo era lo que los pedagogos llaman un niño conflictivo y la muerte de mi padre no hizo sino agravar el problema. No es que le echase mucho de menos ni que fuésemos una familia feliz, pero también decidí saltarme esos detalles.

—¿Nunca pensaste en volver a estudiar?

—Es triste volver al colegio donde estudiaste de niño y ver que ya no existe, que ahora es una tienda de ultramarinos. Donde antes estaba mi pupitre, sólo hay una cubeta llena de aceitunas.

No añadí que en el cochambroso descampado donde jugábamos a la lima y a las chapas, y cazábamos arañas, habían levantado un centro de recreo para la tercera edad.

—Yo también dejé los estudios —dijo Laura.

La verdad, no se lo había preguntado ni tampoco me interesaban los detalles, pero me imaginé que nunca habríamos coincidido en la misma clase. Era algo que se veía en la calidad del pelo, en el brillo de la piel, en la forma de coger un cigarrillo y encender

el mechero. No había más que ver el mechero que gastaba: un Dupont de oro macizo, elegante y cilíndrico, la reina de Inglaterra de los zipos.

«La pesca adquirirá una nueva dimensión para usted. Se acabaron las tardes de aburrimiento, la sensación de haber perdido el tiempo...» El parlamento del pescador de truchas se embrolló con sus palabras. Laura abrió y cerró la boca pero no pude entender qué decía.

—Perdona, no te he oído.

—Te preguntaba cómo fue tu primera pelea.

—Creo que ocurrió en la playa, una vez que defendí a una niña de un matón que intentaba robarle un beso.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete. Puede que ocho.

Laura se puso cómoda en el sofá, sentándose al estilo musulmán, sobre sus piernas cruzadas. Parecía, con su coleta, su pijama de ositos y su cara de sueño, una niña dispuesta a escuchar un cuento de hadas. El pescador de truchas seguía ponderando las virtudes de sus anzuelos, colocando una palabra tras otra, como si fuese levantando hileras de un muro de ladrillos. Ella y yo no teníamos nada en común, aparte del aire que compartíamos, nada, ni siquiera la infancia, y no sé por qué diablos podían importarle las peleas de un chaval de barrio, solitario y violento, a una bailarina que andaba por la vida de puntillas. Fue entonces cuando recordé que se había casado con un bailarín gitano de pura raza: quizá le gustaban los chicos malos. Sin embargo, al contrario que el pescador de truchas, yo no tenía mercancía que vender, ninguna razón para seguir hablando, ninguna historia que contar, ningún anzuelo.

—Ahora que lo pienso, casi siempre me ha tocado pegarme con gente más grande que yo, y siempre he ganado. —Me guardé la excepción para otro día: un mexicano bajito que me retiró de las tablas—. Recuerdo que en mi barrio había un chico apodado el Chino, un auténtico cabrón. Tenía los ojos rasgados y pinta de mandarín, y solía ir a todas partes montado encima de un pupitre, igual que si condujera un coche. El pupitre lo llevaba Parro, que era una especie de bestia y de esclavo personal del Chino, un chaval medio retrasado, tan grande como un hombre adulto y capaz de transportar un pupitre con un niño encima sin el menor esfuerzo. Parro tenía la costumbre de coger las hormigas, dejarlas corretear en la palma de su manaza y matarlas con un eructo. —Laura sonrió y abrió los ojos como si acabara de despertarse—. Te aseguro que es verdad. El Chino le tenía dominado y el subnormal de Parro le llevaba a todas partes montado en un pupitre robado, para que quedara bien claro quién era el jefe. Parro era idiota y el Chino un mierda, pero juntos formaban una especie de ente diabólico, algo así como un cuerpo y un cerebro hermanados para hacer el mal. Porque el Chino no sabía hacer otra cosa, y a veces, con esa crueldad propia de los críos, le gustaba

comprobar los límites de su poder, aterrorizando a los chavales en el recreo o esperando a los incautos en el parque. En fin, una tarde se le ocurrió venir al descampado que había enfrente de mi barrio, algo realmente serio, porque aquel descampado era nuestro feudo, una especie de solar abandonado donde los chicos de mi barrio jugábamos a la peonza y a las chapas. El Chino se presentó allí montado en su pupitre y custodiado por Parro, y nos prohibió jugar en el descampado. Todos titubearon, porque sabían muy bien que Parro era capaz de partírnos un brazo o una pierna, no sería la primera vez. Pero yo me planté y le dije que no me daba la gana, y entonces el Chino se rió y me achuchó a Parro, y Parro me plantó la manaza en la cara y me tiró al suelo, y cuando me levanté, de la nariz me salían dos chorros de sangre. Pero me levanté. El caso es que nadie había vuelto a ponerse en pie después de uno de los manotazos de Parro, del mismo modo que ninguna hormiga había sobrevivido a sus eructos, todos se echaban a llorar y salían corriendo en busca de un pañuelo. Yo me levanté, me llevé la mano a la nariz y luego miré fijamente a Parro y le dije «maricón». Parro se extrañó, dudó por primera vez, quizá, y miró a su jefe, como pidiendo consejo, y entonces el Chino perdió los nervios y gritó «machácalo, Parro». Entonces Parro me atrapó entre sus brazos y empezó a asfixiarme, y a mí, como tenía las manos inmovilizadas, no me quedó otro remedio que usar la boca: cerré los dientes sobre su pecho y mordí con todas mis fuerzas. Parro me soltó de golpe y se observó la camisa, yo creo que le asustó más la sangre de mi nariz que otra cosa, pero la verdad es que el mordisco le había desgarrado la camisa y todos pudieron ver que la tetilla izquierda colgaba de un hilillo de carne. Se echó a llorar como lo que era, un niño grande y tonto, sujetándose la tetilla que bailaba como un botón deshilachado, y echó a correr, dejando solo al Chino y a su pupitre, que aquella tarde se llevó la paliza de su vida.

—No fue un combate reglamentario —comentó Laura.

—No mucho, la verdad. Pero fue divertido.

No, pensándolo bien, no fue divertido contemplar el rostro de Parro cuando descubrió por primera vez el dolor y adquirió conciencia de su vulnerabilidad, la expresión de temor y desconcierto que nubló de repente sus rasgos de imbécil. No fue nada divertido asistir a la humillación del Chino, golpeado, pateado y escupido por media docena de chavales que antes ni siquiera se hubiesen atrevido a mirarlo cara a cara. El derrumbe del poder, la rebelión de los esclavos, la humillación, el gusto de la sangre en la boca, dos sangres mezcladas. El Chino no volvió a alzar la voz y de Parro nunca más se supo.

—Al Chino me lo encontré una vez, años más tarde, un día que fui a visitar a mi madre. Estaba en la calle, dando la vara, pidiendo dinero para picarse. Ni siquiera me reconoció.

—¿Y Parro?

—Ni idea —dije—. Lo más seguro es que acabase muerto en el parque de una sobredosis. Para los chavales de mi barrio, ésa era la muerte natural.

—Para ti no —señaló Laura, bajando los ojos.

—No. Soy una de las excepciones.

Se toqueteó la coleta con una mano. Dios, estaba preciosa. En ese instante, en ese silencio, pudo haber nacido algo, pero no nació, murió antes incluso de que hubiese cuajado. Las palabras no dichas, los actos ni siquiera esbozados, colgaban de mis brazos como el lastre de otro perro muerto con la tráquea rajada. Había cosas que no podían decirse, como que yo era un tío de barrio y ella una niña rica, cosas así de sencillas. Un problema de categorías, de pesaje. Yo era un peso medio del montón y ella un pura sangre. No sé por qué abrí la boca.

—El tiempo, sabes —dije por hablar, por decir algo—. Yo no tengo ni puta idea de danza, claro, pero ayer, cuando te vi bailar, sentí como si estuvieras dentro del tiempo. No bailabas fuera del tiempo, ni sobre él, no caminando ni nadando. Sino dentro del tiempo.

—¿Te gustó?

—Sí, me gustó. Pero no me refiero a eso. Quiero decir que estabas ahí, bailando para ti y para nadie, fuera de todo, inundada por la danza, y sentí que te daba igual, que podías seguir bailando horas y horas, olvidada del reloj, toda la vida.

—Pero en algún momento tendría que parar —dijo Laura.

—Sí, pero —continué, seguí hablando como si yo también pusiera ladrillos, como si fuese levantando un muro que me aislara de ella— es como cuando estás con un amigo y llevas bebiendo toda la noche, una de esas raras noches en que las cosas van como rodadas, y de repente sientes el contacto, una intimidad, un vínculo, sientes que no importa lo que pase, sois amigos, da igual que se acaben las palabras, es como si supieras que ese instante va a durar para siempre, aunque eso es una manera de hablar, claro, porque tarde o temprano tienes que parar, tarde o temprano llegará la mañana con sus obligaciones y sus horarios, tarde o temprano alguien tocará la campana.

Laura me miraba y fumaba, sin decir nada, mientras el idiota de la tele seguía vendiendo anzuelos con forma de hélice.

—Sé lo que quieres decir —dijo—. Aunque yo no tengo muchos amigos, sabes.

—Y yo no bebo —conluí.

De repente sentí un peso en las piernas y en los brazos, un gran cansancio se apoderó de mí como el crepúsculo de un paisaje. Laura apagó el cigarrillo, se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Apagué el televisor y me tumbé en el sofá. Cerré los ojos en busca de un recuerdo imposible, oculto en la quemadura de sus labios. Mi cara zumbaba como la pantalla de

la tele enfriándose, apagándose con un astro de luz remota al fondo. Laura olía a jabón y a sueño. Como la hija que jamás tuve.

Por la mañana me encontré en medio de un tumulto de sábanas deshechas. Fui despertándome por partes, las piernas, la boca, los ojos, hasta llegar al brazo izquierdo que seguía dormido cuando el resto de mí ya estaba en la ducha. Como me temía, el hematoma había tomado un hermoso color púrpura y se despejó al contacto del agua caliente con un lejano atisbo de cólera. Despegué las vendas y las arrojé al suelo de la bañera. Luego froté la herida con jabón y sentí un dolor distante, algo así como el interior de un hormiguero irradiando por las venas. Salí del baño, me puse el albornoz y preparé un café. Mientras la cafetera hervía, abrí y cerré la mano izquierda varias veces, para comprobar la amplitud de la lesión. Me molestaba un poco al apretar los dedos, pero nada grave: a *Charly* le podían dar por culo. De repente, sin previo aviso, recobré una escena entresacada en la red de pescar de los sueños. Llevaba un viejo uniforme lleno de polvo, un soldado entraba en la tienda y se cuadraba al tiempo que decía «mi general»; yo iba a responderle pero llevaba puestos unos guantes de boxeo en las manos. «Ayúdame a quitarme esto», le decía al soldado, pero él sólo replicaba, de pie: «Mi general, no hay tiempo». Yo luchaba para desenredar los nudos, tiraba de las cuerdas con los dientes, pero era imposible, no podía quitarme los guantes sin ayuda, y el soldado seguía ahí parado, muy rígido, saludando, mientras a lo lejos se oía un estruendo de jinetes. «Sácame de aquí», ordené al soldado, y él abrió la tienda, y yo salí, y entonces vi a mi ejército formado para la batalla.

El resto era borroso, confuso, no podía precisar la visión, pero mientras me tomaba el café comprendí que el sueño no presagiaba nada bueno. Si es que quería decir algo. Lo más extraño de todo —pensé, mientras me vestía— era la precisión con la que recordaba la sensación de tener las manos enguantadas, el esparadrapo, el talco, la pesadez torpe y arrogante de los guantes de boxeo. Hacía tanto tiempo que no me ponía unos que me asombró la nitidez con que mi memoria había reproducido los detalles, la presión sobre las muñecas y los dedos. Entré en mi dormitorio procurando no despertar a Laura, que dormía de lado, abrazada a una almohada. Busqué en lo alto del armario hasta que di con una bolsa de deporte donde guardaba un par de viejos guantes y algo de ropa. Le escribí una nota a Laura, por si se despertaba antes de que yo llegara, y salí de casa.

No podía decir que el gimnasio siguiera igual desde la última vez que salí por la puerta. La chica de la entrada era nueva. Había un par de aparatos con pesas cuyo propósito ni siquiera pude adivinar y alguien había cambiado el viejo saco donde había lanzado tanta rabia. Por lo demás, todo seguía lo mismo: el mismo cuadrilátero, las

mismas viejas cuerdas, el mismo espejo roto, el mismo feo suelo. Dos chavales armados con protectores peleaban entre las cuerdas, otro hacía abdominales en el banco, un tercero saltaba a la comba. No los conocía de nada y ellos a mí tampoco. El del banco alzó la mirada un instante, las manos entrelazadas en la nuca, y me hizo un vago gesto de saludo. Eran muy jóvenes, hermosos, altaneros, y me imaginé que se estaban preguntando qué se le había perdido allí a ese viejo. Porque yo también, cuando tenía su edad, era dueño de un cuerpo bello, dentro de la belleza exacta del peso medio, y estaba orgulloso de mostrarlo, y también consideraba que cualquier hombre mayor de treinta años era un anciano o un muerto, y le hubiese mirado con piedad al verlo empujar la puerta del gimnasio. Me sentí como un viejo fantasma que entra en un castillo de donde le expulsaron una vez y observa con un resto de lástima su sábana agujereada, las cadenas, los trastos de dar miedo.

Fui a los vestuarios y me cambié de ropa. Santos, el encargado de los vestuarios, tampoco me reconoció, ni siquiera cuando le pedí un poco de esparadrapo para atarme las manos. Me miró con su cara triste y sus gafas de pasta negra, los mismos ojos acuosos, indiferentes y translúcidos con los que llevaba treinta años mirando a cualquiera que le pidiera un poco de talco o unas vendas. Un chico ansioso, un joven aprendiz, un viejo campeón, daba lo mismo: Santos los ignoraba por igual a todos detrás de sus lentes de culo de vaso.

—¿Le importaría guardarme la bolsa?

—No —dijo, y cuando volvió a mirarme a la cara, pensé que me había reconocido. Pero sus ojos no tenían más expresión que dos peces sin vida flotando en la superficie de una pecera—. Para eso estamos.

Volví anudándome los guantes. Uno de los chicos, que acababa de bajar del ring, se quitó el protector de la cara y me dijo:

—¿Le ayudo, señor?

Asentí con la cabeza. La primera vez que me llamaron «señor» fue un crío en un autobús que me preguntó la hora. Tendría unos ocho años y yo, al mirar el reloj y responderle, me sentí como un jodido abuelo. No caí en la cuenta de que estaba corrigiendo una escena del sueño hasta que el chico se quitó sus propios guantes y me ayudó a ponerme los míos. El viejo general y el ayudante de campo unos instantes antes de la batalla. Tampoco le di mucha importancia; al fin y al cabo, yo mismo la había provocado.

—¿No va a calentar primero? —preguntó el chico, al ver que me dirigía al saco.

—Creo que no.

Golpeé despacio, probando la textura del saco, primero el puño izquierdo y luego el derecho en un latigazo. Uno, dos. Había perdido mucha práctica pero calculé que mi potencia seguía intacta. Eso es, tal vez, lo mejor del boxeo. Puedes perder los pies, la

agilidad, la destreza, pero nunca la pegada.

—¿Quiere cruzar unos guantes, señor?

El chico me había seguido hasta el saco y observaba mis movimientos. Le examiné de arriba abajo: tenía el pelo rubio y corto, no había cumplido veinte años. Un *welter*, quizá un *superwelter*. Era rápido y tenía experiencia; había arrinconado al otro chaval contra las cuerdas como una araña a una mosca.

—Vamos. No me emplearé a fondo —dijo, sonriendo—. Sólo un par de asaltos.

—De acuerdo —dije.

Subimos al ring y entrechocamos los guantes. Los demás chicos dejaron lo que estaban haciendo y nos rodearon. Me planté en el centro del cuadrilátero y él bailoteó alrededor de mí, entrecruzando los pies, esquivando un directo que amagué torpemente como un oso soltando un zarpazo. De improviso, ladeó la cabeza y atacó por el flanco, pero le sorprendió la facilidad con que detuve su acometida sin desmontar mi guardia.

—Muy bueno —jadeó—. Sí, señor. Muy bueno.

Entonces vi brillar sus ojos y fintó de nuevo con la izquierda. Le vi venir de lejos y me agaché al tiempo que soltaba un puñetazo que se estrelló contra su barbilla. El chico se tambaleó y dio dos pasos atrás, enfurecido y perplejo.

—Deberías ponerte el protector, chaval —sugerí, bajando los brazos.

Negó con la cabeza, afilando los ojos, montando nuevamente la guardia, golpeándose el mentón con los guantes.

—Como quieras —dije.

El chico bailoteó de nuevo a mi alrededor, soltando golpes que de cuando en cuando llegaban, unas veces sí y otras no. Daba igual que me alcanzaran, no los sentía apenas, pero me protegí el rostro en una parodia de guardia francesa y le dejé que se cansara y me golpeará a placer, hasta que pensó que estaba en sus manos. Sonreía con ferocidad, convencido de que mi réplica había sido pura chiripa, cuando reaccioné de golpe basculando el cuerpo de lado y lanzándole un gancho al hígado. El chico se dobló en dos, vi el pánico en su cara y lo acorralé contra las cuerdas, uno, dos golpes no muy fuertes, porque estaba completamente desarbolado. Aun así se fue escurriendo entre las cuerdas, mientras yo soltaba unos últimos puñetazos sin ganas.

—¿No te da vergüenza?

Reconocí la voz antes de darme la vuelta. Vi el pelo blanco, la barriga asomando entre los botones y la camisa colgando por fuera de su eterno pantalón a rayas.

—Qué hay, Venancio.

Esboqué un saludo con el guante derecho, mientras mi adversario, con un gesto hecho a partes iguales de pánico, vergüenza y rabia, alzaba la cuerda y bajaba del cuadrilátero.

—¿No te da vergüenza maltratar a un crío? —me increpó Fuentes. Y luego se dirigió al chico que buscaba la puerta de los vestuarios—. ¿Sabes con quién te has

pegado hoy, hijo? Roberto Esteban. Campeón de Europa de los pesos medios.

—Ex campeón, si no te importa —corregí.

—Lo que tú digas —masculló Fuentes, con su mala leche de siempre—. Lo que tú digas.

Bajé del ring y fuimos hacia los vestuarios. No me duché; ni siquiera había roto a sudar. Un dolor remoto hervía bajo las vendas, al fondo de mi brazo, muy al fondo. Me cambié de ropa mientras Fuentes me miraba sentado en uno de los bancos, con las piernas muy abiertas, para que la barriga pudiera reposar a gusto.

—No te cuidas mucho, por lo que veo —comentó.

—Mira quien habla.

—Yo no soy boxeador.

—Ni yo tampoco.

—Eso díselo al chaval al que acabas de zurrar la badana ahí arriba —dijo Fuentes, señalando con el pulgar como si estuviera parando un coche en la carretera.

—Lo siento —dije, abrochándome los pantalones—. Fue él quien empezó.

—Uno de mis mejores chicos —prosiguió Fuentes sin hacerme caso—. Una joya en bruto que ni siquiera había salido del boxeo *amateur*. Un chaval al que mimaba como oro en paño: míralo ahora, joder. Me costará un huevo convencerle de que suba de nuevo a un ring. No sólo le has dado una paliza. Lo has humillado.

—¿Qué pasa? ¿Nunca le habían dado una hostia en serio?

Es posible que me arrepintiera en el momento de decirlo, pero no cerré la boca a tiempo. Me volví hacia uno de los lavabos y me enjuagué la cara. Vi el reflejo de Fuentes en el espejo empañado: un buda gordo y canoso, vestido a la moda occidental, con una hernia en la ingle.

—A lo mejor, ése es tu problema con los boxeadores —dije, cortando un trozo de papel y secándome la cara—. Que los mimas demasiado.

—Roberto, yo era tu entrenador, no tu padre ni tu ángel de la guarda. Te di un consejo y no quisiste seguirlo. Sigo creyendo que era un buen consejo.

—Déjalo estar —dije, guardando los guantes, los calzones y las zapatillas en la bolsa, con una calma resquebrajada de furia.

—No, no lo dejo estar —dijo Fuentes, poniéndose en pie—. Si no te gusta, lo que digo, lárgate. Si no te gusta verme la jeta, ¿para qué coño vuelves aquí después de tantos años?

Me eché la bolsa al hombro y me lo quedé mirando.

—Tenía ganas de entrenar.

—Entrenar una mierda —cortó Fuentes—. Tenías ganas de pegar. Un saco, una cara, lo que fuera. Ese pardillo se te puso delante y aprovechaste la oportunidad. ¿Qué pasa, Roberto? ¿Se te han acabado los chulos de discoteca? Pues vete a tu casa y

cómprate un saco, joder. Y si tantos cojones tienes, úsalos de pera.

Sonreí. Fuentes era el único hombre del mundo al que no sólo le permitía que me hablara en ese tono: se lo exigía. Su arretrato de cólera me enterneció, comprendí que si me hablaba así significaba que no todo estaba perdido, que, aunque yo no, al menos él, mi entrenador de toda la vida, aún me consideraba un púgil y no un matón de feria, que aún había un vínculo, por pequeño y frágil que fuera, un cordón umbilical entre mi ombligo y las doce cuerdas.

—No has pulido mucho tu lenguaje, Venancio.

—Hablo como se sale de los cojones, para eso estoy en mi casa. —Alzó una mano y fue sacando los dedos uno a uno—. Te di un consejo. Te di dos consejos. Te dije que no pelearas con Chamaco hasta que estuvieses más rodado y te dije que te retiraras en el sexto asalto. ¿Lo hice o no lo hice, joder?

—Como hay Dios —dije.

—Eso es lo que quería oír —dejó escapar un suspiro, como el escape de gas de una cocina. En lo que a él respecta, el tema estaba zanjado—. ¿Hace un whisky?

—No, gracias.

—¿Lo has dejado al fin? ¿Del todo? No jodas. Me contaron cosas muy feas de ti, Roberto. No quise creerlas.

—Créetelas, Venancio.

—Si tú lo dices, tendré que hacerlo —masculló, mirándose los zapatos.

—¿Tanto he cambiado? —pregunté—. Santos no me reconoció.

—¿Quién crees que me avisó? Claro que te reconoció, mamón. Por eso mismo no te ha saludado.

Me acompañó hasta la puerta. Se me hacía raro volver a verlo caminar; siempre lo recordaba sentado, con los brazos descansando sobre las rodillas, o de pie, con una toalla al hombro. Antes de irse me tendió la mano, una mano grande y firme, de uñas cuidadas, que no parecía corresponderse con el resto.

—Cuídate, Roberto —dijo—. Y no dejes pasar tantos años.

Le estreché la mano con fuerza y él me devolvió el apretón en una muestra de afecto superflua. Me encaminé hacia la puerta, pero antes de haber dado dos pasos, me volví otra vez hacia él.

—Despídeme de Santos —dije.

—Claro.

—Una cosa, Venancio.

—Tú dirás.

—¿Crees que tendría alguna oportunidad contra un peso pesado?

Fuentes me miró de arriba abajo, con ojo profesional, y se rascó la cabeza.

—¿En cuánto estás ahora? —preguntó—. ¿Ochenta? ¿Ochenta y cinco?

—Ochenta y uno —dije.

—Creo que fue Dempsey quien demostró que ochenta kilos es todo lo que se necesita para tumbar a un tío, por grande que sea. Ochenta kilos y una buena pegada. Pero me parece que no estamos hablando de boxeo, ¿no, Roberto?

—Me parece que no.

Le dije adiós con la mano, me eché la bolsa al hombro y empujé la puerta del gimnasio. El día me recibió con un bofetón de calor, un adelanto primaveral de lo que nos reservaba el verano. Las chicas guapas se habían apresurado a sacar vestiditos y minifaldas y paseaban embadurnadas con sus pinturas de guerra, como abejas en la parada nupcial —si es que las abejas hacen esas cosas—. Un maricón vestido con una camisa floreada me guiñó un ojo al cruzar un semáforo. La ciudad entera se preparaba para el apareamiento, como si los tubos de escape destilaran efluvios sexuales y los intermitentes fuesen amapolas.

Fuentes tenía razón, como siempre. ¿Para qué había vuelto al gimnasio? Quizá tenía ganas de pegar, quizá las hostias que le había perdonado a aquel mierda por culpa de su hija subnormal se me habían quedado pegadas a las manos, acumuladas en los dedos, y no había tenido más remedio que soltárselas al primero que se cruzó en mi camino. Pero no era verdad. Las hostias no se guardan como el dinero en el bolsillo o un filete en la nevera. En eso, una hostia es igual que un polvo, porque una hostia no pegada es como un polvo perdido: de nada vale rectificar y volver a llamar a una tía a la que dejaste tirada en su día. Incluso si logras llevarla a la cama, ese polvo será distinto, la sombra del otro polvo pesará sobre él, la ocasión desperdiciada flotará entre los dos cuerpos como el fantasma de un hijo muerto, el aliento de lo que pudo haber entre vosotros y no pudo ser. Pensé, rechinando los dientes, que tenía que haberle roto la cara a aquel tipo en el aparcamiento, que tal vez su hija no estaba allí por casualidad, sólo para salvarle la jeta, porque nada sucede por casualidad. Tal vez tenía que haberle zurrado con ella delante, babeando y mirando con sus ojos mongólicos, fijándose muy bien en todo, como hacen los niños subnormales, aunque luego no sepan dar detalles. Quizá Dios la puso allí para verlo y mi negativa había privado a la niña de una importante lección, tal vez la más importante de todas: una ilustración sobre la relatividad de las cosas al contemplar cómo su padre, esa sombra familiar que empujaba el cochecito y que era la columna vertebral de su existencia, también podía venirse abajo apenas la vida, encarnada en un matón de barrio, le echase la mano encima.

La llamada del móvil me distrajo de mis sueños de venganza. Como siempre, cuando fui a echarle mano, ya tenía una llamada perdida. Entré en un bar y pedí un café solo. Saqué unas monedas, fui al teléfono y marqué el número que agonizaba en la pantalla.

—Por fin —dijo la voz de Nicolás Morales al otro lado del teléfono—. No es usted

fácil de localizar, señor Esteban.

—Soy un tipo importante —respondí.

—Laura ha desaparecido —dijo con un tono que iba agriándose palabra a palabra, como leche cortada—. No ha acudido a los ensayos y no responde al teléfono. He enviado a buscarla y no está en su casa. El portero dio una descripción que coincide con la suya y la de su jodido Renault. ¿Puede explicarme qué cojones pasa, señor Esteban?

Se lo expliqué en tres o cuatro frases y aproximadamente con la misma mala hostia que él usaba.

—¿Un enano? —preguntó al final.

—Sí, un puñetero enano de feria. Con un puñetero perro de presa que por poco me arranca el brazo. Se llama Raimundo Cerero, el enano, no el perro, y muy probablemente se dedica a organizar peleas de animales. ¿Lo conoce?

—Soy representante artístico. ¿Cree que me dedico a surtir las ferias de enanos?

—La verdad, no sé a qué coño se dedica usted, señor Morales. Le pregunto si lo conoce porque es la segunda vez que me lo tropiezo en lo que va de semana. Usted habló de gamberros y de gitanos, pero no dijo nada de duendes con chuchos entrenados.

—No haga de detective, hombre. Límitese a cumplir su trabajo. Para eso le pago.

—Si usted no lo conoce, él si lo conoce a usted. Por lo visto, le siguió hasta el Oso Panda —dije—. Pero no me cuadra, sabe. No sé qué pinta el enano en todo esto. A no ser que se trate de un admirador anónimo, uno de esos psicópatas que se dedican a enviar flores. A lo mejor se enamoró de Laura cuando la vio bailando Blancanieves.

—Es usted muy ocurrente —dijo Morales, y oí el brillo del «usted», afilado como la hoja de un cuchillo en un cuarto a oscuras—, pero no me gusta el tono que usa conmigo.

—Pues cómprese un contestador automático —dije, y colgué el teléfono.

Terminé el café de un trago, pagué y regresé a casa. Por el camino recordé que la nevera estaba vacía y compré algo de comida. Cuando subía la escalera, con la bolsa de deporte en una mano y la de la compra en la otra, un piano me acarició desde arriba en una ráfaga lejana. Me detuve en un escalón para saludar a Schumann y luego reanudé el ascenso. Al abrir la puerta, oí el ruido del calentador en un contrapunto monótono y bullicioso. La voz de Laura me saludó desde la ducha:

—¿Eres tú, Roberto? En seguida termino.

Él en seguida se demoró veinte minutos, más o menos. Mientras tanto, fui desenvolviendo los paquetes y guardándolos en la nevera. Di de comer al *Señor Rodríguez* y regué las macetas de la terraza. Sólo quedaban cadáveres: un par de claveles esqueléticos y unos cuantos fantasmas de azucenas. Entré en el dormitorio e hice la cama, intentando rastrear un resto de fragancia entre las sábanas donde había dormido Laura. No encontré nada más que un lejano eco de jabón y de sueño, el mismo aroma a niña con que me había quedado dormido. El fragor del baño era casi una

música, me evocaba la última vez que vi ducharse a una mujer, años atrás, la maravilla del agua cayendo sobre la melena deshecha y los archipiélagos de espuma resbalando a lo largo de la piel. Nunca tuve hermanos ni hermanas. Quizá, por eso, el sonido de aquella lluvia doméstica evocaba los misterios pálidos de pomadas y potingues, cremas de belleza aplicadas suavemente, tiernos y sensuales sacramentos de una religión de la que había sido excluido. En los gimnasios me había acostumbrado a las duchas rápidas, el equívoco viril de permanecer desnudo entre tantos tíos desnudos, los ríos de sudor, las breves ráfagas de agua caliente que reventaban sobre los músculos cansados. Sólo cuando Laura cerró el grifo caí en la cuenta de que hacía rato que se había acabado el disco. Mientras observaba las huellas de sus pies desnudos sobre el piso, comprendí de golpe que todo aquello no tenía sentido, era una equivocación, un absurdo, el despliegue de un tiempo recién nacido, vicario y nonato, desahuciado de antemano.

—He cogido tu albornoz —dijo Laura—. Espero que no te importe.

—No me importa —dije.

Estaba de pie, en la puerta del baño, secándose el pelo con una toalla. Mi albornoz azul le sobraba por todas partes, la envolvía como un oso despeluchado.

—Ese ballet que estás haciendo —pregunté, mientras sacaba una coca-cola de la nevera—. ¿De qué va?

—¿Me das una?

—No está muy fría —le advertí—. Deja que le ponga unos hielos.

Saqué la bandeja del congelador y puse unos cubitos en los vasos. El crujido del hielo al contacto con el líquido tenía algo siniestro, como un hueso al quebrarse.

—Gracias —dijo mientras recogía el vaso que le alargaba—. ¿Conoces la historia del Minotauro?

—No —mentí.

—Sin embargo, anoche llevabas un libro sobre mitología griega en la guantera.

—Lo uso como manual de tráfico. ¿Qué más sabes de mí?

—No mucho —dijo echando un vistazo alrededor—. Que tienes un pez. Que no te gustan los perros. Pero esta casa no dice mucho sobre su dueño. No hay fotografías ni recuerdos personales. Probablemente está alquilada, ¿me equivoco?

—No.

—Te gusta Schumann —dijo de pronto—. No sé si todo Schumann, pero tienes la misma obra grabada en cinco o seis versiones diferentes. Es la misma música que llevabas puesta en el coche.

—Siempre se me olvida devolver los discos a los amigos.

—Ya.

La miré a los ojos. Sentada en una banqueta de la cocina, con el pelo recogido en una toalla y los pies descalzos, parecía más que nunca una niña pequeña, pálida y

desvalida, una niña preparada para escuchar un cuento. Sólo que yo no estaba muy seguro de querer contarle. Todos guardamos secretos, más o menos terribles, más o menos vergonzosos, los guardamos en mazmorras oscuras, en los sótanos húmedos del alma, donde nadie ha descendido jamás y donde ni siquiera nos atrevemos a entrar solos, de noche, encendidas las linternas del recuerdo y la zozobra. Un amor, un crimen, una infamia, una minúscula e inofensiva miseria. Yo no había contado a nadie, jamás, por qué oía aquel piano, qué cosas me decía, qué palabras me susurraba al oído, de qué pureza, de qué amor, de qué viento estaba hecho. Schumann me hablaba de vidas que podría haber vivido, de mujeres que podría haber amado, de los hombres que podía haber sido. A veces me hablaba de un invierno con un fuego en el hogar, de maderas rajándose bajo el filo del hacha, de una infancia que no tuve nunca, en el norte, con bosques de niebla y de resina que se quedaba pegada a las manos. Otras veces me hablaba del mar, no de la playa, sino de un mar de tormenta, de un viejo carguero basculando en medio de la tempestad, con las rachas de lluvia azotando los cristales y el viento jadeando por el puente de mando, en la soledad de un barco abandonado por los tripulantes, en un mar que, como el barco, tampoco tenía nombre. Pero otras veces, casi siempre, la música no desvelaba su lenguaje, no decía nada, hablaba para sí misma, para nadie. No sé por qué lo hice. Eché un trago de coca-cola y dije:

—No le pega mucho a un boxeador, ¿eh? En mi barrio, la música de piano no era muy popular.

Laura escuchaba el piano muy seria, distante, con el vaso en el regazo y las manos brotando de las grandes mangas del albornoz. No respondió y yo no tenía mucho que añadir. Al fin y al cabo, ¿qué iba a decirle? ¿Que Schumann sólo había escrito música para los oídos refinados de los ricos, para gente como Morales o como ella misma? No, no era verdad, pero no había manera de explicarlo. Las palabras no traicionaban la música, no podían tocarla, ni siquiera la rozaban.

—Ponía desde el principio —dijo Laura.

Las ventajas del mando a distancia: apreté un botón y una cascada de belleza lo inundó todo, transfigurando la cocina, los vasos de coca-cola, la pecera donde el *Señor Rodríguez* repetía el baile de la creación, dejándonos desamparados, inermes ante su poder. Laura dijo algo, pero no la oí. Sólo un minuto más tarde descifré que me había preguntado si me dolía el brazo, y me volví hacia ella. Ya estaba bien de marear la perdiz. Le quité el vaso de las manos y la besé en la boca. Laura me miró desde muy lejos, aunque apenas estaba a un palmo de su cara, y acarició mi brazo herido, luego agachó la cabeza y besó suavemente las vendas, fue sembrando de pequeños besos el largo de mi brazo, poniéndose en pie, subiendo despacio hacia el cuello, y yo la dejé hacer, rígido, ausente, hasta que encontró mi boca. Laura, Laura, qué estábamos haciendo, pensé, cerrando los ojos, abriéndome paso en una gruta de saliva y calor y

sueño y dientes, un espacio que se abrió de repente cuando tiré el albornoz al suelo y ella me golpeó dulcemente con los látigos de su pelo mojado.

Schumann seguía sonando allá lejos, indiferente a todo, prestándonos un fondo sonoro casi abstracto, ausente, más bien como si nosotros no fuéramos más que un pretexto para que la música sonara, algo tan irrelevante y tan nimio como el baile rojo del *Señor Rodríguez* dentro de su pecera. Lo hice tal vez para defendernos, para no quedarnos solos frente a esa música. La levanté en vilo y la llevé hasta el sofá, y allí me arrodillé para beberla, y de repente, al entreabrir sus muslos, recordé la primera vez que hice el amor, el primer beso, la primera mujer, el momento irreparable en que la gracia inundó mi vida. Cerré los ojos y el sabor húmedo y salado de Laura me trajo hasta la boca el sabor del mar, la primera ola, la primera playa, la primera pelea, la primera vez que me partieron la boca y la sangre bañó mis labios, ese sabor intenso e íntimo, tan semejante al que inundaba ahora mi boca, olores y sabores que eran aduanas, fronteras, el primer amor, la primera cerveza, el primer cigarrillo, la primera comunión, la pasta de harina apelmazada y pegada al paladar que contenía, según decían todos, la sustancia de Dios, la sangre de Dios, la carne de Dios vivo desliándose entre mis dientes, del mismo modo que aquel licor espeso contenía la sustancia de Laura.

Ella se estremeció de arriba abajo, y cuando las convulsiones dejaron de agitarla, me puse en pie y quise llevarla a la cama, pero no me dejó, me desabrochó los pantalones y hurgó entre mis ingles con unos dedos fríos que me estremecieron de repente hasta la raíz de las tinieblas, y luego descendió con sus labios hasta el centro mismo de esas tinieblas, hasta el lugar donde mi corazón había cambiado su sede, y lo bebió despacio, tiró de mis raíces, sorbió mi memoria, como si yo no fuera nadie o menos que nadie, sólo una cosa suya, su juguete, su padre, mi niña, dije, como si realmente fuera hija mía, como si estuviéramos cometiendo un horrible pecado, padre e hija, un incesto no justificado ni santificado por el amor ni certificado por la música, porque no nos amábamos, desde luego, aquello no era amor sino sed, dos animales que bajan a beber a una fuente, dos criaturas palpitantes que se encuentran en mitad de la noche y deciden amarse en vez de matarse, pero lo mismo era la muerte lo que sentí cuando ella apretó los dientes, una dentellada minúscula en mitad de las tinieblas mientras las medusas mojadas de su pelo azotaban mi cintura, y no pude contenerme más, toda mi savia se derramó en su boca como un montón de palabras no pensadas ni dichas todavía, un río de palabras antes de la germinación, antes de hacerse carne y sangre. Pero lo mismo era la muerte.

6. Soleá

No hicimos mucho más el resto de la tarde y lo que hicimos tampoco merece mayor comentario. Al fin y al cabo, cualquiera puede imaginarse los detalles, y si no puede imaginarlos, no merece la pena que yo se los dé. Como especie, íbamos bien servidos con lo puesto, estábamos bastante limitados por el diseño anatómico y en cuanto a la mecánica, no íbamos mucho más allá de un juego de rosca. La madre naturaleza no derrochó imaginación a la hora de dispensarnos una juerga.

En cualquier caso, a eso de la medianoche me levanté y me pegué una ducha. Levantarme a esas horas era una señal del pasado, un residuo de mis tiempos de guardia pretoriano. Los avisos primaverales no iban del todo desencaminados y el agua arrancó la sal y la saliva pegada a mi cuerpo, recogiénolas en un pequeño arroyo que se perdió por el agujero del desagüe. No encendí la luz y ducharse a tientas, en plena oscuridad, tenía algo de rito, de ceremonia previa al crimen. Lo comprendí cuando cerré el grifo y salí de la ducha; cuando la luna, entrando por el ventanuco del baño, me roció con un resplandor oblicuo, resaltando las gotas que resbalaban por mi torso, mis brazos y mis piernas. Comprendí por qué a los asesinos les fascina la noche: bajo el barniz espectral de la luna cualquier cosa, incluso el agua, parece sangre.

El albornoz todavía guardaba, en el relicario de sus hebras despeluchadas, un lejano aroma a Laura. No lo utilicé. Fui hasta el dormitorio desnudo, goteando el suelo, frotándome con una toalla el pecho y la cabeza. Laura estaba echada bocabajo y la penumbra del cuarto creaba un claroscuro entre las sábanas arremolinadas en sus piernas y el cruasán perfecto de sus nalgas. La admiré mientras abría el armario y escogía un pantalón de tela ligera y una camisa de manga corta.

—¿Te vas? —ronroneó ella, sin volver la cabeza, con la voz todavía enquistada en las regiones del sueño.

—Tengo que ver a un amigo —susurré—. Volveré en seguida. Sigue durmiendo.

Gruñó algo y se movió ligeramente, suavemente, con la ondulación de una duna en un desierto. Mientras terminaba de abotonarme la camisa, se me ocurrió que quizá

estaba bailando en sueños, algo sinuoso y solemne, una danza antigua, una zarabanda. El culo y la línea de la cadera se ofrecían a mis caricias como el perfil de una guitarra. Tranquilo, con tranquilidad de asesino, entré en ese sueño, toqué levemente la curva de la piel como si pretendiese inmiscuirme en el baile, tocar un instrumento en la banda, pulsar levemente las cuerdas que trababan el mástil. Pero ella bailaba —si es que estaba bailando— sola, para nadie, para sí misma, como la luna en lo alto del cielo nocturno, o tal vez para la propia luna, nostálgica de sacrificios, echando de menos en su exilio celeste aquellas noches antiguas en que se le ofrecían niños abiertos en canal sobre una piedra, sólo para que ella recogiera en su velo blanco la sangre espesa y negra, y la llevase hasta un vientre estéril.

Cogí el móvil, la navaja y las llaves del coche, y salí de la casa. La noche reverberaba por el calor; el Renault iba deslizándose sobre las calles como una gota de aceite sobre una sartén recalentada. Cuando llegué al domicilio de Chiquitín tenía la camisa pegada a la espalda y los pensamientos homicidas que me iban rondando desde que me despertara se habían aglomerado en una sustancia viscosa y caliente, vecina del sudor. Salí del coche y examiné el domicilio de Cerero: una casa baja con un tejado de uralita, un jardín minúsculo, del tamaño y el color de un tapete de ruleta, y una verja metálica que cualquiera, excepto su dueño, podía saltar sin problemas. La casita de Blancanieves, pensé, apoyando el oído en la puerta metálica. Con su enanito y todo. Aposté tres contra uno a que Chiquitín no estaba durmiendo, regresé al coche y decidí esperar un rato. Me entretuve ojeando el manual de mitología griega. Algunas historias eran realmente divertidas, me recordaban los tebeos que leía cuando no era más que un crío, cuando los cambiábamos por una peseta a un usurero que vivía en mi barrio. Los dioses griegos eran como los superhéroes de la Marvel, con sus ceños perpetuamente fruncidos y sus poderes incomprensibles, sus enrevesadas fábulas y sus desproporcionadas venganzas, sólo que con más mala leche y más sentido del humor, porque hacía falta lo uno y lo otro para casar a un herrero feo y jorobado con la diosa Afrodita, que era la tía más maciza del Olimpo. En cuanto al Olimpo era algo así como el casino del pueblo, el bar donde los dioses, igual que ricachones aburridos, mataban el tiempo contando chistes verdes, haciendo trajecitos, elucubrando fantasías sobre las mozas que pensaban tirarse en un futuro próximo y maquinando enredos tales como el matrimonio de Hefestos y Afrodita, el cual era algo así como dar a Laura por esposa a Raimundo Cerero, con o sin perro.

Al rato no pude aguantar más, cerré el libro, salí del coche y crucé la calle. La casa de Cerero era la última de una larga hilera de pequeños chalets mellizos, pegados codo con codo. A la izquierda, estaba la caseta de un transformador. No me costó gran cosa forzar el candado: se veía que a los niños del barrio, futuros delincuentes, les encantaba entrenarse con aquel candado, lleno de arañazos y rayajos en la cerradura.

Probablemente se trataba de una de las pruebas de la licenciatura criminal. Penetré en la oscuridad de la caseta y lamenté no haber cogido una linterna. Un zumbido ubicuo y aciago reverberaba en el interior, como los ronquidos de una máquina que soñara con el mal. Había colillas tiradas en el suelo, junto a envoltorios de caramelos y páginas de revistas pornográficas. Me agaché: una rubia estaba rasgada en ocho pedazos, un rompecabezas de ojos entornados, pechos mutilados, boca insinuante, piel dorada y tela negra. Comprendí por qué la caseta atraía a los chavales del barrio igual que los mosquitos atrapados por un tubo fluorescente: iban ahí a aprender, a pasarse las horas muertas frente al murmullo de las bujías, mascando chicle, fumando sus primeros cigarrillos, descubriendo en aquellas fotografías, en aquellas revistas robadas a sus padres, el esplendor de la carne que les habían prohibido en el colegio y en la iglesia. En cierto modo, más que su refugio, era su iglesia, con sus evangelios y sus ritos, con su oficiante mudo y su dios idiota, balbuceando en un idioma primitivo, deletreando las primeras sílabas del cáncer.

Una pequeña escalera metálica conducía hasta una trampilla en el techo. La abertura era estrecha, todo parecía hecho a escala infantil, fabricado a propósito como un campo de entrenamiento para futuros criminales. Descorrí el cerrojo y salí como pude al tejado. No había más que un par de metros del tejado al patio de Cerero y no me costó mucho esfuerzo descolgarme, aunque me desgarré la camisa en uno de los bordes. Podía haber usado cualquiera de las prendas que colgaban de las cuerdas de tender la ropa, si no fuesen porque todas eran tamaño Cerero, es decir, restos de temporada de la primera comunión. Me imaginé, conociendo a sus vecinitos del tejado, que el enano tendría que renovar su vestuario cada semana, aunque, si sabían cómo las gastaba, lo más probable era que los críos ni siquiera asomaran las narices por allí.

Cogí una de las camisitas y uno de los pantaloncitos de juguete, hice un guiñapo con ellos y me envolví la mano derecha. Lancé el puño contra la cristalera de la puerta del patio, que se rompió con un crujido y una lluvia de vidrios rotos. Golpeé las esquirlas de cristal que colgaban como estalactitas, metí la mano por el hueco y accioné la manija. Lo primero que me llamó la atención fue el olor, un olor a arena y a serrín mojado, como las jaulas de un circo. Recordé las advertencias de Muñoz y las aficiones secretas de Cerero. Tomé mis precauciones antes de entrar al baño; lo mismo guardaba pirañas en la bañera o un caimán atado en el retrete. A lo mejor se trataba del baño de invitados, porque todo estaba construido a escala normal: o eso, o Chiquitín tendría que subirse a un taburete para peinarse y utilizar el bidé como lavabo. Algo parecido pasaba en el dormitorio, ocupado casi exclusivamente por un armario ropero y una cama de matrimonio tan grande que su dueño podía jugar al fútbol con dos o tres colegas. Había un portarretratos en la repisa de la mesilla, una fotografía en la que se veía al enano junto a un tipo moreno, muy joven, que le pasaba una mano por el hombro. Los dos

estaban sentados, muy juntos, risueños. Revolví en los cajones de la mesilla; en el primero encontré calcetines y calzoncillos de talla infantil; en el segundo, una cartera llena de papeles y facturas, unas cuantas libretas con anotaciones y un bolígrafo linterna. Apenas tenía pilas, pero era mejor que nada. Con ese haz de luz débil y moribundo registré la cocina, el fregadero despejado, los vasos y los platos limpios y en orden. Abrí el frigorífico y lo que descubrí tampoco me inquietó demasiado: queso, yogures, fruta, verduras, botes de tomate, mayonesa, y una serie de platos tapados con papel aluminio cuyo contenido preferí no indagar. De la cocina pasé al salón, donde casi tropecé con una serie de urnas colocadas en una repisa de madera, a la altura de mis rodillas. La linterna iba cortando rodajas de oscuridad. Enfoqué la luz parpadeante directamente sobre el cristal y creí observar un movimiento en el fondo, apenas un deslizamiento de signos. Cinco diminutas serpientes dormían, cada una bajo su urna, enroscadas sobre sí mismas en distintas formas, como las letras de un alfabeto siniestro sobre un lecho de arena. Una de ellas, sobresaltada por mi interrupción, alzó la cabeza y me observó con sus ojos amarillos. No era más gruesa que mi dedo índice y tenía el mismo color, forma y textura que una mierda de perro, un zurullo que hubiese cobrado vida propia. Le di las buenas noches y examiné el resto del salón. Junto a la tele había cuatro o cinco libros apilados: uno sobre taxidermia, un tratado de veterinaria y un par de ellos sobre el cuidado de animales exóticos. La discoteca era igual de exigua, pero algo más variada. Media docena de compactos entre los que no había nada de Schumann, ni tampoco la banda sonora de Blancanieves, pero sí el *Atom Earth Mother* de Pink Floyd y un par de discos de Mike Oldfield. Estaba especulando sobre los gustos musicales de Cerero cuando oí el frenazo de un coche en la calle. Apagué la linterna y eché un vistazo por la ventana. Vi al enano que bajaba con cómica agilidad del Chrysler y echaba los cierres con la ayuda de un dispositivo automático. Me coloqué tras la puerta y cuando oí la llave en la cerradura, abrí de golpe, le cogí de las solapas y lo metí dentro de la casa.

—¿Qué coño...? —gritó, pataleando a metro y medio del suelo.

—Tranquilízate, bonsai —dije—. En seguida te planto.

—Bájame, cabrón. Bájame de aquí ahora mismo o te mato.

Manoteó mi brazo, intentó pegarme una patada, pero los pies no le daban para tanto. Lo sostuve en vilo hasta que se cansó. No encontré ninguna maceta a mano, de manera que lo enganché de una percha que había detrás de la puerta. Se quedó allí, colgado como un abrigo, pataleando y chillando.

—Cállate un momento, ¿quieres? —le dije—. No me dejas pensar.

Para mi sorpresa, me obedeció. Se quedó silencioso e inmóvil, igual que un niño al que amenazan con quedarse sin postre. El pecho, agitado por la respiración, se movía como un fuelle. Encendí la luz. Parecía una sala de estar común y corriente, si no fuese por el olor a arena mojada, las cinco urnas colocadas sobre la repisa y sus cinco

sinuosos inquilinos que se habían despertado con el escándalo y se desenroscaban con malhumorada pereza.

—¿Cómo me has encontrado? —murmuró Cerero.

—Siguiendo el rastro de miguitas de pan.

—¿Sabes cuánto valía el perro que te cargaste anoche, mariconazo?

—Ni puta idea —contesté sin mirarlo—. Sé cuánto vale ahora.

En la pared había dos retratos enmarcados. Los dos eran del mismo tipo joven que abrazaba a Cerero sobre la mesilla de noche. El más pequeño era una fotografía de estudio, el rostro de un muchacho de unos veinte años, bien parecido, cándido y alegre. El más grande era un retrato de cuerpo entero; llevaba un traje y tenía los brazos alzados en la parodia de una defensa ortodoxa. Una sonrisa a medias desmentía la agresividad de la pose.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Tu novio?

—Mi hermano, cabrón —musitó Cerero.

—¿Es boxeador?

—Era boxeador —puntualizó con una rabia sorda, antigua, pastosa, una voz enclenque en cuyos filamentos podía palparse el rencor—. Morales lo mató.

No hacía falta examinar las fotos y descubrir los rasgos compartidos, las conexiones grotescas que unían el rostro griego y hermoso del púgil con la caricatura que se balanceaba de la percha, para saber que decía la verdad. Bastaba escuchar el temblor de la voz, las vetas de desaliento y furia que brotaban de aquella tráquea retorcida como una bocina por los caprichos de la genética, para saber que compartían algo más que la pared de la cual colgaban —los puños torneados y tallados, y los torpes embriones de dedos; el rostro hermoso y juvenil, y su réplica de muñeco; el torso de atleta y el cuerpo torturado y deforme de un chiquillo que no crecerá más y lo sabe—, que habían brotado del mismo lugar y habían compartido el calor del mismo vientre.

—Mátame, hijo de puta —farfulló de pronto, atragantado por el furor—. Será mejor que me mates.

No me impresionó la amenaza implícita en esas palabras: me impresionó el tono de determinación absoluta, inequívoco, como el siseo de las serpientes dentro de sus urnas. De hecho, Cerero era igual que los animales que criaba: pequeño y ridículo, aparentemente indefenso, un muñón de hombre con el esbozo de las piernas y los brazos. Pero no mostraba temor, no suplicaba, no temblaba, no iba a rendirse, ni siquiera delante de un matón que lo doblaba en tamaño y que —según suponía él— había venido a matarlo.

—Tranquilo —dije, igual que si intentara apaciguar a una pequeña fiera, un gato montés o un mapache—. Nadie va a matar a nadie. Cuéntame esa historia de Morales.

—Trabajas para él. Pregúntaselo tú —casi escupió las últimas palabras—. Haz lo

que hayas venido a hacer. Acaba.

—De acuerdo —dije, mirándole al fondo de los ojos—. He venido para advertirte que dejes en paz a Laura.

Cerero se rió, una sola carcajada, breve, seca, como el ladrido de un perro.

—¿Sólo eso? ¿Tienes los cojones de entrar en mi casa, asustar a mis serpientes y colgarme de un perchero sólo para decirme eso?

—Mira, enano, estás empezando a hartarme. Te lo voy a decir sólo una vez más. Si te vuelves a acercar a Laura, le pego fuego a tu zoológico.

—¿Y a ti qué coño te importa la tía esa? —preguntó Cerero, con una voz que parecía sacada de los dibujos animados—. ¿Es tu hermana acaso?

—Como si lo fuera.

Me miró con un gesto que podía ser de estupor o de asombro: era difícil adivinarlo con todos esos rasgos apelotonados en el centro de su cara. De improviso, y sin que nada pudiera preverlo, se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —dijo, muerto de risa, limpiándose de lágrimas los ojos. Parecía agitarse gracias a algún mecanismo interno. Cuando pudo hablar, dijo—: Mira que eres cretino. ¿No ves que está liada con Morales, capullo?

Una ola de sangre me taponó los oídos. Miré a Cerero sacándose de encima los últimos restos de risa y me dieron ganas de utilizarlo como saco de boxeo.

—Ese viejo lagarto —murmuró con un furor añejo, domesticado, casi amistoso—. Viejo, viejo, viejo. Y listo. Se esconde debajo de sus arrugas y de sus años, lo mismo que los peces que le gusta pescar. Cree que puede comprarlo todo, la amistad y el amor, la venganza y la muerte. Se cree inmortal, indestructible, a salvo de sus enemigos naturales, protegido por su dinero igual que un árbol por sus ramas, sus raíces y sus hojas.

El silencio que siguió fue tan elocuente como la lengua bífida de las pequeñas serpientes arrastrándose por la arena, olisqueando el aire de su encierro. Una vaharada a serrín y a estiércol me llegó hasta la nariz. Todavía no había terminado el registro, tal vez había cuartos oscuros, desvanes malolientes, armarios que era preferible no abrir. Sin embargo, esta vez no me hizo falta forzar un candado ni romper un cristal. Esta vez Cerero me abrió la última puerta.

—Yo trabajé un tiempo para Morales. Perros, serpientes, cosas así, cualquier cosa que se pudiera poner enfrente de otra mientras uno se sentaba a mirar cómo se mataban. Morales es un apasionado de la lucha. En un tiempo es posible que peleara con sus manos, pero ahora que la artrosis lo ha vencido, disfruta viendo cómo otros pelean. Tú —dijo apuntándome con su pequeño dedo, el dedo de un niño que no crecerá más— sabes algo de eso. Quizá no te acuerdes, siempre estabas borracho, pero tú también

trabajaste para Morales, en ese almacén abandonado, cerca de Fuenlabrada, donde ancianos exhaustos como él y zorras con abrigo de visón iban los viernes por la noche a contemplar cómo dos gilipollas, dos gallos de pelea como tú o como mi hermano se mataban a golpes. Tú abandonaste a tiempo; mi hermano, no, no pudo. Una noche Morales lo enfrentó con un verdadero animal, un policía enorme que acababa de salir de la cárcel. Yo estaba allí; poco antes había celebrado una pelea de perros entre *Charly* y un rottweiler. Aunque era la mitad de grande que el otro perro, *Charly* casi le arrancó la cabeza, y yo cobré una pasta, el doble del precio convenido. Pero Morales quería rematar el espectáculo con un combate fuera de programa. Mi hermano Rogelio sería el bull-terrier y ese poli cabrón el rottweiler. Le llevaba más de treinta kilos de peso. El muy hijo de puta lo mató: le rompió el hígado de un puñetazo y luego, cuando Rogelio estaba cayendo, le hundió el hueso de la nariz de una palmada en la cara.

Cerero se detuvo con la mirada perdida, como si acabara de despertarse y se encontrara allí, colgado de una percha, hablando con un desconocido.

—Morales no sabía que Rogelio era mi hermano. Para él no somos más que estiércol. Cuando todo acabó, vi cómo bajaba hasta el foso donde se celebraban los combates, y un médico, que estaba examinando el cuerpo exánime sobre la arena, se levantó y le dijo algo al oído. Nunca olvidaré cómo le dio la vuelta al cadáver de Rogelio con la punta del pie y cómo se agachó para limpiarse con un dedo la punta del zapato manchada de sangre. «Ya ves, querida —le dijo a una pelirroja que llevaba toda la noche colgada de su brazo—, el pez grande se come al chico.»

—¿No hiciste nada entonces?

—¿Y qué querías que hiciera? Ni siquiera podía creer que aquella bestia hubiese derribado a mi hermano con tanta facilidad. No sé, me pareció que Rogelio estaba drogado o algo así, no se movía con la agilidad de otras veces. Era boxeador profesional, no tan bueno como tú, claro, pero había aguantado en pie centenares de hostias. Sin embargo, cuando oí ese chasquido, el crujido de su nariz al partirse, supe que todo había terminado.

—Conozco a ese tipo —dije. No sé qué más podía decirle—. Conozco al hombre que mató a tu hermano.

Cerero negó con la cabeza, despacio, una, dos veces.

—No, ése no importa. No es más que un lacayo, un esclavo, igual que mis perros, igual que mis serpientes. No atacan si alguien no da la orden. Morales lo mató. Él sabía muy bien lo que sucedería aquella noche.

Me acerqué hasta el perchero, descolgué a Cerero y lo dejé en el suelo. Se quedó allí con la cabeza baja y fue resbalando poco a poco, despacio, la espalda apoyada en la pared, como un muñeco de ventrílocuo al que han cortado los hilos. Luego se tapó la cara con las manos y se echó a llorar, un llanto áspero, huérfano, sin lágrimas, sin edad.

Abrí la puerta y salí a la calle. No tenía entradas para esa función.

La sobriedad es una doctrina del equilibrio, como la del mártir en la cruz. El eremita que se pasa veinte años viviendo en la cúspide de una columna puede despertarse sonámbulo una mañana y romperse la crisma contra las piedras, del mismo modo que una gota de alcohol puede borrar toda la vida de un plumazo. Pero el mártir en la cruz o el eremita en la columna esperan una intercesión, una llamada, y yo, en cambio, no esperaba nada. La señal no vendría, la fe no formaba parte del asunto. Porque ni una sola vez, en cualquiera de mis borracheras, tuve un atisbo de iluminación, un ramalazo de la gracia que me inundaba a lo largo de un combate, salpicado de sangre, de sudor y dolor, poseído por la inercia de una certeza más grande que yo mismo. Y ni una sola vez, en los lúcidos instantes que preceden al sueño, antes de hundirme hasta el fondo, arrastrado por el lastre del alcohol, podía calmar mi angustia con el anuncio de una paz comerciada.

Rodando a través de la noche, entre las pálidas arquitecturas de la luna, la ciudad adquirió otra vez su sólida estructura de laberinto. Detuve el Renault cerca de Ópera, con la cría de una alimaña rondándome la boca del estómago. Dirigí mis pasos hacia el Oso Panda, poseído por la misma estúpida determinación por la cual el marido abandonado vuelve a pasear por delante de la casa donde vivía con su esposa, intentando remendar los retales de un pasado que se pudre a trozos, pero también con la esperanza de que todas esas botellas alineadas en las estanterías —melancolía del gaélico en las etiquetas, lágrimas de ámbar bailando tras los cristales— me proporcionaran una respuesta. No a la sed, sino al espejismo de la sed, a su alquimia en los recovecos del estómago. No a la fe o a la esperanza de la fe, sino a la creencia de que una vez la tuve.

Sebas vigilaba la barra atestada de gente con su displicencia habitual, entornando los párpados, como dejándose vencer por una fatiga calculada y atenta. Apenas alzó un instante las cejas para saludarme: respondí con una mano a su saludo, cogí un caramelo de una de las fuentes de cristal y me lo llevé a la boca, deletreando su minúscula dulzura, como si su sabor punzante y pegajoso pudiera calmar la sed, borrar la arqueología de los temblores, los vómitos y el ansia, el fósil del alcohol pegado a mi paladar como el esqueleto de un pez extinguido impreso en una cueva. Yo creía agotada esa sed, creí que la había saciado aquella tarde entre los muslos de Laura, cuando los dos bajamos juntos a beber de un río, pero bastaba haber imaginado a Laura con Morales, besando los colgajos de carne requemada y acariciando con sus pequeñas manos los pelos blancos del pecho, para que las cenizas del alcohol volvieran a encenderse en mis entrañas, un soplo de viento sobre las ascuas enrojecidas de una

cicatriz. ¿Celos? ¿Qué derecho tenía yo a los celos? ¿Amor? ¿Qué coño era el amor, dónde se compraba? Pero si cerraba los ojos, veía a Laura vestida con su pijama de niña a punto de acostarse, pidiéndome un beso de buenas noches; veía a Laura iluminada por un único foco, bailando en la oscuridad del escenario, señalando a los elegidos para el sacrificio la puerta de entrada al laberinto.

—Roberto.

La voz me llegó desde atrás, una voz tierna, amplia, dulce, tan dulce como el caramelo que se desleía entre mis dientes. Me volví para saludar a Caima, una puta venezolana o colombiana (nunca supe muy bien de dónde era) que me estaba agradecida porque una vez le partí la boca a un chulo que pretendía rajarle la cara. Les vi forcejeando en un callejón a la salida del Oso Panda, muy cerca del locutorio donde trabajaba ella. Me detuve, el tipo me miró y gritó que qué carajo hacía yo allí parado, pinche de mi madre. Parecía una mezcla de quechua con chino, una maqueta a escala de su raza. Lo malo de esos rostros indios, como tallados en pedernal, es que son indecifrables para un occidental, de manera que no se sabe si una sonrisa es una muestra de cortesía o el anticipo de una puñalada. Por mi experiencia en discotecas, sabía que entre los delincuentes latinoamericanos la violencia es una tradición: un colombiano o un ecuatoriano pasa del insulto al cuchillo o a la pistola sin pasos intermedios. De manera que, cuando el chulo aquel dio una voz y echó mano al bolsillo no esperaba que fuese a sacar un paquete de cigarrillos. Apartó a Caima de un empujón y pude vislumbrar el destello al fondo de sus ojos, un reflejo de la hoja que ardía entre sus dedos, un signo inequívoco que me decía que no iba de farol, que no era la primera vez que usaba una navaja. Se movía con rapidez, girando la navaja en pequeños círculos, sin dejar de sonreír, y fue el eclipse de su sonrisa lo que me avisó de la estocada. Cuando fintó para atacar, le atrapé de la muñeca, se la retorcí y le rompí el brazo contra mi rodilla. Estaba inclinado delante de mí, temblando de dolor, cagándose en mis muertos, cuando le pedí que se fijara bien en mi cara. Alzó los ojos y entonces le fracturé el hueso de la nariz de un puñetazo. Cayó al suelo de rodillas, con el traje salpicado de sangre y dos gruesas lágrimas colgándole de las mejillas. Fue entonces cuando aquella cabeza rocosa, sangrante, enquistada en un gesto de dolor, hundida entre los hombros, me recordó el rostro de Chamaco arrinconado contra las cuerdas, jugando a hacerse la víctima, invitándome a un intercambio suicida al final del quinto asalto.

El tipo sacó un pañuelo del bolsillo, lo pasó por su boca y lo sacó empapado de sangre. Murmuró algo sobre mí y sobre mi familia con los ojos empapados de lágrimas. Era un llanto involuntario: le había roto el puente nasal y eso duele lo suyo. Le cogí el hueso de la nariz rota y se lo retorcí como si estuviese cobrando mi deuda con toda Hispanoamérica, no sólo por aquella ramera despampanante que no conocía de nada, sino también por México, por Chamaco.

—Fíjate bien en mi cara —repetí—. ¿La ves bien? Recuérдалa, porque si vuelves a acercarte a esta mujer, si vuelvo a verte por aquí, si respiras el mismo aire que ella respire, mi cara será lo último que veas. Ahora fuera, largo de mi calle, capullo.

Se fue sosteniéndose los pedazos de la nariz rota y soltando gotas de sangre que reventaban como flores rojas sobre el asfalto. Desde entonces Caima me guardaba un cariño teñido de admiración y devoción, y siempre que nos veíamos —en el Oso Panda, en cualquier garito cerca de Opera— se acercaba a mi lado y se restregaba contra uno de mis muslos. Justo la maniobra que estaba ensayando ahora.

—Qué bien te veo, Roberto.

—Lo mismo digo.

—¿Recuerdas que tengo una deuda pendiente contigo?

—Lo recuerdo —dije—. Otro día será.

—¿En serio, papito? —preguntó, apretándose más todavía contra mi muslo.

Llevaba una combinación de tela blanca que resaltaba sobre el moreno de la piel como un anuncio luminoso. Yo nunca había aceptado su oferta no por una razón concreta, sino por una combinación de circunstancias entre las que se incluían reparos, malentendidos, problemas de tiempo y oportunidad y, quizá, un vago residuo caballeresco. Me parecía que aceptar el polvo de Caima era como sustituir la navaja de aquel chulo por mi cocodrilo. Sin embargo, también es posible que lo que de verdad me gustara fuese almacenar su gratitud, guardar su sonrisa y el recuerdo de lo que ella consideraba una deuda como un cheque en blanco en la cartera. Yo no tenía perro y tampoco muchos amigos, así que ¿cuánta gente se alegraba al verme como se alegraba ella? Hasta el hijo de puta del *Señor Rodríguez*, cuando le echaba de comer en la pecera, me miraba como si le debiera dinero.

—En serio —dije.

La besé en la mejilla y ambos nos perdimos en el reflujo de cabezas que abarrotaba el local. En la televisión, una pequeña patinadora japonesa esparcía su silenciosa y alegre bendición con los brazos abiertos y las piernas flexionadas. Me encontré frente a la puerta de los servicios; la empujé y entré. Cuatro o cinco pastilleros intercambiaban su mercancía junto al lavabo. Abrí el grifo y me eché un chorro de agua fría sobre la cara.

—¿Popper, tío? —me dijo un chico rubito, enseñándome algo así como un bote de golosinas.

—Vete a tomar por culo —contesté, cerrando el grifo.

—¿Dragones? ¿Pitufos? —insistió el tipo, rebuscando en sus bolsillos—. ¿Algo más clásico, tío? ¿Perico, tal vez?

Me sequé la cara con el dorso de la mano. Hay tíos que no entienden nada. Los muchachos que lo acompañaban desaparecieron en un instante, pero él seguía allí, de

pie, expectante. Una mecha de cabello rubio, flexible como una hoja de palmera, le caía delante del ojo izquierdo. Lo cogí por las solapas y lo empujé contra la pared.

—Eh, tío, me estás manchando el traje, tío —protestó.

—Lárgate —le dije—. Me gusta cagar en soledad.

Lo solté. Me miró con una obtusa determinación, se alisó el traje, se estudió en el espejo y luego abrió la puerta del baño. Una bocanada de ruido penetró por la rendija. Se quedó allí un instante, se pasó una mano por la frente, peinándose por enésima vez el flequillo, me miró otra vez muy serio y dictaminó:

—Estás loco, tío. Sabes, tío. Loco.

Cerró la puerta. Es posible que tuviera razón. Había que estar loco para rechazar la oferta de Caima y cambiarla por una estancia en el interior del lavabo del Oso Panda, donde flotaba un catálogo de deyecciones y miserias tan variado como el escaparate de una joyería. Entré en el retrete y eché el pestillo. La puerta estaba descascarillada, tatuada de arriba abajo con dibujos obscenos y mensajes estúpidos, medidas de falos, nombres propios, versos ridículos. Los leí, vagamente interesado, y luego me volví hacia la taza del retrete, sucia, sin tapa, de un color que había sido blanco alguna vez, pero que ahora, al resplandor mortecino de la bombilla incrustada en el techo, no tenía color. Examiné las paredes azuladas, grabadas con todo tipo de sustancias (vómito, mierda, semen, sangre), llenas de churretes inmemoriales e inmunes al estropajo. El mal olor era insoportable, sobre todo estando sobrio, y me pregunté, mirando fijamente el sumidero, qué me había llevado hasta allí. No un súbito acceso de coprofagia sino más bien una trasposición física de mi estado de ánimo, como si hubiese alcanzado a comprender que sólo en el epicentro de la mierda y rodeado de mierda por todas partes podía llegar a hacerme cargo de mi situación.

—¿Tío? —Alguien golpeó la puerta del retrete—. ¿Sigues ahí, tío?

Miré a lo alto, donde un estrecho ventanuco se abría hacia un patio, una pared de ladrillos, bañada por el resplandor nocturno. Me pregunté si, alzándome de puntillas sobre el retrete, alcanzaría a ver la luna.

Hay algo inhumano, inmaculado, aséptico, en las salas de espera de los aeropuertos, como si la simple existencia de los insectos hubiera sido desterrada. Hemos comprado algo más que el pasaje y la velocidad y el tramo de aire estratosférico entre los dos puntos del viaje: hemos dado un salto en la escala evolutiva, hemos alquilado un par de alas. Nunca estaríamos más cerca del viejo sueño de ser ángeles y de todos es sabido que en el cielo no se admiten bichos rastreros. Chupando un caramelo tras otro, paseando entre los asientos de plástico coloreado, examinaba el suelo intentando descubrir una cucaracha, una hormiga, cualquier sabandija infecta y simpática que

acabara con la ilusión de esa antesala del paraíso.

Más tarde, sentado en el avión, tomando un zumo de naranja que sabía a pescado, descubrí una mosca volando de acá para allá, pegándose a la ventanilla para contemplar el océano de nubes que se abría a mi derecha e incordiando a los escasos pasajeros que volaban conmigo aquella mañana. La luz se iba abriendo paso poco a poco, como una doncella desperezándose entre sábanas blancas, y me entretuve calculando si la velocidad de la mosca saltando de la calva de un pasajero dormido tres filas más allá hasta el borde de mi zumo de naranja había que restarla de la velocidad general del aparato. Luego, cuando me aburrí de hacer cálculos, saqué el pedacito de papel que llevaba en la cartera y lo desdoblé para leer una vez más el anuncio que me había embarcado hacia Palma:

VALLA A MALLORCA. VEA A CARLOS CHACÓN,
EL MEJOR BAILAOR COJO DEL MUNDO. ¡OLE!

Era una letra grande, redonda, infantil, la letra de una persona que apenas sabe escribir y que no ha escrito mucho en su vida, que tampoco ha leído mucho, ni siquiera lo justo para saber que la primera palabra se escribía con «y» griega. Al menos, Teseo tenía un hilo para orientarse en su laberinto; yo tendría que conformarme con unos garabatos de colegial y una falta de ortografía.

Hacía frío cuando descendí en el aeropuerto de Sant Joan. Con mi camisa rasgada, mi pelo corto y mi jeta de no haber pegado ojo en toda la noche, parecía un *hooligan* despistado que ha perdido el rastro de la manada. Con aquella pinta incluso me costaría coger un taxi, de manera que ni siquiera lo intenté; subí a un autobús que iba hasta Palma y que me dejó en el mismo centro. Deambulé toda la mañana por la ciudad, con las manos en los bolsillos, mimetizado entre los grupos de alemanes que tomaban al asalto las calles. Bañadores y bikinis colgaban de los escaparates; camisetas y vestidos flameaban en los expositores a la entrada de las tiendas de ropa: daba la impresión de que la ciudad entera no era más que un enorme comercio textil especializado en colores horteras. Me senté en una terraza y tomé un café solo con tostadas, mientras mi piel saboreaba la luz del sol mediterráneo que empezaba a entonarse. Pero a media mañana el sol ya empezaba a molestar, de manera que entré en una tienda cualquiera y compré una gorra y unas gafas de sol baratas. La gorra era azul y tenía impresas unas palabras en alemán: en lo que a mí respecta, lo mismo podía decir «Bienvenido a la Isla» que «Hola, hijoputa». Cuando miraba mi reflejo en los escaparates, mi rostro oculto tras la visera de la gorra y velado por los cristales oscuros, sólo veía a un extranjero más, un

desconocido caminando por calles desconocidas.

Desemboqué en la playa del Arenal a eso de las dos. Tenía hambre, así que me dirigí a uno de los bares que anunciaban el menú en grandes carteles desplegados sobre la acera y escritos en tres idiomas. Pedí una paella y una botella de agua mineral, y me trajeron una plasta de arroz con algunos fósiles incrustados en su interior y un sutil sabor a lavavajillas. Después crucé la calle y me sumergí en un océano de sombrillas, cabezas, calvas y melenas, más allá del cual se adivinaba el brillo increíble del verdadero océano. Me quité los zapatos y los calcetines, y caminé con ellos en la mano, tolerando la fragua de arena ardiente bajo las plantas de mis pies, sorteando el crucigrama de cuerpos bronceados y cuerpos blanquecinos, cuerpos musculados y cuerpos fofos, cuerpos jóvenes y cuerpos viejos: la multitudinaria ofrenda humana al hacha del sol. No pude descifrar el crucigrama y al alzar la mirada arriba, con la mano izquierda haciendo de pantalla, tampoco descubrí, en medio del esplendor ígneo que abrasaba mis lentes, el rostro terrible del Minotauro.

Encontré una sombrilla libre entre un grupo de bebedores de Heineken y un trío de valkirias de mediana edad, tostándose boca arriba, inmóviles, con sombreros de paja en la cara, cuyas carnes parecían chisporrotear como lonchas de panceta. Pagué al encargado de las sombrillas, dejé los zapatos en la arena, me tumbé en la sombra y me eché a dormir casi de inmediato, sin que me importaran gran cosa los ruidos de las conversaciones y el estrépito de un radiocasete cercano.

Desperté a media tarde, cuando el sol ya había rendido sus banderas y la playa parecía una calcificación ósea, un fémur amarillento, sucio, lleno de envoltorios y restos, como el recuerdo de una batalla. Las valkirias se habían ido o habían terminado por licuarse, mientras que el gremio de bebedores de cerveza había levantado el campo, dejando tras su paso un alegre y verde montón de latas vacías. Una pareja de ancianos paseaba por la arena húmeda, dejando que las olas les lamieran los tobillos, y unos niños jugaban al voleibol con un balón playero. Tragué saliva y me incorporé despacio. La sombra del quitasol se había desplazado lentamente hacia mi derecha, de manera que los últimos rayos de sol habían caído de lleno sobre mi cara, atravesando los cristales oscuros de las gafas, fundiendo mis sueños en una aleación de bronce. Recordaba haber doblado el brazo —donde todavía conservaba las huellas de la caricia de Charly— encima de los ojos cerrados, como si el sol fuese otro perro y hubiese querido morderme la cara. Me puse en pie y me sacudí la arena de los pantalones. Oí un ruido a mi espalda y vi cómo uno de los niños le decía a otro: «Mira, ya se ha despertado el borracho». Lo cual no era del todo cierto: aún no estaba despierto del todo y nunca había dejado de estar borracho.

Me quité la camisa y los pantalones, y avancé hacia el mar. Una ola me besó los dedos de los pies; la siguiente, menos tímida, los cubrió del todo. Pude sentir el

mecanismo de retroceso de la ola hundiendo la arena bajo mis talones, agarrando mis tobillos con su grillete líquido. Eché a andar hasta que el agua me cubrió la cintura y luego me sumergí de golpe. El fondo estaba removido y una arenilla turbia flotaba ante mis ojos. El mar se estancó en mis oídos, con el sonido del agua resbalando sobre una espalda femenina. Cuando saqué la cabeza para respirar, las brasas del sol chisporroteaban entre las olas. Di unas cuantas brazadas y salí chapoteando hacia la orilla. Me quedé de pie, en calzoncillos, ignorando las risas de los críos, dejando que los últimos harapos del sol me secaran. Después me calcé, me puse la gorra y eché a andar hacia el paseo, sin echar una mirada atrás, al mar que extendía sus olas como un comerciante agachado sobre sus mercancías robadas.

Miré el reloj: las nueve de la noche era una buena hora para empezar a buscar a un flamenco porque antes no suelen despertarse. La oficina de turismo ya estaba cerrada, pero no estaba muy seguro de que allí pudieran proporcionarme información sobre un bailaor gitano y tullido por más señas. Pensé que un taxista gordo, que se escarbaba los dientes con un palillo mientras escuchaba la retransmisión de una corrida de toros, me sería mucho más útil.

—¿Chacón? —preguntó, sacándose de la boca el mondadientes y bajando el volumen de la radio—. Claro que sé quién es Chacón. No está muy lejos. ¿Quiere que le lleve?

Subí al taxi y el gordo arrancó el motor. En sí mismo, el vehículo era un compendio de costumbrismo. La exaltada oratoria del locutor glosando las hazañas del matarife de turno se correspondía con los giros de una bailaora en miniatura que danzaba bajo el retrovisor.

—¿Le gusta el flamenco, eh? —preguntó de pronto el gordo.

—¿Cómo dice?

—El flamenco —repitió, aprovechando un semáforo en rojo para hurgar con ahínco bajo un colmillo—. El flamenco, joder.

—Ah sí.

—¿Cuál es su cantaor favorito?

—Schumann —dije.

—¿El Chuman? —El gordo me miró por el retrovisor, mordisqueando el mondadientes—. ¿No lo conozco? ¿De dónde es? ¿De Jerez?

—Aleman —puntualicé.

—¿Aleman? No joda. ¿Y dice que es bueno?

—Muy bueno.

—Pero será un chavalito que está empezando.

—No tanto. Por lo que yo sé, está muerto. Se suicidó antes de cumplir los cincuenta. Sólo lo he oído en grabaciones.

El gordo resopló y escupió el palillo por la ventanilla. Aprovechó otro semáforo y otra fila de coches para desatascar su estupor.

—El Chuman. No lo había oído en mi vida. Y mira que en la peña oímos gente rara.

La fila de coches rodó agónicamente y el gordo empujó con brusquedad la palanca de cambios. En la acera de la derecha, una familia de teutones rubios —padre, madre y tres pequeños vástagos— nos adelantó sin esfuerzo, avanzando con la irrefutable convicción de la historia y con los trastos de la playa echados a las espaldas.

—El Chuman —repitió el taxista gordo—. Mierda de alemanes. No les basta con robarnos la isla. Ahora también van a quitarnos el flamenco.

El taxi se detuvo en la puerta misma de un tugurio con ventanas enrejadas y maceteros mustios: una ratonera para guiris incautos. Miré el cartel donde aparecía el nombre pintado con letras que evocaban travesaños y ruedas, como un carromato gitano: EL LOBITO CHICO.

—Ahí lo tiene —dijo el taxista—. Ahora bien, si quiere escuchar flamenco de verdad, venga conmigo. Le invito a la peña.

—Gracias —dije, sacando un billete de la cartera—. Pero quisiera ver a Chacón.

—Chacón —canturreó el taxista con una mezclanza de admiración y desprecio—. Todo el mundo en Mallorca quiere ver a Chacón. Es como visitar unas ruinas o una pieza de museo o un héroe de guerra.

Me devolvió el cambio y bajé del coche. En cuanto cerré la portezuela, subió el volumen de la radio. Hacía rato que la corrida había terminado, pero el locutor se demoraba en el análisis de los pases y la descripción de las estocadas: la misma clase de verborrea fatigosa y estúpida que yo mismo tenía que aguantar después de un combate, cuando un cretino con un micrófono en la mano, que no había recibido un puñetazo en su vida, subía no a preguntarme sino a explicarme cómo había boxeado.

Supongo que Chacón, durante sus diez años de gloria, habría tenido que aguantar sermones parecidos: la lenta, fatigosa, interminable llovizna de preguntas, el inagotable sirimiri de palabras inventadas y de vocablos inútiles que no llevaban a ningún sitio, que no querían decir nada y que nada decían, salvo el miedo a quedarse sin palabras. Para huir de ellos, quizá, Chacón había fabricado aquel antro, un tablao flamenco con todas las de la ley, el tablao platónico, tal como aparece en las indicaciones de las guías turísticas y en las ilustraciones de los folletos de las agencias de viajes: un escenario con dos taburetes, unas cuantas mesas de madera, cuanto más viejas mejor, y un salón en penumbra con unas cuantas sillas de mimbre destartaladas.

Me senté en la única mesa libre y observé a la clientela, casi todo parejas, alguna inglesa, un par de alemanas solitarias. Un quejido continuo —que sonaba igual que un tipo al que le están extirpando un riñón sin anestesia, acompañado de una guitarra a la

que algún sádico pellizcaba las cuerdas como si fueran nervios rotos— servía de fondo sonoro al local, mientras que la decoración consistía básicamente en algunas fotografías en blanco y negro de bailaoras cejijuntas y cantaores berreando, con las venas del cuello talladas a cincel y las de las sienes a punto de la apoplejía. Después de escuchar unas cuantas sesiones de quirófano apareció una camarera que me tomó nota con la misma expresión de asco que las bailaoras retorcidas de la pared: una contorsión del ceño y de los labios que empecé a considerar seriamente como la cumbre del arte flamenco. Pedí un refresco de naranja y un plato de jamón serrano. Dejé la gorra y las gafas sobre la mesa. Una rubia grandota, que estaba sola en la barra y que no había dejado de mirarme desde que me senté, se acercó hasta mi mesa, señaló mi gorra y dijo:

—Yo también amo el sol y la arena.

—¿Perdón?

—Amo el sol y la arena. Es lo que pone su gorra.

Hablaba con acento extranjero, pero no muy marcado. Llevaba unos pantalones blancos ajustados y una camiseta de tirantes que dejaba adivinar el comienzo del busto. Sobre la piel, el sol mallorquín había puesto al descubierto una multitud de pecas y de manchas rojizas, como una emulsión del revelado sobre una placa fotográfica.

—No tenía ni idea —dije.

—¿No eres alemán, verdad?

—No mucho.

Sonrió y la miré a los ojos. No era del todo fea. Fijándose bien, no era del todo joven y tampoco era gorda del todo. No era del todo nada, ése era el problema: que estaba a medio hacer. El sol, en la playa, había dejado a medias el trabajo, como si tuviera que atender otros pedidos urgentes y la hubiera sacado del homo demasiado pronto. Su cuerpo estaba sin acabar, como una vasija abandonada por el alfarero antes de rematar la forma de los pechos y la de las caderas. El pelo, de un rubio pajizo, le caía sobre la cara, en un corte indefinido, ni corto ni largo. Aunque tenía los ojos azules y los labios finos, el resto de su rostro parecía indeciso, como si no estuviera muy segura de su edad y de su sexo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Alemania es un país libre.

Prefirió tomarlo como un chiste. Se sentó a mi izquierda, doblándose igual que una cigüeña.

—Ana —dijo extendiendo su mano.

—Roberto —repuse, estrechándosela.

Por un momento estuve tentado de decir «Schumann», pero supe que esta vez no iba a colar, que probablemente Ana conocía a Schumann mejor que yo. De cualquier modo, Schumann también se llamaba Roberto. Curioso, era la primera vez que lo pensaba.

Retuve un instante más de lo necesario su mano ancha, grande y fuerte, de dedos largos y huesudos. Manos de violonchelista o de pianista, pensé, pero lo mismo se dedicaba a la charcutería. La camarera trajo el plato de jamón y el refresco de naranja, y los dejó sobre la mesa con una mueca de asco.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—Un vaso de vino. Gracias.

No puede decirse que lo que siguió fuese un silencio. Sé bastante de silencios. Ana jugueteó un rato con mi gorra mientras el paciente de la cirugía sin anestesia soltaba sus últimas protestas contra la existencia humana en general y la suya en particular. Todo muy metafísico, incluyendo las rodajas de pan, que pertenecían al pasado, y las lonchas de jamón, cortadas tan finas que podía mirarse al trasluz. Mientras la camarera plantaba la copa de vino sobre la mesa, cogí un par de lonchas y pensé en fabricar algo con ellas, unos encajes comestibles o algo de lencería.

—¿Te gusta el flamenco? —preguntó, acariciando la copa entre los dedos.

—No —respondí, masticando el jamón—. La verdad es que no.

—¿Entonces?

Hice un gesto imparcial, diplomático, que podía significar cualquier cosa. La sal pegada a la piel de mis brazos y mi espalda se contrajo en una reminiscencia marina, como el fantasma de una ola. Unos cuantos aplausos recibieron la aparición de un cantaor y un guitarrista sobre el escenario. Mientras el cantaor se inclinaba para saludar al público, el guitarrista se sentó, acunando el instrumento sobre su regazo, y empezó a afinar las clavijas. No me apetecía nada asistir a una sesión quirúrgica en directo, de modo que pedí disculpas a Ana y me levanté de la silla. Mientras cruzaba la sala, el cantaor me siguió con una mirada furibunda, que sin duda incluía maldiciones a mis antepasados y toda clase de referencias genealógicas. El trémolo de la guitarra se fue perdiendo a lo largo del pasillo. Dejé atrás la cocina, los servicios, y empujé la puerta de los camerinos.

El vestuario de un boxeador es una sala de espera impersonal, austera como una celda. Generalmente, carece de adornos; no tiene más mobiliario que unas taquillas, una camilla de masaje, un espejo, un toallero, unas cuantas sillas. No hay ventanas, no hay nada colgado en las paredes, no hay nada. Nada te pertenece allí, fuera de ti mismo, ni siquiera el inquilino que te mira desde el espejo, cubierto con una bata que parece la tuya pero que lleva las letras invertidas; ni siquiera —después del combate— las gotas de sangre que salpican el suelo del vestuario, porque esa sangre pertenece al público, que ha pagado por verla brotar, salpicar, por recibirla. Poco importa que tu entrenador te pase una mano por los hombros y diga tonterías para tranquilizarte, para que te relajes antes de la pelea: siempre —sentado en la camilla, con los pies colgando, o paseando nerviosamente entre las cuatro paredes— llega un instante en que el púgil siente que ese

cuarto no es suyo ni de nadie, que ni siquiera es un cuarto ni una sala de espera ni una habitación donde cientos de boxeadores han esperado antes que él y otros cientos de boxeadores harán lo mismo después de esa noche; llega un instante en que alcanza a entender que ese vestuario anónimo no es más que un vagón de tiempo detenido entre dos estaciones para un solo viajero que espera, cabizbajo, casi desnudo, con una bata sobre los hombros.

También había un espejo en el camerino de Chacón. En realidad, había dos espejos, divididos por un fino marco de madera y unidos por una raja del cristal que los atravesaba de derecha a izquierda. Unos cuantos anuncios y fotografías tapizaban sus ángulos: imágenes en blanco y negro de los caducos días de gloria, cuando Chacón todavía podía sostenerse sobre dos pies y alzarse airosamente sobre las tablas. Sobre el tocador, unos cuantos frascos con cremas y potingues, pinceles de maquillaje, un vaso sucio, una botella de whisky, un paquete de cigarrillos, un mechero plateado encima de los cigarrillos, un viejo cenicero triangular con propaganda de Cinzano.

Chacón estaba sentado frente a sí mismo, estudiando atentamente su reflejo. Sabía que era Chacón porque su rostro era el mismo que el de los anuncios y las fotos: una talla mineral de nariz ganchuda y dos ojos como las ranuras de una máquina tragaperras. Pero el gesto adusto, casi trágico, que campeaba sobre los anuncios y las fotos arrancadas al pasado, en arrogantes poses disputadas al tiempo, se había agriado del todo, definitivamente. Fotografías en blanco y negro. Blanco y negro, sí, blanco del foco que lo iluminaba desde lo alto, desde el pasado, y negro de la oscuridad que estaba a punto de tragarlo.

—El cagadero es más atrás, payo —dijo, sin apartar los ojos de su réplica.

Una amable invitación que decidí no aceptar. Traspasé el umbral del camerino. Olía a polvo, a humedad, a mudanza, a trajes viejos. Me agaché para examinar de cerca las fotos.

A Chacón no pareció importarle gran cosa mi intromisión: cogió por el cuello la botella y se sirvió en el vaso. La adelantó hacia sí mismo, de manera que su doble me la ofreció desde el espejo.

—¿Gusta? —preguntó.

—No bebo. Gracias.

—No sabe lo que se pierde —dijo, y la vació de un trago.

—Sí —contesté—. Por desgracia, sé lo que me pierdo.

Dejó el vaso sobre la mesa y me clavó los ojos a través de su reflejo. Era una mirada profunda y astuta, milenaria, casi animal, pero el espejo roto le daba un aire de irrealdad, como los ojos de uno de esos retratos demasiado perfectos que parecen seguirte allá donde vayas. Cuando se dio la vuelta para mirarme, la sensación de irrealdad persistió durante unos instantes, como si el Chacón del espejo hubiese tardado

en advertir el cambio de postura.

—¿Qué quieres, payo? —preguntó—. Ya no firmo autógrafos.

La borrachera apenas le afectaba la voz. Era como una sombra, como una bayeta o un trapo húmedo que pasaba a través de una superficie manchada y grasienta, sin tocarla. Le señalé la foto de una bailarina pegada en uno de los rincones inferiores del espejo. El tutú, las mallas blancas, la pierna grácil y extendida no desentonaban tanto con las otras fotos como el chorro de colores que la alumbraban: un ángel en medio de tinieblas.

Chacón siguió la dirección que señalaba mi mano y luego se volvió hacia mí, despacio. Se apartó un mechón de cabello de la frente y, con la misma mano, se restregó los ojos, como arrancándose un jirón de sueño.

—Mi paloma —dijo—. ¿Conoces a mi paloma, payo?

—Digamos que sí.

—Puede que ella diga que no lo es. Puede que incluso lo diga la ley. Pero ante los ojos de Dios sigue siendo mi paloma.

Suavemente, sacó un crucifijo de oro que colgaba de su pecho y lo sujetó con dos dedos. Un minúsculo gimnasta que colgaba entre los botones abiertos de su camisa negra y los huesos de su escuálido pecho.

—Amén —dije.

—¿Qué pasa, payo? —preguntó, girando el crucifijo entre sus dedos—. ¿Eres tú quién se está trajinando ahora a mi paloma?

Su pregunta no sonó como un desplante ni como una amenaza. La chulería que llevaba dentro yacía entumecida, abotargada por la expresión de sueño de los ojos. Ni siquiera era una pregunta, de manera que no la contesté. Por mi experiencia con borrachos, sabía que era mejor dejarlos hablar, desahogarse, dejar que se vaciaran de palabras. Pero Chacón no parecía borracho aún, era como si el alcohol todavía no lo alcanzara, como si la torpeza y el entumecimiento de la borrachera fuesen siempre unos metros detrás de él, del mismo modo que una pareja de baile que no logra seguir sus pasos.

—Me extraña —dijo al fin—. Mira que me extraña.

Besó el Cristo que sostenía entre sus dedos y lo guardó otra vez en su pecho. Luego se volvió otra vez hacia el espejo, pero esta vez la raja del cristal le dio de lleno, le partió la frente, un pómulo y un ojo, en una cicatriz inverosímil. Detrás de su ojo roto, vi mi propio rostro, cansado, quemado por el sol, incómodo, ajeno. Fue entonces cuando sentí otra presencia a mi espalda. En el umbral apareció un gitano alto, vestido de negro, con una barba bien cuidada y una melena llena de rizos. Una materialización más o menos actualizada de la figura que pendía del crucifijo de Chacón.

—Maestro... —empezó a decir, pero de repente me descubrió plantado en medio de

la entrada, me midió de arriba abajo y soltó—: ¿Le está molestando el payo este, maestro?

Chacón no respondió. Se sirvió otro trago de whisky y cruzó los brazos, como dispuesto a disfrutar del espectáculo.

—¿Qué estás haciendo aquí, payo?

Era una buena pregunta, tan buena que, de hecho, no supe qué contestar. Había volado desde Madrid y vagabundeadado todo el día por la playa, había preguntado y tomado un taxi y consultado a la luna y el oráculo de un retrete sólo para desembocar en el camerino de «El Lobito Chico», junto a una caduca estrella del baile y un gitano pintón muy semejante a Cristo. Se suponía que era yo quien tenía que hacer las preguntas.

—¿Que no me has oído, payo de mierda?

Envalentonado por mi silencio, el gitano avanzó un paso y me cogió del brazo, más o menos a la altura de la mordedura de Charly. Era una hermosa mano, de uñas largas y cuidadas, con un historiado anillo de oro en cada dedo. Me recordó la mano de la alemana.

—¿Tocas la guitarra? —le pregunté.

—Mira lo que dice el payo este —repuso él, sin soltar mi brazo.

—Te pregunto si tocas la guitarra. Porque da la casualidad de que mi brazo no tiene cuerdas.

Nos miramos durante un par de segundos, suficientes sin embargo para que cada uno atisbara lo que el otro llevaba al fondo de los ojos. Al parecer, no le gustó mucho lo que había en la oscuridad de los míos, porque soltó la presa y dio un paso atrás.

—Dígale a Cristo que deje de jugar a romanos —advertí.

Chacón tomó un sorbo y dejó el vaso sobre la mesa.

—Está bien, Isidro. Lárgate, date un paseo. El payo y yo vamos a hablar un rato.

—Pero, maestro...

—Que te vayas a cagar.

El gitano dio media vuelta y se perdió en la oscuridad del pasillo. Del fondo venía el eco de la guitarra y de la voz matemáticamente desgarrada. Unos cuantos aplausos desmañados siguieron a la actuación y Chacón también aplaudió, o mejor, juntó dos o tres veces las palmas de las manos, sin fe, sin ganas.

—Tienes buenos pies, payo —dijo—. Te has vuelto sin girarte ni cambiar de posición, manteniendo el eje del cuerpo. Y sé lo que me digo.

—Gracias —dije—. Los boxeadores lo llamamos juego de piernas.

—¿Boxeador? —preguntó Chacón con un asomo de sonrisa—. ¿A qué has venido aquí? ¿A darme de hostias?

Era la segunda vez que me preguntaban lo mismo en unos minutos. Y una vez más

no tenía respuesta. Tuve que improvisar una en voz alta, oírla salir de mi boca para descubrir cómo sonaba, del mismo modo que un músico cree llegado el momento de escuchar en el piano lo que ha compuesto en la cabeza.

—Verá, me contrataron para darle una paliza. Es mi oficio, qué le vamos a hacer. La gente llega, me paga dinero para que le haga daño a alguien. A veces acepto, a veces no. No tiene nada que ver con la justicia. Es una especie de instinto, de calor que siento en las tripas.

—¿Quién te contrató? —preguntó Chacón, sin abandonar la sonrisa—. ¿Canales o Cortés? ¿Todavía me tienen miedo, cojo como estoy? Debería sentirme orgulloso.

Yo también sonreí.

—Nicolás Morales —dije.

La sonrisa se le resquebrajó en la cara. No se torció, no se pudrió: fue como si estuviera hecha de barro y se secara de golpe.

—Vaya —dijo, sirviéndose otro trago—. Vaya, vaya.

Agitó suavemente el vaso de whisky en una mano. Dentro, la bebida se balanceó como un mar en miniatura, un domesticado océano de ámbar. Chacón siguió la dirección de mi mirada.

—¿Seguro que no quieres probarlo?

—No es que no quiera —dije—. Pero para mí es como el fuego del infierno.

Chacón asintió con la cabeza. Tomó un trago y se quedó mirando el fondo del vaso.

—El fuego del infierno —repitió—. Sé algo de eso. El infierno no es un lugar donde te obliguen a ir, sino un lugar donde ya has estado y no te permiten volver. El único lugar donde fuiste tú mismo. Mira esas fotos —dijo, señalando al espejo—. Ahí está mi vida, mi vida entera. Tokio, Nueva York, Munich. Flores, aplausos, homenajes. Todo para acabar aquí, en este antro de mala muerte, cojo y sin mi paloma.

Como si el whisky trasegado hubiese acabado por alcanzarlo, su voz sonaba ahora pastosa, confusa, reblandecida por la bebida, quizá, pero no por la pena ni por la compasión. Mientras hablaba, se golpeó con fuerza la pierna izquierda, que permanecía rígida, sin doblarse, como un zanco de madera.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté—. ¿Un accidente?

Chacón sonrió otra vez, la misma mueca arcillosa y reseca que le daba a su boca el aspecto de un sendero lleno de fango después de unas horas de sol.

—Un accidente llamado Nicolás Morales, payo —contestó—. Pero eso no importa ahora. La pierna rota no importa ahora. Ni siquiera importa mi paloma.

—¿Usted cree?

—¿Por qué me sigues llamando de usted, payo? Tutéame, ya que vas a darme de hostias.

Negué con la cabeza, despacio. Alargué el brazo y cogí la botella de whisky. Estaba

abierta. La puse bajo mi nariz y aspiré su olor añejo, puro, increíble.

—No, no voy a pegarle. La verdad, nunca pensé pegarle. Dudo mucho que usted quisiera hacerle daño a Laura.

Chacón alargó la mano y yo le devolví la botella. La examinó de cerca, como si pretendiera aprenderse de memoria la marca, el código de barras y la dirección de la distribuidora.

—Mi paloma —murmuró—. ¿Sabes lo que hacen las palomas, payo? Había muchas palomas en mi pueblo. A veces se peleaban unas con otras, se arrancaban la cabeza a picotazos y la dejaban ensartada en un espino, colgando de una rama. ¿Qué te parece?

—La verdad, nunca me gustaron las palomas —dije—. No son más que ratas con alas.

Chacón dejó la botella sobre la mesa, junto al cenicero, y se puso en pie, ayudándose con el respaldo de la silla. Un momentáneo espectro de dolor cruzó su cara.

—Mira qué es raro, payo.

—¿El qué?

—Aquí estamos los dos, hablando. Un payo y un gitano que no se conocen de nada y que no tienen nada de qué hablar. Ni tú ni yo somos hombres de palabras.

Chacón echó a andar hacia la puerta y me aparté para dejarlo pasar. Apenas me llegaba a los hombros. Pensé un instante si debería echarle una mano, pero me detuve a tiempo. Era algo que su orgullo no permitiría.

—Ven —dijo—. Sígueme. Deja que te explique algo.

Echó a andar por el pasillo a oscuras, apoyándose en las paredes, entre tablones y cajas de refrescos. Caminaba balanceándose de un lado a otro, de atrás hacia delante, como un tentetieso. Una discreta cortina de aplausos saludó su aparición. Chacón desembocó frente al escenario y lenta, trabajosamente, ascendió los cuatro o cinco escalones que llevaban a las tablas. Vi a Ana que me hacía señas con mi gorra y me dirigí sin ganas a la mesa.

—Fíjate —me susurró cuando me senté a su lado—. Ahora viene la soleá. Chacón siempre baila una soleá al final de la noche.

Alguien la hizo callar desde atrás. Me fijé en el silencio inesperado que recubría todo el local. Habían cesado las conversaciones, las risas, los tintineos de cristal de los vasos. Sólo la reverberación del calor acompañó a Chacón en su fatigosa travesía hasta la silla. Ordenó que apagaran las luces. Luego levantó un brazo, tenso y rígido, hasta parecer un árbol, alzó la cabeza, respiró hondo y empezó a bailar. Estaba solo, sin luces, sin coros, sin guitarra, agarrándose del respaldo de la silla, una figura desamparada y jactanciosa a la vez que no quería compasión ni la pedía, un juguete destartalado haciendo lo único que sabía hacer, incluso con la cuerda rota, acompañándose de cuando en cuando con las palmas, usando la pierna coja como eje sobre la cual la otra

repiqueteaba y granizaba, punta, punta, tacón, punta, resbalando a veces, gritando de rabia, cagándose en Dios y en sus muertos, pero sin perder en ningún instante ni el compás ni el ritmo, ni siquiera cuando la pierna mala le fallaba y caía al suelo con una blasfemia, porque volvía a levantarse y a taconear, rabioso, enfurecido, como si los resbalones y los pasos en falso formaran parte de la coreografía, como si las interjecciones y los tacos sólo fueran adornos de aquella música mutilada que él arrojaba a los cielos. Porque bailaba para nadie, arrinconado y condenado, no para los hombres ni para los animales ni para los ángeles, no para aquel Dios que le había quitado la mitad de su arte, desde luego no para mí, a pesar de su promesa, y tampoco para sí mismo; si acaso, para Laura, para que ella —que no podía verlo y que no quería verlo— comprendiera la magnitud de su amor, el precio del desprecio y del olvido.

Me levanté de la mesa antes de que Chacón terminase su danza. Ana me miró en silencio, incrédula, y abandoné el local, perseguido por el repiqueteo de esos pasos como por una lluvia atroz, un barco desmantelado en medio de una tormenta. Creí que el aire fresco de la calle me traería la paz, pero me equivoqué, no corría el aire y la soleá de Chacón seguía clavada en mi cabeza, más allá del golpe de la puerta al cerrarse. Soleá. Parecía un nombre adecuado, una buena palabra, fuese lo que fuese lo que Chacón tenía que decirme. Caminé un buen rato sin poder sacarme su ritmo de la cabeza, hasta que fui a parar al muelle, donde los palos y las luces de los yates se mecían suavemente, duplicados en una sustancia hermana de la noche y del aceite. Apoyado en la barandilla, miré al mar y de pronto añoré el sabor del alcohol con una nostalgia casi física, salvaje, con una pena que no era de este mundo y que no tenía remedio, del mismo modo que Chacón podía añorar el equilibrio, del modo en que se puede añorar un cuerpo amado y perdido para siempre o el amor o un amigo muerto o la infancia. Pero Chacón tenía razón. Ni él ni yo éramos hombres de palabras.

7. La corta distancia

—Roberto, mírame.

Yo no quería mirarla. Yo sabía que si alzaba la cabeza y la miraba, estaba perdido. Así que no la miré.

—Haz el favor, Roberto. Por los viejos tiempos.

—¿Qué viejos tiempos? Tú y yo nunca tuvimos viejos tiempos.

—Roberto, por favor, mírame.

Yo seguí con la mirada baja, dando vueltas y vueltas a la copa que me había servido un camarero displicente y anónimo. Observaba minuciosamente las vetas de la madera, el cristal de la copa, el brillo de una bebida densa que la oscuridad del local no me permitía identificar. Pero sabía que tarde o temprano, tendría que levantar la cabeza y enfrentarme a ella. De modo que respiré hondo y alcé los ojos. No sé, quizá hubiera sido mejor no hacerlo. Es curioso, no me importó que hablara con frases prestadas, ni me extrañaron los cambios que aquel lugar había impuesto a su belleza: llevaba el pelo recogido en un moño, las pálidas mejillas avergonzadas con dos círculos de colorete, el carmín de los labios exageradamente grueso, las pestañas grotescamente retocadas y los párpados pintados con una mezcla de gris y azul celeste. Parecía una bailarina de caja de música, una de esas bailarinas que salen en las bandas del circo, junto a los elefantes y a los trapeceistas, con el mismo maquillaje indecente y estrafalario de un payaso, la misma mezcla de harina y lágrimas falsas y fresas y sangre.

—Mírate tú —le dije despacio, con todo el odio que pude rebañar—. Pareces una puta barata.

—¿Tú crees?

Me encogí de hombros. Hubiese querido acompañar mi gesto con algo más que eso, pero tenía las manos vendadas, las llevaba enfundadas en un revoltijo de gasas y esparadrapo, dentro de un par de pañales. No podía agarrar la copa, ni siquiera podía apartar el palillo de la aceituna para tomar un trago. Laura seguía hablando, hizo un gesto característico, el gesto de quitarse un mechón de la frente —no había ningún

mechón de pelo ahora—. No le hice caso, yo sólo quería beber, vaciar la copa de un trago, pero primero tenía que desenvolver mis manos, quitarme los pañales de las manos. Me llevé la derecha a la boca y desgarré una de las vendas con los dientes.

—¿Tienes sed? —preguntó Laura—. ¿Quieres que te ayude?

Sonreía, divertida ante mi torpeza, mi ansia por beber. Cesé en mi forcejeo y asentí, vencido. Laura cogió mi copa y removió el líquido oscuro con el palillo. Luego lo levantó frente a mis ojos. En la punta no había clavada ninguna aceituna sino la cabeza de una paloma muerta. Agitó la copa y me la arrojó a la cara.

—Disculpe, señor.

La azafata se inclinó hacia mí con un mazo de servilletas de papel. Había derramado un poco de zumo de naranja sobre mi cara gracias a una maniobra imprevista del hijoputa del niño que estaba sentado a mi lado.

—¿Sabes que no has parado de roncar? —dijo con su dulce voz de tenorino.

Le examiné con odio. Pensé que era una lástima que el Vaticano hubiera abolido la saludable práctica de los *castratti*. Yo mismo les hubiera ayudado con unas tijeras de podar. El muy cabrón no había parado de joderme desde que despegamos, y eso que le había dejado intercambiar los asientos para que pudiera mirar por la ventanilla durante el viaje. Pero en seguida se había aburrido de contemplar océanos de nubes y se había dedicado a revolveirse en el asiento, entablado batallas imaginarias con dos *power-rangers* de colorines sobre la bandeja reclinable. Di las gracias a la azafata, recogí la servilleta de papel que me tendía y terminé de limpiarme la cara.

—¿Cuál te gusta más, *Hernán* o *Skeletor*? —preguntó otra vez el nene. Era uno de esos niños ricos que toman el avión como otros niños toman el autobús y al que los padres irían a recoger al aeropuerto, si es que no enviaban al mayordomo.

—Creía que eran *power-rangers*.

—¿*Hernán* o *Skeletor*? —insistió. Pensé que, si yo fuese su padre, en ese preciso instante estaría rezando, elevando una plegaria al cielo para que el avión se estrellara. Y si fuese el mayordomo también.

—Anda, niño, vete a cagar.

Sólo después de unos minutos caí en la cuenta de que aquella frase no era mía, sino de Chacón. Ésa no era mi manera de zanjar una conversación ni de mandar a la mierda a alguien, aunque fuese un niño de ocho años. Laura, en la pesadilla del bar, había utilizado una expresión de Muñoz. Los dos hablábamos con frases alquiladas: ella de un poli cuarentón al que no conocía de nada, yo de un gitano cojo al que acababa de conocer esa misma noche. Pero la Laura que yo había visto en sueños era sólo una invención mía, una marioneta, un monstruo hecho de retales y jirones de otras mujeres, de palabras prestadas, de una foto pegada en el espejo de un viejo camerino, de mis propios recuerdos infantiles de tardes de circo, entre arena y serrín y jaulas de fieras.

También los celos eran prestados: era Chacón quien sentía celos, no yo; era Chacón quien bebía whisky; y también era Chacón quien había hablado de palomas decapitadas. Sólo las manos atadas e inútiles eran mías.

Me revolví incómodo en el asiento. De repente me sentía desplazado y ajeno, igual que si hubiese soñado el sueño de otro, una sensación de impersonalidad que se prolongó después de despertar y que no se desvaneció ni siquiera durante el aterrizaje. No tenía que aguardar el equipaje, de manera que salí del avión y atravesé los pasillos que llevaban a la salida con las manos en los bolsillos, mirando en el reflejo de los cristales mi rostro fatigado por la falta de sueño y mi camisa de flores rota, manchada de zumo de naranja y sudada de dos días. No comprendí que me había equivocado de camino hasta que me encontré frente a la terminal de salida de los vuelos internacionales. Vagué desorientado un buen rato bajo grandes carteles con números y letras, entre recuerdos incubados y pasillos repetidos, sorteando colas de gente y viajeros que aguardaban sentados con un libro o una revista entre las manos. Me pregunté si, en Creta, el laberinto también tenía salas de espera con asientos de colores y papeleras de diseño, con cafeterías como islotes y carteles plagados de prohibiciones.

La policía me esperaba en la terminal de llegada de vuelos nacionales. Un tipo calvo y otro muy alto. No vestían de uniforme ni tampoco me sonaban sus caras, pero en mi oficio había aprendido a reconocer la jeta de un madero cuando está de servicio. Un poli tiene la misma pinta del árbitro antes de empezar un combate: serio, abstemio y sin amigos.

—¿Roberto Esteban? —preguntó el calvo.

Los tres sabíamos que era una pregunta retórica. Ellos tampoco me conocían en persona, pero habían ojeado mi ficha en los archivos y habían memorizado mi cara. Por lo visto, no les costó gran cosa revisar las listas de pasajeros en los aeropuertos y descubrir mi coche aparcado en el aparcamiento de Barajas.

—Creíamos que se nos había escurrido —comentó el alto, mientras cruzábamos la puerta de salida—. Los demás pasajeros salieron hace quince minutos.

Me rasqué la cabeza y, aunque el día estaba nublado, me puse las gafas de sol que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó el calvo.

—¿Estoy detenido?

—Técnicamente, no. Pero tenemos orden de llevarle a la comisaría.

—¿Por qué?

Ahora fue a él a quien le tocó el turno de no contestar. Sacó sus gafas de sol y se las colocó despacio sobre la cara.

—¿Podemos coger mi coche? —pregunté—. No me gustaría dejarlo aquí, ya saben cómo está Madrid de chorizos.

El calvo se detuvo y me examinó de arriba abajo con sus cristales ahumados.

—De acuerdo —dijo—. Deme las llaves. Espero que no piense hacernos ninguna jugarreta, señor Esteban. No sé exactamente cuál es su situación pero seguro que nada buena.

—No se preocupe, *Skeletor* —dije, dándole las llaves del coche—. El comisario Muñoz y yo somos grandes amigos.

—¿Cómo me ha llamado?

—*Skeletor* —dije—. *Skeletor* le va mucho mejor a usted. Mucho mejor que *Hernán*.

—Paco, busca el coche de este capullo y di que lo lleven a comisaría —dijo. Cuando nos quedamos solos, me miró otra vez de arriba abajo y soltó—: Mira, es posible que hasta seas amigo del comisario Muñoz. La verdad, me importa un huevo. Pero la próxima gracia que hagas te la meto por el culo, ¿estamos?

—Estamos —dije.

Francamente, el tipo no tenía pinta de bromear. Parecía que le había jodido la mañana. Sólo le faltó volverse hacia los jueces para que me restaran un punto. No volví a abrir la boca en el coche, pero mientras íbamos hacia la ciudad, seguí pensando que, con su calva y con su cara de pocos amigos, le iba mucho mejor *Skeletor*.

Muñoz estaba examinando unos papeles cuando me hicieron pasar. Ni siquiera alzó la cabeza ni lanzó el gruñido ritual que representaba la invitación a traspasar su territorio. En cuanto a los papeles que sostenía entre las manos, lo mismo podían ser informes de balística que impresos de la bonoloto. En realidad, no hacía otra cosa que ganar tiempo, eligiendo los ojos con los que iba a mirarme cuando levantase la cara. De manera que, mientras imaginaba qué era eso tan importante que tenía que decirme como para enviar a dos *power-rangers* a buscarme al aeropuerto, me entretuve examinando su despacho, decorado por la misma, aséptica, impersonal mano que podía haber decorado un despacho de un médico o un abogado. Era en lo único en que se parecía Muñoz a un poli de la tele: en el despacho. Las semejanzas cesaban en la mesa, donde un periódico desplegado, un paquete de Ducados y un cenicero repleto de colillas hasta el borde acentuaban el desorden tradicional de papeles y carpetas. Cuando completé la panorámica y me enfrenté otra vez a él, tropecé con una mirada opaca, cóncava, profesional.

—¿Estás sordo? —preguntó.

—¿Qué?

—Te he preguntado —dijo, con el mismo tono sacerdotal, cargado de pausas innecesarias, de falsa paciencia y de mala leche disfrazada, que un maestro de escuela del antiguo régimen— si sabes por qué estás aquí.

—Me imagino que no irás a invitarme a un café.

—Esteban, no me jodas. Te estuve llamando todo el puto día de ayer por esa mierda de móvil que tienes.

—Me tomé unas pequeñas vacaciones y decidí dejarlo en la guantera del coche, junto con el cocodrilo. Ya sabes, para evitar problemas en el aeropuerto. Podrían pensar que se trataba de un detonador.

—¿Y dónde veraneaste, si puede saberse?

—Si te has molestado en buscar en las listas de pasajeros, me imagino que también habrás preguntado el destino.

Muñoz cogió el paquete de Ducados, sacó un cigarrillo y lo encendió con desgana, como si en realidad no le apeteciera fumar, pero no le quedara más remedio.

—Mejor que no imagines nada, Esteban. Déjate de destinos. Límitate a decirme qué coño hiciste ayer en Mallorca.

Traspasé el peso del cuerpo de la pierna izquierda a la derecha. De pronto caí en la cuenta de que llevaba diez minutos en el despacho y Muñoz ni siquiera me había ofrecido asiento. Sentí una especie de escalofrío cuando comprendí que no se trataba de una entrevista personal sino de un interrogatorio en toda regla.

—Espera un momento —dije—. ¿Debería buscarme un abogado?

—Tú sabrás —respondió, expeliendo humo por la nariz y por la boca—. En lo que a mí respecta, estamos hablando como viejos amigos.

—Los viejos amigos, entre otras cosas, suelen ofrecer asiento.

—Ahí tienes una silla —ofreció Muñoz, sacudiendo la ceniza del cigarrillo.

—Gracias. No me apetece sentarme.

De pie, basculando el peso de una pierna a la otra, le conté la razón de mi viaje a Mallorca. Le dije que había ido a hablar con Carlos Chacón para preguntarle si sabía algo sobre los recientes ataques que había sufrido su esposa.

—¿Ahora te contratan para hablar? —preguntó Muñoz, divertido—. Esto es nuevo. ¿Vas a abrir un consultorio matrimonial?

—Lo estoy pensando —dije—. ¿Quieres que te dé hora?

—¿Chacón está cojo, no?

—Bastante. Pero te aseguro que yo no tuve nada que ver. Ocurrió hace ya tiempo.

—¿El qué?

—El accidente que lo dejó cojo —repuse.

Muñoz aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Era raro, porque él solía fumar la colilla hasta la extremaunción. Entonces, de repente, vi el hueco, la defensa abierta, tan clara como un descuido de la guardia que deja al descubierto la barbilla, y en menos de un segundo lancé el golpe sin pensar, sin calcular las consecuencias:

—Por cierto, él dice que no fue un accidente casual, sino cosa de Nicolás Morales.

Es posible que esté resentido por lo de su esposa, pero ¿no te parece raro que Morales insistiera tanto en que yo le zumbara a Chacón?

Muñoz me miró como si se hubiese dejado un grifo abierto y yo fuese la bañera. Fue a coger otro cigarrillo pero el paquete de Ducados estaba vacío. Lo estrujó con una mano y lo arrojó a la papelera.

—Dejemos eso —dijo—. ¿Te acuerdas de Raimundo Cerero y de la dirección que me pediste por teléfono?

—Sí.

—¿Conoces personalmente a ese tal Raimundo Cerero?

—Claro. Salimos juntos en plan buenos amigos. Nada serio.

—Esteban —dijo, buscando otro paquete de cigarrillos en la chaqueta que colgaba del respaldo—, no me jodas.

—Muñoz —repuse yo—, no me toques los cojones. Desde que he entrado aquí me estás hablando como a un chorizo de tercera. Haz el favor de decir lo que tengas que decir.

Muñoz puso cara de satisfacción, sacó otro paquete de tabaco y lo arrojó sobre la mesa. Luego cruzó las manos, como si fuese a rezar, apoyó la cabeza en los dedos y empezó a hablar muy despacio:

—Buenos amigos, ¿no? Pues está muerto. Lo encontraron en su casa, colgado detrás de la puerta como si fuese un abrigo. Tenía una percha metálica clavada en la nuca.

No sé por qué me quedé mirando el cenicero rebosante de colillas. Muñoz descruzó las manos y deslió el plástico del paquete despacio, casi jugando. Las canas le salpicaban todo el pelo, parecía como si hubiera cogido un puñado de ceniza y se la hubiera espolvoreado por la cabeza.

—Estás bien jodido, chaval. Encontramos huellas tuyas por todas partes. Hay suficientes como para tapizar una pared.

—Muñoz, mírame bien. Mírame a la cara —le dije—. Yo no maté a Cerero.

—No sé si lo mataste o no, pero tenías motivos. En primer lugar, ese enano cabrón estaba molestando a Laura, y a ti te contrataron para protegerla. Luego, por lo que hemos podido averiguar, os achuchó un bull-terrier —dijo, señalando mi brazo—. Y tú acuchillaste al perro.

—Y crees que también maté a Cerero.

—Es posible que sólo fueses a hacerle una visita de cortesía y se te fuese la mano.

—Muñoz, me conoces desde hace años. A mí no se me va la mano si yo no quiero que se me vaya la mano. Puedo ser un matón y un hijo de puta, pero no un asesino.

—Nadie es un asesino —dijo virtuosamente Muñoz—. O casi nadie. Pero las cosas pasan. Se empieza con un perro y se acaba con el dueño. Por cierto, ¿dónde está el perro?

—En el contenedor de la basura, me imagino.

—Te dije antes que dejes de imaginarte cosas. Porque lo que no puedes imaginarte, chaval —gruñó, apuntándome con el dedo—, es el lío en que me has metido. Si esto sigue adelante, tarde o temprano saldrá el modo en que conseguiste la dirección de ese enano de mierda.

—Espera, espera. ¿Qué quiere decir si esto sigue adelante? Es un caso de asesinato, ¿no?

Muñoz tiró el plástico arrugado a la papelera y sacó otro cigarrillo. Sonreía con una cara que sólo le había visto ante la mesa de apuestas, repleto de alcohol hasta los topes. Pero sólo eran las doce de la mañana y no creo que hubiera pasado de un par de carajillos.

—Primero, asesor matrimonial, y ahora, policía. No vayas tan deprisa, hombre. Primero cuéntame qué hiciste en casa del enano.

Le expliqué mi visita con todo lujo de detalles: la caseta de electricidad, el patio, las serpientes, las fotos de su hermano muerto, la conversación con Cerero colgado de la misma percha con que lo habían apuntillado. Intenté no dejarme ningún cabo suelto porque era muy posible que tuviera que enfrentarme a una acusación de asesinato. Muñoz me dejó hablar mientras fumaba sin prisa, entrecerrados los ojos, envuelto en las espirales de humo del cigarrillo como nadando dentro de una lenta, acogedora niebla.

—O sea, que lo dejaste colgado en la misma percha donde, casualmente, lo encontramos. Una forma un poco rara de suicidarse, ¿no crees?

—No he dicho que lo dejase ahí. He dicho que lo descolgué y que se quedó en el suelo, llorando. Si quieres, te dibujo un plano.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo, apartando mi ofrecimiento con una mano—. Lo que es seguro es que, si tú no lo mataste, para suicidarse allí hubiera necesitado un taburete. Claro que es posible que resbalase en el momento de colgar el sombrero.

—No usaba sombrero —dije.

Muñoz resolló con sorna, el cigarrillo colgando de la boca. Apartó el periódico, rebuscó entre los papeles, sacó una carpeta amarilla y me la entregó con un gesto hastiado. Eran fotografías, pero en un primer momento no supe discernir lo que eran. Cuando lo hice, tuve que sentarme en la silla. Instantáneas del cuerpo de Cerero en distintas poses: primeros planos de la cara tumefacta, la mandíbula rota, una mejilla hundida, un ojo hinchado y el otro encapsulado en una burbuja de sangre. Luego, otras del pequeño cuerpo desnudo sobre la mesa de disección, con cardenales que salpicaban los brazos y el tórax, y un gran moratón verdoso que se extendía por el vientre. No alcé la cabeza hasta que oí la voz de Muñoz. Es posible que llevase un rato hablando.

—Tenía varios dientes rotos y un ojo reventado. También le partieron un brazo. Los moratones de los brazos corresponden a marcas de dedos. El golpe en el bajo vientre le

provocó un derrame interno. El forense opina que es muy probable que ese golpe le provocara la muerte antes de que lo colgaran de la percha. Tengo aquí el informe de la autopsia, el típico crucigrama para médicos. ¿Quieres echarle un vistazo?

Negué con la cabeza. No me hacía falta leer nada, intentar descifrar los nombres con que unos tipos con bata habían bautizado algo cuya realidad yo había sentido en carne viva. A lo largo de años de combates, de peleas y palizas callejeras, había visto de cerca contusiones como aquéllas, fracturas y huesos rotos y ojos hinchados, pero no todas juntas sobre un cuerpo del tamaño de un niño de diez años. Había visto bocas y labios desfigurados hasta ese punto, pero en los rostros de púgiles castigados durante más de seis asaltos. Quince minutos recibiendo puñetazos y se podía lograr una cara como la de esas fotografías. Pero calculé que Cerero no había recibido más de tres o cuatro golpes, los justos, y que el último de ellos había bastado para matarlo.

—Querían hacerle hablar —murmuré—. Estaban buscando algo y pensaron que él sabía la respuesta. Pero no habló. Tenía cojones. Seguramente se les rió en la cara, chorreando sangre, y el cabrón que le estaba sacudiendo perdió la cabeza.

—Por lo que veo, te caía bien el enano ese.

—Me caía bien, sí. Era valiente y terco: sólo quería vengar a su hermano. Sabía que tarde o temprano irían a por él. De hecho, él creía que yo... —me detuve, levanté la cabeza y vi a Muñoz con la colilla todavía colgada de la boca.

—Mejor cállate lo que estás pensando —ordenó, recogiendo la carpeta y dejándola sobre la mesa—. Guárdatelo donde te quepa. No quiero oírlo.

—Vamos —dije—. Sabes perfectamente quién hizo esto. Lo sabes tan bien como yo.

Vi la guardia abierta unos momentos antes, pero ahora Muñoz había vuelto a armarse. Cogió el paquete de Ducados y jugó a darle golpecitos con un dedo, haciendo que uno de los cigarrillos saliera poco a poco como un conejo asomando por una chistera. De manera que tuve que hacerlo todo yo solo, tuve que golpear en tromba, lanzarme contra las cuerdas y sacarlo del rincón donde se había atrincherado.

—Está claro como el agua —dije—. Morales se dedicaba a organizar peleas ilegales. Cerero le proporcionaba perros y serpientes para animar las veladas. En una de ellas, el Cáncer mató al hermano del enano, un boxeador llamado Rogelio Cerero. Entonces el enano decidió vengarse de Morales y, como sabía que no podía acercársele, se dedicó a joder a Laura, una de sus protegidas y actual amante. Morales no sabía por dónde le venían los tiros, ni siquiera sospechaba que Rogelio y Raimundo fuesen hermanos. Me usó de cebo: fui yo quien le puse tras la pista del enano. Me siguieron hasta su casa y luego lo mataron.

Fui sacando las frases en serie —un dos, un dos— intentando descerrajar su silencio, llevar la pelea al centro de cuadrilátero. Pero Muñoz era perro viejo; aguantó

mi embestida sin pestañear, sin mirarme siquiera, y cuando terminé, se puso otro cigarrillo en la boca.

—¿Vas a hacer una acusación formal —preguntó, con las chispas del mechero reflejado en los ojos— o me estás contando la última película que has visto?

—Muñoz —dije sin ganas—, vete a tomar por culo.

—No, te lo pregunto —siguió él, el cigarrillo en los labios, una mano sosteniendo el mechero que se resistía a encenderse y otra haciendo de pantalla— porque me parece que ignoras a lo que se dedica Morales. Mejor dicho: a lo que se dedicaba.

—¿Aparte de montar ballets y organizar asesinatos?

—Aparte de eso —dijo Muñoz, exhalando la primera bocanada de humo y arrojando el mechero a la papelera—. Eso son bobadas, una afición, un hobby, igual que las bailarinas o los yates o las peleas ilegales o las saunas finlandesas. En realidad, Morales era juez de la Audiencia Nacional.

Me miró a los ojos con la misma expresión fatigada y resabiada de un papa sentado en su trono, rodeado de falso incienso, las manos juntas, los dedos entrelazados y la brasa del cigarrillo asomando entre ellos como la piedra roja de un anillo sagrado.

—Ahora está jubilado, sí —continuó Muñoz, sacudiendo la ceniza sobre el cenicero, dejándola caer tan pausadamente como dejaba caer las palabras— pero todavía cuenta con algunos amigos entre la profesión, incluyendo al juez que instruye este caso. Incluso tal vez cuente con algunos enemigos. Pero ni tú ni yo, por desgracia, nos contamos entre ellos, ni entre los primeros, ni desde luego entre los segundos. Es otra división, otra categoría, ¿entiendes? Una cuestión de peso, igual que en el boxeo. Están los moscas, los plumas y luego, en lo alto de la escala, los pesos pesados.

Miré hacia la ventana. Desde donde estaba sentado podía ver el cielo sucio de Madrid, algunas nubes emborronadas sosteniendo una imprecisa bóveda hecha de nada, pintada de ningún color y que no albergaba ningún trono. Si me levantaba y echaba un vistazo, atisbaría un panorama de tejados, chimeneas y antenas semejante a una abstracta colonia de insectos. No sonó como una súplica. Al menos, yo no quise que sonara como eso.

—Hazlo, Muñoz —dije—. Por los viejos tiempos.

—¿Que haga qué? —preguntó, y no sentí rastros de ironía en su voz—. ¿Detener a Morales? ¿Sin cargos, sin pruebas? ¿Por qué no me pides que saque la pistola y me pegue un tiro en la boca?

—Habrá algún procedimiento, alguna carta que puedas sacarte de la manga —sugerí, mirando otra vez a la ventana—. No sé, periodistas, políticos. Tú también tienes tus amistades. Algo habrá que puedas hacer.

—Tú estás sonado, chaval. Ese mexicano debió de darte alguna hostia de más. —Muñoz movió la cabeza, despacio—. ¿Periodistas, políticos? ¿En qué país vives, hijo,

en qué mundo? Yo no puedo detener a Morales del mismo modo que tú no pudiste derrotar a Chamaco.

Me volví hacia él. Por primera vez latió una vena de coraje en mi voz, un tímido riachuelo de rabia corriendo entre los montes de la aflicción y del miedo.

—Pero lo intenté, joder. Lo intenté. Doce asaltos soportando hostias hasta que sonó la campana.

—¿Y de qué te valió, eh? ¿De qué te valió? —preguntó Muñoz. Y añadió, casi sin ganas—: Gilipollas.

—¿De qué me valió? —repetí, levantándome y caminando hacia él—. No creo que quieras saberlo. Tú estabas del otro lado de las cuerdas, sentado entre la gente, contando el dinero de las apuestas. Tú siempre estás del otro lado de las cuerdas. Por ejemplo, ahora. No creas que me asusta la cárcel. Es posible que me asuste pero fíjate, ahora ni siquiera pienso en ella. No te estoy pidiendo que te juegues el culo por mí. Nunca te pediría eso. No me considero mejor que tú, porque si esto es una película, ni tú ni yo somos los buenos. Es posible que el papel esté vacante, que aquí no haya ningún bueno ni lo haya habido nunca, mucho menos ese pobre enano que se dedicaba a traficar con serpientes y a achuchar perros de presa. Pero echa un vistazo a esas fotografías, míralas bien —señalé la carpeta cerrada—. ¿A que parece un niño? ¿No te parece un niño muerto a puñetazos?

—¿De qué te valió la paliza de Chamaco, capullo? —repitió Muñoz, como si no me hubiera oído, como si hubiera hablado en chino—. Dime de qué te valió.

—Ya que quieres saberlo —dije, cargado de rabia, y quizá me arrepentí en el momento de decirlo—, para saber si era un hombre. Para dormir tranquilo esa noche y levantarme y poder mirarme la cara en el espejo por la mañana.

Muñoz asintió con la cabeza, despacio. Luego pulsó el interfono y pronunció un nombre. Nos miramos interminablemente durante el minuto largo que *Skeletor* tardó en llegar y abrir la puerta, pero nuestras miradas estaban vacías. Dentro no había más que copas de coñac, billetes de mil duros, palmadas en la espalda. La rabia y el rencor se habían agotado; pasado el furor de los rápidos, el río corría ahora por un paraje tranquilo y desierto, casi sin árboles y apenas sin recuerdos.

—Lo siento, Esteban —dijo Muñoz, poniéndose en pie—. Quedas detenido como sospechoso del asesinato de Raimundo Cerero. Cabrera, léale sus derechos.

Lo hizo de carrerilla con una voz hueca, impersonal, como si recitase la lista de los reyes godos. Mientras tanto, Muñoz rebuscaba en la chaqueta colgada del respaldo, en los bolsillos del pantalón, entre los papeles. Antes de que *Skeletor* terminara la lección, Muñoz le interrumpió para pedirle el mechero.

8. Pasos de danza

Desperté de madrugada, tendido bocarriba en un camastro que olía a orina y a vómito de borracho, una mezcolanza de miseria no muy distinta del oráculo del Oso Panda. Lo primero que vi, cuando mis ojos se habituaron a la media penumbra del fluorescente del pasillo, fue una polla grabada en la pared junto con un mensaje y un número de teléfono. El mensaje no pude descifrarlo y en cuanto al número, es posible que fuese también el calibre del aparato medido en milímetros: largo, alto y ancho. La gente se aburre en el talego, algunos tanto que incluso se ponen a tomarse medidas, como si los condones se los hiciera un sastre. Pero también podía ser que el miembro inmortalizado sobre la pared fuese no sólo una muestra de virilidad, sino una prueba del paso por la cárcel, como las huellas digitales y las fotos guardadas en los archivos.

Me froté los ojos. Había dormido de un tirón toda la tarde y casi toda la noche, tan profundamente que ni siquiera oí al guardia cuando entró para dejar la bandeja de plástico con la cena a un lado de la cama. Alargué la mano y bebí de un trago el vaso de agua; estaba tibia, como lo estaba el chorro que colgaba flojamente del grifo del lavabo. El calor reverberaba en las paredes de la celda, zumbando entre el diapasón de los barrotes hasta encontrar un eco en mi cráneo. Cogí el bocadillo de queso y le pegué un par de mordiscos: el pan estaba tan duro y el queso tan aceitoso que podían haber servido de tapas en El Lobito Chico. Mientras lo masticaba, resignado, me pregunté cómo es que era el único inquilino de la celda. Era extraño que no hubieran trincado a ningún borracho, ningún yonqui de tres al cuarto, ningún negro detenido por el delito de vender discos piratas sobre un trapo extendido en el suelo. Recordé que, a la hora de bajarme a la celda, *Skeletor* había comentado que me tocaría pasarme todo el fin de semana solo. Hasta el lunes por la mañana no mandarían un coche para trasladarme a los juzgados.

—Ponte cómodo —dijo, mientras me invitaba a pasar al interior de la celda—. Muñoz me ha dicho que te entregue esto, para que no te aburras. Lo encontramos en la guantera del coche. Te vendrá bien; apenas queda papel higiénico.

Recogí el manual de mitología griega a través de los barrotes. *Skeletor* dijo algo más pero no le presté atención mientras hojeaba el libro. No había luz suficiente ni para leer el título. Cuando alcé otra vez los ojos, pude leer el asco en su cara.

—Ahora ya sé por qué estás aquí —dijo—. He visto el expediente. No lo vas a pasar muy bien en la cárcel, listillo. Después de lo que le hiciste a ese enano, no me extrañaría que alguien hiciera correr la voz de que también te gusta follar niños.

—Por ejemplo, tú —repliqué, pasando un dedo por el lomo del libro.

—Por ejemplo, yo mismo —dijo *Skeletor*, cerrando la puerta de la celda.

No me molesté en explicar mi inocencia. ¿Para qué? Para ellos estaba muy claro. Tenían a un enano reventado a puñetazos. Tenían la casa llena de huellas mías. Tenían el testimonio de Morales, un antiguo juez de la Audiencia Nacional. Tenían el testimonio de Laura Lasalle, famosa bailarina, que les había contado cómo Cerero nos achuchó un perro de presa y cómo yo lo había convertido en embutido. Era como sumar dos y dos. Hasta el viejo Muñoz pensaba que había vuelto a libar unas cuantas copas y que se me había ido la mano. En recuerdo de los viejos tiempos.

Y, para colmo, me tenían a mí, un tipo que en otros tiempos se había dedicado al boxeo y a la botella y que no le había ido mal del todo en ninguna de las dos cosas, un tipo que había alquilado sus puños en antros de mala muerte y en peleas ilegales, y que llevaba a las espaldas un expediente por delitos que iban desde desorden público hasta agresión. La verdad, debería haber pensado en la cárcel, no ese calabozo de mierda donde iba a pasar el fin de semana, sino la cárcel de verdad, con sus galerías y sus retrete, sus muros y su patio, los tipos que me aguardarían en las duchas para agasajarme, el techo descascarillado o los muelles de la litera que harían de horizonte y de ventana durante veinte años. Calculé veinte años por lo bajo, quizá más, si contaba con la recomendación de Morales. No era muy probable que el dinero que había ganado últimamente me sirviera para pagar un buen abogado. Sí, tal vez debería haber pensado en la cárcel, pero lo cierto es que en cuanto me eché en el camastro y cerré los ojos, me vino a la cabeza la cara tumefacta de Cerero. Detrás de mis párpados cerrados fueron desfilando uno tras otro, como las cuentas de un rosario, los rostros de los púgiles que habían subido conmigo al cuadrilátero, un vía crucis de dientes rotos y ojos hinchados y narices desfiguradas entre los que también estaban los combatientes anónimos de una sola noche: el niño imberbe de una escaramuza de discoteca, el chulo de gimnasio con un tigre tatuado en el hombro. Todos medían más de metro y medio, desde luego, pero hubo uno bastante pequeño, Cesare Paviani, un italiano valiente como pocos a quien acorralé entre las cuerdas hacia el final del tercer asalto. Recordé nítidamente el gesto de dolor con el que Paviani se encogió al recibir un gancho corto al hígado, un golpe que lo alcanzó de lleno y que hubiera bastado para que cualquier otro púgil con menos agallas hubiera doblado la rodilla en la lona, pero aquel *spaghetti* estaba hecho de otra pasta

porque apretó los dientes y siguió peleando, si es que puede llamarse pelear al modo en que se refugió dentro de sus pequeños brazos y agachó la cara para intentar huir de su tormento. Le alcancé con un directo de izquierda y la cabeza se le fue atrás en una explosión de sudor: todo su pelo floreció con el chasquido de una cerilla encendida. Pero Paviani tenía demasiado corazón para rendirse y guardaba reservas intactas de coraje allá donde no las había, donde no podía haberlas, donde mis puños no podían tocarlo, y a pesar de que en cuestión de segundos lancé contra él todo lo que tenía, golpes de todos los calibres y de todos los colores que le llegaron de arriba abajo, como la andanada de cañonazos de un buque corsario, se mantuvo de pie en el rincón, con la cara hecha un poema y los brazos desarbolados y las rodillas temblando, y en un instante supe —mientras me dejaba ir con la inercia de un tren de mercancías arrojado cuesta abajo y el redoble de mi propio corazón acongojado por el esfuerzo, como un contable ciego que anotase frenéticamente sobre un telégrafo el número de los puñetazos lanzados—, supe con absoluta certeza que un solo golpe de más podía matarlo o enviarlo para siempre al limbo de las plantas, de modo que hice lo único que podía hacer, me abracé a él en una mala parodia de baile. El árbitro, un torpe idiota que debería haber parado el combate segundos antes, se entrometió entre los dos para deshacer el *clinch*, y, sin dejar de gritar «*Fight! Fight!*», peleen, peleen, alzó los brazos para indicar que reanudáramos el combate. Me separé de Paviani y vislumbré, entre la sangre que salpicaba su rostro, la misma mueca de dolor increíble con la que se encogió sobre su costado derecho, como si los otros golpes no contaran, como si aquel gancho al hígado no fuese más que el ancla que lo sostenía de pie sobre la lona. El dolor le nimbaba de la cara como la aureola de un santo, como el humo que rodea una cerilla apagada. Unos segundos después sonó la campana y su entrenador se lo llevó hacia su rincón, pero el italiano se negó a sentarse en la silla, hizo un gesto confuso pero resuelto, y se quedó en pie, sin que su rostro abandonara en ningún instante el rictus de sufrimiento que le trepaba desde el vientre como una enredadera. Entonces su entrenador fue hacia el árbitro y le dijo algo en voz baja y el árbitro detuvo el combate.

Años después, en mi pelea contra Chamaco, se cambiaron las tornas, pero yo no permití que Fuentes arrojase la toalla. No es que esperase un milagro, más bien es como si hubiese decidido sobre la marcha que aquel mexicano me infligiese el castigo prometido por todos los pecados cometidos y por los que cometería en el futuro. Así, la última cara que desfiló en el recuerdo fue la mía propia, reflejada en el espejo del vestuario, los pómulos hinchados, los ojos cerrados, los labios tumefactos. Las gotas de sangre caían pesadamente sobre la superficie del lavabo, salpicando la jabonera y el grifo, y, rebasado el primer instante de pánico, al alzar otra vez los ojos hacia el espejo, reconocí la estampita que colgaba en una de las paredes del dormitorio de mi madre. Ya no era un niño, ya sabía qué significaba la leyenda en latín que orlaba la estampita del

dormitorio de mis padres y que mi madre repetía sin saberlo cuando yo regresaba de la calle con las rodillas desolladas y el pelo lleno de tierra: «Mírate, pareces un ceomo, vienes hecho un ceomo». Mi madre quería decir «ecce homo», y «ecce homo» quería decir «he ahí el hombre».

He ahí el hombre, cualquier hombre, Cristo, Paviani, Cerero, yo mismo. Cristo camino del Calvario; yo de regreso del mío; Cerero muerto, tendido sobre la mesa de la autopsia, después de que lo bajaran no de su cruz sino de una percha donde ni siquiera alcanzaba a colgar el abrigo. Terminada la procesión de rostros sangrientos, al final del vía crucis, fue el pobre Cerero el que se quedó dando vueltas en mi memoria, girando como el crucifijo de un rosario colgado del retrovisor de un coche.

No sé qué hora era cuando *Skeletor* bajó a buscarme. Antes de encerrarme, me habían quitado el reloj, la calderilla y la cartera, de manera que el tiempo se había reducido al parpadeo de un tubo fluorescente. Aún no me habían traído el desayuno, así que calculé que serían las siete o las ocho de la mañana. Estaba tumbado en el camastro, mirando hacia el techo, cuando oí cómo *Skeletor* se ponía a hurgar en la cerradura.

—Lárgate —dijo, abriendo la puerta de la celda—. Todos los hijos de puta caéis de pie. No sé a quién se la habrás chupado, pero estás libre.

Mientras me devolvían mis cosas, *Skeletor* jugó un rato con las llaves en la consigna de la comisaría. Parecía rabioso. Me imagino que, aparte del asco que me tenía, estaba cabreado porque le había tocado guardia ese fin de semana.

—Llamó una chica preguntando por ti. Tenía una voz muy dulce, casi me puso cachondo —dijo, sin dejar de golpear con las llaves en el borde del mostrador—. Me imagino que será la misma a la que salvaste del perro. ¿Sabe que lo que de verdad te va son los enanos?

—Si me fueran los enanos, tú y yo ya estaríamos recogiendo setas juntos.

Firmé los papeles, recogí la cartera y las monedas, y me abroché el reloj en la muñeca. *Skeletor* escupió algo en voz baja y se marchó sin despedirse. Un poli de uniforme me acompañó hasta el aparcamiento donde habían guardado mi coche. Cortesía de Muñoz, supuse, pero aún así registré la guantera. Nadie había tocado el móvil, que languidecía con la pantalla apagada, pero el cocodrilo había desaparecido. Era una buena navaja, la echaría de menos. *Skeletor* tenía buen gusto. Me cagué en el alma de su puta madre: aquel filo había probado sangre dos veces, una de perro, otra de hombre, y me jodía que acabase sus días cortando rebanadas de pan para el almuerzo de un madero calvo.

Mientras conducía camino de casa, intenté hacerme cargo de mi situación. Libre sin cargos. Todavía no alcanzaba a explicarme qué diablos había sucedido, pero de

momento podía darme con un canto en los dientes. Lo único que podía hacer, aparte de especular y de silbar canciones, era preguntarle a Muñoz qué carajo había pasado, quién había dado la orden de soltarme. Pero no creía que Muñoz pudiera responderme, aunque quisiera.

Di un par de vueltas hasta que encontré un sitio libre a dos manzanas de mi calle. Era domingo por la mañana, de manera que caminé entre los restos de la noche del sábado: cubos de basura volcados y papeleras quemadas, cascos de litronas y vidrios rotos, cajeros automáticos fuera de servicio, llenos de papeles, vómitos y cartones vacíos de vino tinto. Era lo mismo que caminar por un campo de batalla después del paso de la horda, pero los concejales podían descansar tranquilos sabiendo que a esas horas la horda dormía a pierna suelta, que a la horda le bastaba con ese inofensivo pasatiempo de fin de semana para desahogar todo su miedo y toda su rabia: un par de cabezas abiertas, unos cuantos comas etílicos, gritos, eructos, porros, borracheras; en fin, la típica berrenda semanal de los ciervos en celo que limpiarían los barrenderos del lunes.

Mientras sacaba las llaves para abrir el portal, me vi reflejado en los cristales de la puerta y reconocí que yo mismo parecía un integrante de la horda de regreso a casa. Llevaba la misma ropa desde la noche del jueves, la misma camisa de flores con la que había cruzado el mar de ida y vuelta, y los mismos pantalones con los que había dormido en la playa, en un banco del puerto de Mallorca y en el camastro del calabozo. Sentía la suciedad pegada a mi piel, los restos de la sal y la mugre compitiendo por el alquiler de mi espalda, y abrí la puerta mientras me desabotonaba la camisa, ansioso por pegarme una ducha y quitarme de encima el mal olor de la cárcel y los jirones de los malos sueños. No había desabrochado tres botones cuando vi a Ávalos sentado en mi sofá, con las piernas cruzadas y una pistola en la mano.

—Cierre la puerta, señor Esteban. Entre y siéntese, como si estuviera en su casa.

Hablaba con el mismo tono untuoso y correcto con el que me había insultado en el teatro, el tono de quien sabe que una injuria duele más si se susurra a media voz, con una copa de vino en la mano. Pero Ávalos no sostenía una copa de vino, sino una automática plateada, y la empuñaba con delicadeza, sosteniéndola apenas entre los dedos, con una desenvoltura que denotaba oficio, práctica. No temblaba, no parecía rígido ni tenso. Comprendí que no era la primera vez que utilizaba un arma.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Yo creí que lo tuyo era la danza, Ricitos.

—¿Dónde está? —repitió sin cambiar el tono de voz, mientras se alisaba la raya del pantalón con la mano izquierda.

Llevaba un traje gris muy elegante, camisa blanca y una corbata amarilla. Se había teñido el pelo, que ahora le caía en una cascada de espléndidos rizos rubios sobre el

cuello y los hombros. La verdad, caer, lo que se dice caer, no caía mucho, porque entre la laca, los fijadores y los tintes, las guedejas permanecían rígidas, esculpidas en una alegoría de purpurina donde sólo faltaban los querubines y las nubes.

—¿Dónde está qué? —pregunté, con la camisa desabrochada hasta el ombligo.

—Deja de hacer el payaso, que no te va —recomendó Ávalos—. Registramos la casa de Cerero de arriba abajo y estoy demasiado cansado para hacer lo mismo con la tuya. Anda, ahórrame el trabajo. Es domingo. Hasta Dios descansó el puto domingo. Dime dónde está.

La punta de su zapato golpeó ligeramente la pecera. El *Señor Rodríguez* se volvió y flameó encolerizado frente a ese intruso negro brillante. Le daba lo mismo que le triplicara en tamaño: no sabía que no era un pez, sino un zapato italiano muy caro que se movía al otro lado del cristal.

—La verdad, no tengo ni idea de lo que estás hablando. Pero me encanta tu peinado, en serio.

Ávalos sonrió y, sin dejar de sostener desmayadamente el arma con la mano derecha, se subió el calcetín con la izquierda.

—No puedo decir lo mismo del tuyo. Ni de tu casa, en general. Este pez, por ejemplo. Es un luchador tailandés, ¿no? Un broncas, un solitario, no hace amigos, ni siquiera puede compartir la pecera con nadie. No sabe más que pegarse, como tú. Ya me dirás qué clase de compañía es ésa. Y como decoración, reconocerás que es bastante horterá. En fin.

Como por descuido, el zapato empujó ligeramente la pecera. La balanceó dos veces y luego la volcó. Por unos instantes, el rectángulo de agua se sostuvo en el borde, en una irreverente suspensión de las leyes físicas. Ávalos ni siquiera parpadeó cuando reventó contra el suelo, salpicándolo de agua y de cristales rotos. Yo tampoco me inmuté cuando el *Señor Rodríguez* aleteó por el parqué y se quedó retorciéndose a un par de metros de mis pies, agitando las pequeñas aletas, pulsando las branquias que parpadearon como un diminuto intermitente en rojo.

—¿No vas a echarle una mano? —preguntó Ávalos.

No contesté. Me quedé mirando la agonía del pez, desamparado en medio de un charco de agua. No sé por qué su vibración me recordó el temblor de una pierna rota temblando en un escenario desolado, con una silla de paja por muleta. Al fin y al cabo, todo era una cuestión de danza: Laura, Chacón, Cerero, Ávalos, el pez, yo mismo. Cerero reposaba en el depósito, desfigurado y lleno de hematomas; el *Señor Rodríguez* había dejado de bailar. Ávalos tenía razón: eran dos solitarios, carecían de amigos, ni lágrimas ni deudos, no habría nadie que llorase por ellos. Si acaso, sólo yo, que, de momento, me guardaba las lágrimas y que también había perdido el compás de la danza, permitiendo que Ávalos, sentado en el sofá, junto a la ventana, llevase el compás. Ya

sólo podía brincar a su alrededor, dar vueltas en torno al cañón de la pistola, lanzar de vez en cuando una mirada o una palabra.

—Qué curioso, acabo de tener un *déjà vu*. Sí, justo ahora, al mirar a ese pececito boqueando en el suelo. Seguramente ha sido un recuerdo involuntario de la visita a casa de Cerero, cuando pisoteamos sus jodidas serpientes. Hubo una que se negaba a morir y se quedó retorciéndose, haciendo eses, como si nos maldijera desde el más allá. —Con su mano izquierda, Ávalos garabateó una caligrafía imaginaria en el aire—. Igual que cuando pisas una cucaracha y levantas el pie y ves que el bicho sigue sacudiendo alguna pata. Debería estar muerto, pero no lo está. A veces la vida se resiste a abandonar el caparazón. Morir no es tan sencillo como parece.

—No creo que fuese muy difícil reventar a Cerero —comenté.

—Eso fue accidental —dijo Ávalos—. Nuestro común amigo, el Cáncer, intentaba persuadir al enano de que lo más conveniente era hablar. Pero no era un tipo que atendiera a razones. No paraba de ladrar, se parecía bastante a sus serpientes, a sus perros, a ese pez. ¿Te puedes creer que el muy imbécil no dejó de amenazarnos en ningún momento, ni siquiera cuando acabábamos de partirle un brazo?

—Me lo creo.

—Entonces convendrías conmigo en que era muy fácil perder los nervios —comentó Ávalos—. Lo malo es que nos quedamos sin saber dónde preguntar.

—Hasta que pensasteis en mí.

—No veo ningún aparato de vídeo al lado de la tele —dijo Ávalos—. Eso es bueno para tu salud. Espero por tu bien que no hayas visto esa cinta de vídeo, Esteban, porque entonces no creo que salgas vivo de esta habitación. Sólo había tres personas en el mundo que sabían lo que había en esa cinta. Ahora somos dos: el juez y yo. Espero que no hayas decidido unirme al club.

Ávalos abrió y cerró la boca varias veces. Supongo que estaba hablando pero ya no me interesaba lo que tenía que decir. Estaba calculando la distancia que había entre el cañón de la pistola y mi pecho. Cuatro o cinco metros. Por muy rápido que me moviera, no correría más que una bala. La boca de Ávalos seguía abriéndose y cerrándose, un sonido confuso llenaba la habitación, igual que el charco de agua derramada por el suelo, junto a los cristales y a las anémonas de plástico. Fue entonces cuando vi el paquete de tabaco sobre el televisor. Le pregunté si podía coger un cigarrillo.

—Creía que no fumabas —comentó, fastidiado por la interrupción.

—Ya ves.

Alargué la mano y cogí el paquete de Fortuna. Dentro había dos o tres cigarrillos y el pequeño Dupont dorado con que los dedos de Laura jugaron la noche en que nos conocimos. Saqué un cigarrillo, lo encendí, aspiré una bocanada de humo que me transportó quince años atrás, a un beso con sabor a cenicero, a la primera calada a

escondidas.

—Conozco ese mecherito —dijo Ávalos con una risita. Las palabras parecían formarse en su boca, como estalactitas goteando del techo de una cueva—. Me parece que te has follado a la persona equivocada.

—¿Tú crees?

—El juez está loco por Laura. Se ha gastado una fortuna en esa compañía de baile sólo por el capricho de esa pequeña zorra. Le regala abrigos de visón y le manda flores por toneladas. Hasta le recita poemas en la oreja, no me jodas.

—Pareces celoso, Ricitos.

Ávalos me miró con algo parecido a la lástima. El sol de la mañana le daba ahora de lleno sobre el pelo, incendiándolo en una apoteosis de tonos dorados y guedejas arcangélicas. Pensé que, si en vez de rizos tuviese canarios en la cabeza, se habrían puesto a trinar.

—¿Tú también, tío duro? —preguntó—. ¿Me puedes decir qué coño le veis a la tía esa? Primero el gitano, luego el juez, ahora tú. ¿No os dais cuenta de que no es más que una pequeña trepa que va brincando de polla en polla?

—Querrás decir una mariposa —corregí, encendiendo el Dupont y mirando cómo la pequeña llama temblaba en el aire— libando de flor en flor.

—Qué poético —comentó Ávalos—. Una mariposa. La delicada bailarina, la estrella internacional de la danza. Menudo gilipollas estás hecho, Esteban.

Apagué el mechero. Di otra chupada al cigarrillo y, mientras el humo inundaba mis pulmones, contemplé el avance circular del fuego, la minúscula crepitación del cigarrillo en su lenta agonía hacia mi boca.

—¿Hablasteis de amor? ¿También le recitaste poemas a la luz de la luna? Sólo espero que no olvidaras ponerte el condón, tío.

Jugueteé con el mechero, lo abrí, lo encendí de nuevo. La llama asomó con precisión y eficacia, flameando como un pequeño genio recién sacado de la lámpara. Sostuve el Dupont entre el pulgar y el índice, haciéndolo rodar, mientras el dedo corazón se apoyaba suavemente en su base. Soplé muy despacio y la llama se estremeció, inquieta, sin apagarse.

—¿Sabes que tienes razón en una cosa, Ricitos?

—¿En cuál? —preguntó Ávalos, divertido.

—En que no fumo —dije.

Solté el dedo corazón de golpe y el Dupont salió disparado hacia su cabeza. Ávalos desvió la cara involuntariamente y el mechero quedó prendido entre sus rizos rubios. Una llama chisporroteó y al instante su pelo entero se transformó en un postre flambeado, una materialización bastante convincente del sol de la mañana. Ávalos no soltó la pistola en seguida, ni siquiera se llevó las manos a la cabeza, como si le costara

entender lo que estaba pasando, intentando comprender el proceso mediante el cual la laca, el tinte, la gomina y sus propios cabellos combustibles se habían transfigurado en una antorcha. De golpe se levantó y giró enloquecido por la habitación, aullando, intentando apagar las llamaradas que brotaban de su cabeza. Para cuando quiso darse cuenta, ya se había tropezado conmigo: un derviche inflamado por la pasión y la devoción que, en mitad de su danza, se encontrara inesperadamente con Dios. Ya dije que, al fin y al cabo, todo era cuestión de danza.

—Vas a quemarte, Ricitos —le advertí, mientras le arrebatava la pistola de las manos y le golpeaba con ella en la cara.

Ávalos cayó al suelo, desparramado entre los cristales rotos de la pecera. Una de sus manos rozó el charco donde el *Señor Rodríguez* tomaba el sol de la muerte y, por unos instantes, fue como si el pececillo muerto reconociera a su asesino desde el más allá. Cogí uno de los cojines del sofá y lo aplasté contra su cabeza, intentando apagar el fuego, pero su pelo seguía ardiendo como si fuera petróleo. De modo que lo arrastré hasta el cuarto de baño y le metí la cabeza en la bañera. Abrí el grifo y le rocié la cara con la ducha; hubo un chisporroteo, luego un silbido y de repente un olor a pollo quemado inundó el cuarto de baño. Ávalos gimoteaba, agarrotado por la conmoción, con el cráneo convertido en una llaga color púrpura de donde brotaban algunos mechones chamuscados y unos cuantos pelos intactos.

—No lloriquees, hombre —dije, alcanzándole una toalla—. Piensa en todo lo que vas a ahorrarte en peluqueros.

Lo alcé para que pudiera verse en el espejo: una cabeza pelada y humeante, con quemaduras y pellejos colgando, un trofeo digno de sumarse, después de la sesión de cosmética, al tiiovivo de caretas de feria que habían desfilado en mi memoria aquella mañana.

—Mírate bien —le dije—. Vete acostumbrando. Después de todo, hay tías a las que les mola este rollo. Puedes presumir y decir que eras piloto de carreras. O un bombero con mala suerte. Y si no te acostumbras, siempre puedes ponerte un pañuelo de pirata en la cabeza.

Mi cara apareció junto a la suya, usurpando la mitad del espejo. Con un dedo, le fui señalando mis propias cicatrices, la nariz rota, el pómulo ligeramente hundido, las pisadas del tiempo y del dolor sobre la juventud vehemente.

—El caso es que puedes elegir: todavía tienes una cara. A mí no me ha ido mal con la mía, no te imaginas la cantidad de jovencitas que sueñan con acariciar una cicatriz. Cerero ya no tiene ni eso. Piensa en la diferencia cuando te levantes por las mañanas y vayas a echar mano del peine.

Sin dejar de gimotear, Ávalos alzó la cabeza y se contempló en el espejo. Los chorros de agua le bajaban por las mejillas, confundidos con las lágrimas, mientras unos

cuantos pelos tronchados le cruzaban la frente. No quedaba nada en él del matón altanero que me apuntaba con la pistola unos minutos antes. El fuego lo había purificado, reduciéndolo a sus elementos esenciales —miedo y cobardía, desaliento y lástima—, del mismo modo que un incendio puede devastar un teatro. Los zapatos italianos, la corbata de seda y el traje ya no le servían para nada, no eran más que ruinas y escombros. Un hilo de moco transparente le asomó por la nariz y Ávalos se lo limpió con la manga.

Todavía seguía lloriqueando cuando le acompañé del brazo hasta la puerta. Se cubrió la cabeza con la toalla y se hundió escaleras abajo, como un boxeador con la capucha alzada iniciando el descenso a los infiernos. No sentí la menor pena por él. Cerré la puerta y me dediqué a limpiar el suelo de trozos de cristal y de anémonas de plástico, mientras el *Señor Rodríguez* me examinaba con su pequeño ojo nimbado de vidrio. Lo recogí y lo observé un instante en la palma de mi mano —un diminuto corazón escamado, repleto de coraje, apaciguado al fin— antes de echarlo a la basura. De seguir así, pronto tendría que montar en la cocina un centro de recogida de animales muertos.

Encendí el aparato de música y subí el volumen al máximo. La *Fantasía* de Schumann atronó la habitación como un océano, rompiendo en olas y en chorros de espuma, partiéndome en pedazos, anegándome, ahogándome. Fui a la cocina, recogí la fregona, la llené de agua. Mientras lo hacía, la música me siguió como un enorme animal enfurecido. Con cada acorde palpitaba mi cráneo y cada vibración hacía resonar mis costillas, pero una vez más no pude saber qué me decía Schumann desde tanta y tanta destrucción. Cerré los ojos, me quedé inmóvil en el centro de la habitación, la fregona en la mano, como un marino en medio de la tormenta, rociado de furia, habitado por oleajes, por truenos y relámpagos, y al mismo tiempo abandonado por ellos, desesperado y huérfano.

El restaurante donde me había citado Morales estaba en una calle muy cerca del Museo del Ejército. En cuanto llegué, vi que podía haberme ahorrado el parking y el paseo nocturno entre farolas, porque, aparte de toldo, portero y alfombra en la calle, tenían aparcamiento privado. Pero al menos me había duchado y me había puesto ropa limpia: de otra manera dudo mucho que hubiera logrado traspasar la entrada y la desdeñosa nariz del encargado, la cual se arrugó cuando le dije a qué mesa estaba invitado. Esperé de pie, mirando de reojo los precios de la carta, y entonces pude ver cómo uno de los camareros mascullaba al oído del otro. «Qué estará mirando ese desgraciado.»

—Estoy mirando —dije, calculando que lo que llevaba en la cartera no me

alcanzaba ni para los postres— si te parto la cara de una hostia antes o después de la cena.

El camarero se eclipsó prudentemente mientras el encargado me guiaba a través de una civilizada jungla de tenedores y platos, lámparas a media luz y velas parpadeantes. En el trayecto reconocí un par de caras de la televisión, una modelo y algún que otro político. Morales estaba sentado en una mesa al fondo, casi oculto por la sombra del Cáncer, que se alzaba a su lado tan imponente como una estatua romana. No fue hasta que llegué a su lado cuando me di cuenta de que el Cáncer no estaba de pie, sino sentado a la izquierda del juez, haciendo los honores a una enorme mariscada que abrumaba la mesa. Tampoco esta vez Morales llevaba un chándal, sino un traje color hueso muy elegante, una camisa blanca y una corbata gris claro, una combinación suave que contrastaba con el moreno de la piel y con el brillo inquietante de sus ojos azules. Me tendió la mano. Por un momento, al estrecharla, tuve la misma sensación que al extraer un molusco blanduzco de su concha.

—Buenas noches, señor Esteban.

—Buenas noches.

El Cáncer desatendió un instante su comida y me miró sin expresión alguna, como si yo sólo fuese un langostino más de la fuente donde se estaba atiborrando. Llevaba la servilleta anudada al cuello, igual que un colegial. Había hecho bien, desde luego, porque así había evitado las manchas de vino y las salpicaduras de crustáceo que le adornaban la pechera.

—Te queda muy bien —dije, tomando asiento enfrente de él—. Hace juego con tus corbatas.

—¿Quiere acompañarnos? —invitó Morales, señalando la mesa—. ¿Cigalas? ¿Percebes, quizá? ¿Unas ostras?

—No creo que pueda permitírmelo —dije, hojeando la carta—. Ni siquiera contando con sus honorarios.

—No se preocupe —dijo el juez—. Esta noche es usted mi invitado.

—Además, soy decididamente carnívoro. Una vez probé una ostra y no me gustó.

—¿De veras?

—Tenía la misma consistencia y el mismo sabor que un gargajo expectorado después de tragar agua de mar. Si me permite la falta de etiqueta.

Morales sonrió, cogió una ostra viva y la roció con zumo de limón. Abrió su boca de galápago y la sorbió entera mientras me miraba directamente a los ojos. No añadí que nunca había probado los percebes, pero que, bien mirados, parecían las patas de un pit-bull muerto. De hecho, todo el banquete que tenía ante mis ojos —centollos y bogavantes amontonados unos sobre otros, cáscaras espachurradas sobre un plato, mejillones palpitantes, langostinos enrojecidos, conchas abiertas con lágrimas marinas

en su interior, como pupilas veladas por el frío de la muerte— semejaba no una playa después de la marea, sino más bien una mesa de operaciones después de una masacre, llena de vísceras y de huesos rotos. No pude dejar de imaginarme la autopsia de Cerero.

—Cuestión de costumbre, me imagino —comentó Morales, dejando la concha vacía sobre un plato—. La ética, como el gusto, es sólo cuestión de costumbre. Sin embargo, usted no come ostras, no fuma, no bebe. Un código ético muy estricto. Me pregunto si se permite otros vicios.

—Puede preguntárselo —dije.

—Bien —dijo Morales, enjuagándose los dedos en un cuenco—, hablemos de sus vicios entonces. ¿Cuál es su precio?

—Mi precio es el de siempre. Me contrató para proteger una bailarina. El trabajo está hecho.

—Dos millones —replicó Morales, secándose las manos con una servilleta—. Vaya. Me parece un precio muy razonable. Ya le advertí a Ávalos que usted era un hombre razonable.

—Si Ávalos hubiera empezado por ahí, se habría ahorrado una peluca.

Morales dejó la servilleta en la mesa y extrajo de su chaqueta una chequera y un bolígrafo de oro. Escribió la cantidad, firmó y luego cortó el cheque. Antes de entregármelo, lo agitó un par de veces en el aire, como un diminuto abanico, para que se secara la tinta.

—Ahí tiene —dijo—. El dinero que falta.

Examiné el cheque al trasluz, como si se tratase de un billete falso. Admiré la firmeza de la rúbrica.

—Un banco alemán —dije—. Espero que tenga fondos. La verdad es que no suelo aceptar cheques.

Por primera vez, el Cáncer me miró a los ojos. Cogió un cangrejo de la fuente, se lo metió entero en la boca y empezó a masticarlo, despacio, sin dejar de mirarme.

—Tendrá que aceptarlo, señor Esteban —dijo Morales—. Ahora sólo falta que me diga dónde está la cinta.

Morales dijo algo más, probablemente un comentario sobre ética y costumbres, pero el ruido de las mandíbulas se entrometió entre sus palabras.

—Hay otra cosa —dije—. Una acusación de asesinato.

Morales cogió su copa. La removió ligeramente y aspiró el aroma del vino. Era un blanco exquisito: sus efluvios cruzaron la mesa y me llegaron hasta el paladar, cruzando por encima de los mariscos muertos.

—Lástima que no beba —dijo Morales—. ¿Cree que ha salido de la cárcel por casualidad? El juez que lleva el asunto es buen amigo mío. Me debe algunos favores. Cerero no tenía familiares ni amigos, así que hemos dado carpetazo al asunto. ¿A quién

le importa ese enano de mierda?

Bebió un sorbo y dejó la copa otra vez sobre la mesa, junto a la del Cáncer. La copa de Morales estaba limpia, inmaculada; la otra, tenía huellas de dedos y manchas de grasa en el borde, como una hermana gemela maltratada por la mala vida. La verdad, no era muy difícil adivinar quién hacía el trabajo sucio.

—A mí me importa —dije—. Ya sé que no debería importarme, pero me importa.

Morales me miró como si yo fuese otro crustáceo muerto que hubiese intentado escapar del plato, una langosta que agitara las patas después de haber sido hervida viva. Examiné la botella y leí la etiqueta, un nombre bastante largo, francés para más señas. Por mí, como si fuese chino.

—Es el boxeo, ¿sabe? Ese enano de mierda, como le llama usted, apenas llegaba al peso mosca. Y su hermano, era un *welter*, como mucho. No me gustan las peleas amañadas ni los cruces de categorías. Cuestión de costumbre, me imagino.

—Ya. Una vez más, su estricto código ético —dijo Morales, girando la copa entre los dedos—. Ya que lo menciona, fue una lástima que abandonase el boxeo. Incluso fue una lástima que decidiese abandonar la lucha: usted y yo hubiéramos podido hacer grandes cosas juntos. Pero la lección con Chamaco no le sirvió de nada. Yo estaba allí, en México, sentado en la segunda fila, ante la derrota más clara que he visto en mi vida. Desde el tercer asalto, ya no había forma humana de darle la vuelta al combate. Era evidente, lo veía todo el mundo. Yo lo sabía, Chamaco lo sabía, usted lo sabía. Pero no abandonó, no tiró la toalla. No sabe retirarse a tiempo, aceptar la derrota, admitir cuándo ha perdido una pelea.

—Es verdad —dije, dejando otra vez la botella en la mesa—. Soy así de terco.

—En este instante —susurró Morales, inclinándose hacia delante, y casi pude oír el chasquido de sus pupilas— su vida no vale nada. Nada. Tanto como esas gambas en el plato.

—En este instante —repliqué— mi vida vale una cinta de vídeo, juez. Hay cinco copias de esa cinta en el correo viajando a los despachos de cinco notarios. Cada una de las cintas lleva un sobre cerrado y cinco copias firmadas de la misma carta. Puede imaginarse lo que dice.

No parpadeó mientras masticaba mis palabras, una detrás de otra, un parlamento bastante más difícil de digerir que el marisco. El Cáncer miró a Morales interrogativamente mientras iba sacándose de la boca pedazos de cangrejo triturado.

—Si algo me sucede a mí, o a Muñoz, o a un camarero que me ponga una naranjada, o a una puta que se acerque a pedirme fuego, o a un gitano borracho al bajar una escalera, entonces se acabó el juez. Se acabó la historia del buen juez, se acabaron la paz de la familia, el amor de los hijos, la decencia, los sueños tranquilos.

Morales sonrió, pero sus ojos no. Pude sentir el crujido azul del hielo

solidificándose en su mirada.

—¿Me está amenazando? —dijo al fin, sacando un cigarrillo—. ¿Usted? ¿Tiene los cojones de amenazarme aquí, en mi propio restaurante?

—No, no le estoy amenazando ni advirtiéndolo. Soy el hombre del tiempo. Simplemente le estoy leyendo el futuro.

—El futuro —dijo Morales, con el cigarrillo colgando de la boca—. Habla de demasiada gente. No pretenderá que me convierta en ángel de la guarda. Usted es boxeador. Sabe muy bien que, por desgracia, los accidentes suceden.

—Lo sé, lo sé —dijo, doblando el cheque cuidadosamente—. Es triste, pero sucede a veces. Un golpe de más, un árbitro incompetente, un pobre tipo que jamás vuelve a levantarse. En la vida también ocurren cosas así: un bailarín que va a cruzar la calle y tropieza con el coche equivocado. Un enano que se cuelga de su propio perchero. Cosas que pasan.

Morales rió abiertamente mientras encendía el cigarrillo. No fue una risa de verdad, sólo un amontonamiento de arrugas en un lado de la cara, un pliegue de la piel tostada y requemada. Golpeó con el mechero el borde del plato, casi sin tocarlo, un sonido tan tenue que pudo imaginar el toque de la campana entre asalto y asalto.

—Tiene cojones, no cabe duda —dijo—. Me hubiera encantado que peleara para mí. Por cierto, ¿sabe que fueron los antiguos griegos quienes inventaron el boxeo? Sólo que ellos peleaban con guantes de hierro. Recuerdo una descripción de un combate a muerte entre dos luchadores, Pólux contra un rey, no recuerdo ahora el nombre, un tipo enorme y velludo que llevaba guantes de latón erizados de clavos y de púas. Es muy curioso, porque Pólux, que era mucho más pequeño, usaba unas tiras de cuero flexibles, con el pulgar suelto, casi una réplica exacta de los guantes de boxeo actuales.

—Me imagino el resultado.

—Ganó Pólux, por supuesto. Era mucho más ágil y no tuvo más que esperar que el gigantón se agotara. Los guantes metálicos pesaban demasiado y sólo sirvieron para entorpecer más sus brazos.

—Muy interesante —dijo—. No sé casi nada de los griegos. Pero me caen bien, de hecho, he leído algo sobre la historia de ese ballet que usted promociona. También sale un rey que cree que puede hacer lo que le viene en gana. Y, si no recuerdo mal, termina sus días de juez, en el infierno, juzgando las almas de los muertos.

—Yo estoy retirado, hace tiempo que lo dejé —dijo Morales—. Pero ya sabe lo que dice el refrán: juez una vez, juez siempre. Por eso me gusta el boxeo, porque el boxeo tiene reglas. Las reglas son la ley y yo siempre he servido a la ley. Lo único que me disgusta del boxeo es eso que mencionaba usted antes: la división de los hombres en categorías. Durante toda mi vida he creído que los hombres eran iguales.

Morales sonrió al decir eso. Alzó la copa de vino, la removió, bebió un sorbo y la

dejó otra vez sobre la mesa. Mientras hablaba, el Cáncer se afanaba en romper con una sola mano, sin ayuda de las tenazas, la pinza de un bogavante. Le estaba echando un pulso al crustáceo y mientras lo hacía me miraba desafiante a los ojos. Me fijé en su mano: era enorme, cada uno de sus dedos parecía el padre de los míos. Una gota de sangre resbaló del puño en tensión y cayó sobre el mantel.

—Mírelo. Me hubiera encantado enfrentarles a usted y a él, una recreación actualizada del combate de Pólux. Por desgracia, hoy en día, la fama del Cáncer le precede y nadie está tan loco como para meterse con él en una jaula, sólo con las manos desnudas. Por eso tengo que conformarme...

El crujido del bogavante ahogó sus últimas palabras. La pinza cedió con un chasquido y unas gotas de líquido saltaron de la mano del Cáncer y salpicaron la camisa del juez. Morales le lanzó una mirada que mezclaba el asco, la admiración, el desdén y la lástima, todo junto en el mismo reproche. El Cáncer humilló la cabeza, avergonzado, con el mismo gesto del niño que ha sido sorprendido haciendo una travesura en clase.

—¿Ve lo que le decía? —dijo, mientras se limpiaba con la punta de una servilleta—. Uno tira de pistola antes de empezar a hablar, otro no sabe ni comer. Estoy rodeado de patanes.

—Debería poner un anuncio en el *Segunda Mano*, juez. Se buscan matones.

No sé si fue el chiste lo que le hizo perder la paciencia. Lo dudo mucho. Morales, igual que los lagartos, tenía su propio sistema de regulación térmica. Probablemente fue aquella pequeña mancha amarillenta en su camisa. Probablemente tenía ensayada su reacción mucho antes: era un mecanismo de defensa, un atavismo ancestral, lo mismo que un reptil que abre la boca y enseña los dientes que no tiene.

—¿Sabe una cosa? —preguntó Morales, apuntándome con el cigarrillo—. No me importa una mierda su amenaza. Llámela futurología o predicción del tiempo: me la suda. Usted palma, alguien saca esa cinta de vídeo. ¿Y qué? Se armaría un buen revuelo, no lo niego, pero tengo bastantes amigos como para que alguno salga a tapar la basura. Es verdad que también tengo algunos enemigos en la prensa, pero qué quiere que le diga. Los periodistas no son lobos ni leones, sólo pececillos. ¿Ha visto cómo se alimenta un pez? Muerde un poco aquí, otro allá, y en seguida se cansa, se va a buscar la mierda en otro sitio. No voy a negar que me molestarían un poco los mordiscos, pero al siguiente escándalo todo estaría olvidado. Conozco bien este país. Sólo haría falta echar un poco de carroña.

—Usted mismo —dije.

—No, no me asusta tu vídeo, muchachito. Y me importa una mierda lo que piensen mi mujer o mis hijos. Soy demasiado viejo como para preocuparme. No es ésa la razón por la que vas a seguir vivo esta noche.

Era la primera vez que me tuteaba. Fue el tuteo, más aún que la amenaza, lo que

hizo que un hilo de sudor frío me descendiera por la nuca y que sintiera el hueco de un ascensor en el estómago. Morales se echó hacia delante en la mesa y juntó las manos, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos.

—Es por Laura, hijo. Es por Laura. Es porque te has follado a Laura —su voz era un murmullo, pero pude vislumbrar el nombre al fondo de su boca vieja, paladeado lentamente, igual que un caramelo, entre la lengua fatigada y las muelas de oro—. Es por eso que vas a seguir vivo.

Rodeados por las telarañas de la edad, sus ojos eternamente azules me miraban no con odio ni con rabia ni con envidia, ni siquiera con pena, sino con un rencor elemental, biológico, como podría mirarme un pequeño animal marino que ha sobrevivido desde la antigüedad, desde el principio de los tiempos, antes de que la tierra empezara a poblarse; un rudimentario organismo que se ha adaptado a las glaciaciones y a los cambios climáticos, un cangrejo ermitaño que ha viajado de caparazón en caparazón durante toda la eternidad y que ahora, al fin, antes de morir, ha encontrado la caracola perfecta, el cálido refugio de una mujer que será su mausoleo, su tumba, por los siglos de los siglos. El juez había encontrado a Laura, y el último hálito de macho que quedaba en él, el último temblor de la especie, había decidido alojarse en esa rosada y fragante gruta de carne, ocultar sus fofos y blanduzcos colgajos de anciano entre los brazos de esa mujer y sacar al exterior, para combatir por última vez, sólo las antenas y las pinzas. Por eso no parpadeaba, por eso podía oír el crujido de sus ojos azules y helados, el chasquido de advertencia de las pinzas.

—Vas a seguir vivo porque te necesito —dijo apagando el cigarrillo contra el cenicero—. Podría aplastarte como a una cucaracha, pero te necesito vivo. Precisamente porque te has atrevido a hacer lo que nadie me ha hecho: plantarme cara, hijo. Porque tú —me señaló con su dedo— te has follado a Laura, has tenido los cojones de follarte a Laura. Se supone que debería matarte, que debería soltar al Cáncer para que hiciera embutidos contigo, o mejor pegarte dos tiros en el culo.

—¿Por qué no lo hace ahora? Éste es su restaurante. No tendría más que juntar mi cadáver con los restos del plato.

Morales me miró despacio, jugueteando con el mechero sobre la mesa.

—Verás, me encanta la lucha —dijo Morales—. Toda la vida me ha gustado la lucha, cualquier lucha: una pelea de perros o una disputa entre abogados. Lo sé todo sobre el tema, lo he leído todo: guerra, boxeo, artes marciales, dialéctica, Roma, Cartago. ¿Has leído algo de historia, hijo? Roma, por ejemplo, pudo haber durado mil años más, pero ¿sabes cuál fue su error? Yo te lo diré: se quedó sin enemigos.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Seguía hablando pero, mientras lo hacía, yo no podía dejar de mirar su camisa, como si la mancha amarillenta del bogavante fuese una ilustración de la propia Roma en ruinas, una alegoría del imperio y de su disolución

a través del tejido en blanco de los siglos. Para cuando quise darme cuenta, mi nombre, el apelativo cariñoso con el que había decidido adoptarme, estaba otra vez entre sus dientes.

—Tú y yo somos iguales, hijo. Tú eres yo, sólo que más joven, más impetuoso, más petulante, más insensato. Pero en lo esencial somos iguales. Los dos somos luchadores, los dos venimos del arroyo, hemos subido palmo a palmo, mientras que Laura es otra cosa. Estarás de acuerdo conmigo. Una princesita, una niña bien que no sabe nada de la maldad del mundo.

Cerré los ojos. Recordé a Laura con su coleta y su pijama de ositos. Recordé las palabras de Ávalos. Recordé a Chacón bailando, Chacón con la copa de vino en la mano, hablándome del infierno, de danza y de palomas.

—No, no voy a matarte —repitió Morales—. Por Laura. En su nombre voy a permitir, incluso, que os sigáis viendo. Porque ella volverá a mi lado, hijo. Puedes estar seguro. No porque sea más viejo que tú o más rico que tú o más poderoso que tú. Sino porque soy mejor que tú.

Morales se levantó y recogió su mechero. Metió las manos en el bolsillo de la chaqueta, asomando sólo los pulgares. Sentí el frío de sus ojos azules como una era glacial. Había sobrevivido a todo, había vencido a todos: era viejo como el tiempo. El Imperio romano era sólo un recuerdo, una mancha en su camisa.

—Pelea, muchachito —dijo—. Llámala, sácala a bailar. Ella se quedará conmigo. No te quepa duda.

Dio media vuelta y cruzó en silencio el restaurante. El Cáncer se levantó despacio, sin dejar de masticar ni de mirarme a los ojos, se abrochó la chaqueta y lo siguió. Miré el mantel, el cenicero sucio, los desperdicios, las copas de vino, las conchas vacías, los caparazones desgajados, los restos del banquete. Debí de quedarme ensimismado porque, al cabo de un rato vino un camarero y me tocó en un hombro. Tuvo que preguntarme dos veces si iba a tomar postre. Negué con la cabeza, me levanté y me dirigí a la salida, perseguido por algo que podía ser música de violines o bien el zumbido de mis propios pensamientos. Mientras desandaba el camino hacia el aparcamiento, recordé dónde y cuándo había visto aquellos ojos. Tendría unos siete u ocho años y estaba solo en el descampado donde mi madre me tenía prohibido ir y donde tantas veces los chavales del barrio jugábamos a la peonza o a las chapas. Era verano, o comienzos del verano; en cualquier caso no había ido al colegio y me había dedicado toda la santa tarde a cazar arañas. Examinaba los intersticios de un viejo muro de piedra, quemado y requemado, hasta que en uno de los huecos encontraba la tenue trampa de una telaraña. Cazar arañas no era muy difícil: bastaba echar una hormiga en el borde de la tela y esperar que el bicho asomara a tomar la merienda. Luego había que tener buen pulso para, con la ayuda de un palo, arrastrar la telaraña envolviendo en un

mismo gurrño pegajoso al cazador y a su presa. Aquella tarde ya tenía localizado un pequeño hormiguero que podía servirme para abastecerme de cebo, cuando, casi al pie del suelo, tendida en el boquete de un ladrillo roto, descubrí la telaraña. Era enorme, con mucho, la más grande que había visto nunca, y sus bordes estaban llenos de cáscaras y de pieles de insectos momificados y medio devorados, tan sucia que pensé que probablemente estaba abandonada. Pero no había hecho más que agacharme cuando su propietaria salió del interior, asomó primero las patas, luego una horrenda cabeza oscura y peluda, y me miró a los ojos. Retrocedí, aterrado, como si sólo fuese otra hormiga incauta que se había acercado demasiado a sus dominios. Repito que me miró a los ojos, aunque ni siquiera podía precisar si tenía ojos. Sin embargo, durante el instante en que estuvimos frente a frente, tuve la espantosa sensación de que me miraba con una maldad y una atención que no eran humanas ni lo serían nunca. Me examinó de arriba abajo, de tú a tú, de especie a especie, moviendo instintivamente sus quelíceros, y mientras hurgaba con su patas en el interior de mi corazón fue como si me susurrara al oído: lárgate, chico, yo estaba aquí mucho antes que tú, y seguiré aquí cuando tú y los demás hombres no seáis más que polvo.

Pagué el importe del aparcamiento y, después de recoger la tarjeta perforada, deslié un caramelo y me lo metí en la boca. Pero el sabor de la menta no pudo acabar con el aroma del marisco muerto ni con el recuerdo de aquella tarde en que vi el rostro del mal. Cuando, años más tarde, los curas del colegio nos hablaban de Satán, yo no lograba conjurar su efigie en un ángel de terrible hermosura; lo imaginaba con la forma y la apariencia de esa misma araña color marrón oscuro, casi negra, agitando sus quelíceros, murmurando consejos, mientras que el propio infierno no era otra cosa que el interior de ese ladrillo hueco lleno de cadáveres sorbidos y secos. Igual que la mesa del juez.

Mientras descendía al segundo sótano para coger mi coche, tuve que admitir que aquella escalera húmeda y sombría constituía una escenografía mucho más acorde con las reminiscencias infernales. Desde el hielo de sus ojos azules y diáfanos, Morales me había susurrado la misma advertencia que aquella vieja araña agazapada en el ladrillo: no te acerques a mí, muchachito. Tenía razón: era cierto que no podría vencerlo ni matarlo, ni en este mundo ni en el otro, en ninguno de los mundos posibles. Así que mejor no acercarse. Y también tenía razón al decir que era mejor que yo. Mejor, es decir, más duro, más apto: sobreviviría a cualquier cosa. No, no, era un reptil, como pensé la primera vez que lo vi, ni un crustáceo, sino algo mucho más viejo, inexpugnable y terco: una transustanciación humana de aquella fea arrendataria del descampado a la que no molestó jamás ningún chaval del barrio. Mejor no acercarse, pensé mientras sacaba las llaves del coche. Sólo entonces comprendí por qué en mis sueños siempre llevaba las manos atadas.

9. Último asalto

Miré el reloj: pasaban diez minutos de la hora, de manera que, mientras saboreaba un caramelo de menta, di otra vuelta entre los árboles con las manos en los bolsillos. No hacía frío pero tampoco calor; el sol brillaba perezoso y abstraído, remoloneando entre las nubes, como un hombre que oculta la cara bajo la almohada para seguir durmiendo otro rato. Había llovido toda la noche y algunas gotas colgaban todavía de las hojas, en diminutos y lánguidos trapecios. Escupí el caramelo a la superficie del lago y uno de los patos se zambulló para husmear la estela de ondas concéntricas que había aflorado tras mi limosna. El Retiro siempre me ha parecido un parque para niños ricos, nunca sentí que se me hubiera perdido nada entre sus verjas, ni siquiera en mis tiempos de crío. Es verdad que, cuando no era más que un mocoso, mi viejo me había llevado a ver la casa de las fieras, pero de ese recuerdo no guardaba más que la nebulosa imagen de un oso blanco embutido en una jaula cilíndrica demasiado estrecha para su corpachón; el oso movía la cabeza de un lado para otro en plan molinillo, incesantemente, izquierda, derecha, izquierda, como un loco en un manicomio o un boxeador contra el saco, dando vueltas y vueltas a su encierro. Todo lo que me quedaba de esa mañana era el fantasma de un oso enloquecido, con la piel tiznada por el óxido de los barrotes e infectada por la tristeza. Dónde andaría ahora ese oso meditabundo, tan lejano como mi infancia, tan solo y tan triste como mi viejo, que murió años después en la misma ciudad y que, al igual que él, nunca encontró otra jaula.

No, el Retiro no me caía simpático. Había sido memorial de flores, cárcel de animales, jardín de reyes. Podía imaginar un principito con tirabuzones jugando al escondite entre los árboles. No tenía nada que ver con el descampado de mi infancia, que nunca perteneció a ningún rey ni albergó a ningún oso, que carecía de lagos, de peces y de árboles, y que ni siquiera tenía un nombre. No era más que un solar cubierto de hierbajos y cascotes, con un muro medio derruido en medio, arañas que habitaban entre los ladrillos y lagartijas que correteaban entre las piedras. Poca cosa para presumir de zoológico y demasiados obstáculos para ejercer de campo de fútbol; sin embargo, a

los chicos del barrio nos servía de sobra, lo mismo para una cosa que para otra, y no conocimos el Retiro hasta que escapamos por primera vez del barrio, cuando fuimos lo bastante mayores para tomar el autobús solos, cuando cumplimos años suficientes para ir al cine sin despertar sospechas, fumar cigarrillos y perseguir a las chicas. Pero por aquel entonces ya no había osos.

Un cisne negro se deslizó ante mí con lenta complacencia, como si supiera que yo no era más que un intruso en sus dominios. Me hacía gracia que Laura me hubiese citado en el Palacio de Cristal y no en otro rincón del parque: con un poco de suerte, podía enseñarle un par de cosas que el jardinero real no había previsto. Cuando llegó, con veinte minutos de retraso, parecía seria y pensativa, llevaba los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía cazadora y falda de ante, y unas botas altas del mismo material que testimoniaban su paso entre el barro y las hierbas húmedas.

—No me has llamado —dijo.

Si era un saludo no sonó como tal, ni siquiera descruzó los brazos del pecho. No fue un reproche, ni siquiera una pregunta. No había —al menos yo no pude rastrear— el menor tono de tristeza o de recriminación en su voz. Aun así, se suponía que tenía que responder algo.

—No —dije.

—Creí que me llamarías. Nicolás dijo que me llamarías.

—Se equivocó, ya ves.

Laura torció la cara y desvió la mirada hacia el lago, un gesto de fastidio infantil, inequívoco. Seguí el rastro de sus ojos, posados sobre una pareja de orgullosos cisnes negros que se deslizaban silenciosamente sobre la superficie del agua. El silencio que se esculpió entre los dos, escoltado por el aliento de las hojas y el chapoteo de las aves, era transparente y explícito. Laura debía de estar acostumbrada a que la llamaran, a que le dejaran mensajes en el contestador o ramos de flores en el camerino. Habíamos pasado un buen rato juntos, se suponía que habíamos hecho algo más que echar un polvo; que aquella noche, en mi casa, cuando la protegí de Cerero, intercambiamos confidencias y, vendajes empapados en sangre, chistes sobre perros muertos. Y silencios también, también hubo silencios, de una especie totalmente distinta al que ahora se alzaba entre los dos como un viejo muro de ladrillos habitado por arañas. Se suponían muchas cosas, sí, pero la verdad es que había hablado yo solo.

—Le pregunté a Nicolás y me dijo que ya no hacían ninguna falta tus servicios.

—Es verdad —dije.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¿Te acuerdas del enano que te molestó? ¿El que me achuchó el perro frente a tu casa? —Laura movió la cabeza afirmativamente, con los labios muy juntos—. Bueno, no te molestará más.

—¿Está muerto?

Hubo una pequeña pausa entre la primera palabra y la segunda, tan breve como el tiempo que invertí en afirmar con la cabeza. Laura se ensimismó, se arropó más entre sus brazos, como si tuviera frío, y formó otra pregunta con sus labios, despacio, buscando la manera de decir lo que no se podía decir de ninguna manera.

—¿Fuiste tú?

Miré la columna de agua que se alzaba en medio del lago, entre chorros y cabriolas de espuma.

—¿Crees que fui yo? ¿Es eso lo que te ha contado Morales?

—Él no me ha dicho nada, Roberto. Soy yo quien te lo pregunto.

—¿Cómo crees que lo hice? —dije, mirando la inextinguible eyaculación de espuma, tan prolongada que parecía a cámara lenta—. ¿Con la navaja o a puñetazos?

Laura volvió a desviar la mirada hacia el lago y murmuró algo en voz baja, algo que preferí no escuchar.

—Creo que deberías hacerle esa pregunta a Morales. Es posible que él sepa la respuesta.

El viento le desordenó el flequillo y Laura se lo peinó con una mano, en un gesto vago, como si frotase una ventana o espantase un insecto de la cara.

—No me dijiste que te dedicabas a romper piernas —dijo al fin.

—¿Qué esperabas?

—¿Cuánto cobras? —preguntó con una voz que quería ser irónica pero que sonaba furiosa—. ¿Cien mil por un brazo roto? ¿Quinientas por una cabeza?

—Tú tampoco me comentaste tus aficiones.

—¿Qué aficiones?

—Por ejemplo, que te gusta coleccionar antigüedades.

El gesto de estupor le arrancó la rabia de la cara. No fue capaz de sostenerme la mirada. Bajó los ojos hasta sus botas y descubrió las punteras manchadas de barro. Probablemente pensaba lo mismo que yo, que tendría que haberse puesto otro calzado para caminar por un parque. Con lo difícil que es limpiar el ante.

—No sé qué te da derecho a decir eso —dijo al fin, alzando la cara—. Morales es como un padre para mí. Me ayudó mucho después de mi divorcio. Montó la compañía, contrató a los bailarines, y nunca me ha pedido nada a cambio.

—El perfecto caballero —comenté—. Lástima que sea de otro siglo.

—Jamás me he acostado con él.

Lo dijo mirándome a la cara, al fondo de los ojos, y ahora fui yo quien no pude aguantar el envite y me enganché al primer cisne que pasó ante nosotros, un cisne blanco como el negativo de sus tenebrosos hermanos.

—Es cierto que Nicolás está enamorado de mí. Aunque nunca ha soltado una

proposición o una indirecta o una palabra de más, y no creo que lo haga. Pero una mujer comprende en seguida estas cosas. Las flores, los pequeños regalos, los poemas. Es conmovedor ver a un anciano comportándose como un adolescente enamorado.

Entonces el juez tenía razón: visto para sentencia. Por lo visto, a Laura le gustaban los cortejos a la antigua usanza, le iban esas cosas. Una cena íntima, con velas y música, un baile lento con susurros a medias y mejillas rozadas. De ser así, yo no tenía la menor oportunidad. Sentí el gusano de los celos royendo mi corazón como una fruta podrida. Lo aplasté recordando los detalles de nuestra primera cita, cómo me había hundido entre sus muslos después de ofrecerle una coca-cola y cómo ella había temblado entre mis labios, lo mismo que un animal, mientras yo me erguía con la boca empapada de polen. Pensé, con un ramalazo de maldad, que no sería demasiado decoroso recordarle esos detalles ahora, pero eso también era pasión, también era amor adolescente, aunque no hubiera velas ni vestido de noche ni ramos de flores ni poemas. Sólo un pececillo cabreado flameando en una pecera y el viejo Schumann que había echado una mano.

—He oído chismes sobre Nicolás —dijo—. Y no me refiero a que esté casado y a que tenga hijos. Me refiero a cosas terribles. Alguna vez, en algún momento, él ha insinuado algo, sabes, en medio de una conversación ha dejado entrever un fragmento, un pedazo de sí mismo. Y no es algo que se pueda enseñar a una mujer, sobre todo a la mujer que se ama, al amor imposible, a todo lo que él cree que yo soy o que represento, la bondad, la verdad, la pureza.

Lo que dije lo dije a borbotones, sin respirar, sin comprender cómo se me escaparon las palabras.

—De acuerdo, princesa. Puede que si besas al sapo, se convierta en un príncipe. Pero yo, ¿qué pinto en este cuento? ¿Qué soy? ¿El capricho de una noche? ¿La calabaza que te devuelve sana y salva a casa?

Laura me miró despacio, con tristeza, con la lenta tristeza de los árboles y de las nubes grises que pasaban sobre nosotros.

—Estoy aquí, ¿no? Fui yo quien te llamé, ¿recuerdas? —dijo, adelantando una mano, posándola sobre mi brazo—. No soy tonta, Roberto. No hay más que ver a esos dos guardaespaldas que le siguen a todas partes, el rubio angelical y el armario de tres puertas. Cualquiera de ellos hubiese podido hacer tu trabajo, pero él sabe muy bien que son tipos que ponen los pelos de punta, y por eso te buscó a ti. Porque tú —titubeó antes de decirlo, se enredó entre sus propias palabras—, tú eres bueno, Roberto, no tienes el hielo que Nicolás tiene en el fondo de los ojos.

—Perdona, pero no tienes la menor idea de lo que estás hablando —repuse—. No conoces la vida ni por las tapas.

Laura negó con la cabeza, con una sonrisa triste colgada de los labios. De pronto había dejado atrás la coleta, el pijama de ositos, la niña de los cuentos de hadas, para

dejar paso a la mujer, a la madre, a la compasión y al amor que cree poderlo todo, la salvación y el perdón, la virtud de redimir a un hombre, rescatarlo de la charca del mal, secarlo, arroparlo, consolarlo en su pecho.

—Te equivocas, Roberto. Sé que eres un buen hombre, aunque tú no lo creas. Puede que te dediques a romper piernas, pero no disfrutas con lo que haces. Eso lo llevas escrito en la cara.

—No sigas, por favor. Vas a hacerme llorar.

—Claro —dijo—. Tienes que mantener el papel, seguir con la máscara del tipo duro. ¿Cómo era? El chico que no dejaba que le tosieran en el barrio, el que le arrancó un pezón de un mordisco a un matón porque querían quitarle el descampado.

Miré a mi alrededor. Una muchacha leía sentada en un banco, una pareja se abrazaba en las escaleras de piedra que desembocaban en el lago. Las aguas eran negras y opacas. Los patos y los cisnes parecían resbalar por ellas como si se deslizaran sobre una charca de aceite espeso y lóbrego.

—Tú qué sabes del descampado, qué sabes de los chicos del barrio, dime. Éste es tu descampado, Laura, este parque tan bonito con cisnes y con árboles de más de cien años, protegido por la ley y visitado por turistas. Toda tu vida te has criado entre algodones, así que no hables de lo que no sabes. No vengas ahora a darme sermones o a hablarme de máscaras, tú, que vas por la vida con el tutú de bailarina.

—No sé mucho de ti, es verdad, sé lo que tú has querido que sepa. Me contaste cómo fue tu primera pelea, pero no quisiste contarme la última. No me dijiste por qué abandonaste el boxeo.

Así que era eso. Dicho en sus labios, la pregunta no encerraba ningún vestigio de mala fe, ningún doble sentido. Como ella misma había dicho, no era más que la prolongación lógica de aquella primera pregunta con la que habíamos abierto el fuego en mi casa, de madrugada, delante de un televisor encendido. Pero a mí, relleno de despecho y de orgullo, me sonó algo distinto, quería decir: tuviste tu momento de gloria, Roberto, cuando alzaste en tus manos el cinturón de campeón de Europa de los medios y cruzaste el océano para pelear con Chamaco. Quería decir cómo pasaste de ser Roberto Esteban, campeón de Europa y aspirante al título mundial, a guardar puertas de discoteca y a partir piernas por encargo. Cómo has podido caer tan bajo, Roberto.

Quizá Laura sólo sentía curiosidad, un deseo de saber qué había al otro lado. También ella había subido a lo alto, arriba del todo, su pequeña silueta de bailarina usurpaba la marquesina de un teatro y pronto su nombre se pasearía por la ciudad pintado en los autobuses, seguido de su apellido de soltera. Podía verla, en zapatillas blancas, bajo la luz del escenario, tan irreal y tan sutil como una mariposa. Sí, estaba en lo alto, pero quién sabe cuánto duraría ahí arriba, quizá sólo el tiempo suficiente para que la siguiente *prima donna* le pegase un empujón y la echase a la calle. Tal vez Laura

no me preguntaba por mi final ni tampoco por el epílogo, sino por ella misma, por el suyo, por el destino que le aguardaba al doblar la esquina.

—¿Quieres saberlo? —pregunté—. ¿De verdad quieres saber por qué abandoné el boxeo?

Giré bruscamente hacia los árboles. No había andado diez metros cuando descubrí que Laura seguía en la barandilla, frente al lago, mirándome con pesadumbre y asombro, todavía del otro lado.

—Ven —la llamé con un gesto de la cabeza—. Voy a enseñarte algo.

La caseta de los ajedrecistas estaba sólo a unos pasos. Los sábados y los domingos por la mañana suele estar llena de aficionados al ajedrez que cogen los tableros y las fichas y se ponen a jugar sobre las mesas, acompañados por las miradas de los curiosos. Los hay de todas clases: jóvenes y viejos, casi niños, niños del todo que vienen del brazo de sus padres y se sientan a entablar batalla; tipos con corbata y vagabundos desastrados, jugadores lentos y rápidos, callados y chistosos; mirones que examinan en silencio el desarrollo de las partidas y parlanchines impenitentes que no pueden cerrar la boca ni un segundo, ante la desesperación o la resignación de los contrincantes. Pero aquella mañana, con las huellas de la lluvia y el cielo nublado, apenas había cuatro parejas enzarzadas en sus respectivos combates y el coro de curiosos no llegaba a la media docena.

—No están aquí —murmuré.

—¿Quiénes? —preguntó Laura.

No contesté. Un par de jugadores levantaron la cabeza del tablero y le echaron un vistazo de la cabeza a los pies. Uno de ellos le comentó algo a su rival, el cual alzó los ojos un instante para calibrar a Laura. Era un anciano muy viejo, con unas lentes redondas que casi se le descabalgaban de la nariz. La observó un instante, colocando las lentes sobre sus fatigados ojos con dos dedos, y luego me miró y saludó antes de hundirse de nuevo en su partida, con el mismo gesto de un tasador de joyas que examina una piedra rara y exquisita antes de devolverla al comprador con un cumplido.

—Ven —dije—. Creo que ya los veo.

Estaban en el rincón del fondo, sentados en un banco, dando de comer a las palomas. Parecían una pareja de cine cómico, uno alto y flaco, con el pelo canoso, y el otro más bajo y más grueso. Iban metiendo la mano por turno en una bolsa de plástico que había entre los dos —primero uno, luego otro— y la sacaban llena de migas de pan que arrojaban a sus pies, a un suelo salpicado de pájaros. Sólo al acercarse, Laura empezó a advertir que no había nada de cómico en la escena, que su aparente calma —dos hombres de mediana edad sentados en un parque delante de un charco de barro— estaba sutilmente alterada por los movimientos mínimos, casi eléctricos, que los agitaban como la superficie de una laguna acariciada por libélulas. Cada cierto tiempo, a

intervalos exactos, el más alto balanceaba la cabeza de un lado a otro, en un raptó de ira, como un mecanismo encasquillado que negase algo a ráfagas pero que no contase con suficientes reservas como para mantener la negativa durante mucho tiempo y se calmase el tiempo justo para tomar fuerzas y volver a la carga. A su lado, el más grueso apenas era capaz de echar unas cuantas migas de pan al suelo en cada viaje: el resto se le derramaba por los pantalones y el banco a causa del temblor nervioso que agitaba sus manos.

—Dios —murmuró Laura.

—Fíjate bien —le dije—. El de la pelambrera blanca es Luis Lardín. En tiempos llegó a ser campeón de España del peso ligero. El otro es Jorge Varela. Nunca llegó a campeón de nada.

Laura se detuvo en seco y soltó mi mano. Nos quedamos a unos cuantos pasos del banco donde estaban sentados, tranquilos y eficientes, temblando y moviendo la cabeza, alternativamente, como uno de esos viejos juguetes de latón que solían tener los niños ricos, un cachivache de cuerda, roto y abandonado.

—Antes solían jugar al ajedrez. Es decir, se sentaban uno enfrente del otro y empezaban a mover las piezas. A su manera era divertido porque no tenían ni idea de ajedrez y el juego consistía en no tocar ninguna pieza del adversario y en no salirse del tablero, de manera que, en unas pocas jugadas, la partida parecía un salón de baile con un montón de invitados mezclados. Pero de eso hace años. Supongo que Varela ya no puede sostener las piezas. Míralo, ni siquiera puede dar de comer a las palomas.

A cada acometida de su mano, la amedrentada bolsa de plástico se arrastraba poco a poco hacia el borde del banco. Al fin, la bolsa cayó al suelo. Ambos se quedaron quietos, sin saber qué hacer, igual que dos músicos que pierden la partitura o dos actores que olvidan su papel. Lardín negó furiosamente con la cabeza cana, como si desautorizara la torpeza de su compañero. Entonces un hombre obeso y desastrado que estaba leyendo el periódico en el banco de al lado se levantó, caminó entre la alfombra viviente de palomas, recogió la bolsa del suelo y la acomodó de nuevo entre los dos. Al erguirse de nuevo, me vio y me saludó con una mano.

—Qué hay, Venancio.

Fuentes vino hacia nosotros lenta, pesadamente, guardando el periódico doblado bajo el brazo. Las palomas parecían conocerlo tan bien que apenas se apartaban a su paso. Fuentes le pegó un puntapié a una de ellas y el animal revoloteó unos metros y luego siguió picoteando.

—Mierda de pajarracos —gruñó.

—Te presento a Laura Lasalle —dije—. Laura, Venancio Fuentes, mi entrenador.

—Ex entrenador, si no te importa —puntualizó rencorosamente Fuentes, extendiendo su mano—. Encantado, señorita.

La pequeña mano de Laura casi desapareció entre aquellos dedos gordos y delicados. Por un momento, temí que Fuentes no reparase en su propia fuerza o que hubiese olvidado las leyes del protocolo —herrumbrado después de tantos años de convivir entre pesas y sacos—, pero la estrechó suavemente y la soltó con una leve inclinación de cabeza.

—Veo que sigues paseándoles por aquí —comenté.

—Qué quieres, aquí no dan ninguna guerra. Santos y yo nos turnamos cada semana. Un sábado él y otro yo. No tienes más que comprar el periódico y una barra de pan. Te sientas en un banco y la mañana se pasa volando.

—¿Qué pasó con el ajedrez?

—Bah, las palomas les gustan más, son más entretenidas —comentó, escarbando con el zapato en el fango—. El ajedrez les ponía nerviosos, no sé por qué. Probablemente porque estaban uno enfrente del otro e intuían que, de alguna manera, la pelea seguía. Un día Luis se levantó, tiró el tablero a tierra y lo hizo pedazos.

—Mejor las palomas entonces —dije.

—Mejor las palomas.

Escarbó un poco más con el zapato, hasta que vio que la puntera estaba lo bastante sucia de fango. Entonces lo restregó contra el césped, cuidadosamente, como si le sacara brillo.

—¿Siguen en la misma residencia? —pregunté.

—La misma de siempre.

—Iré a visitarlos cualquier día de éstos.

—Si es por ellos, no te molestes —dijo, alzando la cabeza—. No se enteran de nada. Sobre todo, Luis. Vareta unos días me saluda y otros me confunde con su padre o con Santos.

Sacudí la cabeza, como si ese gesto sirviera para algo, para redimirme o para exculparme, para salvarme, de alguna manera.

—No. No es por ellos. Nos vemos en el gimnasio, Venancio.

—Cuando tú quieras —repuso, e inclinó de nuevo la cabeza hacia Laura en un oxidado reflejo caballeresco—: Señorita.

Dio media vuelta y caminó hacia el banco, arrastrando los pies, surcando un mar de gorgoritos, gordo y fatigado. Nos alejamos en diagonal, cruzando el césped húmedo para evitar el fango, pero también el banco donde Lardín y Varela seguían dirimiendo su querella. Las palomas y los gorriones habían sustituido a las blancas y las negras, pero eso no importaba mucho, del mismo modo que no importaba nada el cielo, los árboles, la ausencia de las cuerdas.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Laura.

—¿Con qué?

—Con eso de que la pelea seguía.

El sol tenía sueño, las nubes lo arropaban. Una ráfaga de viento sacudió las hojas de los árboles y las gotas nos salpicaron la cara y el pelo. Laura caminaba cabizbaja, preocupada por el barro en sus botas. Desembocamos frente al lago, presidido por la estatua ecuestre de un general envuelto en un capote de piedra. Nunca saqué buenas notas en el colegio, de modo que no sabía su nombre ni si estaba ahí por ganar una batalla. Tampoco tenía el menor interés en saberlo, nunca me había acercado a leerlo en la placa, pero de cualquier manera, el general no parecía muy contento, ni su caballo tampoco. A lo mejor, cuando no les veía nadie, también se dedicaban a echar migas de pan a las palomas.

—Lardín y Varela eran de la misma cuadra —dije, inclinándome sobre la baranda—. Eso significa que tenían el mismo promotor, que habían entrenado juntos en el mismo gimnasio y que se conocían todas las mañan. Varela había sido muchas veces *sparring* de Lardín, del mismo modo que había sido el *sparring* de muchos otros. Nunca fue un tipo con suerte. No tenía cualidades para destacar como campeón, pero era perfecto como *sparring*: podía adaptarse a las características de cualquiera que tuviera enfrente. Nunca hizo grandes combates pero cuando cumplió cuarenta años ya estaba bastante tocado, había perdido velocidad y, de vez en cuando, sufría un tembleque nervioso en las manos.

—No sigas, por favor —pidió Laura.

—Fue entonces cuando los enfrentaron. Lardín acababa de perder su título frente a un irlandés, una derrota por KO técnico que le dejó más secuelas de las que parecía. El médico le recomendó que abandonara el boxeo. Pero el promotor pensó que podía sacar una buena tajada subiendo a Lardín y a Varela sobre el cuadrilátero y enfrentándolos en una pelea local. Todos sabíamos que sería una carnicería.

Laura dijo algo pero no la escuché. Vi sus labios abrirse y cerrarse, y su cabeza moverse en una suave negativa, pero no me importó. No debería haber preguntado.

—Lo fue. Se conocían demasiado bien, habían entrenado durante demasiados años juntos como para que no se supieran al dedillo todos los trucos de cada uno, las tácticas, los puntos flacos. Varela sabía que debía evitar a toda costa la izquierda de Lardín, y Lardín sabía que tenía que evitar el cuerpo a cuerpo con Varela, porque Varela podía perder a los puntos pero no había manera de tirarlo al suelo. Eso es la teoría, claro. En la práctica, fue como una de esas partidas de ajedrez en las que todas las piezas van siendo barridas del tablero y al final sólo quedan los dos reyes y unos cuantos peones inutilizados, atascados en un pedazo de muralla rota. Un asesinato. Cuando el árbitro los separó, al final del último asalto, se fueron cada uno a su rincón y escucharon la decisión de combate nulo como si tal cosa. Sólo unos días después empezó el tembleque en las manos de Varela, un temblor continuo que le impedía agarrar cualquier cosa,

mientras que Lardín se desplomó en su casa, mientras se cambiaba de ropa, como si uno de los puñetazos de Varela le hubiese alcanzado con unas semanas de retraso.

—¿Por qué? —preguntó Laura—. ¿Por qué lo permitieron?

Me encogí de hombros. No había mucho que decir a eso. Lardín nunca volvería a hablar. Varela no podría empuñar solo una cuchara. Una parte de ellos se había quedado para siempre arriba, entre las doce cuerdas: ése era el precio que algunos púgiles tenían que pagar para continuar siendo ellos mismos. Al fin y al cabo, el boxeo no es más que una versión acelerada de la vida. Todos pagamos algo para continuar vivos: la bailarina que ensaya todos los días, el tipo gordo que se pasa toda la mañana sentado frente a una pantalla y respondiendo al teléfono. Ambos saben que algún día tendrán que saldar las cuentas. Pero la gloria de un boxeador es como el fuego de una vela: brilla lo que dura. El apellido se consume con la misma rapidez que la cera, mientras la cara se va llenando de churretes, las cejas, la nariz, la frente, igual que una vela consumida.

El hijo de puta del promotor que organizó el combate sabía muy bien que la gente pagaría lo que fuese por verlos pelear juntos, la misma gente que había acudido a sus entrenamientos y que sabía que eran amigos, la gente que había contemplado tantas veces el baile espectral de Varela en torno a los largos brazos de Lardín, de pie en el centro, como una mantis que espera cazar a un abejorro. Yo mismo había acudido a verlo: Abel contra Caín, hermano contra hermano. ¿Quién era el más hijo de puta de todos?

—No eran gladiadores —respondí—. Nadie les puso una pistola en el pecho.

—Es horrible —repitió Laura.

—Por supuesto. Por supuesto que es horrible. ¿Qué pensabas? ¿Que todo eran triunfos y manos alzadas? Por cada uno que llega arriba, hay cien o doscientos que se quedan en la cuneta, dando de comer a las palomas.

—No parece un buen porcentaje. ¿Te has preguntado si merece la pena?

—De donde ellos vienen, esa pregunta sobra. De donde vengo yo, no cabe preguntarse nada. No hay tiempo para eso. Mala suerte. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

Una pareja de palomas se posó sobre el hombro del general. La estatua entera estaba salpicada de mierda de pájaros: la gorra militar, el sable, el capote, las orejas del caballo. Después de todo, la historia y la mierda siempre han hecho buenas migas. Quería decir mala suerte de nacer en mi barrio donde no había más escape que la jeringuilla o la navaja. Visite San Blas, conozca los suburbios, dé una vuelta por el parque, módicos precios. Con un poco de suerte podrá ver ancianos y niños, pero hay toda una generación intermedia, la mía, que se quedó en las alambradas. Los jóvenes, la gente de mi edad, han tenido que importarla de otros barrios. ¿Los ochenta, la movida? La movida era una cosa de niños ricos que jugaban a ser pobres, de hijos de papá que

podían permitirse el lujo de esnifar coca en vez de harina en polvo o yeso rallado. Niños que jugaban con los juguetes de latón que papá había abandonado en el trastero, hasta que se cansaban de ellos y los abandonaban en cualquier sitio, en cualquier basurero. ¿Iba a hablarle de eso, en un país y una época que ignoraba el boxeo, lo despreciaba, lo mandaba al desván de los juguetes rotos, lo arrinconaba en una columna de sucesos, mientras que un futbolista era poco menos que un dios, por no hablar de los gánsters elegidos alcaldes y los banqueros peinados con gomina nombrados doctor *honoris causa*? No, hombre, no; para los periódicos el boxeo era un deporte de bestias, ni siquiera eso, ni siquiera un deporte, nada más que un triste residuo de los tiempos prehistóricos, de cuando los hombres se mataban con piedras y con palos, y no había más noticias que un púgil muerto después de un combate o transfigurado en vegetal, en una cama que hacía las veces de maceta, enchufado a una máquina. No me jodas.

Una de las palomas picoteó la piedra de la oreja y meneó la cabeza. Vaya pajarraco cretino. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Arroz de una boda, maná del cielo? En represalia, agachó la cola y dejó una cagada sobre el hombro agobiado por el peso de las nubes. Miré de reojo a Laura. Parecía hipnotizada por el vals de las barcas surcando lentamente el lago. Su perfil tenía algo irreal, huidizo, una belleza transparente, como si hubiese sido dibujada por una mano a vuelapluma y abandonada en el aire. El juez llevaba razón: no teníamos nada en común, nada que nos uniera. No había nada que yo pudiera hacer para entregarme a ella, explicarle la felicidad y la angustia de aquel día en que volví al barrio con mi flamante cinturón de campeón de los pesos medios y entré en mi antiguo colegio rodeado por un corro de chavales que gritaban «Roberto, Roberto», mientras se arremolinaban a mis pies y me pedían autógrafos a voces. ¿Cómo pude volver, quién había organizado aquello, el director, algún imbécil aficionado al boxeo, algún retrasado mental a cargo de la asociación de padres? Tal vez el mismo cura al que le rompí la cara de una hostia y que había alterado su versión del incidente, justificando mi expulsión como la primera parada en el camino de espinas del éxito. Daba igual: yo sólo veía chavales rodeándome por todos lados, versiones reducidas de mí mismo con doce o trece años, que venían a admirarme como podían admirar a un astronauta o a una estrella de cine, alguien que había tocado la luna con sus dedos. De repente sentí que todo aquello era una estafa, una traición, no sé cómo explicarlo, porque quizá hubo un tiempo y un lugar en que los boxeadores fueron héroes o ángeles caídos, pero no éste, nunca éste. Una mitología perdida, extraviada en la infancia, en el limbo de las películas en blanco y negro, es decir, en ningún lugar, en ningún tiempo. No en mi barrio, no en un pasillo que olía a humedad y a polvo de tiza, en esas clases donde Cristo seguía abrazado eternamente a su crucifijo —los pies extendidos, los brazos rígidos—, entrenándose para el campeonato de anillas del Juicio Final. Me hubiese gustado tanto poder explicarles algo a esos chavales, hablarles del Juicio Final, de la gran estafa del

futuro y del estudio, del haceos hombres de provecho, entrenad duro y seréis como Cristo camino del Calvario y la medalla, seréis como Esteban con su título y su nariz rota a hostias. Venga ya, hombre, no jodas. El Juicio Final estaba ahí, a la vuelta de la esquina, en cuanto el colegio cerrara sus puertas para dejar paso a una tienda de ultramarinos, y la ciudad les echara sus perros encima: eso lo sabíamos muy bien todos. Entonces no habría sotanas, ni faldas de mamá, ni chorros de agua en una fuente, ni generales de piedra decorados con mierda de palomas. Nada bajo lo que esconderse salvo el barrio. Sólo el barrio.

Entonces, en vez de hablarles del boxeo, del sudor, del sacrificio, tendría que haberles contado la verdad, tendría que haberles dicho: lo siento, chicos, no hay nada ahí fuera. Nada más que lobos y zapatos viejos y lluvia. Mirad a vuestros hermanos mayores, visitad sus tumbas. Yo tendría que estar haciéndoles compañía, pero hice pellas en la vida, me fugué de mi barrio y de mi sitio para volver con un cinturón de mierda a la espalda, campeón de España, campeón de Europa, una filigrana hortera y dorada para presumir delante de los hermanos pequeños de mis colegas muertos. ¿Qué coño era España, qué mierda era Europa, qué quería decir eso en mi barrio? Por eso, perdonadme, chicos, perdonadme. Lo intentaré, intentaré recobrar mi destino, hacer los deberes, aprobar el curso.

En cierto modo, lo hice, como hay Dios, que lo hice: dos años de borrachera continua, sin desmayo, ciego de la noche a la mañana. Pero ni siquiera eso sirvió de nada, ya era demasiado viejo, el barrio sólo aceptaba carne fresca. La primera vez que pasé de nuevo frente al descampado después de visitar a mi madre, vi que habían levantado un local para la tercera edad, para que los viejos se entretuvieran viendo la tele y jugando a las cartas. Ya no había chavales jugando en las calles, ni peonzas ni arañas, y en cuanto a los jóvenes, los habían exterminado, igual que a los indios en las películas, y se habían traído colonos de otros barrios para rellenar los huecos, empastes de metal con los que reemplazar las muelas rotas. Incluso yo era otro colono, un extranjero, un europeo, civilizado a fuerzas de golpes, no había seguido el guión que el barrio tenía previsto para los chavales de mi edad —la jeringuilla, la navaja, las cárceles, el sida—, lo había cambiado por un papel que pertenecía a otro país, a otro tiempo, porque aquí incluso los boxeadores que triunfan, los que llegan a lo más alto, no son más que carne de revista, monstruos de feria, forzudos de circo, chistes malos. Campeones de qué, de cuándo. Uzkudun, Urtain, Carrasco, Poli, estrellas fugaces en un firmamento de sangre negra. Paulino Uzkudun, un hombretón vasco que llegó a pelear con el mismísimo Joe Louis, y que contaba con voz irremediabilmente ingenua cómo, minutos antes del combate, dos tipos con sombrero habían entrado en su camerino y le habían aconsejado amablemente que perdiera. El pobre Urtain, que tenía el rostro tallado a puñetazos, la efigie de moneda del boxeador platónico que acabó estrellada

contra la acera, como si se la hubiese jugado a cara o cruz desde una terraza del décimo piso y hubiese perdido. Carrasco, olvidados los guantes, casado con una folklórica y domesticado en las portadas de la prensa rosa. Poli Díaz, el potro de Vallecas, el niño mimado de la *jet* madrileña, el gladiador de barrio que llamó a las puertas de la gloria y que, cuando fue barrido en un solo combate, perdió de golpe todos sus amigos ricos. Nadie los recordaba cuando eran grandes, de pie sobre el cuadrilátero, danzando con la muerte, sino en la cuneta donde la mala suerte los había arrojado con un gesto del pulgar hacia abajo. Nadie quería recordarlos tal y como fueron, en la plenitud física y en el arrojo, sino balbuceando grotescamente ante las cámaras, hablando con la nariz, pagando las facturas de su propio coraje. Éste es el final, chicos, los títulos de crédito de la película, el epitafio que curas sin alzacuellos recitan como papagayos desde sus periódicos: casarse con una folklórica, tirarse desde una terraza, dedicarse al cine porno, guardar puertas de discoteca. Qué más queríamos. Era España, joder, un lugar donde levantamos estatuas a generales ineptos para que las palomas les caguen encima.

Vista de cerca, el agua parecía petróleo. Turbios y anaranjados, los peces se agolpaban bajo la superficie, como almas de púgiles entrenando en una placenta. Una versión de ultratumba del *Señor Rodríguez* pasó trémula y fugaz bajo el sucio envoltorio de las aguas y me saludó con un brusco aletazo. Estaba prohibido echarles migas de pan y, sin embargo, parecían más hambrientos, más limpios, más dignos que las palomas. Todos arrejuntados en una charca de alquiler, en su Venecia de tres al cuarto. Por lo menos tenían más derechos, eran más antiguos, habían llegado antes. Pero la evolución sabía hacer las cosas, igual que un alcalde. La evolución era como uno de esos internados antiguos que separa a los niños de las niñas, pone cartelitos de prohibido pisar el césped, premia a los buenos y castiga a los malos. Dos mundos —agua y aire, peces y pájaros— dos formas de vida vecinas y enemigas, separadas para siempre por un tabique fino como una raya en el dibujo de un niño. ¿No había llamado Chacón «mi paloma» a Laura? ¿No picoteaba ella las migas que caían de la mano del juez? No me costaba nada imaginarme una infancia para ella, inventarle una cualquiera, hecha a base de redundancias y tópicos, una niñez feliz o infeliz, con castigos o juguetes, con padres exigentes o despreocupados, con clases de baile después del colegio y fines de semana en el campo. Daban igual los detalles, daban lo mismo; fuese como fuese el decorado, nunca habría sitio para un muro de ladrillos carcomidos en medio de un solar. Ni agua sucia ni peces hambrientos.

—Roberto.

Su mano tocó mi brazo. Su voz llegó después, se acercó a mí a través de una lenta hojarasca, como si hubiese cruzado los siglos y milenios de la evolución, las espesas charcas donde saltaban a la comba las almas de los boxeadores muertos.

—No has oído nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

Laura abría y cerraba la boca como un pez, una de esas truchas ancestrales que mendigaba pan boqueando en la frontera del agua. Las palabras me llegaban después, más despacio, envueltas en sonidos incomprensibles, fatigadas, exhaustas, y se acoplaban bajo sus labios como los subtítulos de una película extranjera, torpe, pobre, mal traducida, sin presupuesto.

—Estás sordo, ¿no es eso? Llevo cinco minutos hablando, mientras mirabas a los peces, y no has oído una sola palabra de lo que te he dicho.

Me encogí de hombros.

—Estaba distraído —dije.

Laura me miraba, moviendo la cabeza de un lado a otro, negando con la cabeza, como si supiera que daba lo mismo remachar el gesto con la voz, que yo sólo podía leer los subtítulos.

—El teléfono ha sonado diez veces mientras yo estaba hablando. Diez veces, Roberto. Ahí, debajo de tu chaqueta. Quien fuera, se cansó y colgó.

Laura me miró de frente, sin rencor y sin lástima, aguardando algo, pidiendo una explicación que yo no podía darle. No sé por qué lo hice, pero hablé. Le dije algo que nunca había contado a nadie, ni siquiera a Fuentes, que acabaría haciendo de niñera para todos nosotros, sus pupilos, cuando fuéramos niños otra vez y entráramos en el reino de los cielos. Ni siquiera a mi madre, que envejecía pacientemente cocinando lentejas y tejiendo jerséis, envuelta en su edredón, bajo la caricatura de un Cristo que nos había prometido la infancia.

—Una mañana, poco después del combate con Chamaco, me levanté con la cabeza como un sonajero. Una sensación muy rara, no sé, como si acabase de cruzar buceando una piscina y tuviese el oído relleno de agua. Entonces vi la mancha de sangre en la almohada. El médico que me examinó me dijo que se me había roto algo ahí dentro, muy cerca del tímpano, y que tendría que abandonar el boxeo. Empleó un montón de palabras raras para decirme que padecía una especie de sordera progresiva y que pronto tendría que usar un sonotone. De hecho, lo usé durante un tiempo, a ratos, cuando hacía guardia ante la puerta de una discoteca y aquel cacharro en mi oreja podía pasar por un chivato electrónico. Todo muy profesional, ¿entiendes?, pero era una mierda, el aparato se acoplaba con la música o con cualquier ruido de la calle y empezaba a silbarme en el oído. El día en que lo tiré a la basura, decidí que aprendería a leer en los labios. Al fin y al cabo, aún no estoy sordo del todo y entre lo que oigo y lo que adivino, voy tirando. Se trata de leer la letra de la canción mientras llevas sobre los hombros una calabaza rellena de agua. Mi vida es un karaoke, Laura.

Un karaoke, sí. La banda sonora de la escena que desfilaba ahora ante mis ojos —el ruido de los remos en el agua, el susurro del viento entre las hojas, los gritos de los niños, el petulante zureo de las palomas— me importaba un bledo. Echaba de menos

otras cosas, otros sonidos, la lluvia, por ejemplo, sus minúsculos tambores en los cristales del coche, pero podía prescindir de ella, pegarle unos carteles encima. Además era verdad, aún no estaba sordo del todo, el mundo seguía entrometiéndose en mis orejas a ratos, como un gato colándose por una ventana. No había vuelto al otorrino ni había hecho las pruebas de audiometría que me había recomendado. ¿Para qué? No me hacía falta: de noche podía oírla, sentía la sordera trabajando el interior de mi cabeza como un escultor magistral dando forma a una bóveda, apartando lajas de palabras. A veces escuchaba la terminación de una frase o el comienzo de otra: eso bastaba para comprender el resto, igual que en esos pasatiempos infantiles en los que hay que rellenar la línea de puntos. El gran silencio tardaría años en llegar, pero no sabía cómo ni cuándo. ¿Llegaría de puntillas, en medio de un diálogo, como un amigo al que no ves desde hace años, que se coloca sigilosamente a tu espalda, te tapa los ojos con las manos y pregunta: quién soy? ¿O llegaría con una corte de músicos y saltimbanquis, con panderetas y cohetes? Al fin y al cabo, daba lo mismo. Por eso no me había molestado en hacerme las pruebas ni en pedir una segunda opinión a otro médico. No quería saber cuánto tiempo me quedaba hasta volver definitivamente al cine mudo. La música se había fundido en un puré de lentejas y el canto de los pájaros no era más que un recuerdo. A la mierda los pájaros y a la mierda el teléfono.

Lo más seguro es que un día, en mitad del combate, la campana sonara: la gente se alzaría de sus asientos en una mímica espectral de aplausos y gritos ensordecedores, la modelo despampanante que pasaba los cartelitos me sonreiría con un mohín de labios rojos y entonces el gran silencio me llevaría hasta el centro de la lona y alzaría mis brazos hacia lo alto. Fin. De momento, me bastaba con los sonidos que llegaban a mi cabeza envueltos en celofán, deformes, torturados, igual que torpes actores de doblaje que llegan tarde al trabajo. Lo único malo era la lluvia y la música. Lo malo es que Schumann no hablaba, o hablaba sin mover los labios. Por muy alto que pusiera el volumen, nunca podría entenderlo. Llegaba a mis oídos lerdo, enmarañado, tropezando y borracho, un patán del siglo XIX enredándose los pies en las sillas de los salones, saludando a las chicas con su mano rota, un flujo de notas cárdenas y acordes turbulentos luchando en las charcas de la evolución, despedazándose bajo el agua negra del piano.

—Es eso —decía Laura—. Así que es eso.

No, no era eso, pero cómo explicarlo. Debía de llevar hablando un buen rato, pero sólo había captado esas palabras. No importaba: también podía rellenar el resto.

—Sí, yo también lo pensé, pensé que no era más que miedo, el miedo a quedarme sordo del todo. Pero ¿sabes una cosa? La semana pasada fui a Mallorca y vi bailar a tu marido. Me habían encargado romperle la otra pierna, adivina quién. No lo hice:

hablamos un rato y luego me invitó al espectáculo. Tendrías que haberlo visto: bailaba solo, cojo perdido, sosteniéndose en el respaldo de una silla. Daba risa o pena, daban ganas de subir ahí arriba y pegarle dos hostias, sacarlo de allí a rastras, como fuera. Hasta que encontró el ritmo, lo encontró en mitad de un paso, con tanta facilidad, con tanta gracia que de pronto lo comprendí todo. Qué poco importa todo en realidad. Qué coño le importa el oído a un boxeador o un dedo a Schumann, si un gitano borracho es capaz de subir cojeando a un tablao de tercera y abolir el mundo. ¿Boxeaba yo de oído, acaso? Venancio, ¿no podía hacerse entender por señas? No, el miedo no era una razón, sino una puta excusa. No abandoné el boxeo por miedo a quedarme sordo, más bien era al revés: fue el miedo a quedarme sordo lo que me ayudó a abandonar el boxeo. Y el boxeo lo era todo para mí, toda mi vida. ¿Entiendes, Laura? ¿Entiendes lo que te digo?

Laura miraba al frente, el lento deslizarse de las barcas, los arañazos del viento sobre el agua negra y sucia del lago. Un manotazo de brisa puso un mechón de pelo sobre sus ojos. Lo apartó con una mano, suavemente, antes de volverse y contestarme.

—No estoy sorda. Claro que lo entiendo.

Tenía gracia. La chica tenía sentido del humor, eso hay que admitirlo.

—Entonces, cómo pudiste dejarlo. Cómo pudiste cambiar a Chacón por el juez. Si no hacía falta ni mirarle a la cara para comprender que sólo bailaba por ti, para ti, Laura.

No se desarmó. Ni siquiera bajó los ojos. Sólo frunció los labios en una sonrisa rota.

—¿Y tú eres quien va a darme lecciones? —preguntó—. ¿Tú, el que tanto sabe de la vida? Qué sabes tú de vivir con un gitano, de aguantar sus celos, su mala leche, sus borracheras, su rabia.

Cerré los ojos. Por un instante, imaginé el lago helado, los peces congelados bajo la corteza de cristal, bellas patinadoras que surcaban el poliedro translúcido bajo la mirada indiferente del general de piedra, deslizándose en un silencio perfecto, sin ruido de cuchillas ni crujido de hielo, como si algún dios remoto hubiera apagado el volumen. Soleá: ése era el nombre del baile. Ésa era la palabra.

—Lárgate —dije—. Déjame en paz.

Abrí los ojos. La fantasmagoría se había desvanecido. Las muchachitas de Sebas se habían disuelto en el lago y las barcas, las hojas y las mierdas flotantes volvieron a ocupar su lugar en la lenta mecedora de las aguas. Laura preguntó «¿qué has dicho?, ¿qué es lo que has dicho?», o al menos eso creí entenderle. Daba igual. Di media vuelta y eché a andar, esquivando la mano de Laura, que intentó agarrarme del codo. No me siguió; supongo que se quedó de piedra, igual que el general, de pie junto a la verja del lago. Otra estatua para hacer compañía a las palomas. Y qué, al fin y al cabo era su parque, no el mío.

Lardín y Varela seguían sentados en el banco, dando de comer a las palomas. Sentado en otro banco cercano, Fuentes leía el periódico y les echaba una ojeada de vez

en cuando, levantando apenas los ojos. Cuando me vio llegar, dobló el periódico sobre las rodillas y se recostó en el asiento.

—¿Y la señorita? —preguntó.

—Tenía cosas que hacer —dije.

Fuentes se puso en pie despacio, exagerando el esfuerzo de levantar toda aquella grasa, como si todavía no estuviera acostumbrado, y se sacudió el pantalón con el periódico.

—Tengo el coche ahí al lado —dijo, soltando un suspiro que hacía las veces de resuello—. Los llevo a la residencia y luego, si quieres, podemos almorzar juntos y tomar una copa. —En seguida rectificó—. Bueno, tú una coca-cola.

—De acuerdo —dije.

Recogió la bolsa de plástico y la vació en el suelo. La llovizna de migas de pan provocó una algarabía de pájaros. Los trozos más gordos siempre acababan en el pico de algún gorrión, que se escurría entre los torpes y presuntuosos andares de las palomas, y se alejaba volando a comer solo, perseguido por cuatro o cinco colegas. Lardín y Varela se quedaron quietos, sin saber qué hacer, con el mismo ademán indeciso de una paloma tonta que no se decide entre cuatro migas de pan y que al final se queda sin ninguna.

—Vamos, chicos, se acabó la fiesta —dijo Venancio, dando unas palmadas—. Buen entrenamiento. Una ducha y a casa.

Varela se levantó primero. Fue entonces cuando me vio y una mueca indefensa le asomó a la cara. Dijo algo incomprensible y, con asombrosa rapidez, formó una guardia clásica —el puño izquierdo alzado, el derecho sobre la barbilla, protegiendo la cara. Amagó un par de golpes, balanceando la cabeza y mascullando algo entre dientes.

—Venga, Jorgito, vale, ya está bien —dijo Fuentes, con la misma paciencia que se emplea con los niños o los perros—. A la ducha, a la ducha.

—¿Crees que me habrá reconocido? —pregunté, mientras Varela daba media vuelta, saltando, alzando los brazos en una espectral pose de victoria.

—Quién sabe —dijo Fuentes, mirando de reojo a la gente que empezaba a acercarse, atraída por la exhibición de Varela—. ¿Qué pasa? —les espetó en voz alta—. ¿Qué se piensan qué es esto? ¿El circo Ringling? Vayan a echar monedas a los payasos del lago, coño.

No le sirvió de mucho. Los seis o siete curiosos se quedaron a unos cuantos pasos, como si la advertencia de Fuentes hubiese tejido un vallado invisible entre ellos y nosotros. Fue entonces, durante un momento primordial y terrible, cuando el Retiro regresó al pasado, volvió a ser un zoológico, una casa de fieras con el suelo sucio de migas: el recinto de los boxeadores sonados. Carteles invisibles: pasen y vean, animales peligrosos, prohibido echar comida, no acercarse a los barrotes. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando vi que Lardín movía la cabeza de un lado a otro, negando

furiosamente, agitando su pelambrera blanca. Igual que un viejo oso polar enjaulado.

10. El Minotauro

El sabor del metal en la boca. Nada sabe igual, ni de coña, ni remotamente. Todo lo demás es accesorio: el frío, el calor, otra vez el frío, la vibración en la raíz de la mandíbula, el hormigueo en el interior de la boca, los ojos grandes y flemáticos que flotan a un palmo de mi cara. Aun con media dentadura anestesiada, basta un toquecito del metal para que al resto de mis dientes se les erice el vello que no tienen, como si supieran, en su terca y ciega existencia de hueso, que las cosas no van bien por ahí dentro. Lo demás —por ejemplo, el tubo de plástico encallado en las encías o el diminuto remolino de succión en la lengua— es simplemente molesto, secundario; el gusto del metal es lo verdaderamente obsceno, como besar a una mujer enmascarada en medio de una fiesta de disfraces y tropezar con la lengua en un aparato de ortodoncia.

—Abre más la boca, ¿quieres?

Los ojos no cambian su expresión ni un ápice. Es increíble el tiempo que puede tirarse sin parpadear un dentista. Lo sé por experiencia, porque no tengo otro sitio donde mirar, aparte de la luz de la lámpara. Por el precio que cuesta, podría poner una película. Sus ojos siguen flotando a un palmo de los míos, encima de la mascarilla que de vez en cuando palpita, ocultando palabras que sólo puedo descifrar a medias. Por suerte, no tiene mucho que decir. Abre la boca, muerde esto, aprieta los dientes. Al fin y al cabo, nunca hubo mucho que decir: te quiero, pásame la sal, jódete. Abajo, al cuerpo, baila, baila, baila. Los ojos revolotean encima de los míos, por un instante parecemos dos enamorados a punto de besarse en mitad de un sofisticado numerito, con enemas y pinzas y máscaras y tubos en la boca. La visita al dentista siempre tiene algo de sexual. Te tumbas bocarriba, te relajas y esperas que un extraño, vestido con una bata, se asome por la ventana rota de tu boca para husmear cómo van las cosas. Mala suerte que no sea una tía. Entonces la película podría animarse un tanto, con la sombra de ojos y el rímel sobre las pestañas, y el enigma de la nariz y los labios bajo la mascarilla. En vez de observar los pelos de las orejas, uno podría entretenerse adivinando qué clase de mujer te está torturando sólo por los pendientes que adornan sus lóbulos —fríos y

geométricos, o rebuscados y barrocos, o bien diminutas perlas de nácar—. Menudo numerito. Sólo faltaba imaginarme atado a la silla anatómica, con correas de cuero en las muñeca, indefenso. Al fin y al cabo, era un especialista en sueños con manos atadas.

—Esto va a dolerte un poco, ¿vale?

Qué remedio. Asiento con la cabeza, mientras el tipo introduce en mi boca unas pinzas y un espejito de metal. Hurga un rato, luego las saca y coge una especie de fórceps como si él fuese un cirujano del Olimpo preparado para una trepanación y yo el puto Zeus en medio del parto. Un jodido dios griego con la cabeza preñada que fuese a parir de un momento a otro por su divina boca, en medio de un dolor puntual e increíble que atraviesa mi boca como un latigazo.

—Ya me contarás cómo cojones has podido hacerte esto —dice, sacando algo con las pinzas que prefiero no mirar—. Estás para una foto.

—Tropecé con una puerta.

Intento ser gracioso pero no sé cómo suenan mis palabras detrás de mis labios dormidos. Se pierden con el ruido de las pinzas al dejar caer su carga sobre la bandeja metálica.

—Pues sería la de un ascensor —dice, bajándose la mascarilla con un dedo.

—¿Hemos terminado?

Niega con la cabeza, con esa media sonrisa de lástima que esgrimen los médicos cuando están a punto de joderte vivo.

—Qué más quisieras. Todavía nos queda un ratito, querido. Toma, enjuágate la boca y escupe.

—Joder —digo, al ver el cuajo sanguinolento que gorgotea un instante en el remolino del desagüe—. Nunca más volveré a tomar caramelos.

—Vamos, vamos —bromea el muy hijoputa, antes de colocarse otra vez la mascarilla—. Tampoco duele tanto. Imagínate que estás en el ring.

—Entonces dame unos guantes.

No sé si ha llegado a comprender mi última réplica: tengo la boca como un pie dormido. Me reclino otra vez hacia atrás mientras él le guiña un ojo a la ayudante que acaba de entrar por la puerta, una morena alta y estirada, con cara de asco. Me pregunto si baila flamenco. Tiene pinta de no tener ni puta idea de odontología, pero a lo mejor folla como Dios sobre este mismo sillón anatómico ideal para echarse una siesta. Cierro los ojos e intento visualizarla en mi fantasía sexual de hace un momento, pero no lo consigo, no puedo concentrarme entre el dolor y la mierda de música que flota en la sala, una ristra de cancioncillas de moda que pasa por mis oídos como hilo dental y que, igual que el hilo dental, apenas logra rebañar la roña.

—Vamos allá —dice, inclinándose otra vez sobre mi boca.

Otra vez Zeus y el feto de su hija encajonada en su cabeza. La verdad, empezaba a

asustarme del provecho que le estaba sacando al manual de mitología griega. Lo llevaba encima, en la guantera del coche, y me servía para distraerme en los ratos muertos de la consulta, mientras otros tipos aguardaban hojeando las revistas de moda o los boletines médicos. Adivinar dónde y cuándo habíamos copiado todas aquellas historias era mucho mejor que hacer crucigramas. Desde que me echaron del colegio no había leído más libros que ése y los cuadernillos que acompañaban los discos de Schumann, pero hay que reconocer que les había sacado partido. Por ejemplo, sabía que Schumann había escrito la *Fantasía en Do* antes de extraviarse para siempre en las tinieblas, aunque de qué me servía eso a mí, si a duras penas podía distinguir las notas del piano. Ahora también sabía que aquel ballet que ensayaba Laura con su compañía no era más que otra partitura. A lo mejor tenía razón aquel cura listillo del colegio —el mismo al que le había roto la cara— cuando solía decir, con la misma mueca de asco que la enfermera, que no habíamos hecho otra cosa desde que el mundo es mundo que repetir a los griegos. También yo me había perdido en el interior de un laberinto y había salido indemne, con una muchacha rescatada en mis brazos. Poco importaba que Teseo hubiese abandonado a su chica en Naxos y que yo simplemente dejase tirada a la mía en el lago del Retiro. Me preguntaba ahora, mientras el torno empezaba a escarbar en mis encías, cómo terminaría el ballet de Laura. ¿Saldría ella sola, bailando suavemente, caminando sobre un escenario desnudo que haría las veces de playa mientras fingía mirar a lo lejos, en la pantomima del patio de butacas, el barco donde su héroe se alejaba para siempre? ¿O tal vez volvería al regazo de su padre, el poderoso Minos, y le pediría perdón por su travesura? Al fin y al cabo, no era más que una niña, una princesa: tampoco en eso el juez se había equivocado. ¿Y Minos? ¿Qué pasaba con Minos? ¿Saldría también danzando, viejo y libidinoso, en pos de su hija perdida? ¿O bien presidiría una gran escena final, en el infierno, con un banquete de marisco? Una de las notas a pie de página del libro decía que, después de su muerte, los dioses otorgaron a Minos el honor de convertirse en juez, junto a un par de colegas, para calibrar las almas de los muertos. Una especie de portero de discoteca infernal (tú puedes pasar, vosotros a la mierda, tíos) y todo porque los dioses consideraban que Minos había sido un dirigente justo. Hay que joderse, justo, un tipo que daba de comer remesas de niños a un toro antropófago. Se los mire por donde se los mire, los griegos eran unos cachondos. Y desde luego, sabían de qué iba la historia, al contrario que los guionistas de la tele. Seguro que ellos hubiesen acabado con un final feliz: el juez en la cárcel, Ariadna y Teseo jurándose amor eterno, y Schumann saliendo del hospital con su mano nueva y su cerebro intacto, gracias a los milagros de la cirugía y a los adelantos de la psiquiatría de la época. Gilipollas.

En cuanto al Minotauro, no hizo falta ningún hilo. Me bastó esperar un par de días frente al teatro, sentado en mi coche, hasta que lo vi salir por una de las puertas de

servicio. Lo seguí entre el laberinto de callejuelas de Lavapiés, los bares abiertos, las tiendas chinas, los moros sentados en los bancos, los grupos de chavales que se escindían al paso de aquella especie de tanque con chaqueta y corbata. Mientras lo veía andar, balanceando despacio los hombros, exagerando innecesariamente la impresión de peligro, su cabeza emergiendo entre las riadas de tráfico, recordé que había matado a varios tipos a golpes, entre ellos un boxeador profesional. No estaba asustado: uno era un enano indefenso, otros eran yonquis, y el boxeador probablemente iba atiborrado de pastillas, porque sólo ciego hasta los topes podía uno desafiar con las manos desnudas a aquel tren de mercancías.

Fuentes me había dicho que evitara su derecha. Lo conocía, mejor dicho, había oído hablar de él. Aunque despreciaba el circuito de las peleas ilegales, el *full contact*, el *kick boxing*, toda aquella basura que, según él, tenía que ver tan poco con el boxeo como una cagarruta de perro con una uva pasa, le habían llegado noticias suyas. El Cáncer no era un mote que pasara desapercibido y por el gimnasio desfilaron tipos a los que había vapuleado en sus tiempos de poli, raterillos de tres al cuarto, chavales de barrio que iban sólo a entrenar o a hacer pesas y que de pronto se presentaron con la mandíbula rota o un brazo en cabestrillo.

—Por lo visto, no le hace falta la porra —comentó Fuentes, mientras terminaba de atarme los guantes.

—Ya no —dije—. Lo echaron del cuerpo.

Fuentes masajeó suavemente mis guantes, como si estuviera bailando con una mujer hermosa. Luego los soltó y dejó caer sus brazos sobre las cuerdas, sin apenas rozarlas, con el gesto de un niño que se apoya en el alféizar para mirar por la ventana. Cuántas veces le había visto repetir aquella ceremonia antes de empezar un entrenamiento.

—¿Lo echaron? —preguntó—. Si era perfecto para policía. ¿Por qué lo echaron? ¿Por aparcar en doble fila?

—No —contesté, sacudiendo la cabeza, empezando a bailar sobre la lona—. Mató a un tío a hostias. O a dos tíos, no sé.

Fuentes asintió con la cabeza y dirigió mis movimientos con su mano derecha.

—Lo que dije —comentó—. El poli perfecto.

No dijo mucho más durante el resto del entrenamiento, fueron sus manos las que hablaron, revoloteando para señalarme los pasos donde me había equivocado y corregir las trayectorias, sin que él se moviera ni un ápice del rincón donde se había instalado, gordo y tranquilo, como un niño inválido que mira sin ninguna envidia, sin esperanza ni rencor, cómo juegan los otros niños.

Cuando terminó el entrenamiento y me dirigía hacia la ducha, cubierto de sudor de la cabeza a los pies, Fuentes masculló algo que no alcancé a oír. Seguí adelante y de repente sentí la mano sobre su hombro:

—¿Estás sordo?

Me volví hacia él. No, no sabía nada. Tenía la misma cara de buda afable de siempre. Sólo era una manera de hablar.

—Te decía que te andes con ojo. Si le llaman el Cáncer, será por algo. Debe de llevarte como treinta o cuarenta kilos de peso. Así que no dejes de bailar. Y cuidado con su derecha.

Ambos sabíamos que no hablábamos de boxeo. El boxeo es un arte, una ciencia, le pese a quien le pese, y su laboratorio está circundado por las doce cuerdas. Fuera de ese espacio, de ese círculo, lejos de la tutela angélica del árbitro, el boxeo es sólo un chiste, una quimera, una farsa. Yo sabía muy bien que el Cáncer no sabía nada de esquivas ni de técnicas de lucha ni puñetera falta que le hacía. Enfrentarme a él sería una nueva edición de la pelea contra Parro en el descampado, pero esta vez no serviría de nada liarme a mordiscos. Ya no tenía doce años.

De manera que, mientras acechaba aquella espalda monumental que remontaba una calleja de Lavapiés con la cadencia de un monarca salvaje, rodeado de ruidos de coches y de conversaciones que apenas llegaban a arañar mis oídos, pensé por primera vez si yo no repetía también los pasos de una danza. Tampoco Teseo se había atrevido a matar a Minos, el responsable último de todas las injusticias, prefiriendo cebarse con el pobre Minotauro. Quizá Teseo, igual que yo, sabía de sobra que el juez era intocable, que nunca podría acercarse a él, rondar con una espada por los aledaños del palacio de Creta o esperar afilando una navaja a la salida de un restaurante atiborrado de cáscaras de gambas. No, eso sólo pasaba en las películas, en los panfletos de la tele donde los buenos obtienen su premio y los malos su castigo. Venga ya, no jodas.

Aquí no había buenos ni malos, si acaso lo último, porque a mí no me movía la justicia ni la venganza, sino las ganas de joder, de hacer daño, de ver el miedo en la cara de ese gordinflón capaz de matar a un enano a golpes sólo para satisfacer la avaricia de un viejo chocho. Por mucho que Laura lo creyera, por mucho que deseara creerla, yo no era bueno: había pegado demasiadas hostias y desbaratado demasiadas caras como para saber que no lo hacía por obligación, que sí, que disfrutaba con ello. Era un mal bicho y no sabía hacer otra cosa: así de sencillo. Para convencerme, había tenido que ir hasta Mallorca y ver a un gitano con una pierna lisiada que no sabía más que bailar y que seguía bailando, igual que una cucaracha a la que arrancan una pata y sigue arrastrándose, sigue jodiendo la marrana, da igual que la pisotees, que la fumigues o que intentes convencerla: una cucaracha es una cucaracha, me cago en Darwin. Igual que en los chistes, el del escorpión que va a cruzar un río y acaba por picar al cocodrilo aunque sabe que se acabará ahogando, el del mañico que se pasa mil años en un pozo sólo por no dar su brazo a torcer ante Dios: una jodida cuestión de carácter. Por eso nos reímos, por eso nos hacen gracia: joder, macho, un bailaor cojo, un boxeador sonado,

qué bueno. No es el adjetivo lo que importa, sino el sustantivo. Por muchos adjetivos que les pongas, por muchas hostias que les des, por muchas patas que les arranques, seguirán siendo un boxeador, un bailaor, una cucaracha, un hijoputa que sigue a otro hijoputa porque sí, por nada, porque tiene ganas de romperle el alma a hostias y esparcir los trozos por la calle, porque de alguna forma tiene que quitarse de encima el recuerdo de una mujer que huele a niña y los ojos de una araña arrinconada en una gruta inaccesible de la infancia.

Apreté los puños mientras seguía guardando la distancia. Había demasiada gente en el barrio como para empezar una pelea, así que no me quedó más remedio que esperar, fingir que miraba distraídamente los escaparates, apoyarme en un banco para atar un cordón del zapato. El Cáncer se detuvo ante un portal y llamó al portero automático. Me preparé para seguirle en cuanto entrase al edificio y cogerle desprevenido en un descansillo, pero no le abrieron, dijo alguna cosa a través de la redecilla metálica y se quedó esperando de pie, alisándose la corbata enorme y coloreada. Después sacó un paquete de tabaco, encendió un cigarrillo, lo fumó despacio, apoyando un hombro sobre la entrada. Era una vieja casa de vecinos, como tantas del barrio, de balcones mordisqueados y muros vencidos, y la mole que aguardaba en la calle, inclinada en ángulo sobre el portal, parecía una viga de carga del ayuntamiento sujetando un edificio en ruinas.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando el Cáncer se enderezó, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó atolondradamente con el zapato, como si le diera vergüenza de que le sorprendieran fumando. Se ajustó la corbata y la chaqueta y, de repente, sus facciones rocosas se suavizaron con una sonrisa que yo nunca habría sospechado en una cara como la suya. La puerta metálica se abrió y un niño pequeño apareció en el umbral. Llevaba una cartera de colegial a la espalda: no tendría más de seis o siete años. El Cáncer se arrodilló y le pasó una mano por el pelo, un gesto cariñoso que pareció molestar al crío, ya que se revolvió inquieto y miró hacia todos lados, con el mismo gesto de su padre desembarazándose de su cigarrillo un momento antes. Supe que eran padre e hijo sin necesidad de nada más, sin que hiciera falta que examinara el libro de familia. Descendieron la calle, pasaron a mi lado sin que yo hiciera nada por apartarme. No hizo falta, ni siquiera me vieron, envueltos como estaban en una burbuja de felicidad que los aislaba del mundo y sus miserias, de tipos como yo, de tipos como el Cáncer cuando no estaba con su hijo. Probablemente estaba divorciado y yo había tenido la mala suerte de elegir el día en que le tocaba la custodia. Me acordé instantáneamente de aquel mierda y de su hija subnormal, el carrito de niño lleno hasta los topes de carne blanda, los gordos pies enfundados en calcetines de ganchillo que le cortaban la circulación en los tobillos, el momento en que me eché atrás, avergonzado, vencido por aquellos ojos mongólicos sin malicia ni mundo.

Todos hemos sido niños alguna vez, todos llevamos un niño muerto dentro de la calavera, pero hay que ser muy mal nacido para dar de hostias a un padre delante de su hijo pequeño. Sin saber por qué, los seguí calle abajo como si les protegiera, como si creyera que algún demonio acudiría en mi ayuda, que en algún momento recobraría el ronco y furioso grito de la sangre, aquel espíritu inmortal, despiadado y vengativo que me abrasó de arriba abajo cuando Muñoz me enseñó la foto de aquel enano macerado en el depósito de cadáveres.

Monté guardia frente a un Todo a Cien donde el niño se detuvo un momento, embelesado frente el escaparate antes de señalar algo a su padre y convencerle para que entraran. Salieron al poco rato con un camioncito de plástico atado con una cuerda que el niño se negaba a dejar en el suelo. Fue su padre quien lo convenció de que lo soltara, de que el juguete estaba hecho para llevarlo a rastras, detrás de uno, así, ves, no se escapa, no puede. Los seguí de lejos, a remolque de aquel volquete de colores que trotaba entre los guijarros descabalados de la calle, mientras el crío se volvía a cada momento, temeroso y desconfiado, como si pensara que el juguete podía echar a rodar por su cuenta en cualquier momento, hacia cualquier destino.

Es posible que yo hubiera tenido un juguete parecido en mi infancia: si lo había tenido no podía, no quería recordarlo. El niño que había sido alguna vez murió dentro de mí, estaba enterrado entre mis huesos, en un rincón demasiado profundo y demasiado oscuro para que la pala de la memoria pudiese exhumarlo. En mi barrio había que crecer deprisa, si uno no quería que lo pisaran. No pensé en ningún instante que aquel niño hubiera podido ser yo, tampoco pensé que pudiese ser su padre. Siguiendo a aquella pareja a lo largo de la ronda de Atocha, cruzando detrás de ella los pasos de cebra, los semáforos, comprendí cuán lejos me hallaba de los vínculos humanos, si hasta un matón de mierda era capaz de entrar en el juego, de tener un hijo, quererlo, cuidarlo. Había que estar sordo para no haberse dado cuenta antes, si hasta una borracha despreciable, que abandonaba a su bebé en el fregadero, sabía de qué iba el juego. La paternidad, la familia, el amor, el matrimonio: todo lo había sacrificado a cambio de nada, de unas cuantas victorias, de unos cuantos combates, de una paliza monumental en un estadio, en México, de una borrachera interminable, de un silencio que atronaba mis oídos a ráfagas, como las olas de un mar en una playa, el rumor confuso al fondo de una caracola.

Padre e hijo remontaron las casetas de Moyano y se internaron en el parque del Retiro. En cuanto vio el césped, el crío se soltó de la mano del padre y echó a correr con el camión de juguete a sus espaldas, dando vueltas en torno a un árbol, agachándose para dirigirlo ahora con una mano, mientras su padre lo miraba, inmenso y satisfecho, orgulloso y feliz. No importaba yo ni nadie más, ninguno de los visitantes del parque, ni un perro que se acercó a husmear el camión y el niño arrodillado, ni el tipo que paseaba

al perro, ni la anciana que leía sentada en el banco y que de pronto abandonó la lectura para mirar también al niño y a su juguete con ojos de madre desahuciada. Ninguno podíamos entrar ahí, en la burbuja, en la felicidad, en ese pacto entre padre e hijo, ni siquiera el pasado, ni siquiera el mote de su padre, ni siquiera el trabajo inhumano del padre que servía para pagar el camión y los juguetes y la pensión y el tiempo que podía arrancarlo de su madre para llevarlo al parque, verlo jugar, comprarle un helado. Yo menos que nadie. Yo que no tenía perro ni hijos ni quería tenerlos. Yo que no era padre ni hijo, ni humano ni perro, si acaso el camión, el juguete de plástico, un añadido artificial, ilegítimo, atado con una cuerda y conducido a rastras entre el césped. Yo que no oía nada o casi nada, ni siquiera las risas de un niño, ni siquiera el ladrido del perro cuando el dueño tiró de la correa para alejarlo de la escena.

Tal vez fue eso lo que me decidió, la sensación de estar fuera de la vida, fuera de todo, sordo y solo, sin más contacto con el mundo que la cuerda de un camioncito barato que tiraba de mí con la terquedad de una placenta. Por qué tenía que volver al Retiro sólo un mes después de mi última cita con Laura. Dónde estaba mi excusa, dónde estaba el Minotauro, si el Minotauro devoraba a los niños, no les compraba juguetes ni los alzaba en brazos hacia un sol desmantelado entre hojas verdes, filtrado por las ramas de los árboles en un laberinto sin muros ni recodos. La envidia, la rabia, la venganza: piensen lo que les dé la gana. Me da mucho por culo lo que piensen. Yo todavía tenía una madre que hacía ganchillo junto a una estufa y había perdido a un pez cabrón que bailaba solo en una pecera. Ésa era mi estirpe porque ni Fuentes ni Sebas ni Laura ni los polvos con Laura contaban. Es lo malo de echar un polvo con condón, que te libras del contagio y de los gérmenes, pero también de la verdad y de la muerte, del abrazo inmemorial de otra raza. Tu semen agoniza en un plástico, se va por el desagüe, lo mismo que un pececillo muerto que tiras a la basura como si fuese un feto de dos semanas.

Si le hubiera pegado, si le hubiera gritado, si aquel niño pequeño, vestido con pantalones cortos, hubiese mirado a su padre con algo remotamente semejante al miedo, qué fácil hubiese resultado todo. Por eso tuve que acompañarles de lejos, mientras ellos remoloneaban entre los árboles, mientras se sentaban para tomar un refresco en una terraza, mientras se detenían en uno de los puestos ambulantes y el Cáncer le compraba a su hijo un cucurucho de helado. Por eso tuve que seguir su rastro a lo largo de aquella mañana, abyecto y espectral, deslizándome como una sombra entre los turistas y las parejas que abarrotaban el Retiro, hasta que de repente el Cáncer se detuvo cerca del templete de la banda de música, acarició con su manaza la rubia cabeza de su hijo y descendió la escalera de los servicios públicos. No lo pensé dos veces: crucé a la carrera la plaza donde una fuente barbotaba su chorro, interrumpí varias fotografías, y me detuve frente al niño. Se había agachado y, mientras sostenía con una mano el

cucurucho, con la otra, sin soltar la cuerda del juguete, dibujaba algo en el suelo. La sombra de mi cabeza invadió su dibujo. El niño alzó la cara.

—Hola —dijo.

No le oí pero leí sus labios.

—¿De qué sabor es? —pregunté—. ¿Chocolate?

El niño asintió, dando una lenta y golosa lametada al helado, sin despegar los ojos del suelo.

—¿Quieres? —dijo alzándose hacia mí, acercándose el cucurucho.

Negué con la cabeza. Mi alma pasó por encima de nosotros, como la sombra de una paloma, y me susurró que lo matara. El bullicio de la banda sobraba para tapar su voz, pero en mis oídos la agitación lejana de los músicos y las convulsiones del director no eran más que el fondo de una coreografía insensata, una algarabía de paelleras y platillos, otro karaoke. Me bastaba leer sus labios, que volvieron a doblarse hacia el suelo, hacia la arena que se abría al paso de sus dedos, tomando la forma de un renglón en un cuadernillo de caligrafía.

Mientras bajaba los escalones mugrientos, pensé que yo ya había visto aquella letra antes —grande, redonda, inocente—, pero aparté ese pensamiento de mi cabeza al mismo tiempo y casi con el mismo ademán con el que busqué la navaja en el bolsillo. Ya no estaba ahí, lo había olvidado: *Skeletor* había igualado las apuestas. El olor de las letrinas me llegó en una oleada densa y ácida, mezclada con un aroma a desinfectante y amoníaco. Vi la espalda enorme del Cáncer ocupando el lugar de tres urinarios, el movimiento enérgico de su brazo sacudiendo las últimas gotas. Estábamos solos. Empuñé la banqueta donde el encargado de la limpieza había dejado el plato con las propinas. No oí el tintineo de las monedas al rebotar por el suelo de baldosas, pero el Cáncer se volvió, extrañado, sólo para encontrarse con un banquetazo en la cara. Reculé y le zumbé otra vez con la banqueta; esta vez cayó de culo en el suelo, y resbaló al intentar incorporarse con una de sus manazas aferrada a la loza del urinario. Abrió y cerró la boca. No oí sus gritos ni los golpes, pero cuando le pisoteé la mano sentí el crujido de los huesos partiéndose bajo la suela de mi zapato.

—¿Qué se siente, grandullón? —pregunté, inclinándome hacia él, tan cerca que podía notar el vaho de su respiración—. Dime: ¿qué se siente?

Cuando alzó la cara hacia mí, el dolor le había llenado los ojos de lágrimas. Quizá fue eso lo que me distrajo, porque en ese instante se alzó de golpe y lanzó un gancho de trayectoria ascendente, directo a mi mandíbula. Logré esquivar su mano, pero no su cabeza que chocó contra la mía como un buque contra el muro del muelle. Sentí el desplazamiento de la mandíbula, la fractura, el golpe de los dientes unos contra otros, pero el dolor no se presentó, se agazapó en el estruendo de la sordera, en la sirena de barco que de improvviso aserró mis oídos. El Cáncer trastabilló y se puso en pie,

profiriendo amenazas e insultos a borbotones, sujetándose la mano rota que, para mi desgracia, era la izquierda. Yo retrocedí contra una de las puertas de los retretes, acariciándome la boca, sorprendido por la longitud que tenían ahora mis dientes. Esquivé su primera acometida, y el rechazazo recto que me hubiera partido el esternón desbarató la puerta. Le golpeé el hígado y el costado con una serie de ganchos cortos, como una máquina de coser, sin encontrar la resistencia que hubiese esperado en un cuerpo tan grande. El Cáncer se revolvió, furioso por el dolor, y me lanzó un manotazo con la izquierda, pero tampoco me costó nada esquivarlo mientras le golpeaba abajo, en el estómago. Entonces vi la bragueta abierta y la polla fuera, todavía moqueando con unas últimas gotas de orina. No lo pensé: cerré la cremallera de golpe, de abajo a arriba, y el Cáncer abrió la boca en un gesto no de dolor, sino de asombro absoluto, cayó de rodillas al suelo y se toqueteó la pequeña piltrafa que ensangrentaba sus manos.

—¿Tú eres el Cáncer? —dije jadeando, intentando oír mi voz por encima del silbido de la sirena en mis oídos—. ¿El bicho ese que hace que la palme tanta gente? No me hagas reír.

Fui al lavabo y abrí el grifo. Dejé correr el agua y me la eché en la cara a manotadas. Escupí un par de muelas y de fragmentos de muelas, pero apenas sentía dolor, fuera de un adormecimiento general del rostro. Cuando alcé la cara, pensé que el espejo estaba partido, igual que el que adornaba el camerino de Chacón. Fue sólo un momento, hasta que comprendí que tenía la mandíbula desencajada.

—¿Eso es todo lo fuerte que puedes pegar? —dije, mientras me enjuagaba las manos—. No me jodas. Hasta el mierda de tu hijo debe de pegar más fuerte.

—¿Mi hijo? —balbuceó, mirándose incrédulo la carnicería que asomaba por su bragueta—. ¿Qué sabes tú de mi hijo, maricón?

—Sí, tu hijo. ¿Qué pasa? ¿Te entrenas con él? Por lo que he visto, debe de tener el mismo tamaño que el enano que mataste.

El Cáncer intentó levantarse pero no pudo. Todo lo que logró fue quedarse de rodillas, a cuatro patas, con la polla amoratada asomando por la bragueta abierta, un sanguinolento pingajo que no hacía juego con el resto. Jadeó varias veces, intentando tomar aire, rebatir aquella hilera de dientes metálicos incrustados en lo más tierno de su carne, hasta que de pronto su rostro se destensó. Me volví y vi a su hijo de pie, con el cucurucho de helado en una mano y el camión en la otra, abrazándolo muy cerca del pecho. Miró a su padre con los ojos muy abiertos, atónito, desconcertado, luego a mí y luego otra vez a su padre, apretando más aún el juguete contra el pecho, juntando y abriendo los labios, en una sola sílaba repetida, inconfundible: pa. Papá. Papá.

Fue entonces cuando se me vino a la memoria la cara de ese tipo cabrón que arrastraba en un carrito de bebé a su hija subnormal, gorda y desparramada, por el sótano de un garaje. No había amor en sus ojos: la observaba no con cariño ni con

piedad ni con ternura, sino con miedo, como quien arrastra una cicatriz y todavía no se ha acostumbrado a ella, como quien lleva auestas una enfermedad de la piel, una desgracia que no puede sacudirse de encima y con la que ha convivido tanto tiempo que ni siquiera se acuerda de mirar al otro lado para ocultar la marca. Todo lo contrario del Cáncer que —tirado en el suelo, con la cara partida a banquetazos y la chorra ensangrentada fuera de la bragueta— alargó una mano hacia el niño que lo observaba derrotado por primera vez, por primera vez humillado, y esbozó para él una sonrisa desvencijada desde las baldosas sucias, una sonrisa que intentaba calmarlo, disculparlo, como si le dijera: «Tranquilo, hijo, no es más que un juego. Este señor y yo estamos jugando. Esto que me cuelga de la bragueta no es sangre de verdad. Tranquilo, hijo. Vuelve arriba, a jugar con tu camión».

Entonces yo también miré al fondo de aquellos ojos intactos, no golpeados todavía por ninguna pérdida, y supe lo que había sabido desde siempre. Nadie salvaría a ese niño de ese recuerdo, nadie sacaría a Schumann del río, nadie procesaría al juez por todos sus pecados, ningún dios le fabricaría a Chacón otra pierna. Con la mandíbula colgando y los dientes adormilados por la fractura, me invadió una especie de alegría salvaje, una felicidad insobornable, austera, purísima.

—Así que fuiste tú, pequeño mamón, fuiste tú quien escribió el cartel que me llevó hasta Mallorca. Recuerdo bien esa letra infantil y esa falta de ortografía. Yo pensé que había sido Cerero porque estaba colgado a su altura, pero ¿para qué iba Cerero a enviarme a Mallorca?

El niño parpadeó y retrocedió un paso. Me miró aterrado, como se mira a un loco o a una bestia incomprensible, pero tuvo bastante valor (o quizá bastante pánico) como para no echar a correr, para quedarse ahí, de pie, para no dejar solo a su padre. Soltó el cucurucho de chocolate, que se estampó contra el suelo blanco de los servicios.

—¿Se lo mandaste tú? —dije, volviéndome hacia el corpachón arrodillado en el suelo—. ¿Fuiste tan gilipollas como para meter a tu hijo en toda esta mierda?

El Cáncer jadeaba, tosía en busca de aire. Le barrí los brazos de una patada y su cara se estrelló contra el suelo con un impacto fofo, blando, una apoteosis orquestal del helado espachurrado. Me agaché y le cogí de un mechón del cogote. Al pestazo a mierda y amoníaco se sumaba ahora otro olor, un perfume de virilidad o de coraje, una emanación de la pelea o eso pensé yo, hasta que me di cuenta que el Cáncer se había echado encima, para ver a su hijo, medio litro de Varon Dandy o de Patricks o de cualquier otra mariconada por el estilo. Era una versión barata de la colonia de viejo que se echaba Morales bajo el chándal y ahora la tenía bajo las narices. Estudié aquel rostro magnificado por el dolor, mientras su hijo, en un arranque de fiereza inútil, se echaba contra mi espalda y empezaba a golpearla con el camión de juguete.

—Mira, chaval —dije, escarbando en sus ojos anegados en lágrimas, en la pequeña

boca que se abría y se cerraba en una súplica desesperada—. Fíjate bien. Aprende.

Agarré fuerte la cabeza de su padre y la dejé caer contra el suelo; luego le restregué la cara contra las baldosas, en círculos, como si pretendiera limpiarlo con su boca. El niño me soltó, soltó el camión y empezó a berrear a gritos «deja a mi padre, deja a mi padre»; incluso cuando ya no hacía falta, cuando ya lo había soltado y la cara del Cáncer se alzaba desde el suelo, magullada, abatida, mirándolo con unos ojos alquilados en la pared del dormitorio de mis padres.

Me levanté, fui al lavabo y me lavé la cara y las manos. Tenía el pecho y las mangas de la camisa salpicadas de sangre. Reflejado en una esquina del espejo, vi al Cáncer que se arrodillaba junto a su hijo y le acariciaba la cabeza, intentaba tranquilizarlo, le explicaba, con lo que quedaba de boca, que yo era un viejo amigo, que todo había sido una broma y que ni siquiera había sentido los golpes.

—Es una broma, sí —dije, frotándome las manos—. Pero procura que sea la última. Porque la próxima vez le tocará al crío.

En ese instante, después de pronunciar aquella amenaza horrible, mi alma resplandeció, brillante de poder entre los baldosines blancos, gimió añorante y se alojó de nuevo en su envoltorio mortal, como un cuchillo en su funda. Pude sentirla —vibrante, anhelante, aterida de frío— y la recibí igual que al huérfano que regresa al hospicio después de años de errar por los caminos, el hijo pródigo a quien no echamos en cara los arrepentimientos ni los crímenes. El espejo me devolvió mi rostro maltratado por la pelea, con todo un lado de la boca inflamado, pero reconocí, como si fuese un amor del pasado, la luz de mis ojos. Me enjuagué, cerré el grifo y pulsé el secador. Una tromba de aire caliente lamió mis manos en un silencio hipócrita. El silbido de sirena empezaba a desvanecerse de mis oídos, tan deprisa que llegué a oír los gemidos del niño mientras salía del urinario.

—Y guárdate la polla, anda —dije desde la puerta.

Subí los escalones despacio, empezando a masticar el dolor que me irradiaba de la boca. No, la historia no decía en ningún lado que el Minotauro tuviera hijos, pero así son las cosas. El chico tendría que crecer conmigo dentro, con el recuerdo de su padre tendido en el suelo de unos servicios públicos, con la cara hecha un Cristo, y un hijo de puta que se secaba las manos junto a un lavabo. La moraleja de mi historia es que no hay moraleja, que la araña que vivía en un ladrillo de mi barrio y Morales y el Cáncer y Muñoz y yo, en definitiva, éramos iguales. El mal descendió y habitó entre nosotros, nos pagó unas copas, nos invitó a unas rondas, pero no había comprado nuestras almas ni nada por el estilo. Qué va, no valíamos tanto para eso. No, hombre, no: el mal sólo se había divertido un rato con nosotros, igual que un borracho con una furcia alquilada o un crío con un camión de plástico que no le dura ni el tiempo de aburrirse antes de comprar otro nuevo. Así era, un capricho, una gana. No había buenos ni malos, ni

ángeles ni demonios, ni lucha entre la luz y las sombras, si acaso una carrera de relevos. Alguien me había pasado el testigo y yo se lo había entregado a otro. Sencillo, muy sencillo. Unos pegan hostias, otros las reciben. Unos matan, otros tienen hijos. La euforia que se aplacaba en mi pecho después de aquella paliza (algo semejante al entusiasmo en medio de la borrachera, a las gotas de sudor enfriándose sobre la piel una vez alcanzado el orgasmo) no era un remedo ni una falsificación de la alegría posterior a un combate, sino un asentimiento, un ajuste, como si las piezas sueltas de las que estaba hecha mi vida empezaran a encajar, a soldarse. Mi alma había vuelto hasta su funda tantos años después sólo para asegurarme que seguía siendo yo mismo, que el castigo asimilado en México no había cortado sus alas; había vuelto para decirme que yo no era un boxeador, ni siquiera un ex boxeador, ni un alcohólico, ni tampoco un ex alcohólico, sólo un tipo que se dedicaba a romper piernas. Sólo eso. Un hijo de puta que se estaba quedando sordo, que no quería admitirlo y al que acababan de romper la cara de un cabezazo.

Cuando salí a la luz, la banda seguía tocando. Puede que fuese un pasodoble o un aire de zarzuela: a mí me daba igual. Era una hermosa mañana de verano, la gente paseaba en manga corta; no importaban mucho una nota falsa o unas gotas de sangre en una camisa. La camisa tendría que tirarla y comprar una nueva. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con la boca, porque después de tres visitas al dentista, buena parte de la minuta del juez se me había ido en la reconstrucción de tres molares y unas cuantas florituras técnicas de las que prefería no conocer los detalles. Abre bien, muerde fuerte, escupe.

Terminé de parir por la boca, el dentista se quitó la mascarilla y me sonrió como si estuviera a punto de enseñarme al niño. Ya nos conocíamos antes de que llegara con la mandíbula colgando, pero ahora podía decirse que éramos amigos íntimos. Me había despedazado las encías y me había saqueado la cuenta corriente: nuestra intimidad pertenecía más bien al ámbito del matrimonio. Ningún beso de mujer había durado tanto, había sido tan intenso, húmedo y profundo como cualquiera de sus martirios.

—Creía que los boxeadores usabais un protector dental —dijo, sacándose los guantes.

—Y yo creía que los dentistas usaban anestesia.

—Te puse anestesia —respondió, mostrando una dentadura tan blanca que parecía un anuncio de la clínica—. Al principio. ¿No lo recuerdas?

Me levanté de la silla y recuperé el uso de mi cuerpo. Me froté las muñecas como si de verdad las hubiera tenido atadas con tiras de cuero. Pensé seriamente en darle dos hostias.

—Puede que yo me acuerde —dije—, pero mis dientes no.

Sin perder la sonrisa, se zambulló en una complicada explicación sobre los riesgos

de la infección y las raíces de las muelas. Lamenté no estar sordo del todo. Me entretuve observando las piernas de su ayudante, que iba de acá para allá recogiendo instrumentos de tortura.

—Procura no comer ni beber nada en un par de horas —añadió, mientras me recetaba un analgésico.

Todavía me acordaba de la recomendación del médico cuando Sebas dijo que estaba dispuesto a sorprenderme con un nuevo combinado sin alcohol, de modo que tuve que declinar el ofrecimiento. Se encogió de hombros, sin darle la menor importancia, y se refugió en la lectura del periódico. Eran las nueve o las diez de la noche, muy temprano aún, y apenas había cuatro o cinco chicas sentadas en una mesa, charlando de sus cosas, tomando un café antes de empezar la jornada. Me entretuve mirando el televisor, donde Sebas tenía puesto uno de sus vídeos de patinadoras, tan viejo que la nieve de la pantalla parecía fundirse con el hielo de la pista. Era uno de nuestros favoritos. Una diosa nórdica, rubia y bellísima, se deslizaba sin esfuerzo aparente sobre sus cuchillas. La cabellera suelta la seguía a todas partes como una bandera al viento, mientras sus piernas se cruzaban y giraban sobre la superficie helada dibujando signos y esquemas inexplicables. Sebas, como siempre, tenía apagado el volumen, pero a mí me daba lo mismo. La muchacha parecía flotar sobre el blanco de la pista igual que si atravesara un sueño, un espejismo mental, inmaterial, un paisaje sacado de mis recuerdos, expurgado de objetos, despejado de dudas. Como si patinara a través de mis ojos cerrados, sin velocidad ni duración, en el salón de mi memoria, sonriendo a cada giro, a cada pirueta, sobre un silencio perfecto, impávido, infinito. En realidad, todo eso había sucedido hace mucho tiempo atrás, en algún puto campeonato, en el Canadá o en la jodida Suiza. En realidad, los patines iban acuchillando el hielo, que saltaba en esquirlas. En realidad, no había ningún silencio fuera de mis tímpanos.

—Te vas a dormir, tío.

Sebas me dio en un hombro con el periódico doblado. Me volví y vi moverse su boca bajo una de las luces de la barra.

—La chica —repitió—. La bailarina esa de la que me hablaste. Cómo se llamaba.

—Laura Lasalle.

—Lasalle, eso —dijo, desdoblando el periódico—. Mira. Aquí dicen algo sobre ella.

Giré el periódico. La noticia estaba en una de las páginas de cultura, en un recuadro pequeño, a dos columnas:

MADRID.— Laura Lasalle, la diva de la danza, que saltó a la fama gracias a su enlace con Carlos Chacón, ha decidido disolver su compañía unos días antes del estreno del ballet *Ariadna*, a causa de «diferencias artísticas irreconciliables con algunos de sus patrocinadores», según ha manifestado en una breve rueda de prensa. Interrogada acerca de la naturaleza de estas diferencias, la bailarina comentó que *Ariadna* es un ballet argumentado mientras que su actual concepción de la danza tiende más hacia lo abstracto. «Además, todavía no me he enfrentado sola a un escenario —dijo—. Ya va siendo hora.» Lasalle añadió que tiene proyectado un pequeño espectáculo sobre la base de piezas clásicas para piano, que incluirían, entre otras, la *Fantasía en Do Mayor* de Schumann.

—Qué mala leche —dijo Sebas—. Los muy hijos de puta podían haberse ahorrado la referencia a Chacón. ¿No te parece?

No contesté. Durante unos instantes lo vi todo rojo. Rojas las botellas alineadas al fondo. Rojas las copas, rojos los vasos. Rojo el rostro de Sebas, las tazas de café, los ojos de las chicas parloteando bajo luces rojas. Roja la cabellera de la patinadora enfundada en un vestidito rojo y con medias rojas, deslizándose sobre un desierto de sangre.

Salí a la calle. Un fogonazo de dolor iluminó mi boca, con destellos de noches perdidas en el ring y ráfagas de estrellas. El Oso Panda seguía encogiéndose sobre su hernia. De allí al locutorio donde trabajaba Caima no había más que unos cuantos pasos. Los recorrí con una mano en la mandíbula, hurgando con la lengua en el nuevo plano de mi boca, las vallas y carteles de una obra inconclusa en la que habían levantado el asfalto de mis dientes. No había músicos donde elegir. No, tenía que ser Schumann, claro, la *Fantasía en Do Mayor* de Schumann, la misma música que había sonado una y otra vez mientras nos revolcábamos juntos por el suelo de mi casa. Ahora quería bailarla, a solas, como si pretendiese establecer un pacto, una llamada. Podía imaginarla, de pie, bajo la luz de un único foco, en el silencio marino de mis tímpanos, danzando al hilo del recuerdo, llamándome, convocando la ausencia de otro cuerpo que se esculpiría en el viento de sus brazos, en el crecimiento vegetal de la danza. Fue sólo al ver su nombre escrito en el periódico cuando comprendí que no podía quitármela de la cabeza, que mi pensamiento volvía a ella una y otra vez, palpaba su falta de la misma manera que mi lengua no dejaba de hurgar en el hueco de las muelas rotas, aunque supiera que allí no obtendría nada, nada fuera del dolor, la pena y la derrota. Al fin y al cabo, no era la primera vez que me liaba con la chica inadecuada, como no era la primera vez que me rompían la boca de una hostia. Pero siempre es terrible sentir la raíz de los dientes al

descubierto, el frío que penetra hasta los tuétanos igual que una mamada de la muerte.

En el locutorio sólo había tres ecuatorianos bajitos acompañados de una litrona de cerveza. Prácticamente los cuatro tenían el mismo tamaño. Bebían directamente de la botella, a morro, como si compartieran una quena.

—¿Dónde quiere llamar, señor? —preguntó el más pequeño, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Avisa a Caima —dije.

—¿Caima? —preguntó, y las líneas de sus ojos se achicaron en una mueca indescifrable, un bajo relieve esculpido en una ruina andina—. Aquí no trabaja ninguna Caima, señor.

—No me toques los cojones, Atahualpa —dije, alargando un brazo y descolgando el teléfono que había sobre el mostrador—. Anda, avísala. Dile que soy un viejo amigo.

Dudó apenas un segundo y cogió el teléfono. Mientras empezaba a marcar, di media vuelta y salí otra vez a la calle. Apoyado en la pared del locutorio, sentí la noche desnudándose suavemente sobre la ciudad, quitándose la túnica azul del verano. La estrecha línea de cielo encajonada entre dos fachadas de balcones parecía un paladar cerniéndose sobre dos hileras de dientes gastados. No logré ver la luna. Cuando el azul metálico iba dando paso al gris, apareció Caima en el portal, enfundada en un vestidito blanco y zapatos de tacón alto a juego.

—Roberto —dijo, y pude leer el alivio en su cara—. ¿Qué haces mirando la luna?

—No hay luna —dije.

Me besó en la mejilla. Percibí el calor de su piel bajo la capa de pintura de labios. El dolor había vuelto pero ahora apenas era un ronroneo, un murmullo en mi encía. Se separó de mí y la abracé de improviso, casi con ansia, pasando una mano por su espalda desnuda y estrechándola fuerte contra mi torso. Un gemido ahogado y un bosquejo de risa escarbaron hasta mi oído.

—Qué prisas, papi —exclamó, zafándose de mi abrazo—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—Vamos arriba —dije.

Subimos a su apartamento. Casi de inmediato, antes de que tuviera tiempo de ofrecerme una copa, le pedí que se desnudara y me preguntó cómo es que estaba tan impaciente, después de haber tenido tanto tiempo para cobrar mi deuda. Volví a abrazarla, se soltó de mis manos, riendo, se descalzó y se encerró en el lavabo. El ruido de la ducha reverberó desde el pasado, con chorros de agua que se escurrían por agujeros torvos. Miré a mi alrededor: había algunos muebles impersonales, una cama, unas cortinas verdes, una mesilla, unos cuantos cuadros sin dueño. Un piso de alquiler como otro cualquiera, nadie diría que se trataba de un burdel. Descorrí las cortinas, abrí la ventana y miré: ahora sí, una luna grande y solitaria, casi translúcida, me saludó

desde los tejados. La función acababa de comenzar: esa noche todos estábamos invitados. Era gratis, pero nadie podía llevarle flores, llamar al camerino, invitar a una copa después del espectáculo. Oí un ruido y me volví: Caima estaba de pie, desnuda, chorreando agua sobre la moqueta.

—¿No has puesto música, papi? —preguntó, secándose los pechos con una toalla.

—Déjate de músicas —dije, quitándome la ropa.

Su cuerpo cobrizo resaltaba con una mezcla entre sólido y líquido, entre el ébano y el almíbar, con lunas minúsculas brillando sobre su piel. Entonces recordé que Laura también había salido goteando de la ducha, envuelta en un albornoz. Para romper la simetría, apagué la luz de la mesilla, pero en la penumbra aquella carne oscura se fundía con otra sombra. La tendí sobre la cama y me eché a beber entre sus muslos. Dijo: «No, Roberto, ahí no, Roberto», pero ignoré sus protestas, besé y lamí y mordí, intentando descifrar los signos de una partitura escrita mucho tiempo atrás, los temblores de la dicha bajo mi lengua, como si cualquier vientre de mujer fuese el nudo de la raza, como si el silencio que atronaba mis oídos fuese también una música. Desde la ventana abierta, la luna nos miró hacer, pálida y lejana, huérfana y viuda, ensimismada en otra danza. Obedecí a la música, seguí paso a paso la partitura, y cuando Caima abrió los ojos, sorprendida por la violencia de mi acometida, y gritó mi nombre, nada escuché, excepto el martilleo de la sangre, el viejo y aporreado piano del corazón latiendo entre mis sienes, antes de arrojarme al vacío, marchito y frío, espachurrado en una bolsa de plástico.

—Roberto —dijo una voz debajo de mí—. Roberto.

Me levanté. Con un chasquido saqué el condón donde había muerto y resucitado y lo dejé en la mesilla. Caima seguía tendida bocarriba, un brazo echado sobre los ojos. Fui al lavabo y me lavé la cara y las manos. El reproche llegó antes que su voz, antes que sus labios aleteando en el espejo.

—¿Cómo se llama? —dijeron los labios—. Por lo menos dime cómo se llama.

—¿Quién? —pregunté echándome un manotazo de agua sobre la cara.

—La tía a la que te has follado esta noche. Mira, puede que sea puta, pero no soy gilipollas.

Asentí con la cabeza. Volví a la cama y me puse los pantalones. Busqué en la cartera, saqué un par de billetes y los dejé sobre la mesilla, justo al lado del condón arrugado.

—Si falta algo, me lo dices —dije, calzándome los zapatos.

Desde la puerta del baño, Caima me miraba con atónita tristeza, la toalla anudada a la cintura.

—No hagas eso, Roberto —pidió—. Por favor. Tú no.

Me remetí la camisa, de cara a la ventana. Hacía calor. Sentía como un azúcar

empalagoso pegado a mi piel. Quizá debería haberme dado una ducha.

—Venga, no me jodas —dije—. Con una zorra que no me cobre, ya tengo bastante.

Es posible que no quisiera decirlo, que sólo lo pensara en voz alta. Al fin y al cabo estoy medio sordo y todavía tenía la lengua entorpecida por la anestesia, adormecida después del trabajo. En cualquier caso, Caima se subió la toalla con una mano en un residuo de pudor inútil.

—Muy amable, Roberto —dijo—. Todo un caballero.

Me encogí de hombros. Un velo de sudor me cubrió la frente y, casi al instante, me empapó la camisa. Los restos de perfume barato y las gotas de sudor se aparearon en mi pecho, un tardío acompañamiento de nuestros abrazos. Crucé el cuarto sin mirarla, abrí la puerta y, mientras bajaba la escalera, me invadió una sensación de maligno bienestar, un regocijo feroz que brotaba directamente de mi pecho. Echaba de menos una ducha, pero aún así, a pesar de los jirones del perfume y de las manchas de sudor, me sentía limpio y puro, lavado de culpas, igual que cuando era un niño y salía del confesionario recién comulgado, recibida la bendición y rezada la penitencia, listo para una nueva tanda de pecados.

Una vez en la calle, la luna volvió a esconderse tras la calva de un edificio. No importaba, podía sentir su blanca bendición esparciéndose a través de la luz de las farolas, sobre los coches, sobre las aceras, sobre pobres y ricos, sobre las vallas amarillas de una obra que probablemente no hacía ninguna falta. Me pregunté cuántas veces le habían roto a Madrid la jeta, a cuántas tías se habría tirado, a cuántos tíos habría jodido vivos.

Rehice el camino hasta el Oso Panda, dispuesto a sobornar a Sebas hasta el límite, hasta sacarle la receta del *Barbarella*. No sabía cuánto me duraría aquel dinero y, de momento, tampoco importaba mucho. Todavía no había llegado el día en que no me quedase más remedio que hacerme entender por señas; aún podía oír mi propia voz resonando en el interior de mi cráneo y, la verdad, no tenía mucho qué decirme. Hasta que el gran silencio clausurara el bar, el karaoke seguiría.

En la acera del Oso Panda estaba el mismo borracho de todas las noches, peleando con nadie, farfullando en voz alta, lanzando puñetazos al aire con un cartón de vino barato en la mano.

—Venga, gilipollas. Sal, si tienes cojones.

Cuando pasaba a su lado, me soltó un directo de derecha al hombro. No es que me hiciera mucho daño, pero me llenó la pechera de manchas de vino. Justo en ese momento, por una vez, oí el pitido del móvil y lo saqué a tiempo, antes de que colgaran. Miré un instante el número parpadeando en la pantalla, dudé unos segundos y luego le pasé el teléfono al borracho.

—Es para ti —dije.

Se detuvo, estupefacto, lo recogió a mitad de camino de un gancho de izquierda y se lo llevó a una oreja tapada de bucles canosos. Balbuceó dos o tres insultos y luego arrojó el móvil al contenedor de una obra, donde se partió contra unos cascotes. Sin soltar el cartón de vino, reanudó el combate. Decidí ayudarlo. Después de todo, tenía tiempo: Sebas no cerraría en toda la noche. Armé una guardia clásica y bailé a su alrededor, de puntillas, haciéndole la sombra, moviendo la cabeza, parando sus acometidas, lanzando golpes sin fuerza, formando estelas de vacío donde pudiera arremeter a su gusto, prestando un cuerpo a sus viejos fantasmas. Derecha, izquierda, izquierda. Eso es. Esquiva, esquiva, pega. El tipo estaba furioso, tenía cuerda para toda la noche. No es bueno que un hombre pelee solo.



David Torres (Madrid, 1966), escritor, librero y guionista de televisión, ha publicado las novelas *Nanga Parbat* (Premio Desnivel 1999) y *Los huesos de Mallory* (2000, escrita en colaboración con Rafael Conde), así como los libros de relatos *Donde no irán los navegantes* (Premio Sial 1999) y *Cuidado con el perro* (2002). Es también crítico literario y articulista de prensa, y ha impulsado las revistas *Ariadna*, *Anónima* y *La bolsa de pipas*. Actualmente prepara su primer libro de poemas, *Londres*.